

UN MONTÓN DE BASURA DE PROSTITUTAS

Las Ocho Homilias de Crisóstomo Contra los Judaizantes,
Anotadas y Explicadas para Cristianos Modernos.



SAN JUAN CRISÓSTOMO

Con Comentario Adicional de JD Hall
Traducido por JD John

Un montón de basura de prostitutas

*Las ocho homilías de Crisóstomo contra los judaizantes,
anotadas y explicadas para cristianos modernos.*

Por JD Hall
Insight to Incite

Traducido por JD John

Copyright © 2026 Insight to Incite
Copyright © 2026 para la versión en español por JD John
Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor, excepto para citas breves en reseñas y artículos.

Publicado por Insight to Incite

insighttoincite.substack.com

inteligenciaparaincitar.substack.com

Para

Los suscriptores Premium de Insight to Incite

Me permites alimentar a mis hijos.
Estoy eternamente agradecido, y trato de demostrarlo con cada
artículo que escribo.

“Dispersos por el mundo, una raza de errantes —exiliados de su propia tierra y clima— vagan por todo el planeta sin rey humano ni celestial, sin haber dejado ni una sola huella en su país natal.”

— Tertuliano, *Contra los judíos*

“Podemos observar cómo, tras la llegada de Jesús, los judíos han sido completamente abandonados y no conservan ninguna de sus posesiones tradicionalmente sagradas, ni siquiera un atisbo de la presencia divina entre ellos.”

— Orígenes, *Contra Celso*, Libro II

«Si los judíos no conocen al Padre, si crucificaron al Hijo, si rechazaron la ayuda del Espíritu, ¿quién no se atreverá a declarar abiertamente que la sinagoga es morada de demonios? Allí no se adora a Dios.»

— Juan Crisóstomo, *Ocho homilías contra los judaizantes*, Homilía 1

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

SOBRE CRISÓSTOMO

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

GLOSARIO DE TÉRMINOS

CONTEXTO HISTÓRICO

HOMILÍA I - I. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA I

I. REFLEXIÓN EN LENGUAJE SENCILLO

I. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

I. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA II - II. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA II

II. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

II. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

II. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA III - III. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA III

III. REFLEXIÓN EN LENGUAJE SENCILLO

III. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

III. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA IV - IV. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA IV

IV. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

IV. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

IV. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA V - V. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA V

V. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

V. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

V. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA VI - VI. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA VI

VI. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

VI. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

VI. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA VII - VII. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA VII

VII. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

VII. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

VII. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

HOMILÍA VIII - VIII. ANÁLISIS TEOLÓGICO

HOMILÍA VIII

VIII. ANÁLISIS EN LENGUAJE SENCILLO

VIII. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

VIII. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

Y AHORA QUÉ

PRÓLOGO

El libro que acabas de descargar existe porque la iglesia occidental está enferma, y los hombres que deberían estar diagnosticando las enfermedades se compran, se intimidan o, simplemente, los feligreses se sienten demasiado cómodos en sus asientos del banquete de solidaridad con Israel como para decirlo en voz alta. Juan Crisóstomo no tuvo ese problema. Fue obispo de Antioquía en el año 386 d. C., se formó con el mayor retórico pagano de todos los tiempos, y cuando observó a su congregación y vio a cristianos escabullirse a la sinagoga para ayunar con los judíos, jurar en sus santuarios y buscar la sanación de sus practicantes, no programó una reunión de sensibilización. Predicó ocho sermones consecutivos que constituyeron la intervención pastoral más sostenida y feroz en la historia de la Iglesia cristiana. Nombró la enfermedad. La rastreó hasta sus raíces. Movilizó a su congregación para dar caza a los infectados y traerlos de vuelta. Y ganó. El problema de la judaización en Antioquía no sobrevivió al contacto con la boca de Crisóstomo, a la que sus contemporáneos llamaban oro por razones que se harán evidentes en cuanto empieces a leer.

Este libro te demostrará que la herejía no muere, sino que evoluciona. También te mostrará por qué quienes han excluido estos sermones de tu lista de lecturas son precisamente aquellos contra quienes luchaba Crisóstomo. «No hay nada nuevo bajo el sol», dijo Salomón. Y tenía razón.

LA ENFERMEDAD NO HA CAMBIADO

Esto es lo que Crisóstomo estaba observando: los cristianos de Antioquía asistían a fiestas judías, iban a la sinagoga en las días de fiestas, ayunando con los judíos, arrastrando a sus esposas a rituales de curación judíos y tratando la sinagoga como un lugar de poder espiritual especial cuyos juramentos eran más vinculantes y cuyos sanadores eran más efectivos que cualquier cosa que la iglesia pudiera ofrecer. Se convencieron de que el aparato religioso judío conservaba una auténtica legitimidad espiritual junto con el cristianismo, de que la sinagoga y la iglesia no eran enemigas sino

primas, de que el Dios adorado en una era compatible con el Dios adorado en la otra, y de que un cristiano podía moverse cómodamente entre ambas sin traicionar a ninguna.

Crisóstomo lo llamó una enfermedad, y lo decía con precisión clínica. Era una dolencia que se había arraigado en la Iglesia, se extendía, era aguda, y si no la trataba antes de la fiesta de las Trompetas, cuando sus feligreses ya se hubieran marchado, cualquier sermón que predicara después caería sobre personas que ya habían pecado y tendría consecuencias nefastas. No estaba exagerando. Estaba diagnosticando, y hay una diferencia que la mayoría de los hombres que han ocupado púlpitos en Estados Unidos durante los últimos cien años jamás se han molestado en comprender.

Ahora miren la iglesia evangélica estadounidense en 2025. Las iglesias de todo el país celebran Seders de Pésaj anuales y los presentan como oportunidades para conectar con las raíces judías de la fe cristiana. Los pastores organizan viajes a Israel y regresan a casa convencidos de que caminar por donde caminó Jesús les dio a sus congregaciones algo que el domingo por la mañana simplemente no puede brindar. Ministerios enteros se han construido en torno al apoyo financiero y político al Estado judío moderno, contruidos sobre la premisa teológica de que el pacto que Dios hizo con Abraham se aplica sin reservas ni condiciones a una nación secular que rechaza a Jesucristo como algo más que un rabino fracasado y una vergüenza histórica. Los cristianos asisten a las celebraciones de las fiestas judías porque alguien les dijo que los conectaría con el Antiguo Testamento, como si su conexión con el Antiguo Testamento se establece a través del judaísmo rabínico, más que a través de la iglesia apostólica que lo cumplió y lo reemplazó.

Los síntomas son idénticos a los que trataba Crisóstomo. La enfermedad es idéntica. Las únicas diferencias son que la parte infectada de la iglesia es ahora mucho mayor, la estructura institucional que sustenta la infección cuenta con mucha más financiación y los hombres que deberían estar diciendo lo que decía

Crisóstomo, en cambio, comparten escenario con quienes la propagan.

ESTA NO ES UNA GUERRA NUEVA

Lo que la élite sionista cristiana más necesita que usted ignore es que la iglesia ya ha pasado por esto antes y ha vencido decisivamente. El impulso judaizante no tomó por sorpresa a la iglesia primitiva, ni la derrotó. Los apóstoles lo abordaron, Pablo escribió Gálatas a raíz de ello, y Gálatas es esencialmente una versión epistolar de lo que Crisóstomo predicó durante ocho domingos. Los concilios lo trataron. Los Padres de la Iglesia lo trataron. La razón por la que usted no ha escuchado estos sermones recomendados desde su púlpito, la razón por la que no aparecen en las listas de lecturas aprobadas de los principales seminarios evangélicos, y la razón por la que quienes dirigen el complejo industrial sionista cristiano prefieren que usted dedique su tiempo a leer a John Hagee en lugar de a John Crisóstomo es que estas ocho homilías constituyen la demolición más exhaustiva de todo su proyecto teológico jamás recopilada en un libro.

Crisóstomo argumenta, a partir de las Escrituras, de los profetas, de la lógica de la historia de la redención y del testimonio del propio Cristo, que el aparato religioso judío después del rechazo de Cristo no es la continuación de la religión del Antiguo Testamento, sino su corrupción y su cadáver. La sinagoga no es una forma menor de culto que apunta hacia la revelación más completa de Cristo. Es, en su lenguaje preciso e implacable, una morada de demonios, un altar invisible de engaño en el que no sacrifican ovejas ni becerros, sino las almas de los hombres. No llega a esta conclusión por animosidad personal, sino citando al mismo Cristo, quien dijo claramente que quienes rechazan al Hijo ni conocen al Hijo ni al Padre. Crisóstomo simplemente se niega a fingir que Cristo no lo dijo, y se niega a permitir que su congregación lo finja también.

¿QUÉ HACE ESTE LIBRO?

Aquí se presentan las ocho homilias íntegras, palabra por palabra, incluyendo las partes que te harán querer ponerte de pie y aplaudir, y las que te harán comprender de inmediato por qué las instituciones se han esforzado tanto por mantener a este hombre fuera de tu alcance. Pero las homilias son solo el comienzo, porque Crisóstomo predicaba a una congregación en Antioquía del siglo IV que comprendía sin necesidad de explicaciones conceptos que los lectores modernos necesitan comprender con detenimiento. El contexto histórico, el aparato teológico, las controversias específicas que abordaba: todo ello se desglosa en el comentario que sigue a cada homilia.

Tras cada homilia, encontrará un resumen en inglés sencillo que traduce la estructura retórica de Crisóstomo del siglo IV a un lenguaje accesible para todos, seguido de un análisis teológico que conecta sus argumentos con las Escrituras y con las categorías reformadas que los cristianos comprometidos ya conocen. La sección de aplicación actual no utiliza generalidades vagas, sino que nombra los equivalentes modernos de aquello que Crisóstomo combatía, mencionando sus nombres y direcciones. Cada homilia también incluye preguntas para la reflexión, diseñadas para generar un debate que realmente provoque un cambio de opinión.

UNA NOTA SOBRE EL TÍTULO

No te enfades conmigo por el nombre. Crisóstomo lo dijo. En la primera homilia, describiendo en qué se habían convertido las fiestas judías en Antioquía, escribe que «los judíos reúnen coros de afeminados y una gran pila de prostitutas, arrastrando todo el teatro a la sinagoga, actores incluidos». Lo puse en la portada porque corresponde, porque es la declaración más concisa posible de todo su argumento: que el aparato religioso judío posterior al rechazo no es algo sagrado al que se acerque con reverencia, sino un carnaval que se representa desafiando al Dios al que dice honrar. El título es el diagnóstico de Crisóstomo en cinco palabras, y todo lo demás en este libro es la prueba.

La iglesia primitiva tenía un problema de judaización y lo resolvió. Tienes en tus manos el manual que ellos usaron. Léelo con atención, porque esa misma enfermedad está afectando a tu iglesia ahora mismo, y el diagnóstico experto de Crisóstomo es totalmente acertado.

— JD HALL

Insight to Incite, 2026

INTRODUCCIÓN

El hombre cuyas palabras llenan este volumen ha sido llamado monstruo. Michael Brown, en su libro “Antisemitismo Cristiano” narra la historia de una mujer llamada María que publicó un comentario en su canal de YouTube con un enlace a una recopilación de seis horas y cuarto de todos los sermones de Juan Crisóstomo contra los judíos. Brown utiliza esta historia como una de las justificaciones para escribir el libro. La implicación es siniestra. Difundir estas homilías es en sí mismo un acto antisemita. Según Brown, la mujer que las compartió estaba propagando el odio.

Daniel Juster, en un artículo para el Keshet Journal, es más directo y califica el discurso de Crisóstomo como «uno de los peores de la historia». Brown, por su parte, compara a quienes citan a Crisóstomo con aprobación con un hombre que elaboró una lista de dieciséis razones por las que el pueblo judío debía ser exterminado. No se trata de discrepancias académicas sobre el contexto histórico, sino de intentos de excluir las ocho homilías de Crisóstomo del análisis cristiano serio, asociándolas, junto con quienes las leen sin horror, con las peores atrocidades del siglo XX.

Pero nuestro hermano mayor debería ser absuelto de esa acusación, no suavizando lo que dijo Crisóstomo, no disculpándose por la vehemencia de su lenguaje, ni fingiendo que un obispo del siglo IV suena como un consultor de diversidad del siglo XXI, sino colocando sus palabras en el contexto que las hace comprensibles, demostrando que no fue ni único ni extremista entre los padres de su época, y argumentando que el intento moderno de instrumentalizar su retórica contra el cristianismo ortodoxo es en sí mismo profundamente una deshonesto empresa que requiere ignorar la mayor parte de la evidencia relevante para llegar a su conclusión predeterminada.

EL LENGUAJE Y SU EXISTENCIA

Permítanme ser franco: no defenderé las palabras de Crisóstomo. Porque no necesitan defensa. Eran buenas, piadosas, honorables y buenas. He visto a luteranos confesionales, como Chris Rosebrough, denunciar a Lutero como un «antisemita» por decir solo la verdad. Denuncio ese comportamiento; es una violación del Quinto Mandamiento, una deshonra para nuestros antepasados y un pecado. Los cristianos que nos precedieron no son una vergüenza por haber tenido el valor de decir cosas que nosotros no diríamos. Francamente, eran mejores personas. Así que, para que quede claro, este no es un libro en el que se deba esperar que su autor incluya una sección sobre cómo podemos seguir aprendiendo de la sabiduría de Crisóstomo sin aceptar su discurso de odio, ni sobre cómo podemos aceptar su uso de las Escrituras pero rechazar sus conclusiones. No participaré en esa predecible retractación que hacen los modernistas, en la que decimos algo sobre comer pescado y «escupir las espinas». Aquí no hay espinas; es un filete.

Crisóstomo llama a la sinagoga burdel, teatro, guarida de ladrones y refugio de bestias salvajes. Llama a los judíos cerdos y cabras. Describe sus festines como una reunión de prostitutas. Dice que ningún judío adora a Dios. Dice que los demonios habitan en sus almas. Dice que su condición no es mejor que la de los animales irracionales. Los lectores modernos, marcados por la sensibilidad posterior al Holocausto y la cultura terapéutica del cristianismo occidental contemporáneo, se topan con estos pasajes y se estremecen, y es comprensible. Pero estremecerse no es lo mismo que comprender, y comprender requiere hacer algo que la mayoría de los críticos modernos de Crisóstomo se han negado ostensiblemente a hacer: leerlo en su contexto.

Crisóstomo fue discípulo de Libanio de Antioquía, considerado universalmente como el mayor retórico pagano del siglo IV. Libanio enseñó a sus alumnos todo el arsenal de la retórica griega clásica, incluyendo la tradición de la invectiva, el estilo acusatorio conocido como psogos, que el público antiguo entendía como un modo formal de argumentación con sus propias convenciones y expectativas.

Es fundamental comprender cómo funcionaba la disputa en aquella época. Por ejemplo, cuando Cicerón pronunció sus Filípicas contra Marco Antonio, llamándolo borracho, degenerado y destructor de la república, ningún senador romano pensó que Cicerón estuviera escribiendo una crítica moral. Entendían que la retórica acusatoria opera en un registro distinto al de la prosa descriptiva, que su propósito es construir un caso y derribar al oponente, y que su eficacia depende precisamente de su disposición a llevar el argumento hasta su máxima expresión. La congregación de Crisóstomo comprendía su retórica de la misma manera.

Y Crisóstomo creía que luchaba por su pueblo. Este es el punto que sus críticos modernos ignoran con mayor frecuencia y conveniencia. No era un polemista encerrado en una biblioteca componiendo argumentos teóricos sobre teología judía. Era un pastor que observaba a los miembros de su congregación salir de la iglesia y entrar en la sinagoga, verlos ayunar con los judíos, verlos llevar a sus esposas a rituales de sanación judíos, verlos jurar en santuarios judíos porque alguien les había dicho que allí los juramentos eran más vinculantes. Creía, con absoluta seriedad teológica, que lo que hacían sus feligreses no era un turismo cultural inofensivo, sino una apostasía que ponía en peligro sus almas.

Un pastor que observa a sus ovejas caminar hacia lo que él cree sinceramente que es un precipicio no compone una prosa académica medida sobre la geología del terreno. Grita. Corre. Agarra a la gente del brazo. La vehemencia del lenguaje de Crisóstomo no evidencia un odio patológico. Es evidencia de urgencia pastoral, y existe una diferencia significativa entre ambas que Michael Brown y sus colegas no han mostrado interés en reconocer.

NO FUE UN CASO APARTE

El argumento de que Crisóstomo representa una variante singular y aberrante de la tradición cristiana se desmorona al considerar las ideas de sus contemporáneos. No se distinguió de su época por tener opiniones más radicales que las de ellos, sino porque sus obras se conservaron en mejor estado y en mayor cantidad. Las homilías contra los judaizantes no son una excepción en la tradición patrística, sino una expresión particularmente bien conservada y retóricamente sofisticada de una postura esencialmente universal entre los Padres de la Iglesia.

Orígenes, que escribió un siglo y medio antes que Crisóstomo, sostenía que el pueblo judío era responsable colectivamente del rechazo de Cristo y que su dispersión y sufrimiento constituían un castigo divino por dicho rechazo. Su lenguaje no es precisamente suave. Tertuliano escribió que los judíos merecían los sufrimientos que les sobrevinieron y que la destrucción de Jerusalén fue el veredicto de Dios por su crimen contra Cristo. Jerónimo, contemporáneo de Crisóstomo y traductor de la Vulgata, empleó un lenguaje sobre la sinagoga y la práctica religiosa judía que no es, en ningún sentido significativo, más suave que el que escribió Crisóstomo.

Efrén el Sirio, otro contemporáneo, escribió himnos y homilías contra los judíos que rivalizan con los de Crisóstomo en ferocidad retórica, describiendo la sinagoga como un lugar de maldad y al pueblo judío como aquellos que habían matado a los profetas y finalmente al propio Hijo de Dios. Ambrosio de Milán, obispo y mentor de Agustín, se negó a condenar a los cristianos que incendiaron una sinagoga y argumentó ante el emperador Teodosio que tal edificio carecía de protección legal debido a lo que representaba. No se trata de figuras marginales. Son los arquitectos fundacionales de la teología cristiana occidental y coinciden sustancialmente con Crisóstomo en todas las cuestiones teológicas que inspiraron su retórica.

La selectividad de la acusación moderna resulta reveladora. Crisóstomo es señalado no por ser excepcionalmente extremista, sino por ser excepcionalmente citable. Brown y Juster no dedican

la misma energía a condenar a Orígenes, Tertuliano o Ambrosio, a pesar de que las posturas de estos Padres de la Iglesia son, en esencia, idénticas a las de Crisóstomo. La estrategia consiste en presentarlo como un monstruo aislado, en lugar de una voz representativa de una tradición, porque si es un monstruo aislado, la tradición puede salvarse; pero si es una voz representativa, la tradición misma se convierte en el blanco. Esa es la verdadera intención detrás de libros como el de Brown, y los lectores de este volumen merecen saberlo de antemano.

EL PROBLEMA DEL ANACRONISMO

Existe otro problema con la interpretación moderna de Crisóstomo que va más allá de la mera citación selectiva: el anacronismo. El término «antisemitismo» fue acuñado en 1879 por el periodista alemán Wilhelm Marr, quien lo utilizó para describir un movimiento político basado en la hostilidad racial hacia los judíos como grupo étnico. El concepto, tal como lo entendemos hoy, el odio racial hacia el pueblo judío como categoría biológica, es producto del nacionalismo europeo del siglo XIX y del racismo pseudocientífico. No tiene ninguna aplicación práctica a una disputa teológica del siglo IV entre un obispo cristiano y practicantes religiosos judíos sobre la validez del culto judío posterior al rechazo.

Crisóstomo no atacaba a los judíos como raza, sino a una religión —y a sus seguidores— que, según él, corrompían las almas de sus feligreses. Creía que la jerarquía religiosa judía promovía activamente la herejía y lo hacía con engaño. Su argumento era puramente teológico. Se basaba en los profetas judíos, argumentando que estos condenaban las mismas prácticas que los judíos celebraban. Citaba a Cristo, quien afirmó que quienes rechazan al Hijo ni conocen al Hijo ni al Padre. Estos son argumentos teológicos sobre la posición del culto judío posterior al rechazo en el contexto de la redención. Introducir la categoría de antisemitismo racial en este argumento no es una maniobra académica, sino retórica, diseñada para zanjar la conversación

antes de que comience, asociando la postura teológica de Crisóstomo con las cámaras de gas del siglo XX.

También cabe destacar, ya que casi nunca se menciona en estos debates, que las fuentes judías de la misma época no se expresaban con benevolencia hacia los cristianos. La Birkat HaMinim, la bendición contra los herejes añadida a la oración de la Amidá a finales del siglo I, fue interpretada por los primeros cristianos como una maldición dirigida específicamente a ellos. Los pasajes talmúdicos sobre Jesús lo describen en términos que ningún cristiano aceptaría como justos o precisos. Era un mundo de intensos debates teológicos entre comunidades que creían estar luchando por las cuestiones más importantes de la existencia humana, y ambos bandos combatieron con vehemencia. La decisión de defender únicamente una de las partes en ese conflicto no es erudición. Es defensa de una postura disfrazada de erudición, y debe ser identificada como tal.

LÉALO CON DE FORMA JUSTA

Crisóstomo fue un hombre de su tiempo, que operaba dentro de las convenciones retóricas de su tiempo, enfrentando una crisis pastoral que evaluó la situación con las herramientas teológicas que el tiempo le había brindado. Si lo leemos como ese hombre, en ese contexto, librando esa batalla, no es un monstruo. Es uno de los pastores más talentosos y valientes en la historia de la iglesia cristiana, un hombre que amó a su congregación lo suficiente como para ganarse poderosos enemigos en su favor, que comprendió que la labor del pastor no incluye mantener a las ovejas cómodas mientras los lobos acechan dentro del cercado.

Cuando Daniel Juster califica el discurso de Crisóstomo como uno de los peores de la historia, emite un juicio desde un marco que no existía cuando Crisóstomo predicó, utilizando categorías inventadas catorce siglos después y aplicándolas a una emergencia pastoral que Juster no ha mostrado interés en tomar en serio en sus propios términos. Cuando Michael Brown considera la difusión de estas homilías como prueba de la propagación del antisemitismo en

la Iglesia, argumenta, en esencia, que las obras de una de las figuras más veneradas de toda la historia del cristianismo son demasiado peligrosas para que los cristianos las lean sin supervisión. Ambas posturas merecen el desprecio de cualquier estudioso serio de la historia de la Iglesia.

Las homilías que siguen son feroces. También son brillantes, profundamente bíblicas, teológicamente precisas y pastoralmente urgentes, algo que no se encuentra en la mayoría de la predicación cristiana de 2025. Léalas con la generosidad que brindaría a cualquier hombre que luchara con todas sus fuerzas para proteger a las personas a su cargo de lo que, según su convicción, las estaba destruyendo. Puede que no esté de acuerdo con sus métodos. No podrá desestimar su argumento. Pero espero que también llegue a adoptarlos. Este mundo necesita más franqueza, más honestidad y más Juan Crisóstomo.

SOBRE CRISOSTOMO

Crisóstomo nació en una familia adinerada en Antioquía alrededor del año 347 d.C., perdió a su padre antes de poder recordarlo.

Fue criado por una madre que enviudó a los veinte años y que rechazó todas las propuestas de matrimonio para dedicarse por completo a la educación de su hijo. Su nombre era Anthusa, y cuando el gran retórico pagano Libanio se enteró de su compromiso con la formación de su hijo, se dice que afirmó que los cristianos tenían a las mejores mujeres. No se equivocaba, y el hijo que Anthusa tuvo lo demostraría sin lugar a dudas.

Juan pasó sus primeros años recibiendo la mejor educación que Antioquía podía ofrecer, lo que en el siglo IV significaba aprender del mismísimo Libanio. Libanio no era una figura menor. Fue el mayor retórico pagano de su época, entre cuyos alumnos se contaban emperadores, generales y las figuras públicas más influyentes del Imperio Romano tardío. Le enseñó al joven Juan todo el arsenal de la retórica griega: la estructura argumentativa, el uso de la invectiva y el estilo acusatorio que más tarde convertiría los sermones de Juan en algunos de los documentos más feroces de la historia de la predicación cristiana. Cuando hoy en día la gente se topa con el lenguaje de Crisóstomo y lo encuentra chocante, se encuentra con el producto de la mejor educación retórica que el mundo antiguo podía brindar, impartida por un hombre que también había sido transformado por el Evangelio y que puso todas sus habilidades al servicio de su congregación. Según se cuenta, cuando le preguntaron al propio Libanio, casi al final de su vida, quién debería sucederle como el principal retórico de la época, respondió que habría sido Juan, si los cristianos no se lo hubieran arrebatado.

Tras sus estudios jurídicos y su formación retórica, Juan cayó bajo la influencia de Melecio, obispo de Antioquía, y fue bautizado alrededor del año 368 d. C. Pasó entonces aproximadamente tres años viviendo como asceta bajo la dirección de un monje sirio

llamado Hesiquio, seguidos de dos años viviendo solo en una cueva en las montañas a las afueras de Antioquía, ayunando, orando y memorizando la totalidad de las Escrituras, hasta que una indisposición estomacal lo obligó a regresar a la ciudad para recuperarse. Este período de formación ascética fue crucial para su predicación posterior. Fue el crisol donde sus convicciones teológicas se forjaron hasta adquirir su forma definitiva, y la combinación de una formación retórica de primer nivel y años de inmersión solitaria en las Escrituras produjo algo que la iglesia primitiva no había visto antes ni ha vuelto a ver.

BOCA DE ORO

Fue ordenado diácono en el año 381 d. C. y presbítero en el 386 d. C., y fue en su calidad de presbítero en Antioquía donde predicó las ocho homilías que están a punto de leer. El título que la historia le ha atribuido, Crisóstomo, que significa «Boca de Oro» en griego, no le fue dado por sus enemigos. Se lo dio una iglesia que reconoció, incluso en vida del difunto, que su predicación alcanzaba un nivel que la mayoría de los hombres jamás alcanzan. Predicó en una época anterior a la imprenta, a la grabación, a cualquier aparato mecánico que los comunicadores modernos dan por sentado, y llenaba las iglesias. La gente permanecía de pie durante horas para escucharlo. Interrumpían sus sermones con aplausos. Lloraban. Discutían con él después en las calles. Poseía una cualidad que ninguna formación retórica puede fabricar por completo: la de un hombre que cree en cada palabra que dice y no comprende por qué los demás no la creen también.

Su temática era implacablemente práctica. Predicaba libros enteros de las Escrituras, versículo por versículo, conectando el texto en cada punto con las condiciones específicas de la vida en Antioquía. Predicaba sobre la riqueza y la pobreza, sobre las obligaciones de los ricos hacia los pobres, sobre los peligros espirituales del teatro y las carreras de cuadrigas, sobre el matrimonio, la familia y la educación de los hijos. No era un teólogo sistemático al estilo de los Capadocios. Era un pastor en el sentido más completo de la palabra, un hombre que conocía a su

congregación, conocía sus tentaciones, sabía qué los estaba perjudicando y predicaba directamente sobre esos temas sin la capa de abstracción tras la que se esconden otros predicadores.

Las ocho homilías contra los judaizantes son una expresión perfecta de esta franqueza pastoral. No las predicó porque tuviera una teoría sobre la religión judía que quisiera exponer, sino porque su gente acudía a la sinagoga, y él creía que la sinagoga era morada de demonios, y no podía ver a su congregación entrar allí sin decir nada. La urgencia en las homilías no es fingida; es real. Este hombre había pasado dos años solo en una cueva, con nada más que las Escrituras y la oración, y había salido de allí convencido de que Jesucristo era la única esperanza de la humanidad, y había visto a sus seres queridos elegir otra cosa. De ahí proviene la vehemencia, y quien lea estos sermones sin comprender esto, en realidad no los está leyendo.

ANTIOQUÍA Y SUS COMPLICACIONES

Antioquía en el año 386 d. C. no era una ciudad simple, y la situación pastoral que Crisóstomo estaba afrontando tampoco lo era. Era una de las ciudades más grandes del Imperio Romano, un centro comercial cosmopolita donde las culturas griega, siria, judía y pagana se entrecruzaban de maneras que creaban una presión constante sobre los límites de la identidad cristiana. La comunidad judía en Antioquía era grande, establecida y socialmente respetable de una manera que las comunidades judías en muchas otras partes del imperio no lo eran. La sinagoga era una institución cívica. Las fiestas judías eran eventos públicos. Las relaciones sociales y comerciales entre judíos y cristianos en Antioquía eran tan estrechas que los límites entre ambas comunidades resultaban difusos para muchos cristianos comunes que no habían reflexionado detenidamente sobre el verdadero significado de su bautismo para su relación con la práctica religiosa judía.

Este es el mundo en el que predicaba Crisóstomo, y es importante comprenderlo porque el lector moderno se ve tentado a ver a su congregación como un grupo de desertores teológicos que habían elegido conscientemente el judaísmo en lugar del

cristianismo. Pero no era así. Lo que sucedía era más mundano y más peligroso. La gente asistía a las fiestas judías porque eran festivas, públicas y estaban arraigadas en la vida social de la ciudad. Acudían a curanderos judíos porque estaban enfermos y asustados, y alguien les había dicho que los practicantes judíos tenían remedios eficaces. Trataban la sinagoga como un lugar de especial poder espiritual, no porque hubieran rechazado a Cristo, sino porque nunca habían comprendido del todo lo que el rechazo de Cristo por parte de la jerarquía religiosa judía significaba para el estatus de dicha jerarquía. Estaban, en el sentido más literal, confundidos. Y la respuesta de Crisóstomo a su confusión fue aclararles las cosas por completo, explicarles con total claridad qué era y qué no era la sinagoga, qué eran y qué no eran las fiestas judías, y cuáles eran las consecuencias para los cristianos que seguían difuminando esos límites.

EL HOMBRE DETRÁS DE LA BOCA

Se convirtió en arzobispo de Constantinopla en el año 398 d. C., lo que lo colocó en el escenario más importante del mundo cristiano y también en el entorno político más peligroso que jamás había afrontado. Su predicación en Constantinopla fue tan implacable como lo había sido en Antioquía, y considerablemente más trascendental. porque entre sus objetivos figuraba ahora la emperatriz Eudoxia, cuya extravagancia y maniobras políticas criticaba desde el púlpito sin la sutileza diplomática que cabría esperar. Eudoxia lo exilió dos veces. El segundo exilio fue definitivo. Murió en el año 407 d. C. en el Ponto, en el extremo oriental del Mar Negro, agotado por una marcha forzada que sus captores habían planeado específicamente para matarlo, y murió con la misma frase en los labios que había guiado su vida: la expresión griega que se traduce aproximadamente como «Gracias a Dios por todo». Según todos los testimonios, fueron sus últimas palabras.

Este es el hombre cuyas palabras están a punto de leer. No era un lunático marginal, ni un excéntrico, ni un caso atípico dentro de la tradición cristiana. Él representaba la tradición en su máxima

expresión, con la mayor elocuencia y la más profunda seriedad pastoral. Léanlo en consecuencia.

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

El texto de las ocho homilías presentadas en este volumen es la traducción al español de la versión en inglés que ha circulado en diversas formas. Disponible en línea desde que Paul Halsall la publicó por primera vez en el Medieval Sourcebook de la Universidad de Fordham en 1998. La traducción se atribuye generalmente a Paul W. Harkins, cuya edición académica de las homilías fue publicada por la Catholic University of America Press en 1979 como el volumen 68 de la serie Padres de la Iglesia bajo el título «Discursos contra los cristianos judaizantes». La edición de Harkins sigue siendo la traducción académica estándar en inglés de estas homilías, y los lectores que deseen el aparato crítico completo, que incluye notas a pie de página, notas textuales y comentarios críticos, deben consultar dicho volumen.

Una aclaración sobre el título. Harkins tradujo el título griego como «Discursos contra los cristianos judaizantes», un claro ejemplo de la desagradable suavidad de nuestra época. Evidentemente, este es un ejemplo del problema al que nos enfrentamos: el embotamiento del discurso y el suavizado de nuestras críticas. Ese título es mucho más suave que la tradición de llamarlos simplemente «Contra los judíos». «Ocho homilías contra los judíos» es como se ha conocido la colección en el mundo angloparlante durante la mayor parte de su historia, porque el objetivo de Crisóstomo no era solo la práctica de la judaización, sino el sistema religioso judío que alejaba a sus feligreses de la iglesia. El título no es una interpretación nuestra, sino suya.

Un aspecto textual merece una mención específica. Los lectores familiarizados con otras ediciones de estas homilías notarán que la Homilía II de este volumen es considerablemente más corta que las demás. Durante la mayor parte de la historia del cristianismo, los estudiosos asumieron que la que se creía que la mayor parte de la Homilía II se había perdido y que el texto conservado representaba solo un fragmento de lo que Crisóstomo predicó originalmente. Esta suposición se refutó en la década de 1990, cuando la erudita

alemana Wendy Pradels descubrió un manuscrito completo de la Homilía II en un monasterio griego, que contenía el material faltante y ampliaba sustancialmente el segundo sermón. La traducción utilizada en este volumen es anterior a dicho descubrimiento y, por lo tanto, presenta la versión más breve e históricamente estándar de la Homilía II. Los lectores que deseen el texto completo deben consultar la bibliografía académica más reciente. Para los fines de esta edición, el texto más breve es suficiente. Solo quería que supieran que existe.

Crisóstomo predicó en griego a una congregación en Antioquía, y cualquier traducción de la prosa retórica griega antigua al inglés moderno implica pérdidas que ningún traductor puede evitar por completo. Las cadencias del griego de Crisóstomo, la arquitectura retórica de sus argumentos, las resonancias específicas de las palabras que portaban carga teológica para el siglo IV

Lo que ninguna traducción puede transmitir por completo es la experiencia de escuchar estos sermones pronunciados ante una congregación en vivo por un hombre que había memorizado la totalidad de las Escrituras y que predicaba con toda la fuerza de la formación retórica de Libanio. Fuentes antiguas nos cuentan que las congregaciones de Crisóstomo interrumpían sus sermones con aplausos, que la gente lloraba y que después discutían con él en las calles. El texto en esta página es el esqueleto de algo que, en su presentación original, fue considerablemente más impactante que cualquier cosa que un lector moderno pueda encontrar en un servicio religioso dominical. Léalo teniendo esto en cuenta y préstele la atención que merece.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Los siguientes términos aparecen en las ocho homilias de Crisóstomo y requieren un contexto que los lectores modernos no pueden aportar. Las entradas están ordenadas alfabéticamente. Los términos que aparecen en más de una homilía se explican en su primera aparición significativa.

AARON

Hermano de Moisés y primer sumo sacerdote de Israel, de cuya estirpe descendió todo el sacerdocio levítico. La Ley de Moisés restringía el sacerdocio exclusivamente a los descendientes varones de Aarón. Crisóstomo hace referencia a los ritos de la consagración de Aarón en la Homilía VI para demostrar que el sacerdocio judío ha dejado de existir por completo, puesto que ninguno de esos ritos puede realizarse sin el templo.

ABEL

Abel, el segundo hijo de Adán y Eva, fue aceptado por Dios en su sacrificio, rechazando el de Caín. Crisóstomo cita a Abel en la Homilía VIII como uno de sus ejemplos de martirio inesperado, argumentando que murió como mártir por honrar a Dios con un sacrificio mejor que el de su hermano, sin haber enfrentado jamás un altar que le exigiera renunciar a su fe.

AELIA CAPITOLINA

La ciudad romana construida sobre las ruinas de Jerusalén por el emperador Adriano después de aplastar la revuelta de Bar Kojba en el año 135 d.C. Adriano renombró la ciudad en su propio honor y prohibió a los judíos entrar en ella bajo pena de muerte. Crisóstomo cita esto en la Homilía V como prueba de que el primer intento de los judíos de la reconstrucción tras el fracaso total de la destrucción romana, y que Jerusalén permanezca bajo el dominio gentil, tal como predijo Cristo.

ANOMIOS

Una secta teológica del siglo IV, a veces llamada eunomia por su teólogo principal, Eunomio, que sostenía que el Hijo era esencialmente completamente distinto del Padre, la forma más radical del arrianismo. El Concilio de Nicea en el año 325 d. C. había condenado formalmente el arrianismo, pero los anomianos llevaron esta postura aún más lejos. Crisóstomo estaba predicando una serie de sermones contra los anomianos cuando se interrumpió para abordar la emergencia judaizante en Antioquía, relacionando ambas herejías al señalar que tanto los judíos como los anomianos negaban la plena divinidad de Cristo, uno desde fuera de la Iglesia y el otro desde dentro.

ANTIOCO EPIFANO

El rey selúcida que gobernó entre el 175 y el 164 a. C. y que desencadenó la revuelta macabea al profanar el templo de Jerusalén, abolir el sacrificio diario y erigir un ídolo en el lugar santísimo. Crisóstomo utiliza ampliamente a Antíoco en la Homilía V como uno de los tres cautiverios históricos que Daniel profetizó con un plazo específico —mil doscientos noventa días—, en contraste con el cautiverio romano actual, para el cual Daniel no estableció un límite de tiempo.

ACEITE DE UNCIÓN

El aceite sagrado especialmente formulado, prescrito en Éxodo 30 para consagrar el tabernáculo, sus utensilios y los sacerdotes. Sin este aceite, no se pueden realizar los ritos de consagración levítica y, por lo tanto, ningún sacerdote válido puede ser ordenado. Crisóstomo cita la ausencia del aceite de unción en su homilía VI como una de las varias pruebas de que el sacerdocio judío ha dejado de existir por completo.

ARTAJERJES EL DE MANO LARGA

El rey persa que reinó aproximadamente entre el 465 y el 424 a. C., durante cuyo reinado Nehemías regresó a Jerusalén y

reconstruyó sus murallas (alrededor del 445 a. C.). Crisóstomo utiliza esta fecha en la Homilía V como punto de partida para la profecía de las setenta semanas de Daniel, argumentando que el cómputo debe comenzar con la restauración de Jerusalén bajo Artajerjes y no con el decreto anterior de Ciro, y que contar cuatrocientos ochenta y tres años hacia adelante nos lleva precisamente a la destrucción romana de Jerusalén.

REVOLUCIÓN DE BAR KOKHBA

La revuelta judía contra Roma, liderada por Simón bar Kojba entre los años 132 y 135 d. C., culminó en una derrota catastrófica y provocó la destrucción total de Jerusalén por parte del emperador Adriano, quien la renombró. Crisóstomo la menciona en su Homilía V como el segundo intento de los judíos por recuperar su ciudad, tras la destrucción sufrida bajo el mandato de Tito, y su fracaso absoluto confirma que el cautiverio actual carece de un fin profético.

BITHYNIA

Provincia romana en el noroeste de Asia Menor (actual Turquía) donde se celebró el Concilio de Nicea en el año 325 d. C. Crisóstomo invoca Nicea en la Homilía III cuando argumenta que los cristianos que se niegan a celebrar la Pascua en la fecha decretada por el concilio deben acusar a los trescientos padres allí reunidos de ignorancia o cobardía.

PECTORAL

El pectoral ornamentado que vestía el sumo sacerdote de Israel, engastado con doce piedras preciosas grabadas con los nombres de las doce tribus de Israel, y que albergaba el Urim y el Tumim. Crisóstomo lo menciona en su Homilía VI entre los elementos de la consagración sacerdotal que ya no existen, lo que demuestra que la actual jerarquía religiosa judía no puede ostentar un sacerdocio válido según la Ley.

CAÍN

El primogénito de Adán y Eva, cuya ofrenda Dios rechazó en favor de la de Abel. Crisóstomo utiliza ampliamente la historia de Caín en la Homilía VIII para argumentar que el cuidado pastoral posterior a la caída es el modelo de Dios: Dios no abandonó a Caín tras el asesinato de Abel, sino que volvió a él, lo corrigió y le instó un castigo redentor. También utiliza esta historia para argumentar sobre la primera confesión, señalando que la admisión de culpa de Caín se produjo solo después de que Dios lo acusara, lo que significa que no fue una primera confesión genuina y, por lo tanto, no tuvo el poder justificador prometido por Isaías.

CATECUMEN

Persona instruida en la fe cristiana que aún no ha sido bautizada. En la iglesia primitiva, los catecúmenos eran excluidos de la liturgia antes de la celebración de la Eucaristía, ya que aún no habían recibido los sacramentos. Crisóstomo distingue entre catecúmenos y creyentes plenamente bautizados en la Homilía II al prescribir diferentes niveles de disciplina para aquellos contagiados por la judaización.

QUERUBÍN

Las figuras angélicas cuyas imágenes doradas se erguían enfrentadas sobre el Arca de la Alianza en el lugar santísimo del templo de Jerusalén, entre cuyas alas se decía que Dios hablaba con Moisés. Crisóstomo cita su ausencia en la Homilía VI como parte de su argumento de que incluso el aparato divino más sagrado ha sido retirado permanentemente de la institución religiosa judía.

LA CONTINUIDAD

El término que usaba Crisóstomo para referirse al sacrificio diario ininterrumpido que se ofrecía mañana y tarde en el templo de Jerusalén, al que Daniel llama tamid. Daniel 9:27 predijo la abolición de este sacrificio como parte de la desolación. Crisóstomo utiliza este término en la Homilía V para fundamentar su cálculo de la cronología profética de

Daniel y para demostrar que la eliminación definitiva del sacrificio diario fue, en sí misma, el cumplimiento de la profecía.

CONSTANTINO

El emperador romano que legalizó el cristianismo en el año 313 d. C. y que convocó el Concilio de Nicea en el año 325 d. C. Crisóstomo lo menciona en la Homilía V como el gobernante bajo cuyo mandato se produjo el segundo intento de reconstruir el templo de Jerusalén, señalando que Constantino detuvo el intento cortándoles las orejas a los judíos que lo intentaron y exhibiéndolos públicamente como señal de su desobediencia.

DANIEL

El profeta hebreo cuyas visiones Crisóstomo expone extensamente en la Homilía V, tratándolo como su testigo profético más importante para la desolación permanente de Jerusalén. Crisóstomo analiza la visión de Daniel del carnero y el macho cabrío, el cuerno pequeño y la profecía de las setenta semanas, argumentando que Daniel no solo predijo los tres cautiverios anteriores con plazos exactos, sino que, de manera notoria, no estableció ningún plazo para el cautiverio romano actual, lo que demuestra que es permanente.

DAFNE

Dafne era un próspero barrio residencial de Antioquía, conocido en la antigüedad por sus jardines, su famoso templo de Apolo y una sinagoga con fama de centro de sanación espiritual. Crisóstomo la menciona específicamente en su Homilía I, advirtiéndole a su congregación sobre el santuario de Matrona, donde, al parecer, los cristianos dormían junto al templo buscando visiones oníricas de curación. Trata a Dafne como si fuera incluso más peligrosa que la sinagoga de la ciudad, debido a la combinación de influencias religiosas paganas y judías.

DIÁCONO

Un ministro ordenado de la iglesia primitiva que ejercía funciones litúrgicas y prácticas por debajo del rango de presbítero. Crisóstomo hace referencia al llamado litúrgico del diácono en la Homilía I —«Reconózcanse unos a otros»— como una comisión para cada miembro de la congregación de conocer la condición espiritual de sus hermanos y actuar en consecuencia.

EFOD

Una prenda ceremonial usada por el sumo sacerdote israelita, descrita en detalle en Éxodo 28. Parte de los ritos de consagración sacerdotal que Crisóstomo enumera en la Homilía VI para demostrar que sin el aparato completo del mosaico. En cuanto a la consagración, nadie puede ser ordenado sacerdote válido hoy en día según la Ley.

FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

La festividad judía de Sucot, que se celebra durante siete días a partir del quince de Tishrei, conmemora tradicionalmente los cuarenta años de peregrinación por el desierto, cuando los judíos construyen y habitan cabañas temporales. Es una de las tres fiestas de peregrinación anuales que la Ley ordenaba observar en Jerusalén. Crisóstomo aborda la participación cristiana en las celebraciones de Sucot a lo largo de sus homilías, argumentando que su celebración fuera de Jerusalén constituye una transgresión explícita del Deuteronomio.

FIESTA DE LAS TROMPETAS

La festividad judía de Rosh Hashaná, marcada por el toque del shofar el primer día de Tishrei, era un acontecimiento cívico de gran repercusión en Antioquía. El toque público de las trompetas constituía una ocasión propicia para la observancia judía. Crisóstomo aborda este tema directamente en sus Homilías I y IV.

FIESTA DE LOS PANES SIN LEVADURA

La Pascua judía, que dura siete días, del catorce al veintiuno de Nisán, era un mes en el que se prohibía el consumo de levadura en los hogares israelitas y se ofrecía un sacrificio especial en Jerusalén. Pablo identifica a Cristo como el cordero pascual en 1 Corintios 5:7, y Crisóstomo utiliza esta identificación en la Homilía III para argumentar que la Pascua cristiana no es un evento anual del calendario, sino el sacrificio eucarístico que se ofrece cada vez que la iglesia se reúne en el altar.

GEHENNA

La transliteración griega del hebreo Ge Hinnom, el valle de Hinom a las afueras de Jerusalén, donde históricamente se realizaban sacrificios de niños a Moloc y que se convirtió en la principal imagen del Nuevo Testamento para el castigo eterno. Crisóstomo la utiliza a lo largo de sus homilías como la consecuencia última de la enfermedad judaizante, particularmente en la Homilía VIII, donde argumenta que es mejor morir de fiebre que buscar la curación de hechiceros judíos y ser condenado al Gehena.

(H)ADRIANO

El emperador romano que reinó entre los años 117 y 138 d. C., tras sofocar la revuelta de Bar Kojba, arrasó Jerusalén, la rebautizó como Aelia Capitolina, cambió el nombre de la provincia a Siria Palestina y prohibió la entrada de judíos a la ciudad. Crisóstomo cita este hecho en su Homilía V como el primero de tres intentos fallidos de reconstruir el templo, señalando que la ciudad aún se llamaba Aelia en su época.

HOLOCAUSTO

En su uso bíblico y patrístico, se refiere a un holocausto en el que el animal sacrificado era consumido por completo por el fuego, en lugar de ser parcialmente devorado por los sacerdotes o el oferente. La palabra deriva del griego y significa «totalmente quemado». Crisóstomo la utiliza a lo largo de sus homilías en su sentido litúrgico original, sin hacer referencia a su significado moderno. Cuando aparece

esta palabra en el texto, se refiere exclusivamente a una categoría específica de sacrificio del Antiguo Testamento.

JOB

El justo que sufrió en el libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre, que perdió a sus hijos, riquezas y salud en rápida sucesión en la cual Job se negó a maldecir a Dios a pesar de las insistencias de su esposa. Crisóstomo lo presenta en la Homilía VIII como su principal modelo de sufrimiento fiel ante la enfermedad, argumentando que si Job soportó un sufrimiento físico incomparablemente mayor sin recurrir a hechiceros ni conjuros, la congregación no tiene excusa para acudir a curanderos judíos cuando contraen fiebre.

JOSÉ

Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I que escribió *La guerra judía* y *Antigüedades judías*, documentando la destrucción romana de Jerusalén en el año 70 d. C., es citado por Crisóstomo en la Homilía V como un testimonio particularmente poderoso para su argumento, ya que Josefo era judío, no cristiano, y sin embargo, su relato histórico confirma la descripción profética de Daniel sobre la destrucción romana, sin ofrecer, de manera notoria, ninguna predicción de restauración.

JUDAIZANTES

Cristianos que observaban prácticas religiosas judías, incluyendo el ayuno en los días de ayuno judíos, la asistencia a las celebraciones de las fiestas judías, la observancia del Sabbath y la búsqueda de servicios espirituales de practicantes religiosos judíos. Los judaizantes de Crisóstomo no eran conversos al judaísmo, sino cristianos bautizados que se habían convencido de que la observancia religiosa judía era compatible con la fe cristiana o complementaria a ella. El término tiene su origen en la carta de Pablo a los Gálatas, donde reprende a Pedro por judaizarse al retirarse de la comunión con los creyentes gentiles bajo la presión de los judeocristianos.

JULIAN EL APÓSTATA

El emperador romano que reinó desde el 361 hasta el 363 d.C. y que, en un intento de avergonzar al cristianismo y desacreditar la predicción de Cristo sobre el templo financió y alentó activamente el intento judío de reconstruir el templo de Jerusalén. Crisóstomo narra esta historia de forma más dramática en la Homilía V, describiendo cómo el fuego brotó de los cimientos y consumió a los obreros y las piedras, aterrorizando a Juliano hasta el punto de que abandonó el proyecto. Esto ocurrió en memoria de la congregación de Crisóstomo y fue documentado tanto por fuentes paganas como cristianas.

CORÉ

El levita que lideró la rebelión contra Moisés y Aarón en Números 16, desafiando la autoridad sacerdotal exclusiva de la línea aarónica, fue vindicado por Dios. Dios hizo que la tierra se abriera y se tragara a Coré y sus seguidores, y envió fuego para consumir a los doscientos cincuenta hombres que habían ofrecido incienso en señal de desafío. Los incensarios de bronce de los rebeldes fueron convertidos en platos para el altar como un monumento permanente. Crisóstomo utiliza esta historia en la Homilía VI para demostrar la imponente solemnidad con la que Dios estableció y defendió el sacerdocio aarónico contra quienes pretendían usurparlo.

LÁZARO

El pobre de la parábola de Cristo en Lucas 16, que yacía a la puerta del rico cubierto de llagas, murió en la pobreza y la enfermedad, y fue llevado por ángeles al seno de Abraham. Crisóstomo cita a Lázaro en la Homilía VIII como su tercer modelo de sufrimiento fiel, señalando que Lázaro soportó hambre, enfermedad y humillación pública durante toda su vida sin recurrir a hechiceros ni curanderos, prefiriendo morir en piedad en lugar de buscar alivio por medios prohibidos.

LEVITAS

La tribu de Leví, de la cual descendió el sacerdocio aarónico. Bajo la Ley mosaica, solo los hombres de la tribu de Leví podían servir como sacerdotes, y recibían diezmos de las demás tribus en lugar de una herencia territorial. Crisóstomo analiza extensamente el sacerdocio levítico en la Homilía VII como parte de su argumento, basado en la epístola a los Hebreos, de que este sacerdocio ha sido reemplazado definitivamente por el sacerdocio de Melquisedec de Cristo.

LÍBANO

El más grande retórico pagano del siglo IV, que enseñó en Antioquía y entre cuyos alumnos se encontraban emperadores, generales y las figuras públicas más influyentes del Imperio Romano tardío, estudió con Libanio antes de su conversión, aprendiendo todo el arsenal de la retórica griega clásica, incluyendo la invectiva y el estilo acusatorio. Cuando los lectores modernos se topan con la ferocidad del lenguaje de Crisóstomo y lo consideran impactante, están ante el fruto de la mejor formación retórica que el mundo antiguo podía ofrecer.

MACABEOS

La familia sacerdotal judía, encabezada por Judas Macabeo y sus hermanos, que se rebelaron contra Antíoco Epífanes a partir del año 167 a. C., reconquistaron y rededicaron el templo de Jerusalén y establecieron la dinastía asmonea. Crisóstomo los menciona en la Homilía V como el cumplimiento de la profecía de Daniel sobre el pueblo que conoce a su Dios y que actuará con firmeza durante el cautiverio bajo Antíoco.

MALAQUÍAS

El último de los profetas hebreos, que escribió después del regreso de Babilonia y la reconstrucción del Segundo Templo, Crisóstomo interpreta la profecía de Malaquías en la Homilía V —que anunciaba que se ofrecería incienso a Dios en todas partes, desde el amanecer hasta el anochecer— como prueba de que el sistema de sacrificios judíos, confinado a Jerusalén, siempre estuvo destinado a ser

reemplazado por un culto espiritual universal, que Crisóstomo identifica como la Eucaristía cristiana.

MATRONA

Un santuario curativo ubicado en Dafne, un distrito suburbano de Antioquía, aparentemente asociado con la sinagoga local y con la práctica de la incubación: dormir en un lugar sagrado con la esperanza de recibir una visión sanadora o una cura. Crisóstomo lo menciona en su Homilía I como uno de los lugares religiosos judíos específicos a los que los cristianos de su congregación peregrinaban en busca de sanación física. Lo considera tan espiritualmente peligroso como el cercano templo de Apolo.

TIENDA DE REUNIÓN

El tabernáculo, el santuario portátil construido por Moisés en el desierto según las instrucciones detalladas de Dios en el Éxodo, sirvió como centro del culto israelita antes de la construcción del templo permanente en Jerusalén. Crisóstomo lo menciona en las Homilías VI y VII en relación con los ritos de consagración sacerdotal, que requerían que los ordenandos pasaran siete días en la tienda de reunión como parte de su ordenación. Sin la tienda de reunión, sus ceremonias no pueden realizarse y, por lo tanto, ningún sacerdote válido puede ser ordenado.

MELQUISEDEC

El misterioso sacerdote-rey de Salem, mencionado en Génesis 14, bendice a Abraham y recibe de él los diezmos, y es citado en el Salmo 110 como el prototipo del sacerdocio del Mesías. Crisóstomo dedica una extensa atención a Melquisedec en la Homilía VII, siguiendo el argumento de la epístola a los Hebreos, para demostrar que la profecía de David sobre un sacerdote venidero según el orden de Melquisedec, en lugar del de Aarón, señala la sustitución definitiva del sacerdocio levítico por un sacerdocio superior.

NEHEMÍAS

El funcionario judío que sirvió como copero del rey persa Artajerjes y que regresó a Jerusalén en el vigésimo año de su reinado para reconstruir sus murallas, según consta en el libro que lleva su nombre. Crisóstomo utiliza el regreso de Nehemías como punto de partida para su cálculo de las setenta semanas de Daniel en la Homilía V, argumentando que los cuatrocientos ochenta y tres años de la profecía deben contarse a partir de esta restauración y no del decreto anterior de Ciro.

NICAIA, CONCILIO DE

El primer concilio ecuménico de la iglesia cristiana, convocado por el emperador Constantino en el año 325 d.C. en Nicea, Bitinia, contó con la asistencia de más de trescientos obispos. El concilio condenó la herejía arriana y estableció el Credo Niceno, y también fijó el cálculo de la fecha de la Pascua. Crisóstomo invoca la autoridad del concilio en la Homilía III contra los cristianos que querían calcular la Pascua según el calendario judío de la Pascua judía en lugar del decreto del concilio, argumentando que rechazar a los padres conciliares es acusar de ignorancia o cobardía a los hombres que sufrieron las heridas de la persecución.

OBLACIÓN

Término general para cualquier ofrenda presentada a Dios, derivado del latín oblatio. En sus homilías, Crisóstomo lo utiliza junto con holocausto y sacrificio para describir las diversas categorías de ofrendas mosaicas, las cuales, según él, han sido abolidas definitivamente y reemplazadas por la única oblación del cuerpo de Cristo. Cuando Dios dice por medio de los profetas que no desea sacrificios ni oblación, Crisóstomo interpreta esto como una declaración de que todo el sistema sacrificial siempre apuntaba más allá de sí mismo, hacia su propia sustitución.

LA PASCUA

La Pascua cristiana, lo que la Iglesia occidental ahora llama Pascua cristiana. Crisóstomo utiliza este término a lo largo de sus homilías, particularmente en la Homilía III, para distinguir entre la Pascua judía como símbolo y la Pascua cristiana como la realidad a la que apuntaba. Argumenta, de forma controvertida, que la Pascua no es un evento anual del calendario, sino que se celebra cada vez que se ofrece dignamente la Eucaristía, lo que hace que el debate sobre qué domingo celebrar la Pascua sea considerablemente menos importante de lo que creían sus oponentes judaizantes.

PATRIARCA

En el contexto de las homilías, Crisóstomo utiliza este término para referirse a los líderes religiosos judíos de su época que se autodenominaban herederos del sacerdocio aarónico. Trata sus pretensiones con desdén en la Homilía VI, argumentando que sin los ritos de consagración, el templo, el aceite de la unción, el efod y la confirmación divina por medio de un milagro: estos hombres son actores que representan un papel en un escenario desmantelado. La palabra también se usa en su sentido bíblico para referirse a Abraham, Isaac, Jacob y sus descendientes.

PENTECOSTÉS

La fiesta judía de las Semanas, que se celebra cincuenta días después de la Pascua, y también la fiesta cristiana que conmemora el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Crisóstomo hace referencia al Pentecostés judío en la Homilía II como una de las tres fiestas de peregrinación anuales que el Deuteronomio limita explícitamente a Jerusalén. Al igual que la Pascua y los Tabernáculos, Pentecostés no puede celebrarse válidamente fuera de Jerusalén según la propia Ley, lo que convierte su celebración en Antioquía en una transgresión más que en un acto de obediencia.

PHINEHAS

El nieto de Aarón, quien ejecutó con celo a un israelita y a su esposa madianita que mantenían relaciones ilícitas durante el incidente de Baal-Peor, fue recompensado por Dios con un pacto de sacerdocio perpetuo (Números 25). Crisóstomo cita a Finehás en las Homilias IV y VI para respaldar su argumento filosófico de que la calidad moral de una acción se determina por si se ajusta a la voluntad de Dios, más que por la naturaleza de la acción en sí, y para argumentar que si Cristo fue realmente un transgresor de la ley, como afirman los judíos, deberían haber sido recompensados por crucificarlo como Finehás fue recompensado por matar a un transgresor de la ley.

POMPEYO

El general romano que capturó Jerusalén en el 63 a. C. y entró en el Santo de los Santos, poniendo fin a la independencia política judía y dando comienzo al período La dominación Imperio Romano que Crisóstomo considera la primera fase del cautiverio final. En la Homilía V, Crisóstomo menciona a Pompeyo junto con Vespasiano y Tito como la sucesión de gobernantes romanos cuyas conquistas cumplieron la profecía de las setenta semanas de Daniel.

PRESBITERO

Ministro ordenado de la iglesia primitiva, equivalente aproximadamente a lo que más tarde se llamaría sacerdote o pastor. Crisóstomo fue ordenado presbítero en Antioquía en el año 386 d. C., el mismo año en que predicó estas ocho homilias. El título indica un rango ministerial superior al de obispo.

PROPICIATORIO

El propiciatorio, la cubierta dorada del Arca de la Alianza desde cuyos querubines Dios habló a Moisés, se describe en Éxodo 25. Era el lugar donde se celebraba la ceremonia anual de expiación en Yom Kippur, cuando el sumo sacerdote rociaba sangre sobre él por los pecados del pueblo. Crisóstomo lo menciona en su Homilía VI como uno de los elementos divinamente instituidos del culto judío, cuya

ausencia demuestra que Dios se ha retirado definitivamente de la comunidad religiosa judía.

PTOLEMIO DE FILADELFIO

El segundo rey ptolemaico de Egipto, que reinó desde el 283 hasta el 246 a. C., encargó la traducción griega de las Escrituras hebreas conocida como la Septuaginta. Crisóstomo lo menciona en la Homilía I en un argumento específico: Ptolomeo depositó los libros traducidos en la biblioteca asociada al templo pagano de Serapis. La presencia de las Escrituras no santificó el templo de Serapis, y por la misma razón, Lógicamente, la presencia de la Torá y los profetas en la sinagoga no la convierte en un lugar sagrado.

SELÉUCIDAS

La dinastía fundada por Seleuco I Nicátor, uno de los generales de Alejandro Magno, gobernó gran parte del antiguo Imperio Persa, incluyendo Siria y la tierra de Israel. Antíoco Epífanes fue un rey seléucida. Crisóstomo menciona a los seléucidas en la Homilía V al analizar la historia política a través de la cual se cumplieron las profecías de Daniel.

SETENTA SEMANAS

La cronología profética dada a Daniel en Daniel 9:24-27, en la que el ángel Gabriel le dice a Daniel que setenta semanas se acortarán para su pueblo y su ciudad santa. Crisóstomo analiza esta profecía con meticuloso detalle en la Homilía V, calculando que siete semanas más sesenta y dos semanas equivalen a cuatrocientos ochenta y tres años, que el punto de partida es la restauración de Jerusalén por Nehemías bajo Artajerjes, y que contando hacia adelante se llega precisamente a la destrucción romana de Jerusalén, tras la cual Daniel describe una desolación que perdurará hasta el fin de los tiempos.

PIEDRAS DE DECLARACIÓN

El Urim y el Tumim, objetos sagrados que el sumo sacerdote guardaba en su pectoral y que se utilizaban para discernir la voluntad de Dios en el sistema mosaico. Su naturaleza exacta es incierta, pero funcionaban como un oráculo divinamente sancionado. Crisóstomo menciona las piedras de la declaración en la Homilía VI como uno de los varios elementos del aparato sacerdotal que ya no existen, lo que demuestra que la religión institucional judía ha perdido todos los mecanismos mediante los cuales se comunicaba la guía divina bajo el antiguo pacto.

TABITA

En Hechos 9 se describe a una mujer cristiana de Jope, conocida por su caridad con las viudas, que murió y fue resucitada por el apóstol Pedro gracias a las oraciones de aquellos a quienes había ayudado. Crisóstomo la cita en la Homilía VII para fundamentar su argumento escatológico de que aquellos a quienes ayudamos en esta vida intercederán por nosotros en el día del juicio, tal como las viudas a quienes Tabita ayudó lloraron junto a su cadáver y sus lágrimas contribuyeron a su resurrección.

DIEZMOS

La práctica de dar la décima parte de los ingresos o la cosecha, exigida por la Ley mosaica a todos los israelitas para que los pagaran a los levitas que servían como sacerdotes. Crisóstomo utiliza el argumento de los diezmos en la Homilía VII al analizar el argumento de Pablo en Hebreos 7 sobre la superioridad de Melquisedec sobre el sacerdocio levítico: puesto que Abraham dio los diezmos a Melquisedec y son los laicos quienes dan los diezmos a los sacerdotes, Abraham actuaba como un laico en relación con Melquisedec, lo que demuestra que el sacerdocio de Melquisedec era superior al levítico.

TITO

El general romano, más tarde emperador, que destruyó Jerusalén y el templo en el año 70 d.C., cumpliendo la

predicción de Cristo de que no quedaría piedra sobre piedra del templo. Crisóstomo nombra a Tito junto con Pompeyo y Vespasiano en la Homilía V como la secuencia de gobernantes romanos cuyas acciones cumplieron la profecía de Daniel, y trata de la destrucción del año 70 d.C. marcó el fin definitivo del aparato religioso judío.

VESPASIANO

El emperador romano cuyo hijo Tito completó la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C., mientras el propio Vespasiano consolidaba su poder imperial en Roma. Crisóstomo lo menciona en la Homilía V como parte de la sucesión de gobernantes romanos a través de quienes se cumplió la profecía de las setenta semanas de Daniel.

SOFONÍAS

El profeta hebreo cuya predicción de que cada persona adoraría a Dios desde su propio lugar (Sofonías 2:11) Crisóstomo la relaciona con la profecía de Malaquías sobre el culto universal en la Homilía V. Juntos, estos dos profetas predicen la sustitución del sistema sacrificial de Jerusalén, geográficamente limitado, por un culto espiritual universal, que Crisóstomo identifica como la Eucaristía cristiana ofrecida en cada rincón de la tierra.

CONTEXTO HISTÓRICO

En el año 386 d. C., Nitioch era la tercera ciudad más grande del Imperio Romano, solo superada por Roma y Alejandría, y era una

En Antioquía, las fronteras entre las comunidades religiosas eran genuinamente difusas, lo que generaba constantes quebraderos de cabeza pastorales para sus obispos. La comunidad judía era una de las más antiguas y consolidadas de la diáspora, remontándose al período seléucida, y nunca había sido una comunidad marginada ni aislada. Las familias judías de Antioquía poseían propiedades, comerciaban, ocupaban cargos públicos y participaban en la vida social de la ciudad, lo que convertía a la sinagoga en una institución reconocida y respetable, en lugar de un enclave extranjero.

Esta respetabilidad social es clave para comprender el origen del problema de Crisóstomo. Su congregación no se convertía al judaísmo por convicción teológica, sino que se acercaba a la práctica religiosa judía porque esta estaba arraigada en el tejido social de una ciudad donde cristianos y judíos habían convivido durante siglos. La Fiesta de las Trompetas y la Fiesta de los Tabernáculos eran eventos públicos en Antioquía. El shofar resonaba en las calles. Los puestos de Sucot aparecían en los mercados. No se trataba de rituales extranjeros exóticos celebrados a puerta cerrada, sino de eventos cívicos con una profunda carga estética y comunitaria. Para los cristianos que no habían reflexionado detenidamente sobre el significado de su bautismo para su relación con la observancia judía, la participación resultaba natural, no transgresora.

Las prácticas específicas que Crisóstomo aborda en la primera homilía nos dan una imagen detallada de cómo se manifestaba realmente el problema de la judaización sobre el terreno. Algunos de sus feligreses participaban en las fiestas judías, más que como meros espectadores. Otros ayunaban en los días de ayuno judíos. Otros acudían a curanderos judíos en el santuario de Dafne, un barrio periférico de Antioquía conocido por sus jardines y su templo de Apolo, donde una sinagoga, al parecer, gozaba de gran reputación por sus curaciones espirituales, atrayendo a visitantes

cristianos. Y algunos, como ilustra la historia de la mujer y su raptor, consideraban la sinagoga un lugar de especial poder legal y espiritual, cuyos juramentos eran más vinculantes que los prestados en la iglesia.

Crisóstomo fue ordenado presbítero en Antioquía en el año 386 d. C., el mismo año en que predicó estas homilías, lo que significa que era relativamente nuevo en el clero de la ciudad cuando identificó esta emergencia pastoral y decidió abordarla con todas sus fuerzas. Tenía aproximadamente treinta y nueve años. Había pasado años en formación ascética en el desierto sirio, memorizando las Escrituras y desarrollando las convicciones teológicas que estos sermones expresan con tanta fuerza. Conocía a su congregación, conocía su ciudad y sabía que las fiestas se acercaban rápidamente, por lo que no tenía tiempo para un enfoque gradual o diplomático.

La controversia anomia a la que hace referencia al comienzo de la primera homilía fue una de las batallas teológicas definitorias de finales del siglo IV. Los anomios, a veces llamados eunomios por su teólogo principal, Eunomio, sostenían que el Hijo era esencialmente diferente del Padre, una postura que representaba la forma más radical de arrianismo y que el Concilio de Nicea en el año 325 d. C. había condenado formalmente. La conexión que establece Crisóstomo entre la herejía anomia y el problema de la judaización no era mero oportunismo retórico. Ambas posturas negaban la plena divinidad de Cristo, una desde dentro de la Iglesia y la otra desde fuera, y una congregación que consideraba al estamento religioso judío como espiritualmente legítimo se exponía a los argumentos teológicos de aquellos que negaban lo que la comunidad judía siempre había negado, a saber, que Jesús de Nazaret era el Hijo eterno de Dios, igual al Padre.

Las ocho homilías no se pronunciaron como una serie continua. Las tres primeras tuvieron lugar en el otoño del año 386 d. C., pronunciadas en rápida sucesión al acercarse las festividades judías más importantes. Crisóstomo retomó el tema el otoño siguiente, en el año 387 d. C., con cuatro homilías más, y la octava se pronunció

en algún momento posterior, posiblemente tan tarde como en el año 388 d. C. El intervalo entre el primer grupo y el segundo nos revela algo importante sobre la naturaleza del problema. Este no desapareció. Cualquiera que fuera el efecto que las tres primeras homilias tuvieron en su congregación, al año siguiente Crisóstomo observó la misma tendencia hacia las mismas festividades y recurrió nuevamente al mismo remedio.

La estructura teológica de la serie se desarrolla a lo largo de las ocho homilias de forma que solo se hace evidente al leerlas en conjunto. La primera homilia establece la urgencia pastoral y el marco retórico. La segunda y la tercera insisten en que las fiestas judías no solo han quedado obsoletas, sino que son perjudiciales, y que participar en ellas no es un acto neutral, sino una negación de la suficiencia del sacrificio de Cristo. Las homilias posteriores profundizan en los fundamentos exegéticos, analizando el testimonio profético contra la infidelidad de Israel, la relación tipológica entre el sistema sacrificial mosaico y la cruz, y la teología del pacto que subyace a la insistencia de Crisóstomo en que la Iglesia no ha complementado a Israel, sino que lo ha sucedido.

Detrás de las ocho homilias subyace el mismo argumento paulino que anima la carta a los Gálatas. El pacto mosaico fue un custodio que señalaba hacia Cristo. Una vez que Cristo vino, la obra del custodio terminó. Volver al custodio después de que el maestro ha llegado no es piedad, sino regresión, y una regresión particularmente peligrosa porque aparenta devoción pero la despoja de su verdadero objeto. Crisóstomo comprendió, al igual que Pablo, que la mayor amenaza para el Evangelio rara vez es la oposición abierta. Es la domesticación del Evangelio por parte de sistemas religiosos rivales que toman prestado su lenguaje pero niegan su esencia en este sentido.

Antioquía en el siglo IV no era tan diferente del mundo evangélico del siglo XXI. La presión por considerar el judaísmo como un camino paralelo y complementario al Dios de Abraham, en lugar de un sistema superado y consumado en Cristo, no tuvo su

origen en el diálogo interreligioso moderno. Estaba viva y vigorosa en la congregación de Crisóstomo, entre personas bautizadas que comulgaban y que, sin embargo, encontraban la sinagoga espiritualmente atractiva. La respuesta de Crisóstomo a esa presión no fue la complacencia. Fueron estas ocho homilias, pronunciadas con vehemencia y sin disculpas, por un hombre que creía que lo que estaba en juego no era otra cosa que las almas eternas de quienes lo escuchaban.

Esa convicción es lo que hace que estos sermones valgan la pena leerse hoy. No como curiosidades históricas. No como relatos moralizantes sobre prejuicios antiguos. Sino como la obra de un pastor que se tomó la exclusividad del Evangelio tan en serio que lo predicó con fervor, sabiendo que algunos feligreses se ofenderían, otros se marcharían y otros le agradecerían más tarde, al comprender de qué los había salvado.

HOMILÍA I

I. ANÁLISIS TEOLÓGICO

La primera homilía se basa en tres argumentos teológicos entrelazados que Crisóstomo teje juntos en lugar de presentar la información de forma secuencial y comprender su relación es esencial para captar la esencia de lo que está haciendo.

El primer argumento es el de la sustitución. Crisóstomo establece, a partir de Pablo y de las propias palabras de Cristo, que la relación de pacto entre Dios y el pueblo judío ha sido alterada fundamental y permanentemente por el rechazo de Cristo. Los hijos se han convertido en perros y los perros en hijos. Esto no es una invención de Crisóstomo. Es el argumento de Pablo en Gálatas, en Romanos 9-11 y en Filipenses 3, y es la propia formulación de Cristo en su diálogo con la mujer cananea. La sustitución de Israel por la Iglesia no es una novedad teológica radical introducida por Crisóstomo. Es la afirmación central del Nuevo Testamento sobre lo que la muerte y resurrección de Cristo lograron en términos de la historia del pacto.

El segundo argumento es el del abandono. Crisóstomo argumenta, basándose en Jeremías, que Dios ha abandonado el aparato religioso judío, que donde Dios abandona un lugar, ese lugar se convierte en morada de demonios, y que, por lo tanto, la sinagoga no puede ser un lugar de culto legítimo, independientemente de lo que contenga o afirme. Este argumento se basa en la comprensión reformada de los medios de gracia, según la cual lo que hace válido el culto no es la sinceridad del adorador o la antigüedad de la institución, sino la presencia y la bendición de Dios, y que la presencia de Dios sigue a su pacto, que ahora corre a través de Cristo y su iglesia en lugar de a través de las instituciones mosaicas.

El tercer argumento es el del engaño, y es el más directamente aplicable al momento actual. La sinagoga es más peligrosa que el

templo pagano no porque su teología sea peor, sino porque su engaño es más eficaz. El ídolo en el templo pagano está desnudo. La sinagoga disfraza su rechazo a Cristo con el lenguaje y las imágenes del pacto del Antiguo Testamento, lo que la hace atractiva para los cristianos que aman el Antiguo Testamento y desean sentirse conectados con sus raíces. Esto es como la miel en el borde de una copa envenenada, y Crisóstomo argumenta que los cristianos que se sienten atraídos a la sinagoga por la presencia de la Torá y los profetas están siendo engañados por aquello mismo que más veneran.

Los tres argumentos se basan en un principio que Crisóstomo expone claramente y que todo cristiano necesita escuchar con claridad: ningún judío que rechaza a Cristo adora a Dios. Esta no es la opinión de Crisóstomo, sino el testimonio del propio Cristo en el Evangelio de Juan, donde les dice a los judíos que si conocieran al Padre, conocerían al Hijo, y que al rechazar al Hijo demuestran que no conocen al Padre. La sinagoga, tras el rechazo de Cristo, no es un lugar donde se adora a Dios de forma parcial o incompleta. Es un lugar donde no se adora a Dios en absoluto, porque el Dios de Abraham, Isaac y Jacob no puede separarse del Hijo que envió para redimir a los hijos de Abraham, y quienes crucifican al Hijo se han colocado fuera del pacto que siempre apuntaba hacia él.

El argumento de la responsabilidad comunitaria al final de la homilía merece una atención teológica específica porque es el argumento más ajeno al individualismo evangélico moderno. Crisóstomo insiste en que la condición espiritual de cada miembro de la congregación es asunto de todos los demás miembros, no como una cuestión de preferencia pastoral sino como una cuestión de eclesiología. La iglesia es un solo cuerpo con una sola cabeza, y un cuerpo que cuida para que sus miembros no sean destruidos sin intervención no significa que el cuerpo funcione como Dios lo diseñó. El llamado del diácono a reconocerse mutuamente en la liturgia no es una mera cortesía social. Es una comisión, un mandato litúrgico para conocer la condición de los hermanos y actuar en consecuencia.

HOMILÍA I

Hoy tenía la intención de concluir mi análisis sobre el tema del que les hablé hace unos días; Quería presentarles una prueba aún más clara de que la naturaleza de Dios supera nuestra comprensión. El domingo pasado hablé extensamente sobre esto y presenté como testigos a Isaías, David y Pablo. Fue Isaías quien exclamó: "¿Quién anunciará su generación?". David sabía que Dios estaba más allá de su comprensión, así que le dio gracias y dijo: "Te alabaré porque eres tremendamente grande; maravillosas son tus obras". Y de nuevo fue David quien dijo: "El conocimiento de ti es demasiado maravilloso para mí, una altura que mi mente no puede alcanzar". Pablo no indagó ni escudriñó la esencia misma de Dios, sino solo su providencia; diría más bien que solo consideró la pequeña porción de la providencia divina que Dios había manifestado cuando llamó a los gentiles.

Y Pablo vio esta pequeña parte como un mar vasto e insondable cuando exclamó: «¡Oh, la profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, y cuán inescrutables sus caminos!». Estos tres testigos nos dieron prueba suficiente, pero no me conformé con profetas ni apóstoles. Ascendí a los cielos y les di como prueba el coro de ángeles que cantaban: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad entre los hombres». También oyeron a los serafines que se estremecieron y clamaron asombrados: «Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria». Y les di también a los querubines que exclamaban: «¡Bendita sea su gloria en su morada!».

Así que hubo tres testigos en la tierra y tres en el cielo que dejaron claro que la gloria de Dios es inalcanzable. Para los demás, la prueba era irrefutable; hubo grandes aplausos, el público se llenó de entusiasmo, la asamblea se incendió. Me regocijé por esto, pero mi alegría no fue porque la alabanza me llegara a mí, sino porque la gloria le llegaría a mi Maestro. Porque esos aplausos y alabanzas demostraron el amor que tienen por Dios en sus almas. Si un siervo

ama a su amo y oye a alguien hablar en alabanza de ese amo, su corazón se enciende de amor por quien habla. Esto se debe a que el siervo ama a su amo. Ustedes actuaron de esa manera cuando hablé: con la abundancia de sus aplausos demostraron claramente su abundante amor por el Maestro. Y por eso quise participar de nuevo hoy en esa contienda. Porque si los enemigos de la verdad nunca se cansan de blasfemar contra nuestro Benefactor, debemos ser aún más incansables en alabar al Dios de todos. Pero ¿qué debo hacer? Otra enfermedad muy grave exige la cura que mis palabras puedan brindar, una enfermedad que se ha arraigado en la Iglesia. Debemos erradicarla primero y luego ocuparnos de los asuntos externos; primero debemos curar a los nuestros y luego preocuparnos por los demás, los que son ajenos a nosotros. ¿Cuál es esta enfermedad? Pronto se avecinan las fiestas de los judíos, pobres y desdichados, una tras otra: la fiesta de las Trompetas, la fiesta de los Tabernáculos, los ayunos. Muchos entre nosotros dicen pensar como nosotros. Sin embargo, algunos de ellos asistirán a las fiestas y otros se unirán a los judíos para celebrar sus fiestas y observar sus ayunos. Deseo expulsar esta costumbre perversa de la Iglesia ahora mismo.

Mis homilías contra los anomianos pueden posponerse para otro momento, y el aplazamiento no causaría ningún daño. Pero ahora que las fiestas judías están cerca y a la vuelta de la esquina, si no logro curar a los que están enfermos con la enfermedad judaizante, temo que, debido a su asociación inapropiada y su profunda ignorancia, algunos cristianos puedan participar en las transgresiones de los judíos; una vez que lo hayan hecho, temo que mis homilías sobre estas transgresiones serán en vano. Porque si no escuchan ninguna palabra mía hoy, se unirán a los judíos en sus ayunos; una vez que hayan cometido este pecado, será inútil que yo aplique el remedio. Y así es que me apresuro a anticipar este peligro y prevenirlo. Esto es lo que hacen los médicos. Primero revisan las enfermedades más urgentes y agudas. Pero el peligro de esta enfermedad está muy relacionado con el peligro de la otra; puesto que la impiedad de los anomios es similar a la de los judíos, mi conflicto actual es similar al anterior. Y hay un reino porque los

judíos y los anomios hacen la misma acusación. ¿Y qué acusaciones hacen los judíos?

Que Él llamó a Dios su propio Padre y así se hizo igual a Dios. Los anomianos también hacen esta acusación. No diría que la hacen una acusación; incluso borran la frase "igual a Dios" y lo que implica, al rechazarla, aunque no la borren físicamente. Pero no se sorprendan de que haya llamado a los judíos dignos de lástima. Realmente son dignos de lástima y miserables. Cuando tantas bendiciones del cielo llegaron a sus manos, las rechazaron y se esforzaron mucho por rechazarlas. El sol de la justicia de la mañana salió para ellos, pero rechazaron sus rayos y aún permanecen en tinieblas. Nosotros, que fuimos nutridos por la oscuridad, atrajimos la luz hacia nosotros y fuimos liberados de la oscuridad de su error. Ellos eran las ramas de esa raíz santa, pero esas ramas se rompieron. No tuvimos parte de la raíz, pero sí cosechamos el fruto de la piedad. Desde su niñez leyeron a los profetas, pero crucificaron a aquel a quien los profetas habían predicho. No escuchamos las profecías divinas, pero adoramos a aquel de quien profetizaron. Por eso son dignos de lástima, porque rechazaron las bendiciones que les fueron enviadas, mientras que otros se aferraron a estas bendiciones y las atrajeron hacia sí. Aunque aquellos judíos habían sido llamados a adoptar hijos, cayeron en parentesco con perros; nosotros, que éramos perros, recibimos la fuerza, por la gracia de Dios, dejando de lado nuestra naturaleza irracional y elevarnos a la dignidad de hijos. ¿Cómo lo demuestro? Cristo dijo: «No es justo quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros». Cristo se dirigía a la mujer cananea cuando llamó a los judíos hijos y a los gentiles perros.

Pero fíjense cómo después el orden cambió: ellos se convirtieron en perros, y nosotros en hijos. Pablo dijo de los judíos: «¡Cuidado con los perros, cuidado con los obreros malvados, cuidado con la mutilación! Porque nosotros somos la circuncisión». ¿Ven cómo aquellos que al principio eran niños se convirtieron en perros? ¿Quieren saber cómo nosotros, que al principio éramos perros, nos convertimos en hijos? «Mas a todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios».

Nada es más miserable que aquellos que nunca dejaron de atacar su propia salvación.

Cuando era necesario observar la Ley, la pisoteaban. Ahora que la Ley ya no obliga, se empeñan obstinadamente en observarla. ¿Qué podría ser más lamentable que aquellos que provocan a Dios no solo transgrediendo la Ley, sino también cumpliéndola? Por eso Esteban dijo: «¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón! Siempre resisten al Espíritu Santo», no solo transgrediendo la Ley, sino también queriendo observarla en el momento equivocado. Esteban tenía razón al llamarlos duros de cerviz. Porque no supieron tomar el yugo de Cristo, aunque era dulce y no tenía nada de pesado ni opresivo.

Porque él dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón», y «Tomen mi yugo sobre ustedes, porque mi yugo es suave y mi carga ligera». Sin embargo, no pudieron tomar el yugo por la rigidez de sus cuellos. No solo no pudieron tomarlo, sino que lo rompieron y lo destruyeron. Porque Jeremías dijo: «Hace mucho que rompieron su yugo y quebraron sus ataduras». No fue Pablo quien dijo esto, sino la voz del profeta que habló alto y claro. Cuando habló del yugo y las ataduras, significaba los símbolos del poder, porque los judíos rechazaron el gobierno de Cristo cuando dijeron: "No tenemos más rey que el César". Ustedes, judíos, rompieron el yugo, rompieron las ataduras, se echaron fuera del reino de los cielos y se sometieron al gobierno de los hombres. Por favor, consideren conmigo cuán acertadamente el profeta insinuó que sus corazones estaban descontrolados. No dijo: "Dejaron a un lado el yugo", sino "Rompieron el yugo" y este es el crimen de las bestias indomables, que están descontroladas y rechazan el gobierno. Pero ¿cuál es la fuente de esta dureza? Proviene de la glotonería y la embriaguez. ¿Quién lo dice? El mismo Moisés. "Israel comió y se llenó y el amado engordó y se puso juguetón". Cuando los animales brutos se alimentan de un pesebre lleno, engordan y se vuelven más obstinados y difíciles de controlar; no soportan ni el yugo, ni las riendas, ni la mano del auriga. Así también el pueblo judío fue llevado por su embriaguez y su gordura

al mal supremo; Se resistieron, no aceptaron el yugo de Cristo ni practicaron sus enseñanzas.

Otro profeta lo insinuó cuando dijo: «Israel es tan obstinado como una ternera terca». Y otro más llamó a los judíos «un becerro indomable». Aunque tales bestias no son aptas para el trabajo, sí lo son para la matanza. Y esto es lo que les sucedió a los judíos: mientras se volvían incapaces de trabajar, se volvieron aptos para el sacrificio. Por eso Cristo dijo: «Pero a estos mis enemigos, que no quisieron que yo reinara sobre ellos, tráiganlos aquí y mátenlos». [Lucas 19:27] Ustedes, los judíos, debieron haber ayunado entonces, cuando la embriaguez les causaba esos estragos, cuando su glotonería engendraba su impiedad; no ahora.

Ahora bien, vuestro ayuno es inoportuno y una abominación. ¿Quién lo dijo? El mismo Isaías cuando clamó a gran voz: «Yo no escogí este ayuno, dice el Señor». ¿Por qué? «Discutís y reñís cuando ayunáis y golpeáis con los puños a los que estáis sujetos a vosotros». Pero si vuestro ayuno era una abominación cuando estabais golpeando a vuestros congéneres esclavos y ahora que has matado a tu amo, ¿te parece aceptable? ¿Cómo podría ser eso justo? El que ayuna debe ser prudente, contrito y humilde, no estar cegado por la ira. ¿Pero tú golpeas a tus congéneres? En tiempos de Isaías, cuando ayunaban, riñeban y discutían; ahora, cuando ayunan, se entregan a los excesos y a la mayor depravación, bailando descalzos en la plaza.

El pretexto es que están ayunando, pero se comportan como borrachos. Escuchen cómo el profeta les ordenó ayunar: «Santifiquen el ayuno», dijo. No dijo: «Hagan un espectáculo de su ayuno», sino: «Convoquen una asamblea; reúnan a los ancianos». Pero estos judíos reúnen coros de afeminados y una gran horda de ramera; arrastran a la sinagoga todo el teatro, actores y todo. Porque no hay diferencia entre el teatro y la sinagoga. Sé que algunos sospechan que soy imprudente porque dije que no hay diferencia entre el teatro y la sinagoga; pero yo sospecho que son imprudentes si no lo creen.

Si mi afirmación de que ambos son lo mismo se basa en mi propia autoridad, entonces acusenme de temeridad. Pero si las palabras que pronuncio son las del profeta, entonces acepten su decisión. Sé que muchos respetan a los judíos y piensan que su modo de vida actual es venerable. Por eso me apresuro a erradicar esta opinión perniciosa. Dije que la sinagoga no es mejor que un teatro y presento a un profeta como testigo. Ciertamente, los judíos no son más dignos de fe que sus profetas. «Tenías frente de ramera; te desvergonzaste ante todos». Donde una ramera se instala, ese lugar es un burdel. Pero la sinagoga no es solo un burdel y un teatro; también es una guarida de ladrones y un refugio para fieras. Jeremías dijo: «Tu casa se ha convertido para mí en la guarida de una hiena». No dice simplemente "de bestia salvaje", sino "de una bestia salvaje inmunda", y de nuevo: "He abandonado mi casa, he desechado mi herencia". Pero cuando Dios abandona a un pueblo, ¿qué esperanza de queda la salvación? Cuando Dios abandona un lugar, ese lugar se convierte en morada de demonios. Pero, en cualquier caso, los judíos dicen que ellos también adoran a Dios. ¡Dios me libre de decir eso! ¡Ningún judío adora a Dios! ¿Quién lo dice? El Hijo de Dios lo dice. Porque dijo: «Si conocieran a mi Padre, también me conocerían a mí. Pero ni me conocen a mí ni conocen a mi Padre». ¿Podría yo presentar un testigo más digno de confianza que el Hijo de Dios?

Si, pues, los judíos no reconocen al Padre, si crucificaron al Hijo, si rechazan la ayuda del Espíritu, ¿quién no se atrevería a declarar abiertamente que la sinagoga es morada de demonios? Allí no se adora a Dios. ¡Dios no lo quiera! De ahora en adelante, seguirá siendo un lugar de idolatría. Pero aún así, algunos le rinden homenaje como un lugar sagrado. Permítanme decirles esto, no por suposiciones, sino por mi propia experiencia. Hace tres días — créanme, no miento— vi a una mujer libre, de buen porte, modesta y creyente. Un hombre brutal e insensible, que se decía cristiano (pues no llamaría cristiano sincero a quien se atrevería a hacer tal cosa), la obligaba a entrar en el santuario de los Hebreos y a jurar allí sobre algunos asuntos en disputa con él.

Se acercó a mí y me pidió ayuda; me suplicó que impidiera aquella violencia sin ley, pues a ella, que había participado de los

misterios divinos, le estaba prohibido entrar en aquel lugar. Me indigné, me enfurecí, me levanté, me negué a dejar que la arrastraran a aquella transgresión, la arrebaté de las manos de su secuestrador. Le pregunté si era cristiano, y me dijo que sí. Entonces lo increpé con vehemencia, acusándolo de insensibilidad y de la peor estupidez; le dije que no era mejor que una mula si él, que profesaba adorar a Cristo, arrastraba a alguien a las guaridas de los judíos que lo habían crucificado.

Hablé con él durante mucho tiempo, basándome en los Santos Evangelios; primero le dije que estaba completamente prohibido jurar y que era incorrecto imponer la necesidad de jurar a nadie. Entonces le dije que no debía someter a un creyente bautizado a esta necesidad. De hecho, no debía obligar ni siquiera a una persona no bautizada a prestar juramento. Después de hablar con él largamente y haber expulsado de su alma la necedad de su error, le pregunté por qué había rechazado la Iglesia y arrastrado a la mujer al lugar donde se reunían los hebreos. Respondió que mucha gente le había dicho que los juramentos prestados allí eran más temibles. Sus palabras me hicieron gemir, luego me enojé y finalmente comencé a sonreír. Cuando vi la maldad del diablo, gemí porque tenía el poder para seducir hombres; me enfurecí al considerar la negligencia de quienes fueron engañados; al ver la magnitud y profundidad de la insensatez de quienes fueron engañados, sonreí. Les conté esta historia porque son salvajes y despiadados en su actitud hacia quienes hacen tales cosas y sufren tales experiencias. Si ven a uno de sus hermanos caer en tales transgresiones, consideran que es la desgracia de otro, no la suya; creen haberse defendido de sus acusadores cuando dicen: "¿Qué me importa a mí? ¿Qué tengo yo en común con ese hombre?".

Cuando dices eso, tus palabras manifiestan el más profundo odio hacia la humanidad y una crueldad que beneficia al diablo. ¿Qué estás diciendo? Eres un hombre y compartes la misma naturaleza. ¿Por qué hablar de una naturaleza común cuando solo tienes una cabeza, Cristo? ¿Te atreves a decir que no tienes nada en común con tus propios miembros? ¿En qué sentido admites que Cristo es la cabeza de la Iglesia? Porque ciertamente la función de

la cabeza es unir todos los miembros, ordenarlos cuidadosamente entre sí y unirlos en una sola naturaleza. Pero si no tienes nada en común con tus miembros, entonces no tienes nada en común con tu hermano, ni tienes a Cristo como tu cabeza. Los judíos te asustan como si fueras un niño pequeño, y no te das cuenta. Muchos esclavos malvados te muestran máscaras aterradoras y ridículas para los niños, no son aterradoras por sí mismas, pero sí lo parecen para las mentes simples de los pequeños, y de esta manera provocan muchas risas.

Así es como los judíos asustan a los cristianos ingenuos con los fantasmas y duendes de sus santuarios. Pero, ¿cómo podrían asustarlos sus ridículas y vergonzosas sinagogas? ¿Acaso no son santuarios de hombres rechazados, deshonrados y condenados? Nuestras iglesias no son así; son verdaderamente aterradoras y están llenas de temor. La presencia de Dios hace que un lugar sea aterrador porque Él tiene poder sobre la vida y la muerte. En nuestras iglesias escuchamos innumerables homilias sobre castigos eternos, ríos de fuego, gusanos venenosos, ataduras que no se pueden romper o tinieblas exteriores. Pero los judíos ni conocen ni sueñan con estas cosas. Viven para satisfacer sus deseos, ansían las cosas de este mundo; su condición no es mejor que la de los cerdos o las cabras debido a sus vicios y su excesiva glotonería.

Solo conocen una cosa: llenar sus estómagos y emborracharse, sufrir cortes y moretones, resultar heridos y lastimados luchando por sus aurigas favoritos. Díganme, entonces, ¿son sus santuarios terribles y aterradores? ¿Quién diría eso? ¿Qué razones tenemos para pensar que son aterradores, a menos que alguien nos diga que los esclavos deshonrados, que no tienen derecho a hablar y que han sido expulsados de la casa de su amo, deberían asustarnos a nosotros, que hemos recibido honor y libertad de expresión? Ciertamente, no es así. Las posadas no son más augustas que los palacios reales. De hecho, la sinagoga merece menos honor que cualquier posada. No es simplemente un lugar de alojamiento para ladrones y estafadores, sino también para demonios. Esto es cierto no solo para las sinagogas, sino también para las almas de los judíos, como intentaré demostrar al final de mi homilía. Les ruego

que guarden mis palabras en sus mentes de una manera especial. Porque ahora no hablo para llamar la atención ni para recibir aplausos, sino para sanar vuestras almas. ¿Y qué más puedo decir cuando algunos de ustedes siguen enfermos a pesar de que hay tantos médicos para curarlos? Había doce apóstoles y atrajeron al mundo entero.

La mayor parte de la ciudad es cristiana, pero algunos siguen padeciendo la enfermedad del judaísmo. ¿Y qué podríamos decir nosotros, que gozamos de buena salud, en nuestra defensa? Ciertamente, los enfermos merecen ser acusados. Pero nosotros no estamos exentos de culpa, pues los hemos descuidado en su hora de enfermedad; si hubiéramos mostrado gran preocupación por ellos y hubieran recibido ese cuidado, no seguirían enfermos. Permítanme comenzar diciéndoles esto ahora, para que cada uno de ustedes pueda ganar a su hermano. Aun si deben imponerle restricciones, incluso si deben usar la fuerza, incluso si deben tratarlo mal y con obstinación, hagan todo lo posible por salvarlo de la trampa del diablo y liberarlo de la comunión con quienes mataron a Cristo.

Dime esto. Imagina que vieras a un hombre justamente condenado siendo llevado a la ejecución por la plaza del mercado. Imagina que estuviera en tu poder salvarlo de las manos del verdugo. ¿No harías todo lo posible para impedir que se lo llevaran? Pero ahora ves a tu propio hermano siendo arrastrado injustamente a la perdición. Y no es el verdugo quien lo arrastra, sino el diablo. ¿Serías tan osado como para no hacer tu parte para rescatarlo de su transgresión? Si no lo ayudas, ¿qué excusa encontrarás?

Pero tu hermano es más fuerte y más poderoso que tú. Muéstramelo. Si se mantiene firme en su obstinada resolución, preferiré arriesgar mi vida antes que dejarlo entrar por las puertas de la sinagoga. Le diré: ¿Qué comunión tienes con la Jerusalén libre, con la Jerusalén de arriba? Elegiste la de abajo; sé esclavo de esa Jerusalén terrenal que, según la palabra del Apóstol, es esclava junto con sus hijos. ¿Ayunas con los judíos? Entonces, ¡apártate de

mi camino! Camina descalzo por la plaza del mercado y participa con ellos en su indecencia y risas. Pero no querías hacer esto porque te avergüenzas y te sonrojas fácilmente. ¿Te avergüenzas de participar con ellos en las apariencias, pero no te avergüenza participar en su impiedad? ¿Qué excusa tendrás, tú que solo eres cristiano a medias?

Créanme, arriesgaré mi vida antes de descuidar a alguien que padece esta enfermedad, si es que lo veo. Si no lo veo, seguramente Dios me perdonará. Y que cada uno de ustedes considere este asunto; que no lo considere algo de importancia secundaria. ¿Acaso no se dan cuenta de lo que el diácono proclama continuamente en los misterios? «Reconózcanse unos a otros», dice. ¿No ven cómo les confía el examen minucioso de sus hermanos? Hagan lo mismo con los judaizantes. Cuando vean a alguien judaizando, deténganlo, muéstrenle lo que está haciendo, para que ustedes mismos no sean cómplices del riesgo que corren.

Si algún soldado romano destinado en el extranjero es sorprendido favoreciendo a los bárbaros y a los persas, no solo corre peligro él, sino también todos aquellos que, conscientes de ello, no se lo comunicaron al general. Puesto que sois el ejército de Cristo, sed extremadamente cuidadosos al investigar si alguien que simpatiza con una fe ajena se ha infiltrado entre vosotros, y haced saber su presencia. no para que le demos muerte como hicieron aquellos generales, ni para que le castigemos o nos vengamos de él, sino para que le liberemos de su error e impiedad y lo hagamos completamente nuestro.

Si no estás dispuesto a hacerlo, si conoces a tal persona pero la ocultas, ten por seguro que tanto tú como él estarán sujetos al mismo castigo. Porque Pablo somete a castigo y amonestación no solo a los que cometen actos de maldad, sino también a los que aprueban lo que han hecho. El profeta también somete al mismo juicio no solo a los ladrones, sino también a los que huyen con los ladrones. Y esto es bastante razonable. Porque si un hombre está al tanto de las acciones de un criminal pero las encubre y las oculta,

le está brindando a este una base más sólida para desobedecer la ley y lo está haciendo menos temeroso en su carrera delictiva.

Pero debo volver a hablar de los enfermos. Consideren, pues, con quiénes comparten sus ayunos. Con los que gritaban: «¡Crucifícalo, crucifícalo!», con los que decían: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Si algunos hombres hubieran sido sorprendidos en rebelión contra su gobernante y hubieran sido condenados, ¿se habrían atrevido a acercarse a ellos y hablar con ellos? Creo que no. ¿No es una necedad, entonces, mostrar tanta disposición a huir de los que han pecado contra un hombre, pero entrar en comunión con los que han cometido ultrajes contra Dios mismo? ¿No es extraño que los que adoran al Crucificado celebren una fiesta común con los que lo crucificaron? ¿No es una señal de locura y de la peor demencia? Puesto que hay algunos que piensan de la sinagoga como un lugar sagrado,

Debo decirles unas palabras. ¿Por qué veneran ese lugar? ¿No deberían despreciarlo, aborrecerlo, huir de él? Responden que allí se guardan la Ley y los libros de los profetas. ¿Qué es esto? ¿Acaso un lugar donde se encuentran estos libros puede ser un lugar sagrado? ¿De ninguna manera! Esta es la razón principal por la que odio y aborrezco la sinagoga. Tienen a los profetas, pero no creen en ellos; leen las Sagradas Escrituras, pero rechazan su testimonio, y esto es señal de hombres culpables de la mayor afrenta. Díganme esto: si vieran a un hombre venerable, ilustre y renombrado, arrastrado a una taberna o guarida de ladrones; si lo vieran ultrajado, golpeado y sometido allí a la peor violencia, ¿tendrían en alta estima esa taberna o guarida porque ese gran y estimado hombre estuvo dentro mientras sufría ese trato violento? Creo que no.

Más bien, por esta misma razón habrías odiado y aborrecido el lugar. Que ese sea también tu juicio sobre la sinagoga. Porque llevaron los libros de Moisés y los profetas a la sinagoga, no para honrarlos, sino para ultrajarlos con deshonra. Cuando dicen que Moisés y los profetas no conocieron a Cristo y no dijeron nada sobre su venida, ¿qué mayor ultraje podrían hacerles a esos

hombres santos que acusarlos de no reconocer a su Maestro, que decir que esos santos profetas son cómplices de su impiedad? Por eso debemos odiarlos a ellos y a su sinagoga aún más por el trato ofensivo que dan a esos hombres santos. ¿Por qué hablo de los libros y las sinagogas? En tiempos de persecución, los verdugos públicos se apoderan de los cuerpos de los mártires, los azotan y los despedazan. ¿Acaso se santifican las manos de los verdugos por el hecho de que se apoderen del cuerpo de hombres santos? ¡Dios no lo quiera!

Las manos que sujetaron y sostuvieron los cuerpos de los santos siguen impuras. ¿Por qué? Porque aquellos verdugos cometieron una maldad al poner sus manos sobre lo sagrado. ¿Acaso quienes profanan y ultrajan los escritos de los santos serán más venerables por ello que quienes ejecutaron a los mártires? ¿No sería eso la mayor insensatez? Si los cuerpos maltratados de los mártires no santifican a quienes los maltrataron, sino que incluso aumentan su culpa, mucho menos podrían las Escrituras, leídas sin fe, ayudar a quienes leen sin creer.

El mero hecho de elegir deliberadamente maltratar las Escrituras los condena a una mayor impiedad. Si no tuvieran a los profetas, no merecerían tal castigo; si no hubieran leído los libros sagrados, no serían tan impuros ni tan impíos. Pero, tal como están las cosas, han sido despojados de toda excusa. Tienen a los heraldos de la verdad, pero, con corazón hostil, se oponen a los profetas y a la verdad que ellos traen. Por eso, se comportan de forma aún más profana y culpable de derramamiento de sangre: tienen a los profetas, pero los tratan con hostilidad.

Por eso os exhorto a huir y evitar sus reuniones. El daño que causan a nuestros hermanos más débiles no es leve; no ofrecen ninguna excusa insignificante para justificar la insensatez de los judíos. Porque cuando ven que vosotros, que adoráis a Cristo, a quien ellos crucificaron, seguís con reverencia sus rituales, ¿cómo no van a pensar que los ritos que ellos realizan son los mejores y que nuestras ceremonias no valen nada? Porque después de adorar y venerar nuestros misterios, acudéis a los mismos hombres que

destruyen nuestros ritos. Pablo dijo: «Si alguien os ve a vosotros, que tenéis conocimiento, sentados a la mesa en el templo de los ídolos, ¿acaso no se sentirá su conciencia, siendo débil, envalentonada para comer lo que se sacrifica a los ídolos?». Y permítanme decir: Si alguien os ve a vosotros, que tenéis conocimiento, entrar en la sinagoga y participar en la fiesta de las trompetas, ¿acaso no se sentirá su conciencia, siendo débil, envalentonada para admirar lo que hacen los judíos? Quien cae no solo paga las consecuencias de su propia caída, sino que también es castigado por hacer tropezar a otros. Pero quien se mantiene firme es recompensado no solo por su virtud, sino que la gente lo admira por inspirar a otros a desear lo mismo. Por lo tanto, huyan de las reuniones y los lugares sagrados de los judíos.

Que nadie venere la sinagoga por los libros sagrados; que la odie y la evite porque los judíos ultrajan y maltratan a los santos, porque se niegan a creer en sus palabras, porque los acusan de la máxima impiedad. Para que sepáis que los libros sagrados no hacen santo un lugar, sino que el propósito de quienes lo frecuentan lo profana, os contaré una vieja historia. Ptolomeo Filadelfo había recopilado libros de todo el mundo. Cuando supo que los judíos tenían escritos que trataban sobre Dios y el estado ideal, mandó llamar a hombres de Judea para que tradujeran esos libros, que luego hizo depositar en el templo de Serapis, porque era pagano. Hasta el día de hoy, los libros traducidos permanecen allí, en el templo. Pero, ¿será sagrado el templo de Serapis por culpa de los libros sagrados? ¡Dios no lo quiera!

Aunque los libros poseen su propia santidad, no la comparten con el lugar, pues quienes lo frecuentan están contaminados. Debes aplicar el mismo argumento a la sinagoga. Aun sin ídolos, los demonios la habitan. Y digo esto no solo de la sinagoga de esta ciudad, sino también de la de Dafne; pues en Dafne hay un lugar de perdición aún más infame, al que llaman Matrona. He oído que muchos fieles suben allí y duermen junto al templo.

Pero ¡Dios no quiera que yo llame fieles a estas personas! Porque para mí, el santuario de Matrona y el templo de Apolo son

igualmente profanos. Si alguien me acusa de osadía, yo a su vez lo acusaré de la mayor locura. Porque, dime, ¿acaso no es la morada de los demonios un lugar de impiedad, aunque allí no haya ninguna estatua de un dios? Aquí se reúnen los asesinos de Cristo, aquí se expulsa la cruz, aquí se blasfema contra Dios, aquí se ignora al Padre, aquí se ultraja al Hijo, aquí se rechaza la gracia del Espíritu. ¿Acaso no proviene un daño mayor de este lugar, puesto que los propios judíos son demonios? En el templo pagano la impiedad es evidente y manifiesta; no sería fácil engañar a un hombre sensato y prudente ni incitarlo a ir allí. Pero en la sinagoga hay hombres que dicen adorar a Dios y aborrecer los ídolos, hombres que dicen tener profetas y rendirles honores. Pero con sus palabras preparan una gran cantidad de cebo para atrapar en sus redes a las almas más sencillas que son tan tontas como para ser tomadas por sorpresa.

Así pues, la impiedad de los judíos y los paganos es equivalente. Pero los judíos practican un engaño aún más peligroso. En su sinagoga se alza un altar invisible de engaño en el que no sacrifican ovejas ni terneros, sino las almas de los hombres. Finalmente, si las ceremonias judías te inspiran admiración, ¿qué tienes en común con nosotros? Si las ceremonias judías son venerables y grandiosas, las nuestras son mentiras. Pero si las nuestras son verdaderas, como lo son las tuyas, las tuyas están llenas de engaño. No me refiero a las Escrituras. ¡Dios no lo quiera! Fueron las Escrituras las que me tomaron de la mano y me llevaron a Cristo. Pero me refiero a la impiedad y la locura actual de los judíos.

Ciertamente, es el momento de demostrar que los demonios moran en la sinagoga, no solo en el lugar mismo, sino también en las almas de los judíos. Como dijo Cristo: «Cuando un espíritu inmundo sale, anda por lugares secos buscando descanso. Si no lo encuentra, dice: “Volveré a mi casa”. Y al llegar, la encuentra vacía, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo siete espíritus más malignos que él, y estos entran en él, y su estado final es peor que el primero. Así sucederá también con esta generación». ¿Ven que los demonios moran en sus almas y que estos demonios son más peligrosos que los de antaño?

Y esto es muy razonable. En tiempos antiguos, los judíos actuaron impiamente contra los profetas; ahora ultrajan al Maestro de los profetas. Dime esto: ¿No te estremeces al entrar en el mismo lugar que los hombres poseídos, que tienen tantos espíritus inmundos, que se han criado entre matanzas y derramamiento de sangre? ¿Debes saludarlos y dirigirles una sola palabra? ¿No debes apartarte de ellos, puesto que son la vergüenza y la infección común del mundo entero? ¿Acaso no han llegado a toda clase de maldad? ¿Acaso no se han agotado todos los profetas pronunciando largos y extensos discursos de acusación contra ellos? ¿Qué tragedia, qué clase de iniquidad no han eclipsado con su culpabilidad sangrienta? Sacrificaron a sus propios hijos e hijas a los demonios.

Se negaron a reconocer la naturaleza, olvidaron los dolores del nacimiento, pisotearon la crianza de sus hijos, tras derrocar desde sus cimientos las leyes de la realeza, se volvieron más salvajes que cualquier bestia. Las bestias a menudo sacrifican sus vidas y desprecian su propia seguridad para proteger a sus crías. No era necesario que los judíos, al matar a sus propios hijos con sus propias manos, rindieran homenaje a los demonios vengadores, los enemigos de nuestra vida. ¿Qué acto suyo debería asombrarnos más? ¿Su impiedad, su crueldad o su inhumanidad? ¿Que sacrificaran a sus hijos o que los sacrificaran a los demonios? ¿Acaso, debido a su libertinaje, no mostraron una lujuria mayor que la de los animales irracionales? Escuchen lo que dice el profeta acerca de sus excesos: «Se han vuelto como sementales lujuriosos. Cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo».

No dijo: «Todos codiciaban a la mujer de su prójimo», sino que expresó la locura que provenía de su libertinaje con la mayor claridad, comparándola con el relincho de bestias iracundas. ¿Qué más quieres que te cuente? ¿Que te hable de sus saqueos, su codicia, su abandono de los pobres, sus robos, sus estafas en el comercio? Ni un día entero bastaría para darte cuenta de todo esto. Pero, ¿acaso sus fiestas tienen algo solemne y grandioso? Han demostrado que también estas son impuras. Escucha a los profetas; mejor aún, escucha a Dios y con qué firme declaración les da la

espalda: «He encontrado vuestras fiestas odiosas, las he apartado de mí».

¿Acaso Dios odia sus fiestas y ustedes participan en ellas? Él no dijo esta o aquella fiesta, sino todas juntas. ¿Quieren ver que Dios odia la adoración pagada con timbales, con liras, con arpas y otros instrumentos? Dios dijo: «Quiten de mí el sonido de sus cánticos y no escucharé el canto de sus arpas». Si Dios dijo: «Quiten de mí», ¿corren a escuchar las trompetas? ¿No son estos sacrificios y ofrendas una abominación? «Si me traen la mejor harina de trigo, es en vano: el incienso es una abominación para mí.

El incienso es una abominación. ¿Acaso no es también un lugar abominable? Antes de cometer el crimen de los crímenes, antes de matar a su Maestro, antes de la cruz, antes de la muerte de Cristo, era una abominación. ¿Acaso no lo es ahora mucho más? Y sin embargo, ¿qué hay más fragante que el incienso? Pero Dios no mira la naturaleza de las ofrendas, sino la intención de quienes las traen; es esta intención la que él juzga. Prestó atención a Abel y luego a sus ofrendas. Miró a Caín y luego se apartó de su ofrenda. Porque la Escritura dice: «No tuvo en cuenta a Caín ni a sus ofrendas». Noé ofreció a Dios sacrificios de ovejas, becerros y aves. La Escritura dice: «Y el Señor percibió un aroma grato», es decir, aceptó las ofrendas. Porque Dios no tiene nariz, sino que es espíritu incorpóreo.

Sin embargo, lo que se lleva del altar es el olor y el humo de los cuerpos quemados, y nada es más fétido que tal aroma. Pero para que aprendas que Dios atiende a la intención de quien ofrece el sacrificio y luego lo acepta o lo rechaza, la Escritura llama al olor y al humo un aroma agradable; pero llama al incienso una abominación porque la intención de quienes lo ofrecían apestaba a hedor. ¿Deseas saber que, junto con los sacrificios, los instrumentos musicales, las fiestas y el incienso, Dios también rechaza el templo por causa de quienes entran en él?

Lo demostró principalmente con sus acciones, cuando lo entregó a manos bárbaras, y más tarde cuando lo destruyó por

completo. Pero incluso antes de su destrucción, a través de su profeta gritó y dijo: «No confíen en palabras engañosas, pues no les servirá de nada decir: “¡Este es el templo del Señor! ¡El templo del Señor!”» Lo que dice el profeta es que el templo no santifica a quienes se reúnen allí, sino que quienes se reúnen allí santifican el templo. Si el templo no ayudó cuando estaban los Querubines y el Arca, mucho menos ayudará ahora que todo eso se ha ido, ahora que el rechazo de Dios es total, ahora que hay mayor motivo para la enemistad. ¡Qué gran acto de locura y desvarío sería tomar como compañeros en las fiestas a aquellos que han sido deshonrados, a aquellos a quienes Dios ha abandonado, a aquellos que enfurecieron al Maestro! Dime esto: si un hombre hubiera matado a tu hijo, ¿soportarías mirarlo o aceptar su saludo? ¿No lo evitarías como a un demonio maligno, como al diablo mismo? Mataron al Hijo de tu Señor; ¿tienes la osadía de entrar con ellos bajo el mismo techo?

Después de ser asesinado, él te colmó de honores, haciéndote su hermano y coheredero. Pero tú lo deshonras tanto que honras a quienes lo mataron en la cruz, que participas con ellos en las fiestas, que vas a sus lugares profanos, entras por sus puertas impuras y participas en las mesas de los demonios. Pues me veo persuadido a llamar al ayuno de los judíos mesa de demonios, porque mataron a Dios. Si los judíos actúan contra Dios, ¿acaso no sirven a los demonios? ¿Acaso buscas que los demonios te curen? Cuando Cristo permitió que los demonios entraran en los cerdos, estos se precipitaron al mar. ¿Acaso estos demonios perdonarán los cuerpos de los hombres? Ojalá no mataran los cuerpos de los hombres, que no conspiraran contra ellos. Pero lo hacen. Los demonios expulsaron a los hombres del Paraíso y los privaron del honor divino. ¿Acaso curarán sus cuerpos? Eso es ridículo, meras historias.

Los demonios saben conspirar y hacer daño, no curar. No perdonan almas. Dime, entonces, ¿perdonarán cuerpos? Intentan expulsar a los hombres del Reino. ¿Elegirán liberarlos de la enfermedad? ¿No oísteis lo que dijo el profeta? Más bien, ¿oísteis lo que Dios dijo por medio del profeta? Dijo que los demonios no

pueden hacer ni el bien ni el mal. Incluso si podían curar y querían hacerlo —lo cual es imposible—. No debes aceptar un castigo indestructible e interminable a cambio de un beneficio insignificante que pronto se desvanecerá. ¿Curarás tu cuerpo y destruirás tu alma? Estás haciendo un mal intercambio. ¿Estás enfureciendo a Dios, quien creó tu cuerpo, y estás invocando al demonio que conspira contra ti?

Si algún pagano que teme a los demonios posee conocimientos médicos, ¿le resultará fácil convencerte de que adores a los dioses paganos? Esos paganos también tienen sus habilidades. Ellos también han curado muchas enfermedades y han devuelto la salud a los enfermos. ¿Acaso vamos a participar en su impiedad por esto? ¡Dios no lo quiera! Escucha lo que Moisés les dijo a los judíos. «Si surge entre vosotros un profeta o alguien que dice haber tenido un sueño y anuncia una señal y un prodigio, y esa señal o prodigio que anunció se cumple, y os dice: “Vayamos y sirvamos a dioses extraños que nuestros padres no conocieron”, no hagáis caso a las palabras de ese profeta o soñador». Lo que Moisés quiere decir es esto: Si un profeta se levanta, dice, y realiza una señal, ya sea resucitando a un muerto, sanando a un leproso o curando a un lisiado, y después de realizar el prodigio os llama a la impiedad, no le hagáis caso solo porque su señal se cumpla. ¿Por qué? «El Señor vuestro Dios os está poniendo a prueba para ver si lo amáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma».

De esto se desprende claramente que los demonios no curan. Si Dios permitiera alguna vez que los demonios curaran, como podría permitírsele a un hombre, su permiso se concede para ponerlos a prueba, no porque Dios desconozca vuestra naturaleza, sino para enseñaros a rechazar incluso a los demonios que curan. ¿Y por qué hablo de curaciones corporales? Si alguien os amenaza con el infierno si no renegáis de Cristo, no hagáis caso a sus palabras. Si alguien os promete un reino para que os rebeléis contra el Hijo unigénito de Dios, apartaos de él y odiadlo. Sed discípulos de Pablo e imitad las palabras que su alma bendita y noble proclamó cuando Él dijo: «Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las potestades, ni lo presente ni lo por venir,

ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo nuestro Señor». Ni los ángeles ni las potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni ninguna otra criatura separaron a Pablo del amor de Cristo. ¿Te rebelas para curar tu cuerpo? ¿Y qué excusa podríamos encontrar?

Ciertamente, debemos temer a Cristo más que al infierno y desearlo más que a un reino. Incluso si estamos enfermos, es mejor permanecer enfermos que caer en la impiedad por una cura; pues aunque un demonio nos cure, ha hecho más daño que bien. Ha ayudado al cuerpo, que poco después morirá y se pudrirá por completo. Pero ha dañado el alma, que jamás morirá. Los secuestradores suelen atraer a los niños pequeños ofreciéndoles dulces, pasteles, canicas y otras cosas similares; luego los privan de su libertad y de su propia vida. Así también, los demonios prometen la curación de una extremidad y luego arrojan la salvación del alma al mar.

Amados, no toleremos eso; busquemos en todo sentido mantenernos libres de la impiedad. ¿Acaso Job no pudo haber escuchado a su esposa, blasfemado contra Dios y librado así de la calamidad que lo acosaba? «Maldice a Dios y muere», le dijo ella. Pero él prefirió sufrir el dolor y consumirse; prefirió soportar ese golpe insoportable antes que blasfemar y librarse de los males que lo aquejaban. Deben imitarlo. Si el demonio les promete diez mil curas de los males que los aquejan, no le hagan caso, no lo toleren, así como Job se negó a escuchar a su esposa. Elijan soportar su enfermedad antes que destruir su fe y la salvación de su alma. Dios no los abandona. Es porque desea aumentar su gloria que a menudo permite que enfermen.

Mantengan el ánimo para que también ustedes puedan oírle decir: "¿Acaso piensan que los he tratado de otra manera que no sea para que se demuestre su justicia?". Podría haber dicho más, pero para que no olviden lo que he dicho, terminaré mi homilía con las palabras de Moisés: "Pongo por testigos al cielo y a la tierra contra ustedes". Si alguno de ustedes, esté presente o no, asiste al espectáculo de las trompetas, o corre a la sinagoga, o sube al

santuario de Matrona, o participa en el ayuno, o comparte el sábado, o observa cualquier otro ritual judío, grande o pequeño, pongo por testigos al cielo y a la tierra de que soy inocente de la sangre de todos vosotros.

Estas palabras permanecerán a tu lado y al mío en el día de nuestro Señor Jesucristo. Si las escuchas, te darán gran confianza; si no las escuchas o encubres a quien se atreva a hacer tales cosas, mis palabras se levantarán contra ti como amargas acusaciones. «Porque no he rehuído anunciarte todo el consejo de Dios». He depositado el dinero en el banco. Ahora te corresponde a ti aumentar el depósito y usar las ganancias de mis palabras para la salvación de tus hermanos. ¿Te resulta una carga opresiva denunciar a quienes cometen estos pecados? Es una carga opresiva guardar silencio. Porque este silencio te convierte en enemigo de Dios y trae destrucción tanto a ti que encubres a tales pecadores como a aquellos cuyos pecados quedan sin revelar. ¡Cuánto mejor es odiar a nuestros consiervos por salvarlos, para provocar la ira de Dios contra vosotros mismos! Aunque tu consiervo se enoje contigo ahora, no podrá hacerte daño, sino que te agradecerá después su curación.

Pero si intentas ganarte el favor de tu hermano, si guardas silencio y lo lastimas al ocultar su pecado, Dios te exigirá el castigo máximo. Tu silencio hará que Dios sea tu enemigo y lastimará a tu hermano; si lo denuncias y revelas su pecado, harás que Dios sea propicio y beneficiará a tu hermano. y ganarás como amigo a alguien que estaba loco pero que aprendió por experiencia que le serviste bien. No pienses, pues, que les haces un favor a tus hermanos si los ves persiguiendo alguna absurdidad y no los acusas con todo celo. Si pierdes una capa, ¿acaso no consideras enemigo no solo al que la robó, sino también al que sabía del robo y se negó a denunciar al ladrón? Nuestra Madre común (la Iglesia) no ha perdido una capa, sino un hermano. El diablo lo robó y ahora lo retiene en el judaísmo. Sabes quién lo robó; sabes quién fue robado. ¿Me ves encendiendo, por así decirlo, la lámpara de mi enseñanza y buscando por todas partes en mi dolor? ¿Y permaneces en silencio, negándote a denunciarlo? ¿Qué excusa tendrás? ¿Acaso

la Iglesia no te contará entre sus peores enemigos? ¿No te considerará un enemigo y un destructor?

¡Dios no quiera que alguien que escuche mis consejos cometa el pecado de traicionar al hermano por quien Cristo murió! Cristo derramó su sangre por él. ¿Acaso les cuesta pronunciar una palabra al respecto? Les ruego que no sean tan reacios. En cuanto salgan de aquí, pónganse manos a la obra y que cada uno me traiga a uno de los que padecen esta enfermedad. Pero ¡Dios no quiera que tantos estén enfermos! Que dos, tres, diez o veinte de ustedes me traigan a un hombre. El día que lo hagan, cuando vea en sus redes la presa que han capturado, les serviré una mesa más abundante. Si veo que el consejo que les di hoy ha dado resultado, me esforzaré aún más por curar a esos hombres, y esto será una gran bendición tanto para ustedes como para ellos.

No tomen mis palabras a la ligera. Sean escrupulosos en la búsqueda de quienes padecen esta enfermedad. Que las mujeres busquen a las mujeres, los hombres a los hombres, los esclavos a los esclavos, los hombres libres a los hombres libres y los niños a los niños. Vengan todos a nuestra próxima reunión con tanto éxito que se ganen mi alabanza, y, antes que cualquier alabanza mía, que obtengas de Dios una recompensa grande e indescriptible que supera con creces los esfuerzos de quienes la consiguen.

Que todos podamos obtener esto por la gracia y la bondad amorosa de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con quien sea la gloria al Padre junto con el Espíritu Santo ahora y por siempre hace

I. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo había estado predicando sobre la incomprensibilidad de Dios, su congregación lo había estado absorbiendo, y él estaba

Listo para continuar. Luego miró el calendario. Se acercaban las fiestas judías y algunos de sus feligreses planeaban participar. El argumento médico que esgrime para abandonar su serie es preciso: un médico trata primero la afección más urgente. Predicar sobre la judaización después de que las fiestas ya hayan pasado es aplicar el remedio a un terreno ya corrompido. El pecado se habrá cometido, el sermón será inútil y el médico habrá aparecido después de que el paciente haya muerto.

El giro hacia la herejía anomia no es una digresión retórica, sino una observación teológica. Los anomianos negaban que el Hijo fuera igual a Dios Padre. Los judíos hacen la misma acusación: que Cristo se equivocó al considerarse igual a Dios. Ambas herejías atacan la misma verdad desde direcciones opuestas, y una congregación que se acerca al estamento religioso judío, lo sepa o no, se acerca a una comunidad que lleva a cabo el mismo ataque contra la divinidad de Cristo que los anomianos desde dentro de la iglesia.

Cuando Crisóstomo califica a los judíos de dignos de lástima, lo hace con reproche, no con compasión. Tenían todas las ventajas: los profetas, los pactos, la llegada del Mesías antes que ellos, y lo desperdiciaron todo. La prueba de esta inversión se encuentra en la carta de Pablo a los Filipenses, donde Pablo aplica la palabra «perros» a los judíos incrédulos, la misma palabra que Cristo había usado para los gentiles en su conversación con la mujer cananea. Los niños se convirtieron en perros. Los perros se convirtieron en niños. La inversión es total y se encuentra en el Nuevo Testamento.

Aquí reside el argumento irónico más devastador de la homilía. Cuando Dios quiso que los judíos observaran la Ley, la pisotearon.

Ahora que la Ley ya no es vinculante, se resisten obstinadamente a cumplirla. Cuando debían haber ayunado, en la época de su idolatría y glotonería, se atiborraron. Ahora que su ayuno es inoportuno y una abominación ante los ojos de Dios, ayunan. Esteban describió este patrón en su último discurso: siempre resistís al Espíritu Santo. No a veces. Siempre. Su única característica constante a lo largo de toda la historia de la redención es hacer lo contrario de lo que Dios exige, en el momento equivocado y por las razones equivocadas.

La metáfora del yugo en Jeremías recibe el mismo tratamiento. El profeta no dijo que se quitaran el yugo, sino que lo rompieran, lo cual es propio de una bestia indomable, no de una persona que toma una decisión meditada. El propio Moisés explica el porqué: Israel comió y se sació, y el favorito engordó y se volvió indómito. La gula produjo la obstinación. El animal que se alimenta de un pesebre lleno engorda y rechaza el yugo. Crisóstomo sigue esta lógica hasta Lucas 19:27 y las propias palabras de Cristo en la parábola de las minas: «Traed aquí a mis enemigos y matadlos». No está inventando una teología severa, sino que sigue el texto del Evangelio.

El argumento que da título a este libro se construye cita por cita de los profetas, no a partir de animosidad personal. Joel ordenó una asamblea solemne. En cambio, los judíos reúnen coros de afeminados y un montón de ramera, arrastrando todo el teatro a la sinagoga. Jeremías las llamó ramera, y donde una ramera se instala, ese lugar es un burdel. Jeremías también dijo que la casa de Dios se había convertido en la guarida de una hiena, seguido de la frase más importante: «He abandonado mi casa, he desechado mi herencia». Cuando Dios abandona un lugar, ese lugar se convierte en morada de demonios.

La crisis pastoral adquiere un rostro humano tres días antes de que se predique el sermón. Crisóstomo vio a un hombre tratando de arrastrar a una mujer cristiana acudió a la sinagoga para prestar juramento legal, pues le habían dicho que los juramentos allí prestados tenían mayor validez espiritual. Crisóstomo intervino

físicamente, apartó a la mujer y lo confrontó extensamente, llamándolo despreciable por afirmar que adoraba a Cristo mientras arrastraba a un creyente bautizado a las guaridas de quienes lo crucificaron.

La objeción de que la sinagoga merece reverencia por albergar la Ley y los profetas se refuta con Ptolomeo Filadelfo, quien depositó la Septuaginta en el templo pagano de Serapis. Los libros no santificaron aquel templo entonces, ni santifican la sinagoga ahora. La santidad pertenece a los libros, no al edificio, y no se transfiere a un lugar cuyos habitantes están contaminados.

La sinagoga es, de hecho, más peligrosa que el templo pagano precisamente porque aparenta legitimidad. El ídolo en el templo pagano es evidente y está al descubierto; una persona sensata no se deja engañar fácilmente para ir allí. La sinagoga cuenta con los profetas, las lecturas de la Torá, las solemnes cadencias litúrgicas, la apariencia de continuidad con la religión del Antiguo Testamento. Esa apariencia es como la miel en el borde de una copa envenenada. Dentro de la sinagoga se alza un altar invisible de engaño donde no se sacrifican ovejas ni terneros, sino las almas de los hombres.

El mensaje final va dirigido a los miembros sanos de la congregación, y es la palabra más dura del sermón. Su silencio no es neutralidad. Comparten la misma cabeza. Son miembros del mismo cuerpo. Un soldado romano que sabe que un compañero se ha pasado al enemigo y no dice nada paga la misma pena que el traidor. Y luego viene el mandato que ningún pastor evangélico estadounidense se atrevería a predicar hoy: aunque debáis imponer restricciones, aunque debáis usar la fuerza, aunque debáis tratarlo mal y con obstinación, haced todo lo posible por salvar a vuestro hermano de la comunión con aquellos que mataron a Cristo.

I. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

Los cristianos antioquenos que asistían a fiestas judías y buscaban curación de practicantes judíos no eran desertores teológicos. Eran personas convencidas de que el sistema religioso judío conservaba cierta validez espiritual junto con la iglesia, que ambos eran compatibles y que un cristiano podía beneficiarse de lo que ofrecía la sinagoga sin traicionar los preceptos de la iglesia. Esta es precisamente la premisa fundamental del sionismo cristiano, el filojudaísmo y todo el aparato del movimiento de solidaridad con Israel dentro del evangelicalismo estadounidense.

Las iglesias que celebran el Seder de Pésaj hacen exactamente lo mismo que los feligreses de Crisóstomo en la Fiesta de los Tabernáculos. Los cristianos que viajan a Israel y regresan convencidos de que caminar por donde caminó Jesús les brindó algo que el domingo por la mañana no puede ofrecer, hacen exactamente lo mismo que los cristianos que visitaban el santuario de Matrona en Dafne. Los ministerios evangélicos, fundados en torno al apoyo financiero y político al Estado judío moderno y que parten de la premisa de que el pacto que Dios hizo con Abraham se aplica sin reservas a un Estado-nación que rechaza a Jesucristo, están institucionalizando el mismo error teológico que Crisóstomo identificó como una enfermedad en el año 386 d. C.

El argumento específico de que los juramentos en la sinagoga son más vinculantes que los juramentos en la iglesia tiene su equivalente moderno preciso en la tendencia evangélica a tratar la autoridad religiosa judía como más importante que el juicio teológico cristiano. Cuando un pastor no critica la política del gobierno israelí porque le han dicho que equivale a maldecir a los descendientes de Abraham, está haciendo lo mismo que el hombre que arrastró a la mujer cristiana a la sinagoga porque los juramentos que allí se pronunciaban eran más temibles. Trata a una institución judía posterior al rechazo como si tuviera una autoridad espiritual que supera sus propias convicciones teológicas, y Crisóstomo no lo consideraría mejor que una mula.

El argumento de que la sinagoga es más peligrosa que el templo pagano porque su engaño se disfraza de religión legítima se corresponde directamente con el uso que hacen los sionistas cristianos de las profecías del Antiguo Testamento. Todo el atractivo del movimiento reside en su pretensión de tomarse la Biblia en serio, de honrar el pacto de Dios con Abraham y de apoyar al pueblo elegido de Dios. Estas no son, obviamente, preocupaciones erróneas. Son la miel en el borde de la copa. El veneno reside en la conclusión de que la élite religiosa y política judía moderna, que rechaza a Cristo como un rabino fracasado y una vergüenza histórica, es la heredera de esos pactos y el objeto de esas profecías. No lo es. Crisóstomo lo demostró con las Escrituras en el año 386 d. C., y la prueba sigue vigente.

La sección de la homilía sobre la responsabilidad comunitaria es la aplicación más incómoda para la iglesia moderna, pues exige algo que la cultura evangélica actual se ha negado categóricamente a producir: cristianos que les digan a sus hermanos judaizantes, directa y sin rodeos, que lo que hacen es espiritualmente peligroso y que no van a fingir lo contrario por cortesía. Crisóstomo ordenó a su congregación que impusiera moderación si era necesario, que usara la fuerza si era necesario, que tratara al judaizante con dureza y obstinación si eso era lo que requería su salvación.

No estoy sugiriendo que nadie saque a rastras a su pastor del banquete de la CUFI, aunque la imagen mental resulte atractiva. Lo que sugerimos es que la iglesia moderna necesita recuperar la convicción fundamental de que un hermano que cae en un error espiritualmente destructivo es problema de todos, y que el silencio ante ello no es neutralidad, sino complicidad.

I. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo sostiene que el problema de la judaización y la herejía anomiana fueron, en esencia, el mismo ataque a la divinidad de Cristo, proveniente de dos direcciones distintas. ¿Le resulta convincente esta conexión? ¿Dónde observa convergencias similares entre errores teológicos modernos?
2. Describe a los judíos como dignos de lástima, más que de odio, fundamentando su descripción en su rechazo a las bendiciones del pacto que les fueron otorgadas específicamente. ¿Cómo influye la categoría teológica de «digno de lástima» en su lectura del resto de la homilía y en su percepción de la comunidad judía moderna?
3. El argumento irónico de Crisóstomo es que los judíos observaron la Ley cuando debieron haberla rechazado y la rechazan ahora que debieron haberla superado, y que este patrón de resistencia constante al Espíritu Santo es su característica definitoria a lo largo de toda la historia de la redención. ¿Dónde observa usted este mismo patrón en la relación de la iglesia moderna con la reforma y la corrección teológicas?
4. Argumenta que la presencia de la Torá y los profetas en la sinagoga no la convierte en un lugar sagrado, citando como ejemplo el depósito de la Septuaginta por parte de Ptolomeo en el templo de Serapis. ¿Qué implica este argumento sobre la relación entre los textos sagrados y las instituciones sagradas, y cómo se aplica a las instituciones de la iglesia moderna que se han alejado de la fe, aunque conservan las formas externas del culto cristiano?
5. La sección de responsabilidad comunitaria ordena a los miembros de la congregación que intervengan físicamente si es necesario impedir que un hermano entre en la

sinagoga. ¿Cómo se aplica el principio que subyace a este mandato en un contexto contemporáneo, y dónde se traza la línea entre la intervención apropiada y la coerción inapropiada?

6. Crisóstomo afirma que la sinagoga es más peligrosa que el templo pagano porque su engaño se disfraza de religión legítima. ¿Cómo se manifiesta esta dinámica en el panorama evangélico actual y qué hace que ciertos errores sean más peligrosos precisamente por su apariencia ortodoxa?
7. Concluye diciendo a su congregación que si conocen a un hermano que se está judaizando y lo ocultan, comparten su castigo. ¿Qué tan en serio se toma su iglesia este tipo de responsabilidad comunitaria, y cómo sería tomarla tan en serio como lo exigió Crisóstomo?

HOMILÍA II

II. ANÁLISIS TEOLÓGICO

En esta homilía encontrará a Crisóstomo girando desde el carácter demoníaco de la sinagoga, que él estableció en la Homilía I: Un argumento más forense y legal. Su tesis central es que las fiestas y ayunos judíos no solo carecen de validez espiritual, sino que son directamente ilícitos, incluso según la propia Ley judía. Demostrará, a partir de la Torá, que la observancia judía fuera de Jerusalén, sin el templo, sin el sacerdocio y sin el sistema sacrificial, constituye una transgresión en lugar de una obediencia. También utilizará la carta de Pablo a los Gálatas como modelo apostólico para todo lo que argumenta, identificando la judaización en su congregación como la misma enfermedad que Pablo trataba en Galacia. Concluye con algunas de las instrucciones pastorales más exigentes de toda la serie, ordenando a su congregación que trate la judaización con una extirpación quirúrgica precisa en lugar de un consejo amable, y que le informe directamente sobre los judaizantes.

HOMILÍA II

Los que van a celebrar una boda o preparar un banquete suntuoso hacen lo mismo. No esperan para el día mismo. Mucho antes hablan con los pescadores y cazadores de aves para que la brevedad del tiempo no sea un obstáculo para preparar el banquete. Puesto que yo también voy a ofrecerles un banquete a pesar de la obstinación de los judíos, me he adelantado hablando con ustedes, los pescadores, para que recojan a sus hermanos más débiles en sus redes y los traigan para que escuchen lo que tengo que decir. Aquellos de ustedes que pescaron y tienen su pesca a buen recaudo en sus redes, manténganse firmes y átenlas con fuerza con sus palabras de exhortación.

Quienes aún no hayan tomado esta buena presa tienen tiempo suficiente en estos cinco días para atraparla y vencerla. Así pues, extendamos las redes de la instrucción; como una jauría de perros de caza, rodeemos a nuestra presa; acorralémosla por todos lados y sometámosla a las leyes de la Iglesia. Si les parece bien, enviemos a perseguirla al mejor de los cazadores, el bienaventurado Pablo, quien una vez exclamó: «Miren, yo, Pablo, les digo que si se circuncidan, Cristo no les servirá de nada». Cuando las fieras y los animales salvajes se esconden bajo la maleza y oyen el grito del cazador, se levantan de un salto. El fuerte clamor los hace salir de su escondite y, aun contra su voluntad, el grito del cazador los obliga a salir, y muchas veces caen directamente en las redes. Así también, sus hermanos se esconden en lo que yo llamaría la maleza del judaísmo.

Si oyen el clamor de Pablo, estoy seguro de que caerán fácilmente en las redes de la salvación y dejarán de lado todo el error de los judíos. Porque no fue Pablo quien habló, sino Cristo quien movió el alma de Pablo. Así que cuando lo oigas gritar y decir: "He aquí, yo, Pablo, os digo", considera que solo el grito es de Pablo; el pensamiento y la enseñanza son de Cristo, quien le habla a Pablo desde dentro de su corazón. Pero alguien podría decir: "¿Hay tanto daño en la circuncisión que hace inútil todo el

plan de redención de Cristo? Sí, el daño de la circuncisión es tan grande como eso, no por sí misma sino por tu obstinación. Hubo un tiempo en que la ley era útil y necesaria, pero ahora ha cesado y es infructuosa. Si decides circuncidarte ahora, cuando ya no es el momento adecuado, haces inútil el don de Dios. Es porque no estás dispuesto a venir a él que Cristo no te será de ninguna ventaja. Supongamos que alguien es sorprendido en el acto de adulterio y los crímenes más atroces y luego es arrojado a la cárcel. Supongamos, luego, que se va a dictar sentencia contra él y que será condenado.

Supongamos que justo en ese momento llegara una carta del Emperador liberando de toda rendición de cuentas o examen a todos los detenidos en prisión. Si el prisionero se negara a acogerse al indulto, se mostrara obstinado y optara por ser llevado a juicio, rendir cuentas y sufrir castigo, no podría después beneficiarse del favor del Emperador. Pues al someterse a la corte, al examen y a la sentencia, eligió voluntariamente privarse del favor imperial. Esto es lo que sucedió en el caso de los judíos.

Mira cómo funciona esto. Toda la naturaleza humana estaba sumida en los males más viles. «Todos han pecado», dice Pablo. Estaban encerrados, por así decirlo, en una prisión por la maldición de su transgresión de la Ley. La sentencia del juez iba a ser dictada contra ellos. Una carta del Rey descendió del cielo. Mejor dicho, vino el Rey mismo. Sin examen, sin exigir un pago, él liberó a todos los hombres de las consecuencias de su pecado. Por lo tanto, todos los que acuden a Cristo son salvos por su gracia y se benefician de su don. Pero quienes buscan la justificación mediante la Ley también caerán de la gracia. No podrán disfrutar de la misericordia del Rey porque se esfuerzan por alcanzar la salvación por sus propios méritos; atraerán sobre sí la maldición de la Ley, pues nadie encontrará justificación por las obras de la Ley.

Así es como Pablo dice: «Si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada». Porque quien se esfuerza por obtener la salvación por las obras de la Ley no tiene nada en común con la gracia. Esto es lo que Pablo insinuó cuando dijo: «Si es por gracia, entonces no por

obras; de otra manera, la gracia ya no es gracia. Pero si es por obras, ya no es gracia; de otra manera, la obra ya no es obra». Y de nuevo: «Si la justicia se obtiene por la Ley, entonces Cristo murió en vano». Y de nuevo: «Vosotros que sois justificados por la Ley habéis caído de la gracia». Habéis muerto a la Ley, os habéis convertido en un cadáver; de ahora en adelante ya no estáis bajo su yugo, ya no estáis sujetos a su necesidad. ¿Por qué, entonces, os esforzáis por crearos problemas cuando todo es en vano y sin sentido?

Cuando Pablo dijo: «He aquí, yo, Pablo, os digo», ¿por qué añadió su nombre? ¿Por qué no dijo simplemente: «He aquí, os digo»? Quería recordarles el celo que había demostrado con respecto al judaísmo. Lo que está diciendo es esto: «Si yo fuera gentil y no supiera nada de asuntos judíos, tal vez alguien diría que, como no participé en el plan y la dispensación judíos, como no conocía el poder de la circuncisión, la rechazo de los dogmas de la Iglesia». Por eso añadió su nombre. Deseaba recordarles lo que había hecho en favor de la Ley. Es casi como si dijera: «No hago esto por odio a la circuncisión, sino con pleno conocimiento de la verdad. Yo, Pablo, digo esto: que Pablo, que fue circuncidado al octavo día, que soy israelita de nacimiento, hebreo de los hebreos, de la tribu de Benjamín, fariseo según la Ley, que perseguía celosamente a la Iglesia, que entraba en las casas, sacaba a hombres y mujeres a rastras y los entregaba a los presos.

Todo esto podría persuadir incluso a los más necios de que establecí esta ley no por odio ni ignorancia de las cosas judías, sino con pleno conocimiento de la verdad suprema de Cristo. «Y vuelvo a testificar a todo hombre que se circuncida, que está obligado a observar la Ley». ¿Por qué no dijo: «Exhorto», o «Mando», o «Digo»? ¿Por qué dijo: «Testifico»? Para que, con esta palabra, nos recordara el juicio futuro. Donde hay testigos que dan testimonio, también hay juicios y sentencias. Entonces, asusta a su oyente al recordarle el trono real y al mostrarle que esas mismas palabras serán su testimonio en aquel día en que cada hombre dará cuenta de lo que ha hecho, lo que ha dicho y lo que ha oído.

Los gálatas oyeron esas palabras en tiempos pasados. Que aquellos que padecen la enfermedad de los gálatas las oigan de nuevo hoy. Si no están presentes, que oigan a través de ti las palabras que Pablo exclamó y dijo: «Testifico de nuevo a todo aquel que se circuncida, que está obligado a observar toda la Ley. (4) No me digas que la circuncisión es solo un mandamiento; es ese mismo mandamiento el que impone sobre ti todo el yugo de la Ley. Cuando te sometes a la regla de la Ley en una parte, debes obedecer también sus mandamientos en todo lo demás. Si no la cumples, serás castigado y atraerás su maldición sobre ti.

Cuando un gorrión cae en la red del cazador, aunque solo quede atrapada su pata, el resto de su cuerpo también queda atrapado. Así también, el hombre que cumple un solo mandamiento de la Ley, ya sea la circuncisión o el ayuno, mediante ese único mandamiento, le ha dado a la Ley pleno poder sobre sí mismo; mientras él esté dispuesto a obedecer una parte de la Ley, no puede evitar obedecerla por completo. No decimos esto para acusar a la Ley. ¡Dios no lo quiera! Lo decimos porque deseamos mostrar las incomparables riquezas de la gracia de Cristo. Porque la Ley no es contraria a Cristo. ¿Cómo podría serlo, si él fue quien la dio, si la Ley nos conduce a él? Pero nos vemos obligados a decir todo esto debido a la inoportuna contienda de quienes no usan la Ley como deberían. Quienes ultrajan la Ley son aquellos que nos instan a apartarnos de ella de una vez por todas y venir a Cristo, y luego nos dicen que volvamos a aferrarnos a ella.

La Ley ha beneficiado enormemente nuestra naturaleza. Estoy de acuerdo en ello y jamás lo negaría. Pero ustedes, los judaizantes, se aferran a ella más allá del tiempo oportuno y no nos dejan ver lo útil que ha sido. Sería el mayor elogio para un tutor que su joven alumno ya no necesitara su supervisión porque hubiera alcanzado una virtud tan superior. Así también, sería el mayor elogio para la Ley que ya no necesitáramos su ayuda. Porque la Ley ha hecho posible precisamente eso: ha preparado nuestra alma para recibir una filosofía más elevada.

Así pues, quien se aferra a la Ley y no ve nada superior a lo que en ella está escrito, no obtiene gran provecho de ella. Pero yo dejé la Ley a un lado y me lancé a las enseñanzas más elevadas de Cristo; sin embargo, pude concederle a la Ley la mayor dignidad, pues me capacitó para trascender las trivialidades allí escritas y elevarme a la grandeza de la enseñanza que nos llega de Cristo.

La Ley sí benefició enormemente a nuestra naturaleza, pero solo si nos conducía sinceramente a Cristo. Si no era así, nos perjudicaba privándonos de las cosas mayores debido a nuestra excesiva atención a las menores; también nos lastimaba manteniéndonos aún en las innumerables heridas de nuestras transgresiones. Supongamos que hubiera dos médicos, uno más débil y otro más fuerte. Si el más débil aplicaba medicinas a las úlceras pero no lograba aliviar definitivamente el dolor del enfermo, entonces... «Por tanto, si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve y presenta tu ofrenda».

Cristo no dijo: «Presenta tu ofrenda y luego vete», sino «Déjala allí sin ofrecer y ve primero a reconciliarte con tu hermano». Y no lo hizo solo aquí, sino también en otro lugar. Si un hombre tiene una esposa infiel, es decir, gentil, no está obligado a repudiarla. Porque San Pablo dijo: «Si un hombre tiene una esposa incrédula y ella consiente en vivir con él, que no la repudie. Pero si tiene una esposa que es ramera y adúltera, nada le impide repudiarla. Porque Cristo dijo: «Todo aquel que repudia a su esposa, salvo por causa de inmoralidad, la hace cometer adulterio. Y por eso le está permitido repudiarla por causa de inmoralidad.

¿Ves la bondad y la preocupación de Dios? Él dice: «Si tu esposa es gentil, no la repudies. Pero si es una ramera, no te lo impido». Lo que quiere decir es esto: «Si se comporta de manera atroz conmigo, no la repudies; si te ultraja, nadie te impedirá repudiarla». Si Dios nos ha honrado de esta manera, ¿acaso no le consideraremos merecedor de igual honor? ¿Permitiremos que nuestras esposas lo ultrajen? ¿Lo permitiremos aun sabiendo que

el mayor castigo y la mayor venganza nos esperan cuando descuidemos la salvación de nuestras esposas? Por eso te puso a ti como cabeza de la esposa. Por eso Pablo dio la orden: «Si las esposas desean aprender algo, que pregunten a sus propios maridos en casa», para que tú, como maestro, tutor y protector, las exhortes a la piedad.

Sin embargo, cuando la hora señalada para los servicios te llama a la iglesia, no logras despertar a tu esposa de su apatía. Pero ahora que el diablo las llama a la fiesta de las Trompetas y ellas prestan atención a este llamado, no las detienes. Dejas que se enreden en acusaciones de impiedad, dejas que se dejen arrastrar por caminos licenciosos. Porque, por regla general, son las ramera, los afeminados y todo el coro del teatro quienes acuden a esa fiesta. ¿Y por qué hablo de la inmoralidad que allí se comete?

¿No temes que tu esposa no regrese de allí después de que un demonio haya poseído su alma? ¿No oíste en mi discurso anterior el argumento que claramente nos demostró que los demonios moran en las almas de los judíos y en los lugares donde se reúnen? Dime, pues, ¿cómo tenéis vosotros, los judaizantes, la audacia, después de haber bailado con demonios, de volver a la asamblea de los apóstoles? Después de haber ido y compartido con los que derramaron la sangre de Cristo, ¿cómo es que no os estremecéis al volver y participar de su sagrado banquete, al participar de su preciosa sangre? ¿No os estremecéis, no tenéis miedo cuando cometéis tales ultrajes? ¿Tan poco respeto tenéis por ese mismo banquete? Os he dicho estas palabras. Vosotros se las diréis a esos judaizantes, y ellos a sus esposas: «Fortaleceros unos a otros».

Si un catecúmeno padece esta enfermedad, que se le impida la entrada a la iglesia. Si el enfermo es creyente y ya iniciado, que se le expulse de la mesa sagrada. Pues no todos los pecados requieren exhortación y consejo; algunos, por su propia naturaleza, exigen curación mediante una extirpación rápida y certera. Las heridas que podemos tolerar responden a curas más suaves; las que se han supurado y no tienen cura, las que se alimentan del resto del cuerpo, necesitan cauterización con punta de acero.

Así sucede con los pecados. Algunos necesitan una larga exhortación; otros necesitan una fuerte reprensión. Por eso Pablo no nos ordenó exhortar en cada caso, pero también para reprenderlos severamente: «Por tanto, repréndelos severamente». Por lo tanto, ahora los reprenderé severamente, para que se acusen a sí mismos y sientan vergüenza por lo que han hecho. Entonces nunca más serán perjudicados por ese ayuno pecaminoso. Así que de ahora en adelante dejaré de lado la exhortación mientras testifico y exclamo: «Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea maldito sobre él». ¿Qué mayor evidencia podría haber de que un hombre no ama a nuestro Señor que cuando participa en la fiesta con aquellos que mataron a Cristo?

No fui yo quien les lanzó la maldición, sino Pablo. Más bien, no fue Pablo, sino Cristo, quien habló por medio de él y dijo antes: «Los que son justificados por la ley han caído de la gracia». Así que díganles estas palabras, léanles en voz alta estos textos. Muestren todo su celo por salvarlos. Cuando los hayan arrebatado de las fauces del diablo, tráiganmelos el día del ayuno judío. Entonces, después de que haya cumplido el resto de mi promesa, unámonos, de común acuerdo y a una sola voz, para dar gloria a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque a Él sea la gloria por siempre. Amén. La Ley sí ayudó mucho a nuestra naturaleza, pero solo si realmente nos conduce a Cristo; de la misma manera, si no lo hace, en realidad nos ha perjudicado, privándonos de cosas mayores al prestar atención a cosas menores, y manteniéndonos confinados en las innumerables heridas de nuestras transgresiones.

En efecto, supongamos que hubiera dos médicos, uno menos poderoso y otro más poderoso; y que uno, aunque aplicara medicinas a las llagas del paciente, no pudiera liberar al enfermo de una vez por todas del dolor que le causaban, sino que solo le proporcionara un leve alivio, mientras que cuando llegó el otro médico, el más poderoso, retiró todas esas medicinas y simplemente lavó al enfermo, pudo purificarlo de sus dolencias, sin dejar rastro alguno, ni siquiera la más mínima marca. Y entonces, supongamos que el primer médico intentó impedir que el paciente fuera tratado por ese [mejor médico].

¿Qué ayuda podría brindar con sus medicinas que fuera tan grande como el daño que causó al impedir que el paciente tomara el camino más breve y rápido hacia la salud? Así también debemos pensar cuando se trata de Cristo y la Ley. La Ley aplica medicinas que brindan un alivio mínimo a nuestras llagas. Cristo, en cambio, cuando vino, eliminó todo esto y, al lavarnos con el agua del bautismo, no permitió que quedara rastro ni marca de nuestras heridas anteriores.

Así pues, quien se aferra a la Ley no hace sino descreer en la habilidad del doctor y negar que el bautismo sea suficiente para quitar sus pecados. Porque recurrir a la ley es señal de quien teme que Cristo no sea lo suficientemente fuerte como para librarnos de nuestros pecados anteriores mediante su gracia. Y esta es la prueba de la peor incredulidad: tales personas están ultrajando tanto a la Ley como a Cristo, al no creer en ninguno de los dos.

Al aferrarse a la Ley, niegan la gracia de Cristo; pero al aferrarse a ella solo en parte, la acusan de gran debilidad. Díganme: ¿Es la ley, por sí sola, capaz de justificar? [¿Sí?] Entonces, ¿por qué no la cumplen completamente? —Pero es bastante débil y frágil. — ¡Obviamente piensan eso, si solo la cumplen en parte! Además, ¿es Cristo capaz de conceder el perdón de todos sus pecados? [¿Sí?] Entonces, ¿por qué se aferran a la Ley y temen ser juzgados como transgresores por no cumplir uno de sus mandamientos? Esta es la señal de quienes no confían verdaderamente en la bondad de Cristo. En este punto, es oportuno decir: «¡Ay del corazón temeroso, de las manos perezosas y del pecador que anda por dos caminos!» Porque debes imaginar que lo que se ha dicho acerca de la circuncisión también se ha dicho acerca del ayuno y de todos los demás mandamientos de la Ley, si lo guardas ahora, en el tiempo inoportuno —así como, si alguien se circuncida ahora, «Cristo no le será de provecho»—. De hecho, para que no piensen que esta afirmación se refiere únicamente a la circuncisión, sino que entiendan que se aplica a toda la Ley, si alguien la guardara ahora, en el momento inoportuno, deben escuchar lo que dice: «Ustedes que intentan justificarse por la Ley se han apartado de la gracia».

¿Qué castigo mayor podría igualar este? ¡Que esto no les suceda a nuestros hermanos! Los llamo hermanos, aunque estén enfermos de innumerables maneras, por mi esperanza en su salud. Ahora bien, permítanme despojarme de mis vestiduras para la lucha contra los judíos mismos, para que la victoria sea más gloriosa, para que aprendan que son abominables, impíos, asesinos y enemigos de Dios. Porque no hay evidencia de maldad que pueda proclamar que sea igual a esta. Pero, para reunir discursos forenses contra ellos, primero demostraré que incluso si no hubieran sido privados de su modo de vida ancestral, aun así su ayuno sería impuro y contaminado; y proporcionaré las pruebas de la Ley misma y de Moisés.

Porque si era ilegal cuando se observaba mientras la Ley estaba vigente, mucho más ahora que la Ley ha cesado. Y demostraré que no solo el ayuno, sino también todas las demás prácticas que observan —sacrificios, purificaciones y fiestas— son abominables. Y si la misma forma de purificación es ilegal tal como se practica, y sería rechazada como repugnante, ¿cuál de sus otros rituales podrá purificarlos después? El mejor punto de partida para la demostración será su observancia con respecto al lugar. Porque Dios los sacó de todo el mundo y los confinó en un solo lugar: Jerusalén.

Y en ningún otro lugar les estaba permitido ayunar, sacrificar, celebrar fiestas o tabernáculos, ni siquiera leer la Ley, mientras la Ley estaba vigente. E incluso entonces, siempre que estos ritos se realizaban fuera de Jerusalén, el procedimiento constituía una transgresión, y más aún ahora. Si lo desea, leeré las leyes que se establecieron para ellos con respecto a estos asuntos. Primero, permítame recitar la ley establecida con respecto a la fiesta de la Pascua: «Porque no podrás celebrar la Pascua en ninguna de las ciudades que el Señor tu Dios te dé, sino en el lugar que el Señor tu Dios escoja para que allí se invoque su nombre», refiriéndose a Jerusalén (pues su nombre había sido invocado sobre esa ciudad, como también Daniel dejó claro cuando oró y dijo: «Mira la destrucción de nosotros y de tu ciudad, sobre la cual se ha invocado tu nombre»).

Utilizó este término para la ciudad no porque Dios tenga una ciudad —¡por supuesto que no!— sino para hacer el lugar más imponente gracias al temor inherente a la denominación. Así pues, esta ley les prohíbe celebrar los sacrificios de la Pascua [en cualquier lugar fuera de Jerusalén], no solo en Siria y Cilicia y entre otros pueblos, sino incluso en la propia Palestina. «Porque no podréis celebrar la Pascua en ninguna de las ciudades que el Señor vuestro Dios os dé», y las ciudades que les dio estaban en Judea. ¿Veis cómo han sido expulsados, no del mundo, sino de la provincia misma, a un solo lugar?

De nuevo, respecto a la fiesta que ahora es inminente, advierte: "Durante siete días celebraréis la Fiesta de los Tabernáculos, cuando recojáis de vuestra era y de vuestro lagar". Porque como eran ingratos y no se acordaban de su benefactor, él unió sus recuerdos de la bondad de Dios a las necesidades de sus fiestas. Y al mismo tiempo, aprenderían la razón de la fiesta: Porque cuando la cosecha esté completa, dice, celebraréis días de acción de gracias al dador del sustento solicitado, "Durante siete días celebraréis la fiesta, tú y tu hijo y tu hija, tu siervo y tu sierva, el prosélito/extranjero que esté unido a ti, el huérfano y la viuda; durante siete días celebraréis la fiesta al Señor Dios en el lugar que el Señor vuestro Dios escoja.

Y en cuanto a que ni siquiera se les permitía leer la Ley fuera de Jerusalén, escuchen esto: «Después de siete años, en el año de la Liberación, la Fiesta de los Tabernáculos, cuando todo Israel se reúna para presentarse ante el Señor tu Dios en el lugar que él elija. Allí leerás la Ley»; allí ayunarás para la Fiesta de los Tabernáculos. ¿Ven que también se mantiene esta [estipulación] en el caso del ayuno? Luego, para no entrar en detalles sobre cada punto individualmente, añadió de forma concisa que de ninguna manera les estaba permitido realizar sus rituales de culto habituales en ningún otro lugar, diciendo: «Tengan cuidado de no ofrecer sus holocaustos en cualquier lugar que vean; sino que en el lugar que el Señor tu Dios elija para que se invoque su nombre, allí ofrecerán sus sacrificios, allí cumplirán todo lo que yo les mando hoy».

Porque cuando dijo "todo", incluyó, al usar esa palabra, fiestas, sacrificios, lustraciones, purificaciones y todo lo demás que estuviera en la Ley. Luego, como eran insensatos e insensatos, y su exhortación no fue suficiente para persuadirlos, añadió también un castigo inexorable para los que desobedecieran: "El Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a los hijos de Israel, y diles: Cualquiera de entre vosotros, o de entre los prosélitos / extranjeros que se han unido a vosotros, que sacrifique un toro

Si un hombre sacrifica un ternero, una oveja o una cabra fuera del campamento o dentro del mismo, y no lleva su sacrificio a las puertas de la Tienda del Testigo, se le imputará sangre; ese hombre ha derramado sangre. ¿Qué significa que "se le imputará sangre"?

Será condenado por asesinato, habiéndose convertido en semejante a un asesino, pues [Dios] no prestaba atención a la naturaleza de lo sacrificado, sino a la mentalidad de aquel que ofrecía sacrificio. Por esta razón, se consideraba asesinato: porque la matanza se realizaba en contra de la voluntad de Dios. ¿Ven cuán celosamente se guardaba el lugar? Dice que quien no sacrifique a las puertas de la Tienda del Testigo será castigado como si hubiera matado a un ser humano, aunque sacrifique una oveja. Y para agravar aún más el castigo, dice: «Esa persona será excluida de su pueblo». ¿Por qué? Porque no llevó sus sacrificios a las puertas de la Tienda del Testigo, explica. ¿Y por qué les ordena sacrificar allí? Para que no sacrifiquen a sus ídolos ni a las vanidades con las que se prostituyen.

¿Ves que la razón misma es una acusación de su impiedad y prostitución? (Pues él siempre llama prostitución a su impiedad). Los reunió de todas partes en un solo lugar por esta razón: para que no tuvieran ocasión de impiedad. Cuando un hombre libre y de buena cuna tiene una esclava licenciada que atrae a todos los transeúntes para tener relaciones inmorales con ella, no le permite salir al vecindario, exhibirse en el callejón, ir al mercado; en cambio, la confina en el piso de arriba de la casa, la encadena con hierro y le ordena que permanezca dentro en todo momento, para que tanto las restricciones espaciales del lugar como la coacción de las cadenas sean su punto de partida para la castidad.

Dios actuó de la misma manera: siendo la sinagoga su esclava licenciosa, anhelando a todo demonio y a todo ídolo, y apresurándose a ofrecer sacrificios a los ídolos en todo lugar, la confinó en Jerusalén y en el templo, como si fuera en la casa del amo, y le ordenó sacrificar y celebrar fiestas solo allí en los tiempos señalados, para que tanto las restricciones espaciales del lugar como la observancia de los tiempos la mantuvieran, aunque a regañadientes, en la ley de la piedad. «Siéntate allí y sé modesta», dice; «deja que el lugar te eduque, puesto que tu carácter no lo hizo». Y [para confirmar] que esta es la razón por la que ordenó el sacrificio solo allí, ya habéis oído la Ley que ahora hemos leído dice así: «Porque traerán sus sacrificios a las puertas de la Tienda del Testigo», y añade la razón: «Para que no sacrifiquen a sus ídolos ni a las vanidades con las que se prostituyen». Pues no había lugar en Palestina que no estuviera contaminado por su impiedad; al contrario, cada colina, cada barranco y cada árbol participaban de su impiedad. Por esta razón, Oseas exclamó: «Sacrificaron en las colinas; hicieron sacrificios en las cumbres de las montañas, bajo encinas, pinos y árboles que daban sombra, porque allí había buen refugio».

Y Jeremías dijo: «Alzad vuestros ojos y ved: ¿Dónde no se prostituyeron?». Por esta razón, Dios, al ver que se habían extraviado, los confinó en un solo lugar: el templo. Pero ni siquiera esto detuvo su libertinaje; más bien, como si quisieran demostrarle obstinadamente a su Señor que, hiciera lo que hiciera, no abandonarían su locura, llevaron amantes adúlteros a la casa de su Señor, erigiendo en una ocasión un ídolo de cuatro caras y pintando en otra las abominaciones de reptiles y ganado en la pared.

Ezequiel nos lo hizo saber, pues fue llevado de Babilonia al templo, y cuando los vio quemando incienso al sol, llorando por Adonis y adorando a todos los demás ídolos en el mismo templo, clamó angustiado. Pero el profeta no solo señaló esta impiedad desenfrenada, sino que también abordó el tema de otra manera, diciendo: «Ha surgido en vosotros una perversión que supera la de todas las mujeres».

¿Cómo es que se hacen pagos a todas las prostitutas, dice, "pero ustedes hicieron pagos"? Porque se dedicaban a la prostitución y pagaban dinero por su propia prostitución, lo cual es la mayor prueba de un alma que está siendo enloquecida por el aguijón de su propia libertinaje. Entonces, porque la casa no las hizo modestas —en cambio, erigieron allí sus ídolos—, al final Dios arrasó el templo. ¿Qué necesidad había de ese lugar, puesto que allí se alzaban ídolos y se servían demonios?

Ahora quiero recordarles lo que les prometí al principio. ¿Qué fue, entonces, lo que prometí? Demostrar que están transgrediendo en todo lo que hacen, y en primer lugar, en la fiesta de la Pascua. El hecho de que no solo transgreden la Ley, sino que manifiestamente también son asesinos, cuando celebran esta fiesta fuera de Jerusalén, queda claro por lo que he dicho. Esto ha sido probado abundantemente por la gracia de Dios. Por lo tanto, cada vez que sacrifican el cordero pascual, ya sea aquí o en otro lugar, manifiestamente son asesinos. Porque si alguien no lleva su sacrificio a las puertas del Tabernáculo, el sacrificio se considera sangre y asesinato, y si estas personas hacen sus sacrificios no solo fuera del templo, sino incluso fuera de la ciudad, de hecho, en todas partes de la tierra, entonces es evidente que están profundamente involucrados en la contaminación [del asesinato].

De la misma manera, cuando celebran la Fiesta de los Tabernáculos y sus demás fiestas, vuelven a estar impuros y contaminados. Porque si todo se purifica mediante los sacrificios, y «sin derramamiento de sangre no hay perdón», entonces, una vez que todos los sacrificios han sido eliminados con la destrucción del templo, necesariamente se sigue que los métodos de purificación y las costumbres de todas las fiestas han sido eliminados, o que si se practican, causan aún mayor contaminación porque se realizan de manera ilícita. No solo no se les permitía sacrificar fuera del templo, sino que ni siquiera se les permitía cantar en otro lugar, como también lo dejó claro el profeta. Porque cuando fueron llevados a Babilonia, y quienes los habían hecho cautivos querían oír cantos judíos, y les decían: «Cántennos algunos de los cánticos de Sión», ellos respondían, a modo de informarles decían que no

estaba permitido cantar fuera de Jerusalén: «¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?». Pero tampoco ayunaron en tierra extraña; escuchen lo que Dios les dijo por medio de Zacarías: «¿Acaso han ayunado por mí durante setenta años?», refiriéndose indirectamente al tiempo del cautiverio.

También se ha demostrado que solo allí se les permitía hacer sacrificios. Por esta razón, los tres niños dijeron: «No hay gobernante ni profeta en este tiempo, ni lugar donde ofrecer sacrificios y hallar misericordia». Ahora bien, por supuesto que había un lugar en Babilonia, pero no el lugar habitual. Pues obedecieron a Moisés, quien dijo: «Tengan cuidado de no ofrecer sus holocaustos en cualquier lugar que vean, sino en el lugar que el Señor su Dios escoja...». Así, cuando no se les permitió ni sacrificar, ni cantar, ni purificarse, ni leer la Ley (pues otro profeta hizo la misma acusación cuando dijo) y lo presentó como una gran acusación: «Leían la Ley afuera e invocaban la confesión». Por lo tanto, cuando no se les permitió hacer ninguna de estas cosas, ¿qué defensa podrán tener en el futuro?

Se condenan y se contaminan a sí mismos con sus innumerables transgresiones. Y por eso llamé impuro su ayuno desde el principio: porque lo realizan ilegalmente. En efecto, su Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos, y todo lo demás que hacen, son profanos y abominables; lo que practican no es adoración, sino anarquía, transgresión y ultraje a Dios. Como ven, si no se atrevieron a hacer nada de esto durante su estancia en tierra extranjera (como lo demuestra mi discurso), cuando esperaban recuperar su ciudad ancestral y regresar al templo, entonces ahora tienen mucha más obligación de permanecer inactivos, de abstenerse de actuar y de no llevar a cabo ninguna de estas cosas, ahora que ya no hay esperanza de que recuperen Jerusalén.

Porque esa ciudad no volverá a levantarse en el futuro, ni volverán a su forma de culto anterior. Fue para dejarles esto claro que Dios les abrió el mundo entero, e hizo que solo ese lugar fuera inaccesible, y por eso hay leyes imperiales que los mantienen alejados y no les permiten poner un pie en la puerta de la ciudad,

esa ciudad es y seguirá siendo inaccesible para ellos en todo momento. Pero el mismo día de su ayuno, demostraré que [es decir, Jerusalén] no resucitará, si ustedes están presentes nuevamente con el mismo entusiasmo y veo esta sala tan magnífica como ahora con la multitud de oyentes.

Hoy, en cambio, es necesario explicarles por qué Dios les abrió el mundo entero, pero les hizo inaccesible solo esa ciudad. ¿Por qué, entonces, hizo esto? Conocía su obstinación y descaro, su terquedad y desobediencia; sabía que no elegirían fácilmente abandonar su antigua forma de vida, basada en sacrificios y holocaustos, para encaminarse hacia la vida más elevada y espiritual de los Evangelios. ¿Qué hizo, entonces,? Tras vincular su culto a la necesidad de los sacrificios, confinó además los sacrificios mismos al templo, y después de hacer esto, les prohibió el acceso al lugar, de modo que, al no permitírseles poner un pie en Jerusalén, se darían cuenta de que ya no les estaba permitido sacrificar; y, por la ausencia de sacrificios, aprenderían a no aferrarse más al resto de sus formas de culto, y podrían ver que ya no era el momento adecuado para ese estilo de vida, que, en cambio, Dios los estaba llamando a una filosofía diferente y superior.

Una madre amorosa que tiene un hijo lactante, pero que luego está ansiosa por destetarlo de la leche materna y guiarlo hacia otros tipos de alimento, cuando ve que él no está dispuesto y se resiste, y continúa buscando su pecho y sintiéndose en su seno materno, le unta bilis u otro tipo mezcla muy amarga alrededor del pezón de su pecho, y así lo obliga, a pesar de su reticencia, a apartarse de la fuente de leche en el futuro. Del mismo modo, Dios, queriendo guiarlos hacia un alimento más sólido, pero viéndolos regresar constantemente a Jerusalén y a su modo de vida, amuralló la ciudad como el pezón de una madre con bilis y el jugo más amargo —el miedo a los romanos— y mediante decretos imperiales la convirtió en un lugar prohibido para ellos. Su intención era que, debido a la desolación y a las armas de los soldados, se alejaran de su patria y poco a poco se acostumbraran a rechazar su deseo de leche y a anhelar un alimento sólido.

Aunque los emperadores causaron la desolación, Dios los impulsó a hacerlo, y esto se evidencia al compararlo con los períodos anteriores, cuando ni siquiera el gobernante del mundo entero era lo suficientemente fuerte como para tomar la ciudad, pues Dios les era favorable. El templo fue destruido por esta razón: para que ya no buscaran a Dios en un lugar, sino que elevaran su mirada hacia los cielos. Los sacrificios fueron suprimidos por esta razón: para que pudieran contemplar también el verdadero sacrificio, que quita el pecado del mundo. Pero si no están dispuestos a cambiar, entonces Dios, por su parte, les ha mostrado su bondad, mientras que ellos, al haberse hecho indignos de ella, atraerán sobre sí un castigo inexorable. Pero ahora, es momento de dejar mi discurso con ellos y dirigir mi crítica contra aquellos que se han ido a escuchar las trompetas. En verdad, no debería haberlos considerado dignos de atención en este punto, ya que, después de tanta exhortación y consejo, persistieron en la misma necesidad. Pero espero corregir su comportamiento con esta segunda exhortación y persuadirlos para que condenen su propia estupidez con respecto a su conducta anterior; por lo tanto, me embarco con entusiasmo en estas observaciones dirigidas a ellos.

Porque en verdad sé que, por la gracia de Dios, muchos de los que acostumbraban hacer estas cosas se han apartado de su mala costumbre; y si no todos fueron persuadidos, sin duda serán persuadidos. Un cuerpo que comienza a sanar progresa en un camino que le permite deshacerse de toda enfermedad y finalmente regresar a un estado de salud pura. ¿Corriste a oír las trompetas? Dime (deseo conversar con ellas en su ausencia, como si estuvieran presentes. Porque así también el alma que sufre conversa con la gente como si estuviera presente y escuchando, aunque aquellos a quienes ataca no la escuchen), entonces, ¿corriste a oír las trompetas?

Dime: ¿Con esos asesinos? ¿Con esos charlatanes? ¿Con esos judíos delirantes y enloquecidos? ¿No escuchasteis a Cristo, que dijo: «El que mira a una mujer con deseo ya ha cometido adulterio con ella en su corazón»? Porque así como la mirada lasciva produce adulterio, así también el oír fuera de tiempo produce

impiedad. ¡Pero vosotros deseáis oír la trompeta! Escuchad, pues, la trompeta de Pablo, la trompeta espiritual que resuena desde los cielos y dice: «Vestíos de toda la armadura de Dios. Ceñíos los lomos con la verdad, vestíos con la coraza de la justicia, calzaos los pies con el equipo del evangelio de la paz, tomad el escudo de la fe, el casco de la salvación, la espada del espíritu».

¿Ves cómo una trompeta espiritual te arma y te lleva a la batalla contra los demonios? Escucha el trueno de Juan, que dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». Espera la trompeta que sonará desde los cielos: «Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán». Quienes oigan esta trompeta terrenal no oirán la celestial; o mejor dicho, la oirán, pero para su propio perjuicio. Porque participar en la fiesta judía significará participar en su castigo. En aquel tiempo, los judíos «mirarán a aquel a quien traspasaron». ¿Qué sucederá, entonces, si apareces en compañía con ellos? ¿No es más que evidente lo que queda [como implicación]? Me temo decirlo, pero lo transmito a tu conciencia.

Ahora tocáis la trompeta con ellos, así que después lloraréis con ellos. ¡Que jamás se encuentre ninguno de los hijos de las iglesias en el lugar de reunión de esa gente asesina, ni ahora ni nunca! Por eso he dicho esto ahora: para que estas cosas no vuelvan a suceder. Pero no solo me dirijo a los hombres, sino también a las mujeres, por medio de sus maridos. Porque sé que la mayoría de la multitud que acude allí está compuesta por mujeres. Ahora bien, el bienaventurado Pablo dice: «Maridos, amad a vuestras esposas»; y también: «La esposa debe temer a su marido». Pero no veo ni temor de las esposas ni amor de los maridos. Porque si la esposa temiera a su marido, no se atrevería a ir.

Si el marido amara a su esposa, jamás la habría permitido ni tolerado. ¿Qué hay peor que esta atrocidad?, les pregunto. ¿Que una mujer libre y creyente salga de casa y vaya a la sinagoga? ¿Acaso conoce otro lugar aparte de la iglesia y el tiempo que pasa allí? Pero si fuera con un amante, ¿no se habrían puesto de pie? ¿No se habrían indignado? ¿No habrían puesto guardias por todas

partes? Pero ahora, no la ven yendo a cometer adulterio con un hombre, sino a frecuentar demonios, ¿y permiten esta impiedad?

Si ella comete una transgresión contra ti, la castigas; pero si comete una ofensa contra su Señor, ¿la pasas por alto? Si ella abusa deliberadamente de tu matrimonio, eres un juez severo e inexorable; pero si pisotea los pactos con Dios, ¿eres negligente e indiferente? ¿Cómo pueden estas [ofensas] ser dignas de perdón? Sin embargo, Dios no actúa así, sino todo lo contrario: cuando él mismo se indigna, lo pasa por alto; cuando a ti te tratan así, te castiga. ¿Deseas saber que él honra tus asuntos más que los suyos? "Si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, luego vuelve y presenta tu ofrenda.

II. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo abre la Homilía II anunciando que faltan cinco días para el ayuno judío y que él se está adelantando de la misma manera, quien planea un banquete contacta a los pescadores antes del día para evitar prisas de última hora. Quiere que su congregación esté preparada, con argumentos sólidos, dispuesta a impedir que sus hermanos entren en la sinagoga antes de que comience el ayuno, en lugar de tener que lidiar con las consecuencias después.

Inmediatamente recurre a la carta de Pablo a los Gálatas, y la elección es deliberada. El problema de Galacia era, en esencia, el problema de Antioquía. A los cristianos de Galacia se les decía que la circuncisión y la observancia del calendario judío eran complementos necesarios para la fe en Cristo, y Pablo respondió con el lenguaje más severo de su arsenal epistolar, maldiciendo a cualquiera que predicara un evangelio diferente y advirtiendo directamente a los Gálatas que si aceptaban la circuncisión, Cristo no les reportaría ningún beneficio. Crisóstomo aplica este marco a su propia congregación. Quienes ayunan con los judíos no están añadiendo una práctica cultural inofensiva a su cristianismo. Están haciendo lo mismo que los Gálatas: tratar la observancia religiosa judía como si conservara la validez del pacto junto con el evangelio, y la respuesta de Pablo a los Gálatas es la respuesta apropiada para ellos.

Luego expone el argumento que constituye la columna vertebral teológica de esta homilía, y que es un argumento más jurídico que cualquier otro en la Homilía I. Las fiestas y ayunos judíos, según la Ley, debían observarse en un solo lugar: Jerusalén. Cita directamente la legislación deuteronomica, donde Dios limitó la observancia de fiestas, ayunos, sacrificios e incluso la lectura pública de la Ley al lugar que el Señor tu Dios escoja, que era Jerusalén y específicamente el templo. Los judíos de Antioquía que observan estas fiestas no están cumpliendo la Ley. La están

quebrantando, porque la Ley nunca permitió que estas observancias se realizaran fuera de Jerusalén. Si la observancia era una transgresión incluso cuando la Ley estaba vigente, es mucho peor ahora que la Ley ha sido reemplazada.

Luego, insiste en un argumento sobre la sangre. Levítico declara que sin derramamiento de sangre no hay perdón. El sistema sacrificial era el mecanismo que otorgaba al calendario religioso judío algún poder purificador. Sin el templo, sin el sacerdocio y sin los sacrificios, las fiestas no logran nada, ni siquiera por sí solas. Un ayuno sin el mecanismo sacrificial que lo acompaña no es una forma modificada o incompleta de la observancia de la Ley. Es un acto vacío que la Ley misma nunca sancionó. Los judíos que ayunan en Antioquía no le ofrecen a Dios una obediencia imperfecta. Le ofrecen una transgresión disfrazada de obediencia, lo cual es peor que no ofrecer nada.

Crisóstomo concluye con instrucciones pastorales que van mucho más allá de lo que ordenó en la Homilía I. Un catecúmeno que padece la enfermedad del judaísmo debe ser excluido por completo de la iglesia. Un creyente bautizado que haya participado en la observancia judía debe ser expulsado de la mesa sagrada. No todo pecado responde a consejos amables, explica. Algunas heridas exigen una extirpación rápida y certera. La gangrena no responde a compresas tibias. Responde al bisturí. Y luego ordena que su congregación les comunique estas cosas a los judaizantes, y que los judaizantes se las comuniquen a sus esposas, de modo que la instrucción se extienda por todos los niveles de la comunidad hasta que nadie pueda alegar ignorancia.

II. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento legal que Crisóstomo presenta en la Homilía II es el que aborda más directamente al sionista cristiano que afirma que apoyar la observancia religiosa judía moderna es una forma de honrar el pacto de Dios con Abraham. La respuesta de Crisóstomo no es simplemente que la observancia judía haya sido teológicamente superada, sino que la observancia judía fuera de Jerusalén, sin el templo y sin el sistema sacrificial, es ilícita según los propios términos judíos. La Torá nunca autorizó lo que hace el judaísmo moderno. El judaísmo moderno no es la continuación de la religión mosaica, sino una adaptación posterior al templo que abandonó el mecanismo central de la religión mosaica, el sistema sacrificial, y lo reemplazó con la oración en la sinagoga y la interpretación rabínica. Cuando los evangélicos tratan la práctica religiosa judía moderna como si fuera heredera del pacto mosaico, no honran a Moisés, sino algo que Moisés no reconocería.

El marco de referencia de Gálatas es el que el propio Pablo proporciona para comprender lo que sucede en las iglesias evangélicas que consideran la observancia judía como espiritualmente enriquecedora para los cristianos. Pablo no les dijo a los Gálatas que la circuncisión era una práctica cultural inofensiva que podían aceptar o rechazar. Les dijo que si aceptaban la circuncisión, Cristo no les reportaría ningún beneficio, que se habían apartado de la gracia, que estaban separados de Cristo. El pastor evangélico que dirige a su congregación en un Seder de Pésaj y les dice que profundizará su comprensión de la Cena del Señor está haciendo en 2026 lo que los agitadores de Galacia hacían en el año 50 d. C.: decirles a los cristianos que las formas religiosas judías añaden algo al evangelio que el evangelio por sí solo no proporciona. Pablo anatematizó esa postura. Crisóstomo predicó ocho sermones en su contra. La iglesia moderna ha optado en gran medida por acogerla como un evento comunitario.

Las instrucciones disciplinarias al final de la Homilía II merecen ser consideradas, pues representan una muestra de seriedad eclesial

respecto a la judaización, una práctica que la iglesia moderna ha abandonado por completo. Crisóstomo no recomienda una conversación, un folleto ni un correo electrónico con un tono conciliador. Recomienda la exclusión de la Eucaristía para los creyentes bautizados que hayan participado en prácticas judías. Esto no resulta desproporcionado dentro de su marco. Si la persona que se encuentra junto al altar acaba de pasar la semana ayunando con quienes crucificaron a Cristo, recibir el cuerpo y la sangre de Cristo sin arrepentimiento no es una incongruencia menor. Es una contradicción tan grave que no puede pasarse por alto sin corrección. La incapacidad de la iglesia moderna para concebir este nivel de seriedad disciplinaria es, en sí misma, un síntoma de hasta qué punto ha avanzado la judaización.

II. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo utiliza la carta de Pablo a los Gálatas como su principal modelo apostólico para abordar el problema de la judaización en Antioquía. ¿Cómo se relaciona la situación de Gálatas con la relación evangélica moderna con la práctica religiosa judía, y dónde falla la analogía, si es que falla?
2. Su argumento legal es que la observancia judía fuera de Jerusalén es ilícita según los propios judíos, porque la Torá limitaba estas observancias al lugar que Dios escogió. ¿Cómo cambia este argumento su perspectiva sobre la relación del judaísmo moderno con la Ley mosaica, y qué implicaciones tiene para la afirmación de que los judíos modernos cumplen la Ley de Moisés?
3. Crisóstomo argumenta que, sin el sistema sacrificial, las fiestas judías carecen de poder purificador, incluso en sus propios términos, porque el Levítico declara que sin derramamiento de sangre no hay perdón. ¿Cómo se relaciona este argumento con la cuestión teológica de si el judaísmo posterior al Templo conserva alguna continuidad genuina con la religión del Antiguo Testamento?
4. Él distingue entre pecados que responden a un consejo amable y pecados que requieren una extirpación drástica, situando la judaización en la segunda categoría. ¿Qué criterios cree que deberían regir esta distinción en un contexto pastoral? ¿Puede identificar otros errores en la iglesia moderna que merezcan la misma respuesta?
5. Su instrucción de expulsar a los creyentes judaizantes de la mesa sagrada se encuentra entre las medidas disciplinarias más severas que él recomienda esta serie completa. ¿Cree que este nivel de disciplina eucarística está justificado? ¿Qué nos dice la reticencia de la iglesia moderna a practicar

algo similar sobre la seriedad con la que se toma los errores teológicos?

6. Él ordena a su congregación que les comunique estas cosas a los judaizantes, y a estos últimos que se las comuniquen a sus esposas, extendiendo así la instrucción por toda la comunidad. ¿Cómo se manifiesta este modelo de responsabilidad teológica comunitaria en una iglesia contemporánea, y qué cambios serían necesarios en la mayoría de las iglesias evangélicas para que funcione?

HOMILÍA III

III. ANÁLISIS TEOLÓGICO I

En esta homilía encontrará a Crisóstomo abordando una controversia específica y más limitada que el problema general de la judaización. de los dos primeros sermones. Una facción de su congregación quiere observar lo que él llama el primer ayuno pascual, lo que significa que quieren calcular la fecha de la Pascua según el calendario judío de la Pascua judía en lugar de la fecha decretada por el Concilio de Nicea es el año 325 d. C. Esto lo coloca en la inusual posición de argumentar no solo contra la práctica judía, sino también contra los cristianos que consideran el cómputo del calendario judío más autoritativo que los decretos de trescientos padres de la Iglesia. Presentará tres argumentos interrelacionados.

Primero, que la discordia y el cisma son más destructivos para la Iglesia que casi cualquier otro pecado. Segundo, que la Pascua no es un ayuno, sino un sacrificio, celebrado cada vez que se ofrece la Eucaristía, lo que hace que la cuestión de la fecha exacta del calendario sea considerablemente menos importante de lo que creen sus oponentes. Tercero, que incluso si los judíos tuvieran razón sobre la fecha, que no la tienen, celebrar la Pascua fuera de Jerusalén sin el templo ni el sistema sacrificial es un acto de transgresión, no de obediencia a la Ley.

Crisóstomo concluye con una teología de la cruz que reformula todo el debate, argumentando que la Pascua no es ocasión de dolor sino de alegría, y que el ayuno durante la Cuaresma tiene como objetivo la preparación para los misterios, más que el luto por la crucifixión.

HOMILÍA III

UNA VEZ MÁS, UNA NECESIDAD NECESARIA Y APRESURADA interrumpido la secuencia de mis discursos recientes. Debo dejar de lado por hoy mis luchas con los herejes y me centraré en este asunto necesario. Estaba dispuesto a dirigirme de nuevo a vuestra amada asamblea sobre la gloria del Hijo unigénito de Dios. Pero la obstinación inoportuna de quienes desean guardar el primer ayuno pascual me obliga a dedicar toda mi enseñanza a su curación. Porque el buen pastor no solo ahuyenta a los lobos, sino que también cuida con diligencia a sus ovejas enfermas. ¿De qué le sirve que los rebaños escapen de las fauces de las fieras si luego son devorados por la enfermedad?

El mejor general es aquel que no solo repele las máquinas de asedio del enemigo, sino que primero sofoca la rebelión dentro de su propia ciudad. Sabe bien que no habrá victoria sobre un enemigo externo mientras haya guerra civil interna. ¿Acaso no saben que no hay fuerza más destructiva que la rebelión y la obstinación? Escuchen las palabras de Cristo: «Un reino dividido contra sí mismo no subsistirá». Y sin embargo, ¿qué hay más poderoso que un reino que posee riquezas, armas, murallas, fortalezas, un gran número de soldados, caballos y miles de otras fuentes de fortaleza? Pero incluso un poder tan grande se destruye cuando se rebela contra sí mismo. Nada produce debilidad con tanta eficacia como la contienda y la discordia; y nada produce poder y fortaleza con tanta eficacia como el amor y la concordia. Cuando Salomón comprendió esta verdad, dijo: «Un hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad y un reino fuertes, cerrados con llave y protegidos». ¿Ven la gran fortaleza que proviene de la concordia? ¿Y ven el gran daño Causado por la discordia? Un reino en rebelión se autodestruye. Cuando dos hermanos se unen y se convierten en uno solo, son más inquebrantables que cualquier muro.

Sé que, por la gracia de Dios, la mayoría de los miembros de mi rebaño están libres de esta enfermedad y que solo unos pocos la padecen. Pero esto no es motivo para que deje de cuidarlos. Si solo

diez, cinco, dos o incluso uno estuvieran enfermos, no debo descuidarlo. Si solo hay un marginado, sigue siendo un hermano, y Cristo murió por él. Y Cristo tuvo muy en cuenta a los débiles. Dijo: «Al que haga pecar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que le ataran al cuello una gran piedra de molino y lo arrojaran al mar». Y añadió: «Si no lo hicisteis por uno de estos pequeños, no lo hicisteis por mí». Y también: «No es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ni uno solo de estos pequeños».

¿No es absurdo que, cuando Cristo muestra tanto cariño por sus pequeños, nos neguemos a cuidarlos? No digan: «Es una sola persona». Más bien, digan: «Es uno, sí, pero si no lo cuidamos, contagiara a los demás». Pablo dijo: «Un poco de levadura fermenta toda la masa». Y nuestra negligencia hacia los pequeños es lo que lo trastorna y destruye todo. Las heridas desatendidas se agravan, así como las heridas graves se atenuarían fácilmente si recibieran la atención adecuada.

Además, lo primero que debo decirles a los judaizantes es que nada es peor que la contienda y la lucha, que destrozara la Iglesia y rasgar en pedazos la túnica que los ladrones no se atrevieron a rasgar. ¿Acaso no son suficientes las demás herejías sin que nos destruyamos entre nosotros? Deben escuchar a Pablo cuando dice: «Pero si se muerden y se devoran unos a otros, tengan cuidado, no sea que se consuman entre sí».

Dime: ¿Te alejas del rebaño y no temes al león que merodea fuera del redil? «Porque tu enemigo, como un león, anda buscando a quien atrapar». Aquí se ve la sabiduría del pastor. No deja que el león entre las ovejas por temor a que aterrorice al rebaño. Tampoco lo ahuyenta de fuera del redil. ¿Por qué? Para poder reunir a todas las ovejas dentro del redil, porque temen a la fiera que está afuera. ¿No tienes reverencia ni respeto por tu padre? Entonces teme a tu enemigo. Si te separas del rebaño, tu enemigo seguramente te atrapará.

Cristo también podría haber alejado al enemigo de fuera del redil. Pero para que fuéramos sobrios y vigilantes, para que acudiéramos constantemente a nuestra Madre en busca de refugio, le permitió rugir fuera del redil. Así, cuando los que están dentro del redil oyen su rugido, pueden refugiarse juntos y unirse aún más. Las madres que aman a sus hijos también hacen esto: cuando sus hijos lloran, a menudo amenazan con arrojarlos a las fauces de los lobos. Por supuesto, no los arrojarían a los lobos, pero dicen que lo harán para que los niños dejen de molestarlas. Todo lo que Cristo hizo fue para mantenernos unidos y viviendo en paz unos con otros.

Y así fue que Pablo pudo haber acusado a los corintios de muchos crímenes graves, pero los acusó de contienda antes que de cualquier otro. Pudo haberlos acusado de fornicación, de orgullo, de llevar sus disputas a las cortes paganas, de banquetes en los santuarios de ídolos. Pudo haberlos acusado de que las mujeres no se cubrían la cabeza y los hombres sí. Además de todo esto, pudo haberlos acusado de descuidar a los pobres, del orgullo que sentían por sus dones carismáticos y por la resurrección del cuerpo. Pero como, junto con estos, también podía reprocharles algo por su fe, en lugar de centrarse en las disensiones y las disputas entre ellos, pasó por alto todos los demás delitos y corrigió primero sus contenciosos.

Si no les parece que me estoy extendiendo demasiado en este punto, lo aclararé con las propias palabras de Pablo. Él dio máxima prioridad a corregir la obstinación y la contienda de los corintios, aun pudiendo acusarlos de todos esos otros crímenes. Escuchen lo que dice acerca de su fornicación: «Se dice que hay entre ustedes conductas lascivas». Que eran arrogantes y orgullosos: «Como si no fuera a ir a verlos, algunos se han envanecido». Además, que defendían sus casos en los tribunales paganos: «¿Quién de ustedes, teniendo un pleito contra otro, se atreve a llevar su caso a juicio ante incrédulos?». Que comían carne ofrecida a los ídolos: «No pueden participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios». Escuchen sus palabras de reproche para las mujeres que no se cubren la cabeza y para los hombres que sí: «Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su

cabeza; pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza». Demostró que descuidaban a los pobres cuando dijo: «Uno tiene hambre y otro bebe en exceso. ¿Desprecian la iglesia de Dios y avergüenzan a los necesitados?». Cuando todos se afanaban por los dones carismáticos más importantes y nadie se conformaba con los menos importantes, dijo: «¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas?». Podemos concluir que estaban sembrando dudas sobre la resurrección porque dice: «Pero alguien dirá: “¿Cómo resucitan los muertos? ¿O con qué clase de cuerpo vienen?”».

Aunque podía hacer muchas acusaciones, su primer cargo contra los corintios fue la disensión y la contienda. Al comienzo mismo de su carta dijo: «Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis lo mismo, y que no haya disensiones entre vosotros». Porque sabía claramente que este problema era más urgente que los demás. Si el fornicario, o el fanfarrón, o si un hombre, dominado por cualquier otro vicio, acude con frecuencia a la iglesia, pronto sacará provecho de la enseñanza, abandonará su pecado y recuperará la salud. Pero si alguien se ha apartado de esta congregación, si se ha alejado de la enseñanza de los Padres de la Iglesia, si ha huido de la consulta del médico, aunque parezca gozar de buena salud, pronto enfermará. Los mejores médicos primero calman la fiebre y luego curan las heridas y fracturas. Eso fue lo que hizo Pablo. Primero eliminó la disensión y luego curó sus heridas poco a poco.

Me gustaría preguntarles a quienes padecemos esta enfermedad: ¿Qué es la Pascua? ¿Qué es la Cuaresma? ¿Qué pertenece a los judíos? ¿Qué nos pertenece a nosotros? ¿Por qué su Pascua se celebra una vez al año? ¿Por qué nosotros celebramos la nuestra cada vez que nos reunimos para celebrar los misterios? ¿Qué significa la fiesta de los panes sin levadura? Si les hiciera estas preguntas, comprenderían claramente lo inoportuna que es la contienda de estos hombres. No pueden explicar lo que hacen. Pero se niegan a preguntar a nadie, como si fueran más sabios que los demás. Merecen la más severa condena porque no tienen las respuestas, pero se niegan a seguir a quienes han sido designados

para guiarlos. Simplemente han arriesgado todo lo que tienen en esta práctica absurda y se están precipitando de cabeza al abismo del peligro.

Cuando tenga esto que decir en contra de ellos, ¿qué argumento suyo les parecerá ingenioso? Preguntan: "¿No observaban este ayuno antes?" No te corresponde decirme esto, pero estaría justificado al decirte que nosotros también ayunábamos en este tiempo en tiempos pasados, pero aun así dábamos más importancia a la paz que a la observancia de las fechas. Y te digo lo que Pablo dijo a los Gálatas: "Haced como yo, porque yo también me he hecho como vosotros". ¿Qué significa esto? Les estaba exhortando a renunciar a la circuncisión, a despreciar el sábado, los días de fiesta y todas las demás observancias de la Ley. Cuando vio que estaban asustados y temeroso de que pudieran ser castigados por su transgresión, les infundió valor con el ejemplo de sus propias acciones: «Sean como yo, porque yo también me he vuelto como ustedes. Porque yo no soy de entre los gentiles, ¿verdad? No desconocía el modo de vida judío bajo la Ley y el castigo establecido para quienes la transgreden. Soy hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia. Pero lo que para mí era ganancia, por amor a Cristo, lo he considerado pérdida». Es decir, me aparté de ellos de una vez por todas. Por lo tanto, sean como yo, porque yo también era como ustedes.

Pero ¿por qué hablo yo por mi propia cuenta? Trescientos Padres, o incluso más, se reunieron en la tierra de Bitinia y lo decretaron por ley; sin embargo, ustedes desprecian sus decretos. Deben elegir entre dos caminos: o los acusan de ignorancia por su falta de conocimiento exacto sobre este asunto, o los acusan de cobardía porque no eran ignorantes, sino hipócritas y traicionaron la verdad. Cuando no acatan lo que decretaron, esta es precisamente la elección que deben hacer.

Pero todos los acontecimientos del Concilio dejan claro que demostraron gran sabiduría y valentía en aquel momento. El artículo de fe que expusieron en el Concilio muestra cuán sabios

eran, pues silenciaron a los herejes y, como un muro inexpugnable, repelieron la traición de todo ataque hostil. Demostraron su valentía durante la guerra librada contra las Iglesias y la persecución que hacía poco había llegado a su fin. Como campeones en batalla que han erigido muchos monumentos de victoria y han sufrido muchas heridas, estos campeones de las Iglesias, que podían contar las muchas torturas que habían soportado por su confesión de fe, se reunieron de todas partes, llevando en sus cuerpos las marcas de las llagas de Cristo. Algunos podían contar sus penurias en las minas, otros sufrieron la confiscación de todas sus posesiones, otros el hambre y los continuos azotes. Algunos podían mostrar dónde les habían arrancado la carne de las costillas, otros dónde les habían roto la espalda, otros dónde les habían sacado los ojos, y otros más dónde habían perdido alguna otra parte del cuerpo por causa de Cristo.

En aquel entonces, toda la asamblea sinodal, formada por estos defensores, junto con su definición de lo que los cristianos debían creer, también aprobó un decreto para celebrar la fiesta pascual en armonía. Se negaron a traicionar su fe en aquellos tiempos tan difíciles de persecución; ¿acaso iban a caer en la hipocresía y el engaño en lo referente a la celebración de la Pascua? Miren lo que hacen cuando condenan a Padres tan grandes, tan valientes, tan sabios. Si el fariseo perdió todas las bendiciones que poseía por condenar al publicano, ¿qué excusa tendrán ustedes, qué defensa presentarán para levantarse contra estos grandes maestros amados por Dios, especialmente cuando su ataque es tan injusto e irracional?

¿Acaso no oísteis al mismo Cristo decir: «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»? Si Cristo está en medio de ellos, donde dos o tres se reúnen, ¿no fue su presencia aún más palpable entre los más de trescientos Padres de Nicea? Cristo estuvo presente allí; fue Cristo quien formuló y promulgó las leyes. Sin embargo, no solo condenáis a los Padres conciliares, sino al mundo entero que aprobó su juicio. ¿Acaso consideráis que los judíos son más sabios que los Padres que vinieron de todas partes del mundo? ¿Cómo podéis pensar eso

cuando los judíos han sido expulsados de su comunidad ancestral y de su forma de vida, y no tienen ninguna fiesta sagrada que celebrar?

Oigo a muchos decir que la Pascua y la fiesta de los panes sin levadura son una sola. Pero entre ellos no hay fiesta de panes sin levadura, ni tampoco hay Pascua. ¿Por qué no hay fiesta de panes sin levadura entre ellos? Escuchen las palabras del Legislador: «No podrás celebrar la Pascua en ninguna de las ciudades que el Señor tu Dios te dé, sino solo en el lugar donde se invoque su nombre». Y Moisés hablaba de Jerusalén. ¿Ven cómo Dios limitó la fiesta a una sola ciudad y luego la destruyó para, aun en contra de su voluntad, apartarlos de esa forma de vida? Sin duda, es evidente para todos que Dios previó lo que sucedería. ¿Por qué, entonces, los reunió en esa tierra de todas partes del mundo si previó que su ciudad sería destruida? ¿No es obvio que lo hizo porque deseaba poner fin a su ritual?

Dios puso fin al ritual, pero ustedes siguen el ejemplo de los judíos, de quienes el profeta dijo: "¿Quién es ciego sino mis hijos, o sordo sino los que los dominan?". ¿Y contra quién mostraron su falta de discernimiento y sensibilidad? ¿Acaso no fue contra los apóstoles, los profetas y sus maestros? ¿Por qué debo mencionar a maestros y profetas cuando sacrificaron a sus propios hijos? Porque sacrificaron a sus hijos e hijas a los demonios. Si ignoraron la voz de la naturaleza, ¿acaso iban a observar los días festivos? ¿Acaso no pisotearon los lazos familiares, no se olvidaron de sus hijos, no se olvidaron del mismo Dios que los creó? Moisés dijo: "Han abandonado al Dios que los engendró y se han olvidado del Dios que los nutrió". ¿Acaso iban a celebrar las fiestas después de haber abandonado a Dios? ¿Quién podría decir eso?

Cristo sí celebró la Pascua con ellos. Sin embargo, no lo hizo con la idea de que nosotros también debiéramos celebrarla. Lo hizo para que la realidad se manifestara en lo que prefiguraba la realidad. También se sometió a la circuncisión, guardó el sábado, observó las fiestas y comió el pan sin levadura. Pero hizo todo esto en Jerusalén. Nosotros, en cambio, no estamos sujetos a ninguna

de estas cosas, y sobre esto Pablo habló alto y claro: «Si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada».

Y hablando de nuevo de la fiesta de los panes sin levadura, dijo: «Celebremos, pues, la fiesta, no con la vieja levadura, no con la levadura de la malicia y la maldad, sino con el pan sin levadura de la sinceridad y la verdad». Porque nuestro pan sin levadura no es una harina mezclada, sino una forma de vida pura y virtuosa.

¿Por qué Cristo celebró la Pascua en ese momento? La antigua Pascua era un símbolo de la Pascua venidera, y la realidad debía reemplazar al símbolo. Así que Cristo primero mostró la prefiguración y luego llevó la realidad a la mesa del banquete. Una vez que la realidad ha llegado, el símbolo que la prefiguraba se pierde en su propia sombra y ya no satisface la necesidad. Así que no sigas esgrimiendo esta excusa, sino demuéstrame que Cristo nos mandó observar la antigua Pascua. Yo te estoy mostrando todo lo contrario. Te estoy mostrando que Cristo no solo no nos mandó observar los días festivos, sino que incluso nos liberó de la obligación de hacerlo. Escucha lo que Pablo tenía que decir, y cuando hablo de Pablo, me refiero a Cristo, pues fue Cristo quien movió el alma de Pablo a hablar. ¿Qué dijo Pablo, entonces? «Ustedes observan días, meses, estaciones y años. Temo por ustedes, no sea que mi trabajo entre ustedes haya sido en vano». Y de nuevo: «Cada vez que comáis este pan y bebáis esta copa, proclamaréis la muerte del Señor». Al decir «cada vez que», Pablo otorgó el derecho y el poder de decidir esto a quienes se acercan a los misterios, y los liberó de toda obligación de observar los días festivos.

Ahora bien, nuestra Pascua y Cuaresma no son una misma cosa: la Pascua es una cosa, la Cuaresma otra. La Cuaresma viene una vez al año; nuestra Pascua se celebra tres veces por semana, a veces incluso cuatro veces, o más bien tan a menudo como queramos. Porque la Pascua no es un ayuno, sino la ofrenda y el sacrificio que se celebra en cada servicio religioso. Para que sepáis que esto es verdad, escuchad a Pablo cuando dice: «Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado», y también: «Cada vez que comáis este

pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor». Así que, cada vez que os acerquéis al banquete sacrificial con la conciencia limpia celebras la Pascua. La celebras no cuando ayunas, sino cuando participas de ese sacrificio. Nuestra Pascua es la proclamación de la muerte del Señor. El sacrificio que ofrecemos hoy, el que se ofreció ayer y el sacrificio de cada día son iguales y igual que el sacrificio ofrecido en aquel día de reposo; el sacrificio ofrecido en aquel día de reposo no es más solemne que el de hoy, ni el de hoy es de menor valor que aquel; son uno y el mismo, igualmente llenos de asombro y salvación.

¿Por qué, entonces, ayunamos cuarenta días? Antiguamente, y especialmente cuando Cristo nos confió estos sagrados misterios, muchos se acercaban al banquete sacrificial sin reflexión ni preparación. Dado que los Padres comprendieron que era perjudicial acercarse a los misterios de esta manera despreocupada, se reunieron y establecieron cuarenta días para que la gente ayunara, orara y se congregara para escuchar la palabra de Dios. Su propósito era que todos nos purificáramos escrupulosamente durante este tiempo mediante la oración, la limosna, el ayuno, las vigiliass, las lágrimas, las confesiones y todas las demás prácticas piadosas, para que pudiéramos acercarnos a los misterios con la conciencia lo más limpia posible. Y acertaron al ayudarnos y establecer para nosotros la práctica de este ayuno de Cuaresma.

Esto es evidente porque, si gritamos y proclamamos ayuno durante todo el año, nadie escucha lo que decimos. Pero tan pronto como se acerca la Cuaresma, incluso el más perezoso se despierta, aunque nadie le aconseje. Recibe consejo y guía de la propia Cuaresma. Así que, si un judío o un pagano te pregunta por qué ayunas, no le digas que es por la Pascua o por el misterio de la cruz. Si le dices eso, le das una ventaja considerable. Dile que ayunamos por nuestros pecados y porque vamos a acercarnos a los misterios.

La Pascua no es motivo de ayuno ni de tristeza; es motivo de alegría y gozo. La cruz quitó el pecado; fue una expiación por el mundo, una reconciliación por la antigua enemistad. Abrió las puertas del cielo, convirtió a los que odiaban en amigos; tomó

nuestra naturaleza humana, la llevó al cielo y la sentó a la diestra del trono de Dios. Y nos trajo diez mil bendiciones más. No hay necesidad, pues, de afligirse ni de estar abatidos: debemos regocijarnos y gloriarnos en todas estas cosas. Por eso Pablo dijo: «Pero Dios no permita que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». Y también: «Dios demuestra su amor para con nosotros, porque cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Juan lo expresó así: «Porque de tal manera amó Dios al mundo». Tras decir esto, pasó por alto todas las demás señales del amor de Dios y puso la cruz en primer lugar: «Que dio a su Hijo unigénito, para que los que creen en él no se pierdan, sino que tengan vida eterna». Si, pues, la cruz es el fundamento y el orgullo del amor, no digamos que es motivo de tristeza. Nos afligimos por nuestros pecados, y por eso ayunamos.

Aunque el catecúmeno ayune cada año, no celebra la Pascua, ya que no participa del sacrificio. Sin embargo, aunque una persona no observe el ayuno de Cuaresma, sí celebra la Pascua si se acerca al altar con la conciencia limpia y participa del sacrificio, ya sea hoy, mañana o cualquier otro día. El mejor momento para acercarse a los misterios viene determinado por la pureza de conciencia y no por la observancia de las fechas propicias.

Sin embargo, hacemos justo lo contrario. No limpiamos nuestra conciencia y, aunque estamos cargados con diez mil pecados, consideramos que hemos celebrado la Pascua con solo acercarnos a los misterios en ese día festivo. Pero ciertamente no es así. Si te acercas al altar el mismo día del sábado y tu conciencia está mal, no participas de los misterios y te vas sin celebrar la Pascua. Pero si lavas tus pecados y participas de los misterios hoy, celebran la Pascua de la manera correcta. Por lo tanto, deben preservar esta exactitud y fervor espiritual, no en la observancia de los horarios, sino en su acercamiento al altar.

Ahora bien, preferirías soportarlo todo antes que cambiar esta práctica. Así también, debes despreciarla y elegir hacer o sufrir cualquier cosa con tal de no acercarte a los misterios cuando estés agobiado por los pecados. Ten por seguro que Dios no toma en

cuenta tal observancia de tiempos especiales. Escúchalo cuando juzga a los que están a su derecha: «Me visteis hambriento y me disteis de comer; me visteis sediento y me disteis de beber; me visteis desnudo y me vestisteis». Pero acusó de una conducta muy diferente a los que estaban a su izquierda. En otra ocasión, presentó a otro hombre en una parábola y lo reprendió porque se acordó del mal que había hecho: «Siervo malvado, te perdoné toda la deuda. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti?». De nuevo, cuando las vírgenes no tenían aceite en sus lámparas, las cerró con llave fuera de la cámara nupcial. Y expulsó a otro hombre que entró al banquete sin traje de bodas, porque este hombre iba vestido con ropas sucias y llevaba el manto de su fornicación e impureza. Pero nadie fue jamás castigado ni acusado por celebrar la Pascua en tal o cual mes.

Pero ¿por qué hablar de nosotros mismos si hemos sido liberados de toda necesidad de ello? Somos ciudadanos de una ciudad celestial, donde no hay meses, ni sol, ni luna, ni ciclo de estaciones. Si deseas prestar atención al asunto, verás que, incluso entre los judíos, se le daba poca importancia a la época de la Pascua, pero sí le daban mucha importancia al lugar donde se celebraba, es decir, Jerusalén. Unos hombres se acercaron a Moisés y le dijeron: «Estamos impuros por haber tocado el cadáver de un hombre. ¿Cómo evitaremos faltar a la ofrenda del Señor?». Él les dijo: «Esperen aquí y yo se lo comunicaré a Dios». Entonces, después de informarlo, trajo la ley que dice: «Si alguien está impuro por tocar un cadáver, o está de viaje lejos y no puede celebrar la Pascua en el primer mes, la celebrará en el segundo». ¿Acaso no se anula la observancia del tiempo entre los judíos para que la Pascua se celebre en Jerusalén? ¿No mostrarás mayor preocupación por la armonía de la Iglesia que por el tiempo?

¿Para que parezca que están observando los días apropiados, ultrajarán a la Madre común de todos nosotros y dividirán el Santo Sínodo? ¿Cómo podrían merecer el perdón cuando eligen cometer pecados tan enormes sin razón alguna? Pero ¿por qué debo hablar de los judíos? Por mucho que lo deseemos, no nos es del todo posible observar el día en que fue crucificado. Supongamos que los

judíos no hubieran pecado, que no fueran insensibles, ni indiferentes, ni despreciadores; supongamos que no se hubieran apartado de su modo de vida ancestral, sino que aún lo observaran con diligencia. Aun así, siguiendo sus pasos, no podríamos señalar el día exacto en que fue crucificado y cumplió la Pascua.

Permítanme explicarles cómo sucede esto. Cuando fue crucificado, era el primer día de la fiesta de los panes sin levadura y el día de la preparación. Pero no es posible que ambos coincidan siempre. Este año, el primer día de la fiesta de los panes sin levadura cae en domingo, y el ayuno debe durar toda una semana; por lo tanto, después de la Pasión, después de que la cruz y la resurrección hayan ocurrido, seguimos ayunando. Y a menudo sucede que, después de la cruz y la resurrección, nuestro ayuno aún se observa porque la semana aún no ha terminado. Por eso no es posible observar el tiempo exacto.

No discutamos, no digamos: «Después de tantos años de ayuno, ¿acaso debo cambiar ahora?». Cambia precisamente por eso. Ya que has estado tanto tiempo separado de la Iglesia, regresa ahora a tu Madre. Nadie dice: «Después de haber sido su enemigo durante tanto tiempo, me avergüenza reconciliarme ahora». Tienes motivos para avergonzarte si no cambias para mejor y persistes en tu inoportuna discordia. Eso fue lo que destruyó a los judíos. Si bien siempre buscaron las antiguas costumbres y la vida tradicional, estas les fueron arrebatadas y cayeron en la impiedad.

Pero ¿por qué hablo del ayuno y la observancia de días especiales? Pablo continuó observando la Ley y soportando muchas dificultades; soportó pacientemente muchos viajes y penurias; superó a todos sus contemporáneos en la observancia exacta de ese modo de vida. Pero después de alcanzar la cima de esa vida y darse cuenta de que todo aquello le causaba daño y destrucción, cambió de inmediato. No se dijo a sí mismo: "¿Qué es esto? ¿Acaso voy a perder la recompensa por mi gran celo? ¿Acaso voy a desperdiciar todo este trabajo?". Más bien, cambió con mayor rapidez precisamente para evitar seguir sufriendo esa pérdida. Despreció la justificación por la Ley para recibir la

justificación por la fe. Y así proclamó con voz firme: "Lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por causa de Cristo".

Y Cristo dijo: «Si presentas tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con él y luego vuelve y presenta tu ofrenda». ¿Qué quieres decir? Si tu hermano tiene algo contra ti, Cristo no te permite ofrecer tu sacrificio hasta que te reconcilies con él. Cuando tienes a toda la Iglesia y a tantos Padres en tu contra, ¿tienes la osadía de atreverte a acercarte a los misterios divinos antes de dejar de lado esa enemistad tan indecorosa? Siendo así como te sientes, ¿cómo podrías celebrar la Pascua?

No digo esto solo a los enfermos, sino también a vosotros que estáis sanos. Cuando vosotros, que estáis sanos, veis cuántos están enfermos, les mostrarán gran cuidado y bondad; los recogerán, los reunirán y los traerán de regreso a su Madre. No importa lo que digan de nosotros, ni cómo nos ataquen, ni lo que nos hagan, no debemos desanimarnos ni detenernos hasta recuperarlos. Porque no hay nada comparable a la paz y la armonía.

Por esta razón, cuando el Padre entra en la iglesia, no se sienta en esta silla hasta que haya orado por todos ustedes; cuando se levanta de ella, no comienza su instrucción hasta que haya dado primero la paz a todos. Y cuando los sacerdotes van a dar la bendición, primero oran por la paz de ustedes y luego comienzan la bendición. Y cuando el diácono los invita a orar todos juntos, también les exhorta en su oración a pedir al Ángel de la Paz, y que todo lo que les concierne sea bendecido con la paz. Al despedirlos de la asamblea, pide la paz para ustedes y dice: «Vayan en paz». Y sin esta paz, nos es completamente imposible decir o hacer nada. Porque la paz es nuestra nodriza y madre; ella se preocupa mucho por cuidarnos y nutrirnos. No me refiero a lo que simplemente se llama paz, ni a la paz que proviene de compartir comidas juntos, sino a la paz que está de acuerdo con Dios, la paz que proviene de la armonía enviada por el Espíritu.

Muchos están ahora destrozando esta paz destruyéndonos y exaltando a los judíos. Estos hombres consideran a los judíos maestros más confiables que sus propios padres; creen el relato de la pasión y muerte de Cristo dado por aquellos que lo mataron. ¿Qué podría ser más irracional que esto? ¿No ven que su Pascua es el símbolo, mientras que nuestra Pascua es la verdad? Miren la tremenda diferencia entre ellas. La Pascua prevenía la muerte corporal, mientras que la Pascua aplacaba la ira de Dios contra el mundo entero; la antigua Pascua liberó a los judíos de Egipto, mientras que la Pascua nos ha liberado de la idolatría; la Pascua ahogó al faraón, pero la Pascua ahogó al diablo; después de la Pascua vino Palestina, pero después de la Pascua vendrá el cielo. ¿Por qué, entonces, te sientas junto a una lámpara después de que salió el sol? ¿Por qué quieres alimentarte de leche cuando se te da alimento sólido? Fuiste alimentado con leche para que no te saciaras de leche; la lámpara brilló para ti para guiarte y conducirte de la mano a la luz del sol.

Ahora que ha llegado la era de la perfección, no volvamos atrás a los tiempos pasados, no nos aferremos a los días, las estaciones ni los años; más bien, seamos diligentes en todo momento en seguir a la Iglesia, prestando atención a la caridad y la paz por encima de todo. Supongamos que la Iglesia tropezara y cayera. El cálculo exacto de las fechas no lograría hacerla tropezar tanto como la división y el cisma merecerían la culpa. Pero no me detengo en la fecha exacta, puesto que Dios no se detiene ante nada, como demostré al dedicar numerosos discursos a este tema. Lo único que busco es que hagamos todas las cosas en paz y concordia.

Si lo hacemos, no te quedarás en casa emborrachándote mientras nosotros ayunamos con el resto del pueblo y los sacerdotes oran juntos por el mundo entero. Ten en cuenta que esto es obra del diablo y que no se trata de un solo pecado, ni de dos, ni de tres, sino de muchos más. Te aísla del rebaño, te predispone a despreciar a tantos Padres, te sumerge en la discordia, te empuja hacia los judíos y, además, te convierte en un escándalo tanto para tu propia familia como para los extraños. ¿Cómo podemos culpar

a los judíos por esperarte en sus casas cuando eres tú quien corre a su encuentro?

Estos pecados no son el único problema. Durante esos días de ayuno, un gran daño podría sobrevenirle si no aprovecha las lecturas de las Escrituras, las reuniones religiosas en la iglesia, la bendición y las oraciones dichas en común. Un gran daño podría sobrevenirle mientras usted y su mala conciencia están pasando todo este tiempo con miedo y temor de que, como un extranjero, te descubran en tu pecado. Y durante todo este tiempo, junto con la Iglesia, debes cumplir con todos tus deberes religiosos con confianza, alegría, gozo y plena libertad.

La Iglesia no reconoce la observancia exacta de las fechas. Al principio, los Padres decidieron reunirse desde lugares muy distantes y fijar la fecha de la Pascua; la Iglesia respetó la armonía de su pensamiento, amó su unidad de espíritu y aceptó la fecha que propusieron. Mis observaciones anteriores han demostrado suficientemente que es imposible para nosotros, para ustedes, para cualquier otra persona, llegar a la fecha exacta del día del Señor. Así que dejemos de luchar contra sombras, dejemos de perjudicarnos en asuntos importantes mientras nos entregamos a la rivalidad por pequeñeces. Ayunar en tal o cual momento no es motivo de censura. Pero dividir a la Iglesia, estar dispuesto a la rivalidad, crear disensión, privarse continuamente de los beneficios de las reuniones religiosas, esto es imperdonable, esto exige rendir cuentas, esto merece un castigo severo.

Podría haber dicho mucho más. Lo que he dicho basta para quienes me escuchan; quienes no presten atención a mis palabras no recibirán ayuda, aunque tuviera mucho más que decir. Así pues, concluyo mi discurso aquí y oremos todos juntos para que nuestros hermanos regresen a nosotros. Oremos para que se aferren con fervor a la paz y se aparten de la rivalidad innecesaria. Oremos para que desprecien su espíritu apático y encuentren una comprensión profunda y elevada. Oremos para que sean liberados de esta observancia de días, para que todos nosotros, con un solo corazón y una sola voz, demos gloria a Dios, el Padre de nuestro Señor

Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y por siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

III. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo comienza explicando por qué ha abandonado otra serie de sermones. Estaba listo para predicar de nuevo.

En la gloria del Hijo unigénito de Dios, continúa su labor cristológica, pero la obstinación inoportuna de los cristianos que desean guardar el primer ayuno pascual lo ha obligado a intervenir. Enmarca su intervención con dos metáforas militares que claramente le agradan. El buen pastor no solo ahuyenta a los lobos, sino que también cura a sus ovejas enfermas. El mejor general no solo repele las máquinas de asedio del enemigo, sino que primero sofoca la rebelión dentro de su propia ciudad, porque no hay victoria sobre un enemigo externo mientras la guerra civil arde en el interior.

Luego, Pablo expone un argumento que podría parecer una digresión, pero que en realidad constituye la columna vertebral de toda la homilía. Sostiene que la contienda y el cisma son las fuerzas más destructivas en la iglesia, más peligrosas que la fornicación, el orgullo o incluso el error teológico, porque cualquier otro pecado puede corregirse si se sigue asistiendo a la asamblea y escuchando la instrucción. Pero a quien se ha apartado de la asamblea, quien se ha retractado de la enseñanza de los Padres y ha huido de la consulta del médico, no se le puede alcanzar. La herida supura sin tratamiento. Por eso Pablo abordó la contienda de los corintios antes que cualquiera de sus otros pecados, a pesar de que su lista de pecados era larga e impresionante. Sabía que la división era la condición previa que hacía incurable cualquier otro pecado.

Luego pasa a la cuestión específica de la fecha pascual y pregunta directamente a su congregación qué es realmente la Pascua, qué es la Cuaresma y en qué consiste la distinción entre la Pascua judía y la Pascua cristiana. Él responde a sus propias preguntas con una maniobra que desmantela toda la controversia. La Pascua no es un ayuno ni una fecha del calendario. La Pascua es la ofrenda y el sacrificio de la Eucaristía, que se celebra cada vez

que la iglesia se reúne en el altar. Cuando Pablo dice «cada vez que comáis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor», las palabras «cada vez que» dejan la determinación del momento a la conciencia del creyente, en lugar de al calendario. Los cristianos celebran la Pascua tres veces por semana, a veces cuatro, o cada vez que reciben dignamente la Eucaristía. Por lo tanto, la cuestión de si la Pascua cae en este domingo o en aquel es una cuestión mucho menos importante de lo que sus oponentes la han planteado.

Luego, invoca el Concilio de Nicea con un recurso retórico que es a la vez pastoral y polémico. Trescientos padres se reunieron en Bitinia, muchos de ellos con las heridas de la persecución en sus cuerpos, y fijaron la fecha de la Pascua. Venían de minas, prisiones, flagelaciones y exilio. A algunos les habían arrancado los ojos. A otros les habían roto la espalda. Estos hombres resolvieron la cuestión del calendario pascual, y Crisóstomo pregunta a su congregación qué están dispuestos a decir sobre ellos. O bien los padres eran ignorantes y no conocían la respuesta correcta, o bien eran cobardes que la conocían y traicionaron la verdad. No hay una tercera opción para quien se niega a acatar lo que decretó. El fariseo perdió todas sus bendiciones por condenar al publicano. ¿Qué le sucede a quien condena a trescientos mártires?

Crisóstomo aborda entonces la cuestión de por qué Cristo mismo celebró la Pascua. Su respuesta es precisa e importante. Cristo celebró la Pascua porque la antigua Pascua era un tipo que apuntaba a la Pascua venidera, y la realidad tenía que suplantar el tipo cumpliéndolo en el mismo momento en que lo reemplazaba. Cristo mostró la prefiguración y luego trajo la realidad a la mesa. Una vez que la realidad ha llegado,

El tipo se pierde en su propia sombra y ya no satisface ninguna necesidad. Él también se sometió a la circuncisión, guardó el sábado y comió el pan sin levadura, todo en Jerusalén. Esto no significa que los cristianos estén obligados a hacer ninguna de estas cosas. Significa que Cristo cumplió con todos los requisitos del tipo antes de abolir la necesidad del mismo.

Concluye con una teología de la cruz que constituye el pasaje más gozoso de las tres primeras homilías. La Pascua no es motivo de tristeza, sino de alegría y gozo. La cruz quitó el pecado, abrió las puertas del cielo, transformó a los enemigos en amigos y elevó la naturaleza humana a la diestra del trono de Dios. Pablo dijo: «¡Dios no quiera que me gloríe sino en la cruz!». El ayuno de Cuaresma no es un duelo por la crucifixión, sino una preparación para el altar, una disciplina de cuarenta días diseñada por los Padres de la Iglesia para asegurar que las personas no se acerquen a los misterios con conciencias descuidadas y sin preparación. El ayuno es purificación; la Pascua, regocijo. Confundir ambas, tratar la Pascua como una ocasión de tristeza, es un error categórico que Crisóstomo no permitirá.

III. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

La controversia del calendario pascual que Crisóstomo aborda en la Homilía III no tiene un equivalente moderno preciso, pero su

Las dinámicas subyacentes están presentes en todas partes del evangelicalismo contemporáneo. Los cristianos de su congregación que consideraban el calendario judío más autoritativo que el Concilio de Nicea estaban cometiendo el mismo error que los cristianos modernos al considerar la autoridad interpretativa judía como una corrección o un complemento a la tradición teológica cristiana. El pastor que les dice a sus feligreses que comprender el calendario de fiestas judías revelará el significado del Nuevo Testamento está argumentando implícitamente que la autoridad religiosa judía tiene algo que ofrecer que la tradición cristiana por sí sola no proporciona. La respuesta de Crisóstomo es que los Padres que resolvieron estas cuestiones no eran ignorantes, ni cobardes, ni necesitaban corrección de quienes crucificaron a aquel cuya resurrección planteaban dichas cuestiones.

El argumento de que la contienda es más destructiva que casi cualquier otro pecado es uno de los argumentos más importantes en la práctica de las ocho homilías, y apunta en una dirección que podría sorprender a los lectores que esperan que Crisóstomo solo se interese en el conflicto. No le interesa la contienda por sí misma. Le interesa que la iglesia funcione como un cuerpo capaz de corregir sus errores, y comprende que una congregación dividida por disputas sobre el calendario no puede escuchar ninguna instrucción, porque los miembros que se han separado de la asamblea están fuera del alcance de la voz del pastor. El equivalente moderno es el evangélico que abandona su iglesia por una disputa secundaria y se une a una comunidad en línea de disidentes afines, y gradualmente se vuelve inaccesible para cualquier pastor o anciano porque se ha posicionado fuera de toda estructura de rendición de cuentas institucional. Crisóstomo reconocería este patrón de inmediato y lo denominaría del mismo modo que lo hace aquí.

La teología eucarística que constituye el núcleo de la Homilía III merece especial atención, pues es la exposición más directa de la teología sacramental en toda la serie y la más ajena a los oídos de los evangélicos modernos. El argumento de Crisóstomo de que la Pascua se celebra cada vez que la Iglesia se reúne en el altar, que el sacrificio ofrecido hoy es el mismo que se ofreció el sábado de la crucifixión, y que la calidad de la conciencia del fiel determina la validez de la celebración más que la fecha del calendario, es una teología sacramental plenamente desarrollada que la mayoría de los evangélicos modernos desconocen. Si la hubieran conocido, muchas de las tendencias judaizantes contra las que luchaba Crisóstomo serían considerablemente más difíciles de sostener, ya que una Iglesia que entiende la Eucaristía como el cumplimiento y la superación de la Pascua no necesita complementar su culto con observancias de fiestas judías.

III. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo argumenta que Pablo abordó la contienda de los corintios antes que cualquier otro pecado, incluyendo la fornicación y el orgullo, porque la división hace que cualquier otro pecado sea incurable al aislar a las personas de la asamblea donde se produce la corrección. ¿Crees que esta jerarquía de prioridades se mantiene en la iglesia moderna? ¿Puedes identificar situaciones en las que la contienda se trató con menos seriedad de la que merecía?
2. Su argumento de que la Pascua es el sacrificio eucarístico y no una fecha del calendario, y que por lo tanto se celebra cada vez que la iglesia se reúne en el altar, tiene implicaciones significativas para la comprensión que tienen los evangélicos de la Cena del Señor. ¿Cómo cambia esta comprensión de la Pascua su perspectiva sobre la comunión semanal frente a la celebración trimestral o anual?
3. Crisóstomo invoca con considerable vehemencia el Concilio de Nicea, argumentando que los cristianos que se niegan a acatar su decreto pascual deben acusar a los padres de ignorancia o cobardía. ¿Cuánta autoridad concede usted a las decisiones de los concilios ecuménicos y cómo maneja la tensión entre la autoridad conciliar y la convicción teológica individual?
4. Él argumenta que Cristo celebró la Pascua no como un modelo a seguir para los cristianos, sino para cumplir el tipo antes de superarlo. ¿Cómo afecta este marco tipológico la forma en que usted lee los relatos evangélicos de la Última Cena y la crucifixión, y qué implica acerca de la relación que existe entre la Pascua judía y la Eucaristía cristiana?
5. Su teología final sobre la cruz insiste en que la Pascua es motivo de alegría y no de tristeza, y que el ayuno de Cuaresma se centra en la preparación para el altar, no en el duelo por la crucifixión. ¿Cómo cambia esta distinción su

perspectiva sobre la relación entre la práctica penitencial y la celebración eucarística?

6. 6. Crisóstomo afirma que quien se acerca al altar el Domingo de Pascua con mala conciencia no celebra la Pascua, mientras que quien se acerca con la conciencia tranquila cualquier otro día sí la celebra debidamente. ¿Qué implica esto acerca de la tendencia evangélica a considerar la asistencia a servicios especiales como más significativa espiritualmente que el culto semanal habitual?

HOMILÍA IV

IV. ANÁLISIS TEOLÓGICO

En esta homilía encontrará a Crisóstomo retomando el problema de la judaización con renovada urgencia, esta vez abordando específicamente la fiesta judía de las Trompetas. Comienza con un marco pastoral más elaborado que las homilías anteriores, comparándose con un agricultor que construye diques antes del diluvio, un soldado que prepara su armadura antes de la batalla y un marinero que apareja su barco antes de zarpar. Quiere que su congregación esté bien preparada antes de que llegue la fiesta. La homilía se desarrolla entonces en dos líneas distintas:

El primer argumento (1) es un análisis filosófico sostenido que sostiene que la calidad moral de cualquier acción, incluido el ayuno, no la determina la acción en sí, sino si se ajusta a la voluntad y el decreto divinos. Lo demuestra con la historia de Acab y el rey sirio, y con la de Finehás. El segundo argumento (2) es su análisis jurídico más detallado hasta la fecha, basado en la propia Torá, demostrando que la Ley exigía que las observancias judías se llevaran a cabo únicamente en Jerusalén, y que la destrucción de Jerusalén fue el mecanismo deliberado de Dios para poner fin al sistema de sacrificios de forma permanente. Concluye retomando su tema pastoral, exigiendo a su congregación que no solo se abstenga de ir a la sinagoga, sino que impida activamente que sus esposas, sirvientes y hermanos lo hagan.

HOMILÍA IV

El más miserable y desdichado de todos los hombres, va a ayunar, y una vez más debemos asegurar el rebaño de Cristo. Mientras ningún animal salvaje perturbe el rebaño, los pastores, mientras se recuestan bajo un roble o un pino y tocan sus flautas, dejan que sus ovejas pasten con total libertad. Pero cuando los pastores sienten que los lobos atacarán, rápidamente dejan la flauta y toman sus hondas; dejan a un lado la flauta de cañas y se arman con garrotes y piedras. Se colocan frente al rebaño, lanzan un grito fuerte y penetrante, y a menudo el sonido de su grito ahuyenta al lobo antes de que ataque. Yo también, en el pasado, me divertía explicando las Escrituras, como si estuviera jugando en algún prado; no participaba en polémicas porque nadie me preocupaba.

Pero hoy los judíos, que son más peligrosos que cualquier lobo, están empeñados en rodear a mis ovejas; así que debo luchar contra ellos para que ninguna de mis ovejas sea víctima de esos lobos. Ese ayuno no comenzará hasta dentro de diez días o más. Pero no se sorprendan de que a partir de hoy tome mis herramientas y construya una cerca alrededor de sus almas. Esto es lo que hace el labrador trabajador. Cuando tiene cerca un arroyo caudaloso que puede arrasar los campos que ha cultivado, no espera al invierno. Mucho antes cerca las orillas, construye diques, cava zanjas y se prepara para la inundación. Mientras el arroyo corre tranquilo y su cauce es bajo, es más sencillo contenerlo; cuando se ha crecido y es arrastrado por una violenta corriente de agua, ya no es tan sencillo oponerse a la inundación. Y así es como mucho antes el labrador anticipa la crecida del torrente y se las ingenia por todos los medios para mantener sus campos seguros en todos los sentidos.

Al igual que los agricultores, todos los soldados, marineros y segadores tienen la costumbre de prepararse con antelación. Antes de la batalla, el soldado limpia su coraza, examina su escudo, prepara la brida y el bocado, alimenta y cuida a su caballo, y se asegura de estar bien preparado en todos los sentidos. Antes de que el marinero zarpe, prepara la quilla, repara los costados, talla y da forma a los remos, cose las velas y prepara todo el equipo de su

barco. Muchos días antes de la cosecha, el segador afila su hoz, prepara la era, sus bueyes, su carro y todo lo demás que pueda ayudarle en la cosecha. En efecto, se puede ver a hombres por todas partes haciendo preparativos para sus labores con antelación, de modo que, cuando llegue el momento, les resulte fácil llevarlas a cabo. Yo sigo el ejemplo de estos hombres. Con muchos días de antelación, estoy asegurando vuestras almas exhortándoos a huir de ese ayuno maldito e ilícito.

No me digas que los judíos ayunan; demuéstame que es la voluntad de Dios que ayunen. Si no es la voluntad de Dios, ¿acaso su ayuno es más ilícito que cualquier embriaguez? Porque no solo debemos fijarnos en lo que hacen, sino también en la razón por la que lo hacen. Lo que se hace conforme a la voluntad de Dios es lo mejor de todo, aunque parezca malo. Lo que se hace contrario a la voluntad y al decreto de Dios es lo peor y más ilícito de todo, aunque los hombres lo juzguen como muy bueno. Supongamos que alguien mata a otro conforme a la voluntad de Dios. Este asesinato es mejor que cualquier acto de amor. Que alguien perdone la vida a otro y le muestre gran amor y bondad en contra del decreto de Dios. Perdonar la vida del otro sería más impío que cualquier asesinato. Porque es la voluntad de Dios, y no la naturaleza de las cosas, lo que hace que las mismas acciones sean buenas o malas. Escúchame para que aprendas que esto es verdad.

Acab capturó una vez a un rey de Siria y, en contra del decreto divino, le perdonó la vida. Hizo que el rey sirio se sentara a su lado y lo despidió con grandes honores. Por aquel tiempo, un profeta se acercó a su compañero y le dijo: «Por la palabra del Señor, golpéame». Pero su compañero no quiso golpearlo. Entonces el profeta le dijo: «Por no haber obedecido la palabra del Señor, te apartarás de mí y un león te atacará». Y se apartó de él, y el león lo encontró y lo atacó. Luego el profeta encontró a otro hombre y le dijo: «Golpéame». Y el hombre lo atacó y lo hirió, y el profeta le vendó la cara. ¿Qué mayor paradoja podría haber? El hombre que golpeó al profeta se salvó; el que lo perdonó fue castigado. ¿Por qué? Para que aprendas que, cuando Dios ordena, no debes

cuestionar demasiado la naturaleza de la acción; solo tienes que obedecer.

Para que el primer hombre no lo perdonara por reverencia, el profeta no se limitó a decir: «Golpéame», sino que dijo: «Golpéame en la palabra de Dios. Es decir, Dios lo ordena; no busques más. Es el Rey quien lo ordena; reverencia el rango de quien ordena y con toda diligencia atiende a su palabra». Pero al hombre le faltó el valor para golpearlo y, por ello, pagó la pena máxima. Pero mediante el castigo que sufrió posteriormente, nos anima a ceder y obedecer cada mandato de Dios. Pero después de que el segundo hombre lo golpeará y lo hiriera, el profeta se vendó la cabeza, se cubrió los ojos y se disfrazó. ¿Acaso fue astuto? Iba a acusar al rey y condenarlo por salvar la vida del rey de los sirios. Ahora bien, Acab era un hombre impío y siempre enemigo de los profetas. El profeta no quería que Acab lo reconociera y lo echara de su vista; si el rey lo echaba, no oiría las palabras de corrección del profeta. Así que el El profeta ocultó su rostro y cualquier declaración de su negocio con la esperanza de que esto le diera la ventaja cuando hablara y que pudiera lograr que el rey aceptara los términos que quería. "Cuando el rey pasaba, el profeta le gritó: 'Tu siervo salió a la campaña militar. He aquí, un hombre me trajo a otro y me dijo: "Protege a este hombre por mí. Si salta y huye, será tu vida por la suya, o pagarás un talento de plata."

Y sucedió que mientras tu siervo miraba de un lado a otro, el hombre no estaba allí. Y el rey de Israel le dijo: «Este es tu juicio ante mí: Tú mataste al hombre». Y el profeta se apresuró a quitarse la venda de los ojos, y el rey de Israel reconoció que era uno de los hijos de los profetas. Y le dijo al rey: «Así dice el Señor: “Por cuanto dejaste escapar de tu mano a un hombre digno de muerte, será tu vida por su vida, y tu pueblo por su pueblo”». ... ¿Ves cómo no solo Dios sino también los hombres hacen este tipo de juicio porque tanto Dios como los hombres se fijan en el fin y las causas más que en la naturaleza de lo que se hace? Ciertamente, incluso el rey le dijo: «Este es tu juicio ante mí: Tú mataste al hombre». Eres un asesino, dijo, porque dejaste escapar a un enemigo.

El profeta se puso la venda y presentó el caso como si no fuera el rey, sino otra persona la que estuviera siendo juzgada, para que el rey pudiera dictar la sentencia adecuada. Y, de hecho, así sucedió. Porque después de que el rey lo condenó, el profeta se quitó la venda y dijo: «Por haber dejado escapar de tu mano a un hombre digno de muerte, será tu vida por su vida, y tu pueblo por su pueblo». ¿Viste qué castigo pagó el rey por su acto de bondad? ¿Y qué castigo sufrió a cambio de haber perdonado prematuramente a su enemigo? El que perdonó una vida es castigado; el que mató a un hombre, fue tenido en estima. Fineo ciertamente mató a dos personas en un solo momento, un hombre y su mujer; y después de matarlos, se le concedió el honor del sacerdocio. Su acto de derramamiento de sangre no profanó sus manos; incluso las hizo más limpias. Así que ves que el que golpeó al profeta queda libre, mientras que el que se negó a golpearlo perece; ves que el que perdonó la vida a un hombre es castigado, mientras que el que se negó a perdonar la vida es estimado. Por lo tanto, siempre considera los decretos de Dios antes de juzgar la naturaleza de tus propias acciones.

Siempre que encuentres algo que concuerde con Su decreto, aprueba eso y solo eso. Examinemos el tema del ayuno y apliquémosle esta regla. Supongamos que no la aplicamos, sino que simplemente consideramos el acto de ayunar sin ninguna otra referencia. El resultado será un gran tumulto y confusión. Es cierto que a los salteadores de caminos, a los ladrones de tumbas y a los hechiceros les desgarran los costados; también es cierto que los mártires sufren el mismo tormento. Lo que se hace es lo mismo, pero el propósito y la razón por la que se hace son diferentes. Y así es como existe una gran diferencia entre los criminales y los mártires. En estos casos, no solo consideramos la tortura, sino que primero buscamos la intención y las razones por las que se inflige. Y por eso amamos a los mártires: no porque sean torturados, sino porque son torturados por amor a Cristo. Pero damos la espalda a los ladrones, no porque estén siendo castigados, sino porque están siendo castigados por su maldad.

Así también, en lo que respecta al ayuno, debéis juzgar. Si veis que ayunan por causa de Dios, aprobad lo que hacen; si veis que lo hacen en contra de la voluntad de Dios, dadles la espalda y odiadlos más que a los que beben, se divierten y se entregan a la juerga. Y en el caso de este ayuno, no solo debemos indagar en la razón del ayuno, sino que también debemos considerar el lugar y el momento. Pero antes de trazar mi línea de batalla contra los judíos, con gusto hablaré con aquellos que son miembros de nuestro propio cuerpo, aquellos que parecen pertenecer a nuestras filas aunque observen los ritos judíos y se esfuercen por defenderlos. Porque hacen esto, a mi parecer, merecen una condena más severa que cualquier judío. No solo los sabios e inteligentes, sino incluso aquellos con poca razón y entendimiento estarían de acuerdo conmigo en esto.

No necesito argumentos ingeniosos, ni recursos retóricos, ni oraciones prolijas y repetitivas para probar esto. Basta con hacerles unas pocas preguntas sencillas y luego atraparlos con sus respuestas. ¿Cuáles son, pues, las preguntas? Les preguntaré a cada uno de los que padecen esta enfermedad: ¿Eres cristiano? ¿Por qué, entonces, este celo por las prácticas judías? ¿Eres judío? ¿Por qué, entonces, estás causando problemas a la Iglesia? ¿Acaso un persa no se alía con los persas? ¿Acaso un bárbaro no se preocupa por lo que concierne a los bárbaros? ¿Acaso un hombre que vive en el Imperio Romano no seguirá nuestras leyes y nuestro modo de vida? Dime esto. Si alguna vez alguien que vive entre nosotros es sorprendido confabulándose con los bárbaros, ¿no es castigado inmediatamente? No se le concede ni audiencia ni interrogatorio, aunque tenga diez mil argumentos en su defensa.

Si alguien que vive entre los bárbaros sigue claramente las costumbres y leyes romanas, ¿acaso no sufrirá el mismo castigo? ¿Cómo, entonces, esperas salvarte al adoptar ese estilo de vida ilícito? La diferencia entre los judíos y nosotros no es pequeña, ¿verdad? ¿Acaso la disputa entre nosotros gira en torno a asuntos cotidianos, de tal manera que crees que ambas religiones son una misma? ¿Por qué mezclas lo que no se puede mezclar? Crucificaron a Cristo, a quien tú adoras como Dios.

¿Veis cuán grande es la diferencia? ¿Cómo es que seguís acudiendo a los que mataron a Cristo cuando decís que adoráis a aquel a quien ellos crucificaron? ¿Acaso pensáis que soy yo quien introduce la ley en la que se basan estas acusaciones, ni que yo invento la forma que toma la acusación? ¿Acaso no trata la Escritura a los judíos de esta manera? Escuchad lo que Jeremías dice contra esos mismos judíos: «¡Vayan a Kedar y vean; envíen mensajeros a las islas de los Kittim y averigüen si han sucedido tales cosas.» ¿Qué cosas? «Si los gentiles cambian sus dioses, y ciertamente no son dioses, pero ustedes han cambiado su gloria y de ella no obtendrán ningún provecho». No dijo: «Han cambiado a su Dios», sino «su gloria». Lo que quiere decir es esto: Quienes adoran ídolos y sirven a demonios son tan firmes en sus errores que no los abandonan ni los dejan de lado por la verdad. Pero ustedes, que adoran al Dios verdadero, han desechado la religión de sus padres y se han pasado a formas de culto extrañas.

No mostrasteis la misma firmeza respecto a la verdad que ellos respecto a su error. Por eso Jeremías dice: «Averigüad si tales cosas han sucedido, si los gentiles cambian sus dioses, y ciertamente no son dioses; pero vosotros habéis cambiado vuestra gloria, y de ella no obtendréis ningún provecho». No dijo: «Habéis cambiado a vuestro Dios», porque Dios no cambia. Pero sí dijo: «Habéis cambiado vuestra gloria». No me habéis hecho daño, dice Dios, porque a mí no me ha sobrevenido ningún daño.

Pero ustedes se deshonraron. No disminuyeron mi gloria, pero sí la suya. Permítanme decir también esto a los nuestros: si es que debo llamar nuestros a los que se alían con los judíos. Vayan a las sinagogas y vean si los judíos han cambiado su ayuno; vean si guardaron el ayuno prepascal con nosotros; vean si tomaron comida ese día. Pero lo suyo no es un ayuno; es una transgresión de la ley, es un pecado, es una transgresión. Sin embargo, no cambiaron. Pero ustedes sí cambiaron su gloria y de ella no obtendrán ningún provecho; se pasaron a sus ritos. ¿Acaso los judíos observaron alguna vez nuestro ayuno prepascal? ¿Acaso se unieron alguna vez a nosotros para celebrar la fiesta de los mártires? ¿Acaso compartieron alguna vez con nosotros el día de

la Epifanía? Ellos no corren hacia la verdad, pero ustedes se apresuran a la transgresión. Lo llamo transgresión porque sus observancias no ocurren en el tiempo debido. Antes había un momento adecuado en el que debían seguir esas observancias, pero ahora no lo hay. Por eso lo que antes era según la Ley, ahora se opone a ella. Permítanme decir lo que Elías dijo contra los judíos.

Vio la vida impía que llevaban los judíos: a veces obedecían a Dios, otras veces adoraban ídolos. Entonces pronunció estas palabras: «¿Hasta cuándo cojearán de ambas piernas? Si el Señor nuestro Dios está con ustedes, vengan y síganlo; pero si Baal, síganlo a él». Permítanme también decir esto contra estos cristianos judaizantes. Si consideran que el judaísmo es la verdadera religión, ¿por qué causan problemas a la Iglesia? Pero si el cristianismo es la verdadera fe, como realmente lo es, permanezcan en ella y síganla. Díganme esto: ¿Participan con nosotros en los misterios, adoran a Cristo como cristianos, le piden bendiciones y luego celebran la fiesta con sus enemigos? ¿Con qué propósito, entonces, vienen a la iglesia?

Ya he dicho bastante contra aquellos que dicen estar de nuestro lado pero están ansiosos por seguir los ritos judíos. Puesto que es contra los judíos contra quienes deseo trazar mi línea de batalla, permítanme extender mi instrucción. Permítanme mostrarles que, al ayunar ahora, los judíos deshonoran la ley y pisotean los mandamientos de Dios porque siempre hacen todo contrario a sus decretos. Cuando Dios quiso que ayunaran, ¿engordaron y se volvieron flácidos? Cuando Dios no quiere que ayunen porque siempre hacen todo contrario a sus decretos. Cuando Dios quiso que ayunaran, ¿engordaron y se volvieron flácidos? Cuando Dios no quiere que ayunen, se vuelven obstinados y ayunan; cuando quiso que ofrecieran sacrificios, se apresuraron a idolatrar; cuando no quiere que celebren las fiestas, todos están ansiosos por observarlas. Por eso Esteban les dijo: «Siempre se oponen al Espíritu Santo».

Esto es lo único, dice, en lo que demuestras tu celo: en hacer lo contrario de lo que Dios ha ordenado. Y todavía lo hacen hoy. ¿Qué

lo deja claro? La Ley misma. En el caso de las fiestas judías, la Ley exigía la observancia no solo de la melodía sino también del lugar. Al hablar de esta fiesta de la Pascua, la Ley les dice algo como esto: «No podréis celebrar la Pascua en ninguna de las ciudades que el Señor vuestro Dios os dé». La Ley les ordena celebrar la fiesta el día catorce del primer mes y en la ciudad de Jerusalén. La Ley también restringió el tiempo y el lugar para la observancia de Pentecostés, cuando les ordenó celebrar la fiesta después de siete semanas, y de nuevo, cuando declaró: «En el lugar que el Señor vuestro Dios escoja». Así también la Ley fijó la fiesta de los Tabernáculos. Ahora veamos cuál de los dos, el tiempo o el lugar, es más necesario, aunque ninguno de los dos tiene el poder de salvar. ¿Debemos despreciar el lugar pero observar el tiempo?

¿O deberíamos despreciar el tiempo y respetar el lugar? Me refiero a algo como esto: la Ley ordenaba que la Pascua se celebrara en el primer mes y en Jerusalén, en un tiempo y lugar determinados. Supongamos que hay dos hombres que celebran la Pascua. Supongamos que uno de ellos descuida el lugar pero respeta el tiempo; supongamos que el otro respeta el lugar pero descuida el tiempo. Que el que respeta el tiempo pero descuida el lugar celebre la Pascua en el primer mes, pero lejos de Jerusalén; y que el que respeta el lugar pero descuida el tiempo celebre la fiesta en Jerusalén, pero en el segundo mes en lugar del primero.

A continuación, veamos cuál de estos dos es acusado y procesado, y cuál recibe aprobación y estima. ¿Será el que transgredió en cuanto al tiempo pero observó el lugar, o el que descuidó el lugar pero observó el tiempo? Si el hombre que transgredió en cuanto al tiempo para celebrar la fiesta en Jerusalén claramente merece estima, pero el que observó el tiempo descuidando el lugar merece ser acusado y procesado por su acción impía, es bastante obvio que aquellos que no celebran la Pascua en el lugar apropiado están transgrediendo la Ley, incluso si sostienen mil veces que están observando el tiempo adecuado. ¿Quién nos aclarará esto? El mismo Moisés. Como él lo cuenta, incluso después de que algunos hombres celebraron la Pascua fuera de

Jerusalén, "se acercaron a Moisés y dijeron: 'Estamos impuros por haber tocado el cuerpo de un muerto.

«No debemos dejar de ofrecer la ofrenda al Señor en su debido tiempo entre los hijos de Israel, ¿verdad?». Y Moisés les dijo: «Quédense aquí y escucharé lo que el Señor les mande». Y el Señor habló a Moisés y le dijo: «Habla a los hijos de Israel y diles: “Si alguno está impuro por la muerte de un hombre, o si está lejos de casa por un viaje, sea uno de ustedes o de sus descendientes, celebrará la Pascua en el segundo mes”». Se refiere a algo así: si alguien está fuera de casa durante el primer mes, que no celebre la Pascua fuera de la ciudad, sino que regrese a Jerusalén y la celebre en el segundo mes. Que no se fije en el tiempo para no faltar a la observancia de la ciudad. De esta manera, muestra que la observancia del lugar es más importante que la del tiempo. Pero ¿qué podrían decir los judíos si celebran la Pascua fuera de Jerusalén? Puesto que transgreden el requisito más importante del lugar, no pueden alegar en su defensa la observancia del tiempo, que es menos importante.

El resultado es que son culpables de la peor transgresión de la Ley, aunque sea obvio mil veces que no están descuidando el tiempo. Esto es seguro no solo por lo que he dicho, sino también por los profetas. ¿Qué excusa tendrían los judíos de hoy cuando es evidente que los judíos de antaño nunca ofrecieron sacrificios, ni cantaron himnos en tierra extranjera, ni observaron ayunos como los que se observan hoy? Ciertamente, los judíos de antaño esperaban recuperar el modo de vida en el que pudieran observar estos rituales. Por lo tanto, permanecieron obedientes a la Ley e hicieron lo que esta ordenaba, pues la Ley les había indicado que debían esperar esto.

Pero los judíos de hoy no tienen esperanza de recuperar el modo de vida de sus antepasados. ¿En qué profeta pueden encontrar prueba de ello? No tienen esperanza, pero no soportan abandonar estas prácticas. Y aun si esperaran recuperar el antiguo modo de vida, deberían imitar a aquellos hombres santos de antaño, sin ayunar ni observar ningún otro ritual similar. Para demostrarles que

los judíos en el exilio no observaban ninguno de estos rituales, escuchen lo que respondieron a quienes se lo pidieron. Pues sus captores bárbaros los obligaban a tocar sus instrumentos musicales. «Cántennos un himno al Señor», les decían. Pero los judíos comprendían claramente que la Ley les ordenaba no hacerlo.

Por lo tanto, dijeron: «¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña?» Y, de nuevo, los tres muchachos que estaban cautivos en Babilonia dijeron: «En este tiempo no tenemos príncipe ni profeta ni lugar donde ofrecer sacrificios en tu presencia y hallar misericordia». Ciertamente había mucho espacio para un lugar de sacrificio en el país, pero como el templo no estaba allí, se abstuvieron firmemente de ofrecer sacrificios. Y de nuevo Dios habló a su pueblo por medio de los labios de Zacarías: «¿Acaso no habéis guardado ayuno por mí durante estos setenta años?» Se refería al cautiverio. Dime. ¿Con qué derecho, entonces, ayunáis hoy vosotros, los judíos, cuando vuestros antepasados ni ofrecieron sacrificios, ni ayunaron, ni celebraron las fiestas? Y esto deja especialmente claro que no observaban la Pascua. Donde no había sacrificio, no se celebraba ninguna fiesta, porque todas las fiestas debían celebrarse con un sacrificio.

Permítanme darles una prueba de este punto. Escuchen las palabras de Daniel: "En aquellos días yo, Daniel, estuve de luto durante tres semanas. No comí pan bueno, ni carne ni vino entraron en mi boca, ni me ungí con ungüento durante esas semanas. Y sucedió que el día veinticuatro del primer mes vi la visión. Prestad mucha atención a mi aquí, porque este texto deja claro que no celebraron la Pascua. Déjame explicarte cómo es esto.

A los judíos no les estaba permitido ayunar durante los días de la fiesta de los panes sin levadura. Pero durante veintiún días Daniel no tomó alimento alguno. ¿Y qué prueba que esos veintiún días incluían los días de la fiesta de los panes sin levadura? Lo sabemos por lo que él mismo dijo: que fue el día veinticuatro del primer mes. (4) Pero la Pascua termina el día veintiuno de ese mes. Si hubieran comenzado la fiesta el día catorce del primer mes y la hubieran continuado durante siete días, habrían llegado al día

veintiuno. Sin embargo, Daniel continuó su ayuno con firmeza incluso después de que la Pascua hubiera terminado. Porque si Daniel hubiera comenzado su ayuno el tercer día del primer mes y lo hubiera continuado durante veintiún días completos, habría pasado el día catorce, habría seguido ayunando durante siete días más y luego habría ayunado tres días más. ¿Cómo, entonces, evitan los judíos de hoy ser malditos y contaminados? Los santos de antaño no seguían tales observancias de lo que prescribía la Ley, porque estaban en tierra extraña.

¿Acaso los judíos de hoy hacen precisamente lo contrario para provocar discordia y contienda? Si algunos de los santos de antaño, que hablaban y actuaban de forma irreverente, hubieran sido negligentes e irreverentes, tal vez habríamos considerado su incumplimiento de estos preceptos como una señal de su laxitud. Pero amaban y reverenciaban a Dios, y dieron su vida por lo que Dios había decretado. Por lo tanto, es evidente que el incumplimiento de la Ley no fue resultado de su laxitud. Más bien, su incumplimiento fue motivado por la propia Ley, pues esta prohibía la observancia de esos rituales fuera de Jerusalén. Esto nos lleva a una conclusión sobre otro asunto de gran importancia.

Las observancias relativas a los sacrificios, los sábados, las lunas nuevas y todas esas cosas prescritas por el modo de vida judío de ese día no eran esenciales. Incluso cuando se observaban, no podían hacer una gran contribución a la virtud; cuando se descuidaban, no podían hacer que el hombre excelente perdiera su valor, ni degradar de ninguna manera la santidad de su alma. Pero aquellos hombres de antaño, mientras aún estaban en la tierra, manifestaron con su piedad un modo de vida que rivaliza con el de los ángeles. Sin embargo, no seguían ninguna de estas observancias, no sacrificaban animales, no celebraban festines, no hacían ostentación de ayuno. Pero eran tan agradables a Dios que superaban nuestra naturaleza humana y, con sus vidas, atrajeron al mundo entero al conocimiento de Dios.

¿Quién podría igualar a Daniel? ¿Quién podría igualar a los tres jóvenes de Babilonia? ¿Acaso no anticiparon el mandamiento más

importante que dan los Evangelios, el mandamiento que es la principal fuente de todas las bendiciones? ¿No lo habían demostrado ya con sus obras? Porque Juan dice: «Nadie tiene mayor amor que este: dar la vida por sus amigos». Pero ellos dieron la vida por Dios. Debemos admirarlos por esto. Pero también debemos admirarlos porque no lo hicieron por ninguna recompensa. Por eso los jóvenes de Babilonia dijeron: «Hay un Dios en el cielo que puede salvarnos; pero si no quiere, sepa, oh rey, que no adoraremos a tus dioses». El profeta quiere decir: La recompensa para nosotros es suficiente con morir por Dios. Y dieron prueba de esta gran virtud aun cuando no observaban ninguna de las prescripciones de la Ley. Ustedes, los judíos, dirán: «¿Por qué, entonces, Dios impuso estas prescripciones si no quería que se cumplieran?».

Y yo os digo: Si quería que se cumplieran, ¿por qué, entonces, destruyó vuestra ciudad? Dios tenía que hacer una de dos cosas si quería que estas prescripciones siguieran vigentes: o bien tenía que ordenaros que no sacrificáramos en un solo lugar, puesto que tenía la intención de dispersaros por todos los rincones del mundo; o bien, si quería que ofreciéramos sacrificios solo en Jerusalén, estaba obligado a no dispersaros por todos los rincones del mundo y debería haber hecho inexpugnable esa ciudad, porque solo estaba allí ese sacrificio para ser ofrecido. Los judíos dirán de nuevo: "¿Qué es esto? ¿Acaso Dios se contradijo al ordenarles sacrificar en un lugar y luego prohibirles el acceso a ese mismo lugar?". ¡De ninguna manera! Dios es muy coherente.

Él no quería que ofrecieran sacrificios desde el principio, y presento como testigo de esto al mismo profeta que dijo: «Escuchen la palabra del Señor, gobernantes de Sodoma; presten atención a la ley de nuestro Dios, ustedes, habitantes de Gomorra». Pero en realidad el profeta se dirigía a los judíos, no a los que habitaban en Sodoma y Gomorra. Sin embargo, los llama con los nombres de estas personas porque, al imitar sus vidas perversas, los judíos habían desarrollado un parentesco con los habitantes de esas ciudades. De hecho, Isaías llamó a los judíos perros y Jeremías los llamó caballos rabiosos. Esto no se debía a que de repente

cambiaran su naturaleza con la de esas bestias, sino a que seguían los hábitos lujuriosos de esos animales. «¿Qué me importa el número de sus sacrificios?», dice el Señor. Pero es evidente que los habitantes de Sodoma nunca ofrecieron sacrificios. Isaías dirige sus palabras contra los judíos cuando los llama con el nombre de esos animales salvajes, y lo hace por la razón que acabo de mencionar. «¿Qué me importa el número de tus sacrificios?», dice el Señor. «Estoy harto de tus holocaustos de carneros. No deseo la grasa de las ovejas ni la sangre de los toros, aunque vengas a presentarte ante mí. Porque ¿quién te pide todo esto?»

¿Escuchaste claramente su voz diciendo que no les había exigido estos sacrificios desde el principio? Si hubiera hecho del sacrificio una necesidad, también habría sometido a los primeros judíos a este modo de vida y a todos los patriarcas que florecieron antes de los judíos de la época de Isaías. Entonces los judíos preguntarán: "¿Cómo es que enseguida permitió a los judíos sacrificar?". Estaba cediendo a su debilidad. Supongamos que un médico ve a un hombre que sufre de fiebre y lo encuentra angustiado e impaciente. Supongamos que el enfermo tiene muchas ganas de tomar una bebida fría le advierte que, si no consigue agua, buscará una soga y se ahorcará, o se arrojará por un acantilado.

El médico concede a su paciente el mal menor, porque desea evitar el mayor y alejar al enfermo de una muerte violenta. Esto es lo que hizo Dios. Vio a los judíos ahogados por su ferviente anhelo de sacrificios. Vio que estaban dispuestos a adorar ídolos si se les privaba de ellos. Debería decir que vio que no solo estaban dispuestos a hacerlo, sino que ya lo habían hecho. Así que les permitió tener sus sacrificios. El momento en que se concedió el permiso debería dejar claro que esta es la razón. Después de que celebraran la fiesta en honor a los demonios malignos, Dios cedió y permitió los sacrificios. Lo que prácticamente dijo fue: «Todos ustedes están ansiosos y deseosos de sacrificios. Si deben sacrificar, sacrifiquenme a mí». Pero incluso si permitió los sacrificios, este permiso no duraría para siempre: en su sabiduría, les quitó los sacrificios de nuevo.

Permítanme usar nuevamente el ejemplo del médico; realmente no hay razón para no hacerlo. Después de ceder al deseo del paciente, el médico trae una copa de su casa y le indica al enfermo que sacie su sed con esa copa y con ninguna otra. Una vez que el paciente accede, deja órdenes secretas a los sirvientes para que rompan la copa en pedazos; de esta manera, sin despertar las sospechas del paciente, se propone alejarlo secretamente del deseo que lo atormentaba. Esto es lo que Dios también hizo. Permitió que los judíos ofrecieran sacrificios, pero solo en Jerusalén y en ningún otro lugar del mundo. Después de que ofrecieran sacrificios durante un breve tiempo, Dios destruyó la ciudad. ¿Por qué? El médico se aseguró de que la copa se rompiera. Al asegurarse de que su ciudad fuera destruida, Dios apartó a los judíos de la práctica del sacrificio, aunque fuera en contra de su voluntad.

Si Dios hubiera dicho claramente: "Aléjense del sacrificio", no les habría resultado fácil mantenerse alejados de esta locura de ofrecer víctimas. Pero ahora, al imponer la necesidad de ofrecer sacrificios en Jerusalén, los apartó de esta práctica insensata; y nunca se dieron cuenta de lo que había hecho. Permítanme aclarar la analogía. El médico es Dios, la copa es la ciudad de Jerusalén, el paciente es el implacable pueblo judío, el trago de agua fría es el permiso y la autoridad para ofrecer sacrificios. El médico hace destruir la copa y, de esta manera, evita que el enfermo reciba lo que la vida le exige en un momento inoportuno. Dios destruyó la ciudad misma, la hizo inaccesible para todos, y de esta manera apartó a los judíos de los sacrificios. Si no pretendía poner fin al sacrificio, ¿por qué Dios, que es omnipresente y llena el universo, confinó un ritual tan sagrado a un solo lugar?

¿Por qué confinó el culto a los sacrificios, los sacrificios a un lugar, el lugar a un tiempo, y el tiempo a una sola ciudad, y luego destruyó la ciudad? Es ciertamente algo extraño y sorprendente. El mundo entero está abierto a los judíos, pero no se les permite sacrificar allí; solo Jerusalén es inaccesible para ellos, y ese es el único lugar donde se les permite ofrecer sacrificios.

Incluso si un hombre carece por completo de entendimiento, ¿no debería ser claro y obvio para él por qué Jerusalén fue destruida? Supongamos que un constructor coloca los cimientos de una casa, luego levanta las paredes, coloca un arco sobre el techo y une la bóveda del techo con una sola clave para sostenerla. Si el constructor quita la clave, destruye el vínculo que mantiene unida toda la estructura. Esto es lo que hizo Dios. Hizo de Jerusalén lo que podríamos llamar la clave que sostenía la estructura del culto. Cuando derrocó la ciudad, destruyó el resto de toda la estructura de ese modo de vida. Que mi batalla con los judíos espere un tiempo. Hoy tuve una escaramuza de palabras con ellos, pero solo dije lo que era suficiente para salvar a nuestros hermanos del peligro. Quizás dije mucho más que eso.

Pero ahora debo exhortar a los que están aquí en la iglesia a que muestren gran preocupación por los demás miembros de nuestra comunidad. No quiero oírles decir: "¿Qué me importa a mí? ¿Por qué entrometerme en los asuntos ajenos?". Nuestro Maestro murió por nosotros. ¿Acaso no se molestarán en decir una sola palabra? ¿Qué excusa o defensa encontrarán para esto? Díganme esto: si miran hacia otro lado cuando tantas almas perecen, ¿cómo encontrarán la confianza para presentarse ante el tribunal de Cristo? Ojalá supiera quiénes se están yendo a la sinagoga.

Entonces no habría necesitado tu ayuda, sino que los habría corregido con toda rapidez. Cuando tu hermano necesite corrección, aunque tengas que dar tu vida, no te niegues a corregirlo. Sigue el ejemplo de tu Maestro. Si tienes un sirviente o una esposa, ten mucho cuidado de mantenerlos en casa. Si te niegas a dejarlos ir al teatro, con más razón debes negarte a dejarlos ir a la sinagoga. Ir a la sinagoga es un pecado mayor que ir al teatro. Lo que sucede en el teatro es, sin duda, pecado; lo que sucede en la sinagoga es impiedad. Cuando digo esto, no quiero decir que los dejes ir al teatro, porque el teatro es perverso; lo digo para que tengas aún más cuidado de mantenerlos alejados de la sinagoga. ¿Qué es lo que te apresuras a ver en la sinagoga de los judíos que luchan contra Dios? Dime, ¿es para oír a los trompetistas?

Debes quedarte en casa a llorar y gemir por ellos, porque están luchando contra el mandato de Dios, y es el diablo quien los guía en sus orgías y danzas. Como dije antes, si hubo un tiempo en que Dios permitió lo que va en contra de su voluntad, ahora es una violación de su ley y motivo de castigos incontables. Hace mucho tiempo, cuando los judíos antes tenían sacrificios, tocaban sus trompetas; ahora Dios no les permite hacer esto. Al menos escuchen la razón por la que obtuvieron las trompetas. Dios le dijo a Moisés: "Hazte trompetas de plata batida". Luego Dios explicó cómo debían usarse las trompetas, pues continuó diciendo: "Las tocarás sobre los holocaustos y los sacrificios para tu liberación.

¿Pero dónde está el altar? ¿Dónde está el arca? ¿Dónde está el tabernáculo y el lugar santísimo? ¿Dónde está el sacerdote? ¿Dónde están los querubines de gloria? ¿Dónde está el altar de oro del incienso? ¿Dónde está el propiciatorio? ¿Dónde está el cáliz? ¿Dónde están las libaciones? ¿Dónde está el fuego enviado del cielo? ¿Perdisteis todo eso y solo conservasteis las trompetas? ¿Acaso vosotros, cristianos, no veis que lo que hacen los judíos es burla en lugar de adoración? Culpo a los judíos por violar la Ley. Pero os culpo mucho más a vosotros por seguir la corriente de los transgresores, no solo a los que acudís a las sinagogas, sino también a los que tenéis el poder de detener a los judaizantes pero no estáis dispuestos a hacerlo.

No me digas: «¿Qué tengo en común con él? Es un extraño, no lo conozco». Yo te digo que, mientras sea creyente, mientras participe de los mismos misterios y mientras asista a la misma iglesia, es más cercano a ti que tus propios parientes y amigos. Recuerda que no solo los ladrones pagan la pena por su delito; también quienes pudieron impedirlo, pero no lo hicieron, pagan la misma pena.

Quienes son culpables de impiedad son castigados, y también quienes pudieron apartarlos de los caminos impíos pero no lo hicieron por timidez o pereza. Ciertamente, el hombre que enterró su talento se lo devolvió a su amo íntegro; sin embargo, fue castigado por no obtener ningún beneficio de él. Supongamos,

pues, que tú mismo permaneces puro y libre de culpa; si no sacas provecho de tu talento, si no traes de vuelta a la salvación a tu hermano que se está perdiendo, sufrirás el mismo castigo que él. ¿Acaso es una carga muy pesada la que te pido, amado mío? Que cada uno de ustedes traiga de vuelta a uno de sus hermanos para mí. Que cada uno de ustedes intervenga y se inmiscuya en los asuntos de su hermano para que podamos llegar al servicio de mañana con gran confianza, porque traemos dones más valiosos que cualquier otro, porque traemos de vuelta las almas de los que se han extraviado. Aun si debemos sufrir insultos, aun si debemos ser golpeados, aun si debemos soportar cualquier otro dolor, hagamos todo lo posible por recuperar a estos hermanos. Puesto que son hermanos enfermos que nos pisotean, nos insultan y nos maldicen, no nos duelen sus insultos; queremos ver una sola cosa: la recuperación de la salud de aquel que se comportó de esta manera tan indignante.

Muchas veces, un enfermo desgarra la ropa del médico. Pero el médico no deja que esto le impida tratar de curar a su paciente. Es normal, entonces, que los médicos muestren tal preocupación por la salud física de sus pacientes. Cuando tantas almas perecen, ¿es justo que bajemos la guardia y pensemos que no sufrimos ningún daño terrible, aunque nuestros propios miembros se pudran por la enfermedad? Pablo no lo creía así. ¿Qué dijo? «¿Quién está débil, y yo no lo estoy? ¿Quién se escandaliza, y yo no ardo en llamas?». Asegúrate de que te contagies de ese fuego.

Imagina que ves a tu hermano perecer. Aunque te insulte, te castigue, te golpee, te amenace con convertirse en tu enemigo, te intimide de cualquier otra forma, demuestra tu valentía y soporta todos esos insultos para que puedas alcanzar su salvación, y si él se convierte en tu enemigo, Dios será tu amigo y te dará a cambio muchas grandes bendiciones en ese día. Que las oraciones de los santos salven a los que se han extraviado en el error, que tú que eres fiel tengas éxito en tu caza, que aquellos que han blasfemado contra Dios sean liberados de su impiedad y que lleguen a conocer a Cristo, que murió por ellos en la cruz, para que todos nosotros, de común acuerdo y con una sola voz, demos gloria a Dios y Padre

de nuestro Señor Jesucristo, para gloria y poder, ahora y por siempre, por los siglos de los siglos, amén.

IV. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo comienza con una explosión de metáforas extendidas que vale la pena saborear porque te dicen algo sobre su método retórico. El agricultor construye diques antes de la inundación invernal, no después. El soldado limpia su armadura antes de la batalla, no durante ella. El marinero prepara su barco antes de zarpar, no mientras se hunde. Crisóstomo hace lo mismo con su congregación, armándolos con argumentos contra las fiestas judías antes de que lleguen, para que cuando sus vecinos los inviten a la sinagoga tengan algo que decir. Una congregación que nunca ha reflexionado sobre por qué la observancia judía es espiritualmente inválida no puede defenderse de la presión social de una ciudad donde las fiestas judías son eventos públicos. Una congregación que ha escuchado ocho sermones sobre el tema está considerablemente mejor preparada.

Luego presenta el que quizás sea el argumento filosóficamente más sofisticado de toda la serie, y vale la pena seguirlo con atención porque los lectores modernos no lo esperarán. Argumenta que la calidad moral de cualquier acción está determinada enteramente por si concuerda con la voluntad de Dios, no por la naturaleza de la acción en sí. Lo demuestra con la historia del profeta que le dijo a su compañero que lo golpeará en la palabra del Señor. El compañero se negó por reverencia y fue devorado por un león por su desobediencia. El hombre que sí golpeó al profeta fue elogiado. La acción de golpear a un profeta no es intrínsecamente buena ni mala. Es buena cuando Dios la ordena y mala cuando se realiza en contra del mandato de Dios. Refuerza esto con la historia de Acab. Acab perdonó la vida al rey sirio en contra del decreto de Dios y el profeta le dijo que se había condenado a muerte por su acto de misericordia. Fineas mató a dos personas en un solo instante y fue recompensado con el honor del sacerdocio por ello.

La aplicación es precisa. El ayuno no es intrínsecamente santo. Ayunar en contra de la voluntad de Dios es más ilícito que cualquier embriaguez. El ayuno judío que se avecina en Antioquía no es un

acto de obediencia a Dios. Es un acto realizado en contra de su decreto explícito, y eso lo hace peor que si los judíos estuvieran celebrando y festejando. No debes fijarte en lo que hacen. Debes preguntarte si Dios lo ordena.

Luego, construye su argumento legal más detallado hasta la fecha a partir de la Torá. La Ley no solo permitía que las fiestas se celebraran en Jerusalén, sino que ordenaba específicamente que no se celebraran en ningún otro lugar. Cita la legislación deuteronomica sobre la Pascua, la fiesta de Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos, todas las cuales estaban restringidas al lugar que el Señor tu Dios escogiera, que era Jerusalén. A continuación, presenta un experimento mental que es a la vez retóricamente elegante y lógicamente impecable. Supongamos que dos hombres quieren celebrar la Pascua. Uno la celebra en la fecha correcta, pero en el lugar equivocado, fuera de Jerusalén. El otro la celebra en el lugar correcto, pero en el mes equivocado. ¿Cuál es más aceptable para Dios? El mismo Moisés responde a la pregunta. Cuando los hombres acudieron a Moisés diciendo que eran impuros y que no podían celebrar la Pascua en el primer mes, Dios le dijo a Moisés que les ordenara celebrarla en el segundo mes en Jerusalén, en lugar de en el primer mes fuera de Jerusalén. El lugar era más importante que la fecha. Por lo tanto, los judíos que celebran la fiesta en Antioquía en el mes correcto cometen una transgresión más grave que un hombre que la celebra en Jerusalén un mes después.

Luego presenta a Daniel como testigo de que incluso los judíos más santos en el exilio entendían que no les estaba permitido celebrar estas fiestas fuera de Jerusalén. Daniel ayunó durante veintiún días. durante el período que incluía la fiesta de los panes sin levadura, ningún judío podía ayunar si la celebraba. El hecho de que Daniel ayunara durante ese tiempo demuestra que no la celebraba, pues comprendía que no podía celebrarse en Babilonia. Si Daniel, que amaba a Dios lo suficiente como para ir al foso de los leones, no celebró la fiesta en el exilio, ¿con qué fundamento creen los judíos de Antioquía que les está permitido hacerlo?

Luego viene la sección más ambiciosa desde el punto de vista teológico de la Homilía IV, y es la que más sorprenderá a los lectores modernos. Crisóstomo argumenta que Dios nunca deseó el sistema sacrificial. Lo demuestra con Isaías, quien cita a Dios diciendo: «¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?», y nombra a las personas a las que se dirige con los nombres de Sodoma y Gomorra, lugares donde nunca se ofrecieron sacrificios. Dios permitió el sistema sacrificial como una concesión a la debilidad humana, específicamente para evitar que los israelitas acudieran a los ídolos cuando su ansia de sacrificio quedara insatisfecha. Fue una concesión de un médico a un paciente con fiebre que amenazaba con hacerse daño si no obtenía lo que anhelaba. Y luego Dios destruyó Jerusalén, que era el único lugar donde se podían ofrecer sacrificios, lo que representó que el médico rompiera la copa de la que se le había permitido beber al paciente. La destrucción de Jerusalén no fue una tragedia para el sistema sacrificial. Fue el mecanismo mediante el cual Dios lo llevó a su fin predeterminado.

Concluye con una pregunta que debería dejar al lector perplejo. Si Dios no pretendía que el sacrificio fuera temporal, ¿por qué confinó un ritual tan sagrado a un solo lugar, luego a una sola ciudad y finalmente la destruyó? La respuesta es obvia. Estaba orquestando el fin del sistema desde dentro, utilizando sus propias limitaciones como mecanismo para su destrucción.

IV. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento filosófico sobre la cualidad moral de las acciones está determinada por la voluntad de Dios en lugar de por su

La naturaleza intrínseca es una de las herramientas más útiles del arsenal de Crisóstomo en la actualidad, porque dismantela la defensa más común de la práctica sionista cristiana. Cuando un evangélico afirma que apoyar a Israel le parece correcto, o que asistir a un Seder de Pésaj profundiza su fe, o que celebrar las fiestas judías lo acerca a las raíces del cristianismo, la respuesta de Crisóstomo es que la sensación de rectitud y la apariencia de profundidad espiritual no son los criterios relevantes. El criterio relevante es si Dios lo ordena. El acto de misericordia de Acab le pareció correcto. Le costó la condena a muerte. La negativa del compañero del profeta a atacar le pareció reverente. Le costó la vida a manos de un león. La cuestión no es si la observancia judía produce una agradable sensación de conexión espiritual. La cuestión es si Dios, habiendo declarado obsoleto el sistema religioso judío y destruido su templo, ordena a los cristianos que complementen su culto con sus formas.

El argumento de que Dios orquestó el fin del sistema sacrificial mediante la destrucción de Jerusalén es el que aborda más directamente la obsesión del sionismo cristiano con la reconstrucción del templo. Toda una rama de la escatología evangélica estadounidense se basa en la expectativa de que el templo de Jerusalén será reconstruido, que el sistema sacrificial será restaurado y que esta restauración será una señal de la fidelidad de Dios a su pacto con Israel. El argumento de Crisóstomo es que la destrucción del templo no fue una interrupción del plan de Dios, sino su cumplimiento, que Dios orquestó deliberadamente el fin del sistema sacrificial haciéndolo geográficamente imposible, y cualquier intento de reconstruirla y restaurar los sacrificios sería un acto de desafío contra un decreto divino, en lugar de un acto de fidelidad al pacto. El médico rompió la copa a propósito. Intentar reconstruirla no es fe. Es negarse a aceptar lo que Dios ha hecho.

Las instrucciones pastorales al final de la Homilía IV se encuentran entre las más exigentes de la serie, y lo hacen en una dirección que los evangélicos modernos han abandonado por completo. Crisóstomo les dice a sus feligreses no solo que se abstengan de asistir a la sinagoga, sino también que impidan que sus esposas y sirvientes vayan, argumentando que si se niegan a que sus esposas vayan al teatro, deben ser aún más insistentes en impedirles asistir a la sinagoga, porque lo que sucede en el teatro es pecado, pero lo que sucede en la sinagoga es impiedad. La distinción que establece es entre fracaso moral y catástrofe teológica, y trata la segunda como categóricamente peor que la primera. La iglesia moderna ha invertido esencialmente esta jerarquía de prioridades. Controla la conducta sexual con considerable rigor, mientras que trata el error teológico, incluyendo la adopción de la observancia religiosa judía, como una cuestión de preferencia personal.

IV. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. El argumento de Crisóstomo de que la calidad moral de cualquier acción está determinada enteramente por si se ajusta a la voluntad de Dios, y no por la naturaleza de la acción en sí, es filosóficamente significativo y potencialmente alarmante para los lectores modernos. ¿Cómo entiende usted la relación entre el mandato divino y la calidad moral intrínseca de las acciones? ¿Dónde cree que el argumento de Crisóstomo es más sólido y dónde es más vulnerable?
2. Su prueba, basada en la Torá, de que el lugar de celebración era más importante para Dios que el momento de su celebración, demostrada por la instrucción de Moisés de celebrar la Pascua en Jerusalén durante el segundo mes en lugar de fuera de Jerusalén durante el primer mes, constituye un argumento detallado y minucioso extraído del propio texto de la Ley. ¿Cómo se relaciona este argumento con las afirmaciones de los judíos modernos de que cumplen la Ley de Moisés?
3. Argumenta que Dios nunca deseó realmente el sistema de sacrificios, sino que lo permitió como una concesión a la debilidad humana, para evitar que Israel adorara ídolos. ¿Cómo modifica este argumento su interpretación de la legislación levítica en la Torá y qué implica acerca del estatus teológico del sistema de sacrificios dentro del plan redentor general de Dios?
4. Su interpretación de la destrucción de Jerusalén como un mecanismo deliberado de Dios para poner fin al sistema sacrificial de forma permanente, comparable a un médico que rompe la copa de la que se le permitía beber a un paciente con fiebre, es uno de los argumentos teológicamente más ambiciosos de los ocho homilías. ¿Le resultan convincentes? ¿Qué implicaciones tienen para la

escatología sionista cristiana respecto a la reconstrucción del templo?

5. Crisóstomo distingue entre lo que ocurre en el teatro, al que llama pecado, y lo que ocurre en la sinagoga, al que llama impiedad, considerando lo segundo categóricamente peor que lo primero. ¿Está de acuerdo con esta distinción? ¿Cómo se aplica a la tendencia evangélica moderna a preocuparse más por el comportamiento moral que por el error teológico?
6. Concluye argumentando que quienes pudieron haber detenido a los judaizantes pero no lo hicieron pagarán la misma pena que ellos, citando la parábola de los talentos como prueba. ¿Qué tan en serio considera usted este principio de responsabilidad compartida por el error teológico en su propia comunidad eclesial, y cómo lo aplicaría?

HOMILÍA V

V. ANÁLISIS TEOLÓGICO I

En esta homilía encontrará a Crisóstomo pasando del modo de emergencia pastoral a algo más parecido a una contenciosa persecución teológica. Las fiestas han terminado. La crisis inmediata ha concluido. Ha ganado, como afirma con su característica inmodestia al inicio. Ahora quiere ir más allá, demostrar no solo que los judíos violan su propia Ley al ayunar en Antioquía, sino también que el templo jamás será reconstruido y que el cautiverio judío bajo Roma no tiene un fin profético. Esta es la homilía más larga de la serie y la más ambiciosa en cuanto a argumentos. Presentará tres testigos para probar que el templo no será reconstruido.

Primero, Cristo mismo, cuyas predicciones sobre Jerusalén y el templo, como demuestra Crisóstomo, se cumplieron con exactitud, y cuyas otras predicciones, incluyendo la historia de la mujer con el frasco de alabastro y la predicción de que el evangelio dividiría a las familias, se han confirmado tan completamente que ningún observador honesto puede rechazar su testimonio sobre Jerusalén. Segundo, los profetas, específicamente Daniel, cuya profecía de las setenta semanas Crisóstomo analiza con meticuloso detalle para probar que el cautiverio actual, a diferencia de los tres anteriores, no tiene un final profetizado. Tercero, la historia misma, en los tres intentos fallidos de reconstruir el templo bajo Adriano, Constantino y, de manera más dramática, Juliano el Apóstata, cuyo intento terminó cuando un incendio que brotó de los cimientos consumió a los obreros.

Crisóstomo concluye con Malaquías y Sofonías, argumentando que los propios profetas predijeron que el sistema de sacrificios judíos sería reemplazado por un culto espiritual universal, que es la Eucaristía cristiana.

HOMILÍA V

¿CÓMO ES QUE TENEMOS UNA MULTITUD MÁS GRANDE CONCENTRADA AQUÍ? Seguramente, se han reunido para exigir que yo cumpla mi promesa; estás aquí para recibir la plata purificada en el fuego que te prometí entregarte. Porque como dice el salmista: «Las palabras del Señor son palabras puras: plata purificada por el fuego, limpiada de la tierra». Bendito sea Dios porque la ira ha puesto en vuestros corazones el anhelo de oír palabras buenas para vuestras almas. Cuando los bebedores de vino se levantan cada mañana, comienzan su entrometida indagación para descubrir dónde encontrarán las borracheras, las juergas, las fiestas, los festines y las riñas de borrachos del día; se afanan buscando botellas, tazones para mezclar y copas para beber.

Pero al levantarte cada día, buscas dónde encontrar exhortación y consejo, aliento e instrucción, ese tipo de discurso que te impulsa a dar gloria a Cristo. Esto me motiva aún más a mantenerme firme en mi tema y, desde la plenitud de mi corazón, a cumplir las promesas que he hecho. Mi batalla contra los judíos llegó a un final apropiado. El monumento que conmemora su derrota ha sido erigido, la corona de la victoria me pertenece y he obtenido el premio que buscaba en mi discurso anterior. Pues la tarea que había emprendido era demostrar que lo que los judíos ahora hacen mediante rituales transgrede y viola la Ley.

Mi deseo era demostrar que en estos ritos tenemos hombres luchando contra Dios, criaturas librando una guerra contra él. Y con la ayuda de Dios, di una prueba precisa de esto. Porque incluso si los judíos fueran a recuperar su propia ciudad, si estuvieran a punto de regresar a su antigua comunidad y forma de vida y ver su templo reconstruido —un acontecimiento que nunca sucederá—, aun así, no tienen justificación para sus prácticas actuales. Los tres muchachos en Babilonia, Daniel y todos los demás que pasaron sus días en cautiverio seguían esperando recuperar su propia ciudad y, después de setenta años, volver a ver la tierra de su patria; seguían

anhelando vivir de nuevo bajo las leyes de sus ancestros. Tenían una clara promesa de que esto sucedería.

Sin embargo, hasta que se cumplió la promesa, hasta que regresaron, no se atrevieron a realizar ninguno de los ritos prescritos como lo hacen los judíos de hoy. Así es como tú también puedes silenciar y amordazar a los judíos. Pregúntale al judío por qué observa el ayuno si no tiene ciudad. Si responde: «Porque espero recuperar mi ciudad», dile: «Deja de ayunar, entonces, hasta que la recuperes. Ciertamente, hasta que los santos de antaño regresaron a su patria, no practicaron ninguno de los ritos que tú practicas ahora. De esto se desprende claramente que estás violando la ley, incluso si vas a recuperar tu ciudad, como dices; estás transgrediendo tu pacto con Dios y ultrajando esa antigua comunidad y forma de vida».

Lo que les he dicho a esta amorosa asamblea, tanto aquí como en mi discurso anterior, basta para silenciar y acallar los descarados argumentos de los judíos y demostrar que están transgrediendo la Ley. Mi único propósito no era callarles la boca. También deseaba brindarles una instrucción más profunda sobre las enseñanzas de la Iglesia. Vengan ahora, y permítanme darles abundante evidencia de que el templo no será reconstruido y de que los judíos no volverán a su antigua forma de vida. De esta manera, comprenderán mejor lo que enseñaron los Apóstoles, y los judíos se convencerán aún más de que actúan de manera impía.

Como testigo no presentaré a un ángel, ni a un arcángel, sino al mismísimo Señor del mundo entero, nuestro Señor Jesucristo. Cuando llegó a Jerusalén y vio el templo, dijo: «Jerusalén será pisoteada por muchas naciones, hasta que se cumplan los tiempos de muchas naciones». Con esto se refería a los años venideros hasta la consumación del mundo. Y de nuevo, hablando con sus discípulos acerca del templo, amenazó con que ninguna piedra permanecería sobre otra en ese lugar hasta que fuera destruido. Su amenaza era una predicción de que el templo sería devastado definitivamente y desaparecería por completo.

Pero el judío rechaza totalmente este testimonio. Se niega a admitir lo que Cristo dijo. ¿Qué dice el judío? «El hombre que dijo esto es mi enemigo. Yo lo crucifiqué. ¿Cómo, pues, voy a aceptar su testimonio?». Pero esto es lo maravilloso: ustedes, los judíos, lo crucificaron. Pero después de morir en la cruz, destruyó su ciudad; fue entonces que dispersó a su pueblo; fue entonces que esparció a su nación por toda la faz de la tierra. Al hacer esto, nos enseña que ha resucitado, que vive y que está en el cielo. Como no quisieron reconocer su poder mediante sus bendiciones, les enseñó con su castigo y venganza que nadie puede luchar ni prevalecer contra su poder y fuerza. Pero aun así, no creen en él, no reconocen que es Dios y Señor del mundo, sino que lo consideran un simple hombre. Vengan, pues, y hagamos una prueba como la que haríamos con un hombre.

¿Cómo ponemos a prueba a los seres humanos? Si vemos que un hombre dice la verdad en todo y nunca miente a nadie, aceptamos su palabra, incluso si resulta ser un enemigo. Al menos lo hacemos si tenemos algo de sentido común. De la misma manera, cuando vemos que un hombre es un mentiroso, incluso si dice la verdad en algunos casos, no aceptamos fácilmente su palabra. Consideremos, pues, el carácter y los hábitos de Cristo. No solo predijo y profetizó la destrucción del templo, sino que también profetizó durante su vida muchas otras cosas que iban a suceder mucho tiempo después. Saquemos, pues, a la luz estas predicciones. Si ven que miente en estas predicciones, entonces no acepten su predicción sobre el templo, ni la consideren válida. Ni digno de vuestra fe. Pero si veis que dice la verdad en todas las cosas y que esta predicción se ha cumplido, si veis que han pasado muchos años pero aún dais testimonio de la verdad de lo que predijo, no tengamos más de vuestra insolencia y obstinación en asuntos que son más claros que la luz del sol.

Veamos qué más predijo. Una vez se le acercó una mujer con un frasco de alabastro lleno de ungüento precioso y lo derramó sobre él. Sus discípulos se indignaron por lo sucedido y dijeron: "¿Por qué no se vendió esto por trescientos denarios y se dio a los pobres?". Él, sin embargo, los reprendió y dijo: "¿Por qué molestan

a la mujer? Ella ha hecho una buena obra. Porque les digo que dondequiera que se predique este evangelio en toda la tierra, también se contará esto que ella ha hecho en memoria suya". ¿Dijo la verdad o no? ¿Se cumplió su predicción o no se cumplió? Hagan estas preguntas al judío. Aunque cuente sus actos desvergonzados por decenas de miles, no podrá mirar esta profecía a la cara y desafiarla.

Ciertamente, escuchamos su historia en todas las iglesias. Cónsules y generales la han escuchado; hombres y mujeres, los renombrados, los distinguidos, los famosos de cada ciudad. Dondequiera que vayas en el mundo, todos escuchan respetuosamente la historia de su buen servicio; su acción es conocida en cada rincón de la tierra. ¿Cuántos reyes trajeron muchas y grandes bendiciones a sus ciudades, cuántos reyes libraron guerras victoriosas, erigieron muchos trofeos de victoria, salvaron naciones, construyeron ciudades y, además, obtuvieron incontables riquezas? Sin embargo, a pesar de todas sus grandes hazañas, están sepultados en el silencio del olvido. Muchas reinas y grandes damas han otorgado innumerables beneficios a sus súbditos.

Sin embargo, algunas personas ni siquiera las conocen por su nombre. Pero esta mujer insignificante, a quien las damas han otorgado beneficios más allá del número de aquellos sujetos a ellos. Sin embargo, algunas personas ni siquiera los conocen por su nombre. Pero esta mujer insignificante, que solo derramó su ungüento, es alabada en todo el mundo; el largo paso de los años no ha borrado su recuerdo, y el tiempo venidero jamás apagará su fama. Y sin embargo, la suya no fue una hazaña de renombre. Porque ¿qué renombre había en derramar un poco de ungüento? Tampoco era una persona distinguida, pues era una mujer humilde y una marginada. Tampoco había una gran audiencia para verla, pues solo los discípulos estaban reunidos a su alrededor. Ni el lugar era uno donde pudiera ser vista fácilmente. No hizo entrada a un escenario de teatro para realizar su servicio, sino que hizo su buena obra en una casa con solo diez personas presentes. No obstante, aunque era una persona humilde, aunque solo unos pocos estaban

allí para presenciarlo, aunque el lugar era insignificante, ni estos hechos ni ningún otro pudieron oscurecer el recuerdo de esa mujer. Hoy, es más ilustre que el rey o la reina aliados; Ningún paso del tiempo ha logrado sepultar en el olvido el servicio que prestó.

Díganme ahora. ¿Cómo explican esto? ¿Quién lo provocó? ¿Acaso no es obra del Dios a quien se le rindió este servicio? ¿No es Dios quien ha difundido la historia de su acción por todos los rincones de la tierra? ¿Está dentro del alcance del poder humano predecir tales cosas? ¿Quién en su sano juicio podría decir eso? Nos maravillamos y nos asombramos cuando Cristo predice lo que él mismo hará. Pero cuando predice lo que otros harán y luego hace que estas acciones de otros sean claras para todo el mundo y dignas de la fe de todo hombre, es aún más asombroso y maravilloso.

De nuevo le dijo a Pedro: «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Ustedes, judíos, díganme cómo pueden atacar esta predicción suya. ¿Cómo pueden demostrar que esta profecía es falsa? El testimonio de los hechos no lo permitirá, aunque seas obstinado y lo disputes diez mil veces. ¿Cuántas conflagraciones de guerra se han encendido contra la Iglesia? Muchos ejércitos se alzaron en batalla, se emplearon numerosas armas, se idearon toda clase de castigos y torturas. Hubo sartenes, potros de tortura, calderos, hornos, cisternas, acantilados, colmillos de bestias salvajes, mares, confiscaciones y otros diez mil métodos de tortura, innumerables e insoportables.

Y estas tácticas no solo fueron utilizadas por extranjeros, sino también por nuestros propios compatriotas. De hecho, una especie de guerra civil lo tenía todo bajo su control; incluso más encarnizada que una guerra civil entre aliados. No solo luchaban ciudadanos contra ciudadanos, sino parientes contra parientes, miembros de una misma familia entre sí; amigos contra amigos. Sin embargo, nada de esto destruyó a la Iglesia ni la debilitó. Ciertamente, lo asombroso e inesperado es que todos estos ataques se lanzaron contra la Iglesia cuando apenas comenzaba. Si estas terribles persecuciones se hubieran desatado contra ella después de

que se hubiera arraigado y después de que el mensaje del Evangelio se hubiera extendido por todo el mundo, no sería tan extraño que la Iglesia hubiera resistido estos ataques.

Pero fue al comienzo de su misión de enseñanza, cuando la semilla de la fe apenas se había sembrado y la comprensión de quienes oían la palabra aún era algo débil, que estallaron estas guerras violentas con toda su furia. El hecho de que no debilitaran nuestra posición, sino que incluso nos hicieran prosperar aún más, es el milagro que supera a todos los milagros. Podrías decir que la Iglesia ahora se mantiene firme gracias a la paz que le concedieron los emperadores. Para evitar que digas esto, Dios permitió que la Iglesia fuera atacada y perseguida en un momento en que era más pequeña y parecía más débil. Dios quería que aprendieras que la seguridad de la que goza la Iglesia hoy no proviene de la paz concedida por los emperadores, sino del poder de Dios. Para ayudarte a ver la verdad de esto, considera cuántos hombres deseaban introducir sus enseñanzas entre los griegos y establecer una nueva comunidad y forma de vida. Piensa en tales hombres como Zenón, Platón, Sócrates, Diágoras, Pitágoras y muchísimos otros. Sin embargo, estuvieron tan lejos del éxito que muchos ni siquiera los conocen por su nombre.

Pero Cristo no solo escribió una constitución, sino que también trajo una nueva forma de vida al mundo entero. ¿Cuántos milagros se dice que realizó Apolonio de Tiana? Pero todas sus obras fueron un fraude, una vana ostentación, carentes de verdad. Y esto se puede comprobar al ver que, en un instante, se desvanecieron.

Que nadie considere una ofensa a Cristo que, al hablar de él, haya mencionado a Pitágoras, Platón, Zenón y al hombre de Tiana. No lo hago por voluntad propia, sino por consideración a la debilidad de los judíos, que ven en Cristo a un simple hombre. Esto fue lo que hizo Pablo al llegar a Atenas. Al entrar en la ciudad, tomó el tema de su exhortación no de los profetas ni de los evangelios, sino del altar de los atenienses dedicado al Dios desconocido. No consideró que su altar mereciera más fe que los evangelios, ni que la inscripción en él fuera más digna de honor

que los profetas. Pero se dirigía a griegos paganos, que no creían en ninguno de nuestros libros sagrados, y por eso utilizó argumentos de sus propias creencias para convencerlos.

Hizo lo mismo en Corinto cuando dijo: «Para los judíos me he convertido en judío, para los que están fuera de la Ley, como si estuviera fuera de la Ley (aunque no estoy fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo). El Antiguo Testamento también hace esto al hablarles a los judíos acerca de Dios. Dice: “¿Quién como tú entre los dioses, oh Señor?”. ¿Qué quieres decir, Moisés? ¿Acaso existe alguna comparación entre el Dios verdadero y los dioses falsos? Moisés respondería: “No dije esto para hacer una comparación; sino que, como hablaba con los judíos, que tenían una opinión muy elevada de los demonios, me condescendía con su debilidad y les presenté la lección de esta manera”.

Permítanme decir también que, puesto que mi discusión es con los judíos, quienes consideran a Cristo un simple hombre que violó su Ley, lo comparé con aquellos a quienes los griegos paganos admiran. Si desean que haga una comparación con hombres de entre los propios judíos, hombres que intentaron hacer lo que Cristo hizo, hombres que reunieron discípulos y fueron proclamados líderes y jefes, pero que fueron inmediatamente olvidados, permítanme intentar demostrarlo de esta manera. Sin duda, esto fue lo que Gamaliel hizo para callarles la boca. Cuando vio al Sanedrín enfurecido y ansioso por derramar la sangre de los discípulos, quiso poner fin a su ira incontrolable. Así que ordenó que los apóstoles fueran sacados afuera por un momento y luego les dijo esto a los judíos.

«Tengan cuidado con lo que van a hacer con estos hombres. Hace algún tiempo se levantó Teudas, que se creía alguien importante, y cuatrocientos hombres lo siguieron; pero él pereció y todos sus seguidores se dispersaron. Después de él se levantó Judas el Galileo, que atrajo a una gran multitud; él también murió y sus discípulos perecieron. Así que ahora les digo: Tengan cuidado, porque si esta obra es de hombres, será destruida; pero si es de Dios, no podrán destruirla. De lo contrario, tal vez se encuentren

luchando incluso contra Dios». ¿Dónde está, entonces, la prueba de que si esta es obra de hombres, perecerá?

Teníais pruebas de ello —dijo Gamaliel—, en los casos de Judas y Teudas. Así pues, si aquel a quien los apóstoles proclaman líder como Judas y Teudas, si Ire no actúa por el poder de Dios, esperad un poco, y el desenlace confirmará lo que decís. Sabréis, por cómo se desarrollen los acontecimientos, si es un engañador, como decís, que viola la Ley, o el Dios que gobierna todas las cosas y, con poder inefable, ordena y dispone nuestros asuntos. Y así fue. Esperaron. El desenlace mismo demostró que su poder era divino e invencible. Aquella artimaña que había engañado a tantos hombres se volvió en contra del propio diablo.

Cuando Satanás vio que Cristo había venido, quiso encubrir la realidad de su venida y ocultar el verdadero propósito de su Encarnación. Así que trajo a escena a los villanos que mencionamos, para que Cristo fuera considerado uno de ellos. Y lo hizo también en la cruz, cuando hizo crucificar a dos ladrones con Cristo; hizo lo mismo en el caso de la venida de Cristo, cuando se esforzó por ocultar la verdad poniéndola junto a la mentira. Pero fracasó en ambos casos, y su mismo esfuerzo proporcionó la prueba más contundente del poder de Cristo. Díganme esto: si tres hombres fueron crucificados en el mismo lugar, al mismo tiempo, por los mismos jueces, ¿cómo es posible que los dos ladrones hayan permanecido ocultos en silencio, mientras que solo Él es adorado? Además, si muchos hombres instauraron nuevos gobiernos, consiguieron seguidores, y hoy ni siquiera se conocen sus nombres, ¿cómo es que Cristo recibe culto divino en todo el mundo? La comparación aclara especialmente los hechos. Ustedes, judíos, hagan esta comparación y aprendan cómo ha prevalecido la verdad. ¿Qué embaucador ha conseguido tantas iglesias por todo el mundo? ¿Qué canalla ha extendido su culto hasta los confines de la tierra? ¿Qué impostor tiene a todos postrados ante él, y esto a pesar de superar miles de obstáculos? Nadie. Por lo tanto, es evidente que Cristo no fue un embaucador: nos ha salvado, nos bendice, nos cuida y protege nuestras vidas.

Permítanme añadir una predicción más antes de volver al tema sobre el que me propuse hablar. Cristo dijo: «No he venido a traer paz a la tierra, sino espada». Sin embargo, no habló de lo que él mismo desearía, sino que predijo el fin al que llegarían las cosas. Continuó diciendo: «Porque he venido a poner en enemistad al hombre con su padre, a la nuera con su suegra y a la hija con su madre». Díganme esto. ¿Cómo predijo esto si era un simple hombre y uno más de la multitud? Porque esto es lo que quiso decir. A veces sucedía que en una misma casa una persona creía y otra no; entonces el padre quería que su hijo negara su fe. Por eso Cristo predijo precisamente esto. Lo que decía era: «El poder del evangelio será tan grande que los hijos despreciarán a sus padres, las hijas a sus madres y los padres a sus hijos. Porque preferirán no solo despreciar a los de su propia casa, sino incluso dar la vida, soportar y sufrir todas las cosas antes que negar su religión».

¿Cómo pudo saberlo si era simplemente un hombre más entre la multitud? ¿Cómo llegó a la conclusión de que los hijos le rendirían mayor veneración que a sus padres, que los padres lo querrían más que a sus propios hijos, que las esposas lo amarían con más fervor que a sus maridos? ¿Y cómo supo que esto sucedería no solo en un hogar, ni en dos, ni en tres, ni en diez, ni en veinte, ni en cien, sino en cada rincón del mundo, en cada ciudad y país, en tierra y en mar, en lugares poblados y en aquellos con pocas o ninguna vivienda?

Nadie puede decir que predijo esto y luego no cumplió su predicción. Ciertamente, no solo sucedió al principio, sino que aún hoy, que, a causa de su religión, muchos son odiados y expulsados de sus hogares. Sin embargo, no le prestan atención; el hecho de sufrirlo por causa de Cristo les basta como consuelo. Díganme: ¿Qué ser humano ha tenido jamás el poder de hacer esto? Sin embargo, este hombre hizo todas estas predicciones sobre esa mujer, sobre la Iglesia y sobre las guerras que se librarían contra ella. También predijo que el templo sería destruido, que Jerusalén sería conquistada y que la ciudad ya no sería la ciudad de los judíos como lo había sido en el pasado. Si se equivocó y los engañó en todas esas otras predicciones, y no se cumplieron, entonces rechacen creer lo que predijo sobre Jerusalén y el templo.

Pero ves que esas otras predicciones se cumplen gloriosamente y su verdad se fortalece con cada día que pasa. Las puertas del infierno no prevalecieron contra la Iglesia, después de tantos años la historia de lo que hizo esa mujer todavía se cuenta en todo el mundo, y los hombres que creyeron en él le rindieron mayor veneración que a sus propios padres, esposas e hijos. Si esto es cierto, dime, ¿por qué rechazas esta predicción sobre el templo, especialmente cuando el testimonio del tiempo silencia tus palabras desvergonzadas? Supongamos que hubieran pasado apenas diez, veinte, treinta o cincuenta años desde la toma de Jerusalén.

Aun así, no tendrías derecho alguno a mostrar tu insolencia rechazando su predicción, pero si quisieras ser obstinado, quizás te quedaría algún pretexto para protestar. Sin embargo, no solo han pasado cincuenta años, sino muchos más de uno, dos o tres siglos desde la conquista de Jerusalén. Y jamás se ha visto ni rastro del cambio que esperas. ¿Por qué, entonces, eres tan imprudente e insensato como para mantener tus descaradas objeciones?

Hemos dicho lo suficiente para demostrar que el templo jamás será reconstruido. Pero dado que abundan las pruebas que respaldan esta verdad, pasaré de los evangelios a los profetas, pues los judíos depositaron su fe en ellos por encima de todo lo demás. Y a partir de las palabras de los profetas dejaré claro que los judíos no recuperarán ni su ciudad ni su templo en el futuro.

Y sin embargo, no era mi obligación probar que el templo no será restaurado. Esta no era mi obligación; los judíos tienen la obligación de probar lo contrario, a saber, que el templo será reconstruido. Durante los años transcurridos, permanezcan a mi lado en la lucha y den testimonio de la verdad de mis palabras. Aunque el resultado de los acontecimientos los derrote, aunque no puedan probar con hechos lo que afirman con palabras, aunque simplemente estén haciendo una jactancia temeraria, tienen derecho a presentar su testimonio. La prueba de mi postura es que los hechos de los que hablo ocurrieron realmente: Jerusalén cayó y no ha sido restaurada después de tantos años. Su postura se basa en

palabras sin fundamento. Sin embargo, recaía sobre ellos la carga de la prueba para demostrar que la ciudad resurgiría.

Este es el procedimiento para presentar pruebas en los tribunales. Supongamos que dos personas están en disputa sobre algún asunto y la primera parte presenta su posición por escrito, mientras que la segunda ataca su declaración. La segunda parte debe entonces presentar testigos u otras pruebas para refutar lo dicho en la declaración escrita; pero el demandante no necesita hacerlo. Esto es lo que los judíos deben hacer ahora. Deben presentar un profeta que diga que Jerusalén será reconstruida sin duda alguna. Porque si iba a haber un fin al cautiverio actual para ustedes, los judíos, era absolutamente necesario que los profetas lo predijeran, como es evidente para cualquiera que haya echado un vistazo a los libros proféticos. Porque era costumbre antigua entre los judíos que, bajo inspiración divina, sus profetas predijeran las cosas buenas o malas que les sucederían al pueblo. ¿Cuál era la razón de esto? Era porque los judíos eran muy arrogantes y obstinados. Enseguida olvidaron lo que Dios había hecho por ellos, atribuyeron su bondad a los demonios y creyeron que sus bendiciones provenían de ellos.

Incluso cuando el mar se dividió para ellos, al salir de Egipto, y mientras les sucedían otras cosas maravillosas, se olvidaron del Dios que realizaba estos milagros y se los atribuyeron a otros que no eran dioses. Porque le dijeron a Aarón: «Haznos dioses que sean nuestros líderes». Y le dijeron a Jeremías: «No escucharemos lo que dices en nombre del Señor. Más bien, continuaremos haciendo lo que habíamos propuesto: quemaremos incienso a la reina del cielo y derramaremos libaciones a ella, como lo hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y príncipes. Entonces tuvimos suficiente comida para comer y nos fue bien; no sufrimos ninguna desgracia.

Pero desde que dejamos de quemar incienso a la reina del cielo y de ofrecerle libaciones, nos falta de todo y somos destruidos por la espada y el hambre. Los profetas inspirados, entonces, predijeron lo que les sucedería a los judíos para que no atribuyeran ninguno

de los acontecimientos a los ídolos, sino que creyeran que tanto los castigos como las bendiciones siempre provienen de Dios: el castigo por sus pecados, y las bendiciones por el amor y la bondad de Dios. Para que comprendan el significado de esta profecía, escuchen lo que Isaías, el más elocuente de los profetas, dijo al pueblo judío. «Sé que eres terco y que tu cuello es como un tendón de hierro» (es decir, inflexible), «y tu frente de bronce» (es decir, incapaz de sonrojarse). Nosotros también solemos llamar «rostro de bronce» a quienes no pueden sonrojarse. E Isaías continuó diciendo: «Predije lo que te sucedería antes de que ocurriera y te lo hice saber». Luego añadió la razón de la profecía cuando dijo: «Para que nunca digas: “Mis ídolos lo hicieron, mis estatuas e imágenes de metal fundido lo ordenaron”».

En otra ocasión, algunos judíos pendencieros y jactanciosos, incluso después de que se cumplieran las profecías, actuaban con tanta insolencia como si nunca las hubieran escuchado. Entonces, los profetas no solo predijeron lo que sucedería, sino que incluso tuvieron testigos de sus acciones. Fue Isaías quien dijo: «Hacedme testigos fidedignos: Urías el sacerdote y Zacarías, hijo de Jeberequías». Y esto no fue todo lo que hizo Isaías. Puso su profecía por escrito en un libro nuevo para que, después de que se cumpliera, lo que había escrito sirviera de testimonio contra los judíos de lo que el profeta inspirado les había predicho mucho tiempo atrás. Es astuto que no se limitara a escribirla en un libro cualquiera, sino en uno nuevo, un libro capaz de mantenerse firme durante mucho tiempo sin desmoronarse fácilmente, un libro que pudiera perdurar hasta que se cumplieran los acontecimientos descritos en él. Demostraré que esto es cierto y que Dios predijo todo lo que les iba a suceder a los judíos.

Lo haré no solo basándome en lo que dijo Isaías, sino en todo lo que les sucedió, tanto lo bueno como lo malo. En efecto, los judíos sufrieron tres veces la esclavitud, muy dura y severa; pero ninguna de ellas les llegó de forma inesperada. Dios se aseguró de que cada cautiverio fuera profetizado. Predijo cuidadosamente el lugar, la duración, el tipo y la forma de su desgracia, el regreso de la esclavitud y todo lo demás. Primero, hablaré de la predicción de su

esclavitud en Egipto. Ciertamente, al hablar con Abraham, Dios dijo: «Ten por seguro que tu descendencia será extranjera en una tierra que no es suya; serán sometidos a la esclavitud y oprimidos durante cuatrocientos años. Pero yo juzgaré a la nación a la que servirán —dijo Dios—. Y en la cuarta generación volverán aquí con grandes posesiones». ¿Ves cómo mencionó el número de años? Cuatrocientos. ¿Y la naturaleza de su esclavitud? No dijo simplemente: «Serán sometidos a la esclavitud», sino: «Serán oprimidos».

Escucha la explicación de Moisés sobre su desgracia. Dijo: «No se les da paja a tus siervos, y aún se nos ordena hacer ladrillos». Y cada día eran azotados para que aprendieras el significado de las palabras: «Serán sometidos a la esclavitud y serán oprimidos». Cuando dijo: «Yo juzgaré a la nación a la que servirán», se refería al ahogamiento de los egipcios en el Mar Rojo, que Moisés describió en su cántico cuando dijo: «Caballo y carro ha arrojado al mar». Luego también mencionó la manera de su regreso cuando dijo que volverían aquí con grandes posesiones: «Cada uno de ustedes tome de su vecino y compañero vasijas de oro y plata». Dado que habían sido sometidos a la esclavitud durante mucho tiempo y no habían recibido paga, Dios les permitió hacer esta demanda a los egipcios, aunque sus amos no estuvieran dispuestos a pagar.

Y el profeta exclamó y dijo: «Y los sacó cargados de plata y oro, sin que hubiera entre ellos un débil entre sus tribus." Así pues, aquí tenemos una esclavitud que fue predicha con precisión. Ahora bien, centrémonos en el segundo cautiverio. ¿Cuál es? La esclavitud en Babilonia. Jeremías ciertamente la predijo con exactitud cuando dijo: «Así dice el Señor: Solo después de setenta años transcurridos para Babilonia, los visitaré y cumpliré mi promesa de traerlos de regreso a este lugar. Cambiaré su esclavitud; los reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde los he desterrado, dice el Señor, y los traeré de regreso al lugar del que los he exiliado».

¿Ves cómo aquí volvió a hablar de la ciudad, del número de años y de los lugares desde y hacia donde los iba a guiar? Esto explica

por qué Daniel no oró por los judíos hasta que vio que habían transcurrido setenta años. ¿Quién lo dice? Fue el mismo Daniel, cuando dijo: «Yo, Daniel, me ocupaba de los asuntos del rey. Pero me horrorizó la visión, y no había nadie que la entendiera». «Y comprendí en las Escrituras el conteo de los años del que el Señor habló al profeta Jeremías: que para las ruinas de Jerusalén debían cumplirse setenta años. Me volví al Señor Dios, buscando orar y suplicarle con ayuno, cilicio y ceniza».

¿Escuchaste cómo se predijo esta esclavitud y cómo el profeta no se atrevió a llevar su oración y súplica a Dios antes del tiempo señalado? Temía que su oración fuera precipitada y en vano. Tenía miedo de escuchar lo que Jeremías había escuchado: "No ores por este su pueblo, ni me pidas nada a cambio de él, no los oiré porque no escucharé tu voz." Pero cuando vio que la sentencia pronunciada contra ellos se había cumplido y que el tiempo los llamaba a regresar, oró por ellos. Y no solo oró, sino que hizo su súplica con ayuno, cilicio y ceniza. El profeta actuó ante Dios en una práctica bastante común entre los hombres. Cuando vemos que un amo ha encarcelado a sus esclavos por muchos delitos graves, no intercedemos por ellos de inmediato, ni al principio, ni al comienzo de su castigo. Dejamos que cumplan su condena unos días; luego acudimos al amo con nuestra petición y el tiempo juega a nuestro favor.

Esto es exactamente lo que hizo el profeta. Aunque el castigo que los judíos pagaron no fue tan severo como merecían sus pecados, aun así lo pagaron. Y solo entonces el profeta acudió a Dios para interceder por ellos. Si quieren oírlo, escuchemos la oración que hizo por ellos. Dijo: «Confesé y dije: “Señor, Dios grande y temible, tú que guardas tu pacto y tu misericordia para con los que te aman y guardan tus mandamientos”. ¿Qué haces, Daniel? Cuando intercedes por los que han pecado y se han peleado con Dios, ¿te refieres a los hombres que guardan las leyes de Dios?

¿Acaso merecen perdón quienes transgreden sus mandamientos? ¿Qué dijo Daniel? «No hago esta oración por ellos, sino por sus antepasados, por Abraham, Isaac y Jacob. La promesa

y el compromiso se hicieron a quienes guardaban los mandamientos de Dios. Estos hombres, pues, no tienen derecho a la salvación; por eso menciono a sus antepasados». Daniel no se refería a los judíos esclavizados cuando dijo: «Tú que guardas tu pacto y tu misericordia para con los que te aman y observan tus mandamientos». Por eso añadió inmediatamente: «Hemos pecado, hemos actuado impíamente, hemos hecho el mal y nos hemos apartado de tus mandamientos y tus leyes. No hemos obedecido a tus siervos los profetas». Porque hay una defensa que les queda a los pecadores después de haber pecado: confesar sus pecados.

Consideren ahora la virtud del hombre justo y la arrogancia de los judíos. Quien no es consciente de ningún mal en sí mismo, se juzga a sí mismo con suma severidad cuando dice: «Hemos pecado, actuado sin ley, hecho el mal». Pero aquellos que estaban colmados de diez mil males hicieron todo lo contrario cuando dijeron: «Hemos guardado tus mandamientos; y ahora llamamos bienaventurados a los extranjeros y exaltamos a los malhechores». Los justos suelen actuar con modestia después de haber obrado con justicia; los malvados generalmente se exaltan después de haber pecado. El hombre que no era consciente de ninguna maldad en sí mismo dijo: «Hemos actuado sin ley, nos hemos apartado de tus leyes»; aquellos que son conscientes de la carga de diez mil pecados dicen: «Hemos guardado tus mandamientos».

Les digo esto para que evitemos al pecador e imitemos al justo. Después de enumerar sus actos impíos, el profeta habló del castigo que recibieron, pues quería usar esto para ganar la compasión de Dios. Dijo: «Y nos cayó sobre nosotros la maldición registrada en la ley de Moisés, siervo de Dios, por haber pecado». ¿Cuál es esa maldición? ¿Quieren que la leamos? «Si no sirven al Señor su Dios, haré surgir contra ustedes una nación desvergonzada, una nación cuya lengua no entenderán, y serán pocos en número». Los tres jóvenes de Babilonia también dejaron claro este mismo punto al demostrar que el castigo que les sobrevino se debía a sus actos. Confesaron a Dios los pecados de todos los judíos al decir: «Nos has entregado a nuestros enemigos, rebeldes impíos y odiosos; a un

rey injusto; el peor de todo el mundo. ¿Ven cómo Dios cumplió la maldición que decía: “Serán pocos en número”?

¿Y aquel que dijo: «Yo haré salir contra vosotros una nación desvergonzada»? Esto es precisamente a lo que Daniel se refería cuando dijo: «Nos sobrevinieron males como nunca antes había ocurrido bajo el cielo, según lo que sucedió en Israel». ¿Cuáles fueron estos males? Madres que se comieron a sus propios hijos. Moisés predijo esto, pero Jeremías muestra que se cumplió. Porque Moisés dijo: «La mujer refinada y delicada, tan delicada y refinada de tal manera que no se atrevería a poner su pie en el escalón, pondría su mano en la mesa impía y comería a sus propios hijos. Pero Jeremías muestra que esto se cumplió cuando dijo: «Las manos de las mujeres compasivas hirvieron a sus propios hijos». Pero incluso después de haber hablado de las debilidades de los que habían pecado y después de haber revelado el castigo que sufrieron, no pidió que esto los salvara. Vean, pues, la prudencia del siervo.

Porque después de haberles dejado claro que aún no habían pagado el castigo que merecían sus pecados, ni sus sufrimientos habían saldado la deuda por sus ofensas, entonces se encomendó a la misericordia de Dios y a la bondad amorosa de su camino y dijo: «Y ahora, oh Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto, y te hiciste un nombre hasta el día de hoy, hemos pecado y actuado contra tu ley». Lo que está diciendo es: «No salvaste a los judíos de antaño por sus buenas obras, sino porque viste su aflicción y angustia, porque oíste su clamor.

De la misma manera, líbranos de nuestros males presentes por tu amorosa bondad y solo por eso. No tenemos otra razón para la salvación. Así habló y, después de muchos lamentos, trajo la ciudad de Jerusalén, como una mujer cautiva, y dijo: «Haz resplandecer tu rostro sobre tu santuario. Escucha, oh Dios mío, y oye; abre tus ojos y mira nuestras ruinas y las ruinas de tu ciudad, en la cual se invoca tu nombre». Porque cuando miró entre los hombres y no vio a nadie que pudiera hacer propicio a Dios, se volvió hacia los edificios y trajo la ciudad. Mostró su desolación y, después de

terminar su discurso sobre estas cosas, hizo propicio a Dios. Y esto quedó claro por los acontecimientos que siguieron. Pero volvamos a lo que estaba diciendo. Porque debo volver al tema que propuse. Sin embargo, tenía una buena razón para introducir estas digresiones: esperé para darles a sus mentes un breve respiro, ya que se estaban cansando de los constantes conflictos con los judíos. Pero permítanme volver al punto donde me aparté de mi tema para hablar de estos asuntos. Permítanme demostrar que los males que iban a sobrevenir a los judíos habían sido predichos con exactitud por la inspiración divina.

Mi discurso ya ha demostrado que esos dos cautiverios no les sobrevinieron a los judíos por casualidad ni inesperadamente. Ahora me queda mencionar el tercer cautiverio. Después de hacerlo, debo hablar de la esclavitud que ahora los envuelve; debo dar pruebas claras de que ningún profeta predijo jamás que habría libertad o escape de los males que ahora los rodean. ¿Qué es, pues, este tercer cautiverio? Es la esclavitud que les sobrevino en tiempos de Antíoco Epífanes. Después de que Alejandro, rey de los macedonios, conquistara al rey persa Darío, se apoderó del reino.

Tras la muerte de Alejandro, cuatro reyes le sucedieron en el trono. Antíoco era hijo de uno de sus sucesores. Muchos años después, Antíoco incendió el templo, devastó el lugar santísimo, abolió los sacrificios, sometió a los judíos y destruyó su reino. Daniel predijo todo esto con suma precisión, hasta el día exacto. Predijo cuándo, cómo, quién lo haría, de qué manera, cuál sería su fin y qué cambios traería consigo. Lo comprenderás mejor después de escuchar la visión que el profeta presentó en forma de parábola. El carnero es Darío, el rey persa; el macho cabrío es el rey griego, Alejandro Magno; los cuatro cuernos son los sucesores de Alejandro; el último cuerno es el propio Antíoco. Pero será mejor que escuches la visión completa.

Daniel dijo: "Porque vi en una visión que estaba junto al río Ubal." (Al lugar que menciona lo llama por un nombre persa). "Y alcé la vista y vi junto al Ubal un carnero con los cuernos en alto; y un cuerno era más alto que el otro, y el más alto llegaba hasta las

alturas. Y vi el carnero embestía hacia el mar, al norte y al sur. Ninguna bestia se le resistía, ni había quien la rescatare de sus garras; hacía lo que le placía y se volvió muy poderoso. Y mientras estaba sentado, lo comprendí». Hablaba del poder y el dominio persa que invadió toda la tierra. Luego habló de Alejandro de Macedonia y dijo: «He aquí, un macho cabrío vino del suroeste, cruzó toda la tierra sin tocar el suelo. Y el macho cabrío tenía un cuerno que se veía a medio camino entre sus ojos». Después habló del encuentro de Alejandro con Darío y la victoria obtenida por el poderío macedonio. «El macho cabrío se acercó al carnero con cuernos, se volvió salvaje, lo embistió —debo abreviar el relato—, le rompió ambos cuernos y no hubo quien lo rescatare de su poder». Después, Daniel habló de la muerte de Alejandro y de los cuatro reyes que lo sucedieron: «Y en la cúspide de su poder, el gran cuerno se hizo añicos, y en su lugar surgieron otros cuatro, orientados hacia los cuatro vientos del cielo».

Daniel pasó entonces de este punto al reinado de Antíoco y mostró que provenía de uno de esos cuatro cuando dijo: «De uno de ellos salió un cuerno fuerte, y se hizo muy poderoso hacia el sur y el este». Daniel continuó mostrando que Antíoco destruyó la comunidad judía y su modo de vida cuando dijo: «Y por medio de él el sacrificio fue desordenado por la transgresión; y sucedió que prosperó. Y el lugar santo será devastado y el pecado reemplazó el sacrificio. Después de que el altar fue destruido y los lugares santos pisoteados, erigió un ídolo dentro y ofreció sacrificios ilícitos a los demonios; la justicia fue arrojada por tierra. Hizo esto y prosperó».

Luego, por segunda vez, habló del mismo reinado de Antíoco Epífanés, la esclavitud, la captura y la desolación del templo; esta vez, sin embargo, dio la fecha de estos eventos. Nuevamente comenzó, hacia el final del libro, con el imperio de Alejandro y describió todo lo que ocurrió entretanto los logros de los seléucidas y los ptolemas en sus guerras entre sí, las hazañas de sus generales, las estrategias, las victorias, los ejércitos, las batallas libradas en tierra y mar. Cuando llegó a Antíoco, terminó diciendo: "Sus fuerzas armadas se alzarán, profanarán el santuario y eliminarán la

continuidad" (y por continuidad se refería a los sacrificios diarios ininterrumpidos) "y en su lugar pondrán una abominación.

«Por la traición sacarán a los que violan el pacto» (es decir, a los transgresores entre los judíos, a quienes apartarán y retendrán); «pero el pueblo que conoce a su Dios actuará con firmeza» (se refiere a los acontecimientos en tiempos de los Macabeos: Judas, Simón y Juan). «Y los sabios del pueblo tendrán entendimiento de muchas cosas, pero caerán a espada y por fuego» (aquí describe de nuevo la quema de Jerusalén), «y por el exilio y los días de saqueo. Y cuando caigan, recibirán un poco de ayuda» (quiere decir que, en medio de esos males, podrán respirar hondo y levantarse de las terribles cosas que los han sobrevenido), «pero muchos se unirán a ellos por traición. ¿Y caerán del número de los sabios?

Dijo esto para mostrar que incluso muchos de los que se mantuvieron firmes caerán. Luego, Daniel explicó por qué Dios les permitió participar en tales pruebas. ¿Cuál es la razón? «Para purificarlos, para escogérselos y para emblanquecerlos hasta el tiempo del fin». Por eso, dijo Daniel, Dios permitió estos males, para limpiarlos y mostrar quiénes entre ellos eran genuinos y aprobados. Al hablar del poder y la grandeza del mismo rey, dijo: «Hará lo que le plazca, se enaltecerá y llegará a ser muy poderoso». Al referirse al espíritu blasfemo del rey, continuó diciendo: «Proferirá pensamientos arrogantes contra el Dios de los dioses; prosperará hasta que se cumpla la ira».

Daniel estaba aquí dejando claro que no fue por voluntad propia de Antíoco, sino por la ira de Dios contra los judíos que él fue tan victorioso. (7) Después de que Daniel dijera en muchos otros pasajes qué males traería el rey sobre Egipto y Palestina, cómo regresaría, a petición de quién y bajo qué presión de qué causa, el profeta luego relató un cambio de fortuna y dijo que, después de soportar algunos de estos males, los judíos encontrarían ayuda de un ángel enviado para socorrerlos como: «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe, guardián de los hijos de tu pueblo. Será un tiempo de angustia sin parangón desde que las naciones comenzaron sobre la tierra hasta entonces. En aquel

tiempo tu pueblo escapará, todos los que se hallen inscritos en el libro». Con esto se refería a aquellos que merecían ser salvados. Pero aún no he dado una prueba para la pregunta que estoy investigando. ¿Cuál es esa pregunta?

Dios estableció un límite de tiempo para quienes participaban en estas pruebas, así como estableció un límite de cuatrocientos años para el exilio en Egipto y setenta años para la esclavitud en Babilonia. Veamos, entonces, si estableció algún límite de tiempo para esta tercera esclavitud. ¿Dónde podemos encontrar la respuesta? En lo que Daniel dijo en los versículos que siguen a los que he mencionado. Habiendo oído hablar de los muchos males que les sobrevendrían a los judíos: el incendio de Jerusalén, la ruina de su reino, la esclavitud de su pueblo, quiso saber cuál sería el fin de estas pruebas y si habría algún cambio en su desastrosa situación.

Entonces le preguntó al ángel que se le había aparecido y le dijo: «Señor, ¿cuál será el resultado de esto?... Ven aquí, Daniel», le dijo, «porque estas palabras deben mantenerse en secreto y selladas» (indicando la oscuridad de las palabras) «hasta el tiempo del fin». Luego el ángel mencionó la razón por la cual Dios consentía estos males: «Mientras muchos sean escogidos, blanqueados y purificados, mientras los impíos actúen impiamente, mientras todos los impíos no entiendan y los santos sí entiendan». A continuación, sin predecir la duración de estos males perdurarían, dijo el ángel de Daniel: "Desde el momento en que cambie la continuidad".

El sacrificio diario se llamaba continuidad, porque lo continuo es frecuente e incesante. Y entre los judíos era costumbre ofrecer sacrificios a Dios al atardecer y al amanecer cada día; por eso llamaban a ese sacrificio diario continuidad. Pero cuando llegó Antíoco, abolió por completo esta práctica. Eso es lo que quiso decir el ángel cuando dijo: «Desde el momento en que se cambió la continuidad» (es decir, desde que se abolió el sacrificio) «habrá mil dos ciento noventa días", es decir, tres años y medio y un poco más. Luego, para mostrar que habría un fin y liberación de estas

aflicciones, el ángel continuó diciendo: «Bienaventurado el hombre que se mantiene firme y alcanza mil trescientos treinta y cinco días», añadiendo cuarenta y cinco días a los mil doscientos noventa. Hizo esto porque sucedió que el conflicto duró un mes y medio y en ese tiempo la victoria se completó, al igual que la liberación de los judíos de los males que los afligían.

Y cuando dijo: «Bienaventurado el hombre que se mantiene firme durante mil trescientos treinta y cinco días», reveló su liberación. No dijo simplemente «el hombre que alcanza», sino «el hombre que se mantiene firme y alcanza». La razón de esto es que muchos de los impíos vieron el cambio, pero él no los llama dichosos; llama bienaventurados solo a aquellos que dieron testimonio durante el tiempo de tribulación, que no abandonaron su religión y que luego hallaron alivio a sus males. Por eso no dijo simplemente: «el hombre que alcanza», sino «el hombre que se mantiene firme y alcanza». ¿Qué podría ser más claro? ¿Ven con qué precisión el profeta predijo su cautiverio y liberación de la esclavitud?

Él no dio el tiempo en términos de años o meses, sino al día exacto. Para que sepan que mis palabras no se basan en meras conjeturas, vengan, traigamos otro testigo de lo que he dicho, un testigo en quien los judíos confían plenamente: Josefo, quien convirtió sus desastres en tema de historia trágica y parafraseó todo el Antiguo Testamento. Nació después de la venida de Cristo y, al hablar del cautiverio predicho por Cristo, también abordó este cautiverio y expuso la visión de Daniel sobre el carnero, el macho cabrío, los cuatro cuernos y el último cuerno que surgió después de los demás.

No quiero que nadie sospeche de lo que he dicho; ven, pues, y comparemos sus palabras con las mías. Josefo alabó a Daniel y mostró una admiración sumamente alta por él, colocándolo por encima de todos los demás profetas. Cuando llegó al relato de la visión de Daniel, dijo lo siguiente: Daniel nos dejó un libro en el que dejó clara la exactitud y fidelidad a la verdad de su profecía. Porque nos dice que después de que él y algunos compañeros

partieron hacia una llanura en Susa, la metrópolis de Persia, de repente la tierra tembló y se sacudió violentamente. Sus amigos huyeron y él se quedó solo. Cayó de bruces y quedó inmóvil en el lugar, apoyado en ambas manos. Entonces alguien lo tocó y al mismo tiempo le ordenó que se levantara y viera lo que sucedería con su pueblo después de muchas generaciones.

Entonces Daniel se levantó y vio un gran carnero con muchos cuernos que le salían de la cabeza, pero el último era el más alto. Luego miró hacia el oeste y vio un macho cabrío que volaba por los aires. El macho cabrío se abalanzó sobre el carnero, lo golpeó dos veces con sus cuernos, lo derribó al suelo y lo pisoteó. Después vio que el macho cabrío crecía y le salía un cuerno enorme de la frente. Este cuerno se rompió, pero otros cuatro crecieron y se dirigieron hacia los cuatro vientos. Como contó Josefo, Daniel vio un cuerno más pequeño que surgía de estos y se hacía fuerte. Dios, quien le mostró la visión a Daniel, ¿le estaba diciendo que la guerra caería sobre su nación, que Jerusalén sería tomada por la tormenta, el saqueo del templo, la interrupción y la reducción de los sacrificios, y todo esto duraría mil doscientos noventa días? Daniel escribió que había visto estos acontecimientos en la llanura de Susa; también dejó claro que Dios le explicó lo que había visto en la visión.

Dios dijo que el carnero simbolizaba el imperio de los persas y los medos, y los cuernos, a quienes ostentarían el poder real. Añadió que el último cuerno significaba que vendría un rey que superaría a los demás en riqueza y gloria. Luego, Dios explicó que la cabra sería un gobernante de entre los griegos que se enfrentaría dos veces al rey persa, lo derrotaría en batalla y se apoderaría de todo su imperio. El primer cuerno grande en la frente de la cabra simbolizaba al primer rey. Después de que este se cayera, el crecimiento de los cuatro cuernos y la orientación de cada uno de ellos hacia las cuatro regiones de la tierra era una señal de que, tras la muerte del primer rey, que no tenía hijos ni familia, sus sucesores se repartirían el imperio y gobernarían el mundo durante muchos años. (9) Y de estos sucesores, continuó la explicación, surgiría un rey que haría la guerra contra las leyes judías, les arrebataría su

forma de gobierno, saquearía su templo e impediría que se ofrecieran sus sacrificios durante tres años. Y sucedió que la nación de nuestros padres sufrió estos padecimientos bajo el reinado de Antíoco Epífanés, tal como Daniel lo había previsto muchos años antes y había escrito que ocurriría. ¿Qué podría ser más claro que esto?

Ahora es el momento, a menos que pienses que te estoy cansando, de volver a la cuestión que propusimos para la investigación, a saber, la esclavitud actual de los judíos y su servidumbre actual. Esta fue la razón para repasar todos sus exilios. Presta mucha atención a lo que digo, porque nuestra contienda no se ocupa de asuntos ordinarios y cotidianos. En los Juegos Olímpicos, la gente tiene la paciencia de sentarse desde la medianoche hasta el mediodía esperando a ver quién ganará la corona; soportan los rayos del sol en sus cabezas descubiertas, y no se vayan antes de que se decidan los ganadores.

Nuestra contienda de hoy no es por un premio olímpico, sino por una corona incorruptible. Sería una lástima, entonces, que nos cansáramos y nos dejáramos vencer por el cansancio. Lo que he dicho ha demostrado suficientemente que los tres cautiverios fueron profetizados: el primero duró cuatrocientos años, el segundo setenta y el tercero tres años y medio. Hablemos ahora de la actual esclavitud de los judíos. Para demostrar que el profeta también predijo esta, presentaré como testigo al mismo Josefo, quien está del lado de los judíos. Escuchen lo que dice después de su relato de la visión de Daniel. Dijo: «De la misma manera, Daniel también escribió sobre el imperio de los romanos y que conquistarían Jerusalén y devastarían el templo». Por favor, consideren que, incluso si el hombre que escribió eso era judío, no por ello se dejó imitar la obstinación de ustedes, los judíos.

Tras afirmar que Jerusalén sería conquistada, no se atrevió a decir que sería reconstruida ni a mencionar una fecha concreta para su restauración, pues sabía que el profeta no había fijado un plazo específico. Sin embargo, cuando Josefo habló anteriormente de la victoria de Antíoco y su devastación de Jerusalén, sí indicó cuántos

días y años duraría el cautiverio. Pero Josefo no dijo nada parecido sobre la esclavitud bajo el dominio romano. Escribió que Jerusalén y el templo serían saqueados, pero no añadió que lo devastado sería restaurado.

Porque vio que el profeta no había añadido nada sobre tal restauración. Josefo dijo: «Todas estas cosas, tal como Dios se las reveló, Daniel las dejó en sus escritos, de modo que quienes los leen y observan cómo se han cumplido deben asombrarse de que Daniel fuera tan honrado por Dios». Pero consideremos dónde dijo Daniel que el templo sería despojado. Después de que él hubo hecho su oración en cilicio y ceniza, Gabriel se le apareció y le dijo: «Setenta semanas se acortarán para tu pueblo y para tu ciudad santa. Mira», dirán los judíos, «mencionó el tiempo».

Sí, pero el tiempo no es el tiempo del cautiverio; lo que se menciona es el tiempo después del cual el cautiverio les sobrevendrá. Una cosa es hablar de cuánto durará el cautiverio y otra cosa es indicar el número de años antes de que llegue y les sobrevenga. Leemos: «Setenta semanas se acortarán para tu pueblo»; ya no dice Dios: «para mi pueblo». Y sin embargo el profeta dijo: «Haz resplandecer tu rostro sobre tu pueblo», pero después Dios se apartó de ellos a causa del audaz crimen que iban a cometer. En ese momento el profeta dio la razón: «¿Hasta que cese la transgresión y termine el pecado?

¿Qué quiere decir con las palabras: «Hasta que el pecado termine»? Lo que el profeta dice es que los judíos están cometiendo muchas faltas, pero el fin de sus malas acciones será el día en que maten a su Maestro. Cristo también dijo esto: «Llenad la medida de vuestros padres». «Matasteis a vuestros siervos», dijo. «Ahora añadid a eso la sangre de vuestro Maestro». Observen cómo concuerdan los pensamientos de Cristo y Daniel: Cristo dijo: «Llenad»; el profeta dice: «Hasta que la transgresión cese y el pecado termine». ¿Qué significa «terminar»? Que no quede ningún pecado por cometer después. «Y hasta que se introduzca la justicia eterna». Pero ¿qué es la justicia eterna sino la justificación dada por Cristo? «Y hasta que se selle la visión y el profeta y el lugar

santísimo sean ungidos», es decir, hasta que cesen las profecías. Porque esto es lo que significa «sentarse», es decir, poner fin a la unción, poner fin a la visión.

Por eso Cristo dijo: «La ley y los profetas hasta Juan». ¿Ves cómo esto amenaza con la desolación total y el pago por los pecados y los actos de injusticia? Porque Dios no amenazó que perdonará los pecados de los judíos, pero que se vengará de ellos. ¿Y cuándo sucedió esto? ¿Cuándo se abolieron por completo las profecías? ¿Cuándo terminó la unción para no volver jamás? Aunque guardemos silencio, las piedras clamarán, porque la voz de los hechos es inequívoca. Pues no podríamos mencionar otro momento en que estas predicciones se cumplieran, salvo los muchos años ya transcurridos y los que aún están por venir.

Daniel lo expresó con mayor precisión cuando dijo: «Y sabréis y entenderéis que desde la salida de la palabra de la respuesta de que Jerusalén sería reconstruida hasta la venida de un líder ungido, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. Prestad mucha atención a esto, porque aquí reside toda la cuestión. Las siete semanas y las sesenta y dos semanas suman cuatrocientos ochenta y tres años, pues aquí no se refiere a semanas de días o meses, sino a semanas de años. Desde Ciro hasta Antíoco Epífanes y el cautiverio hubo trescientos noventa y cuatro años. Sin embargo, Daniel deja claro que no se refiere a la destrucción del templo bajo Antíoco, sino a la destrucción posterior bajo Pompeyo, Vespasiano y Tito.

Además, extiende el plazo y nos indica desde qué punto debemos comenzar a contar, mostrándonos que nuestro cómputo no debe comenzar desde el día del regreso del cautiverio. ¿Desde qué punto debemos contar? «Desde que se proclamó la respuesta de que Jerusalén sería reconstruida». Sin embargo, Jerusalén no fue reconstruida bajo Ciro, sino bajo Artajerjes, llamado el de la Mano Larga. Pues después del regreso de los judíos, gobernó Cambises, luego los Magos, y después de ellos Darío Histaspes. Luego vino el hijo de Darío, Jerjes, y después de él Artabano. Después de Artabano, Artajerjes el de la Mano Larga gobernó Persia. Durante

el vigésimo año de su reinado, Nehemías regresó y restauró Jerusalén.

Esdras nos ha dado un relato exacto de esto. Así pues, si contamos cuatrocientos ochenta y tres años desde este punto, llegaremos sin duda al tiempo de la destrucción final. Y así es como el profeta dijo: «Será reconstruida con calles y una muralla que la rodeará». Por lo tanto, lo que dice es esto: después de que la ciudad haya sido reconstruida y haya recuperado su aspecto y forma, cuenten las setenta semanas desde ese punto y verán la esclavitud que aún no ha terminado. Para dejar aún más claro este punto, a saber, que los males que ahora afligen a los judíos no terminarán, continúa diciendo: «Después de las setenta semanas, la unción será completamente destruida y no habrá juicio sobre ella; él destruirá la ciudad y el santuario con la ayuda de un líder que vendrá y serán exterminados como en un diluvio».

No quedará ningún remanente, ni una raíz que vuelva a crecer, "hasta el fin de una guerra que termina con la desaparición del pueblo". Y de nuevo, al hablar de esta esclavitud, dijo: "El incienso y la ofrenda serán abolidos y, además, sobre el lugar santo estará la abominación de la desolación; y se consumará la desolación hasta el fin de los tiempos". Cuando lo oís decir: "Hasta el fin de los tiempos", ¿qué más os queda a vosotros, los judíos, por esperar? "Y además". ¿Qué significa esto? "Además", es decir, además de lo que ha dicho, es decir, además de la destrucción del sacrificio y la ofrenda, habrá otro mal mayor. ¿Cuál es ese mal? "Sobre el lugar santo estará la abominación de la desolación".

Por el lugar santo se refiere al templo; por la abominación desoladora se refiere a la estatua erigida en el templo por Antíoco, quien destruyó la ciudad. Y continuó diciendo: «Desolación hasta el fin». Es cierto que Cristo vino al mundo según la carne mucho después de la época de Antíoco Epífanes, pero cuando profetizó el cautiverio venidero, mostró que Daniel lo había predicho. Esta fue su razón para decir: «Cuando veáis la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel, puesta en el lugar santo, el que lea,

entienda». Los judíos llamaban abominación a toda imagen y estatua hecha por el hombre.

Así, con su velada referencia a esa estatua, Daniel mostró cuándo y bajo quién tendría lugar el cautiverio. Como ya he demostrado, Josefo también nos aseguró que estas palabras se referían a los romanos. ¿Qué más puedo decirles que no se haya dicho ya? Cuando los profetas predijeron los otros cautiverios, no solo hablaron del cautiverio en sí, sino también de la duración de cada esclavitud; sin embargo, para este cautiverio actual, no fijaron un plazo, sino que, por el contrario, dijeron que la desolación perduraría hasta el fin. Y para probar que lo que dijeron es cierto, permítanme ahora presentarles como testigos los hechos mismos. Si los judíos nunca hubieran intentado reconstruir el templo, podrían decir: «Si hubiéramos querido ponernos manos a la obra y comenzar la reconstrucción, sin duda la habríamos completado». Pero ahora les mostraré que no una ni dos, sino tres veces lo intentaron y tres veces, como luchadores en los Juegos Olímpicos, fueron derribados. Por lo tanto, no cabe duda de que la Iglesia ha obtenido la victoria. Pero, ¿qué clase de hombres eran aquellos que emprendieron esta tarea?

Eran hombres que constantemente se resistían al Espíritu Santo, revolucionarios empeñados en incitar a la sedición. Tras la destrucción ocurrida bajo Vespasiano y Tito, estos judíos se rebelaron durante el reinado de Adriano e intentaron regresar a la antigua comunidad y forma de vida. Lo que no comprendieron fue que luchaban contra el decreto de Dios, quien había ordenado que Jerusalén permaneciera para siempre en ruinas. Pero es imposible que un hombre le declare la guerra a Dios y gane. Así fue como, cuando estos judíos atacaron al emperador, lo obligaron nuevamente a destruir Jerusalén por completo. Adriano llegó y los sometió por completo; arrasó con todo rastro de su ciudad. Para evitar que los judíos se atrevieran a repetir semejante insolencia, erigió una estatua suya. Pero comprendió que, con el paso del tiempo, su estatua acabaría cayendo. Así que le dio su nombre a la ciudad en ruinas y, de esta manera, les dejó a los judíos una marca

imborrable que simbolizaría su derrota y atestiguaría la audacia de su revuelta.

Como se llamaba Elio Adriano, decretó que la ciudad se llamaría Aelia, nombre que lleva el emperador que la conquistó y destruyó. ¿Ven el primer intento de los insolentes judíos? Ahora miren el siguiente. Intentaron lo mismo en tiempos de Constantino. Pero el emperador vio lo que intentaban, les cortó las orejas y les dejó en el cuerpo la marca de su desobediencia.

Luego los hizo pasear por todas partes, como esclavos fugitivos y canallas, para que todos vieran sus cuerpos mutilados y lo pensaran dos veces antes de intentar semejante revuelta. «Pero esto sucedió hace mucho tiempo», dirán los judíos. Pero les digo que el incidente es bien conocido por quienes ya somos ancianos. Lo que les voy a contar es claro y obvio incluso para los más jóvenes. Porque no ocurrió en tiempos de Adriano ni de Constantino, sino durante nuestra época, en el reinado del emperador de hace veinte años.

Juliano, quien superó a todos los emperadores en irreligión, invitó a los judíos a sacrificar ídolos en un intento de arrastrarlos al mismo nivel de impiedad que Iris. Usó su antigua forma de sacrificio como excusa y dijo: "En los días de vuestros antepasados, Dios era adorado de esta manera". Rechazaron su invitación, pero, en ese momento, admitieron precisamente lo que acabo de demostraros, a saber, que no les estaba permitido ofrecer sus sacrificios fuera de Jerusalén. Su respuesta fue que aquellos que quienes ofrecían cualquier tipo de sacrificio en tierra extranjera estaban violando la Ley. Por eso le dijeron al Emperador: «Si desea que ofrezcamos sacrificios, devuélvanos Jerusalén, reconstruya el templo, muéstrenos el Lugar Santísimo, restaure el altar y volveremos a ofrecer sacrificios como antes». Estos hombres abominables y desvergonzados tuvieron la osadía de pedirle tales sacrificios a un pagano impío e invitarlo a reconstruir su santuario con sus manos impuras. No comprendieron que estaban intentando lo imposible.

No se dieron cuenta de que si manos humanas habían puesto fin a esas cosas, entonces manos humanas podrían recuperarlas para ellos. Pero fue Dios quien destruyó su ciudad, y ningún poder humano podría cambiar jamás lo que Dios había decretado. «Porque lo que Dios, el Santo, ha planeado, ¿quién se disipará? Su mano está extendida; ¿quién la hará retroceder?» Lo que Dios ha levantado y desea permanecer, lo que Dios, el Santo, ha planeado, ¿quién se disipará? Su mano está extendida; ¿quién la hará retroceder?» Lo que Dios ha levantado y desea permanecer, ningún hombre puede derribar. De la misma manera, lo que ha destruido y desea que permanezca destruido, ningún hombre puede reconstruir. Admito que el Emperador les devolvió a los judíos su templo y les construyó un altar, tal como ustedes tontamente sospechaban que haría.

Pero él no podía enviaros el fuego celestial desde lo alto, ¿verdad? Sin embargo, si no podíais tener este fuego, vuestro sacrificio tenía que ser una abominación e impuro. Por eso perecieron los hijos de Aarón; trajeron un fuego extranjero. No obstante, estos judíos, que estaban ciegos a todo, pidieron ayuda al emperador y le rogaron que los asistiera en la reconstrucción del templo. El emperador, por su parte, no escatimó en gastos, envió ingenieros de todo el imperio para supervisar la obra, convocó artesanos de todas las tierras; no dejó nada sin hacer, nada sin intentar. No pasó nada por alto, sino que trabajó en silencio y poco a poco para que los judíos pudieran ofrecer sacrificio; de esta manera esperaba que les resultara fácil pasar del sacrificio a la adoración de ídolos.

Al mismo tiempo, en su insensatez, esperaba anular la sentencia de Cristo que prohibía la reconstrucción del templo. Pero aquel que descubre la astucia de los sabios le dejó claro de inmediato, con su acción, que los decretos de Dios son más poderosos que los de cualquier hombre y que las obras obtienen su fuerza de la palabra de Dios.

Empezaron a trabajar con ahínco en aquella tarea prohibida: retiraron un gran montón de tierra y dejaron al descubierto los

cimientos. Estaban a punto de comenzar la construcción cuando, de repente, un incendio brotó de los cimientos y consumió por completo no solo a un gran número de obreros, sino también las piedras apiladas para sostener la estructura. Esto puso fin a la obstinación de quienes habían emprendido el proyecto. Muchos judíos, que presenciaron lo sucedido, quedaron atónitos y avergonzados. El emperador Juliano estaba ansioso por terminar la obra, pero al enterarse de lo ocurrido, temió que, si continuaba, pudiera provocar su propia destrucción.

Así que él y todo el pueblo judío se retiraron derrotados. Incluso hoy, si vas a Jerusalén, verás los cimientos desnudos; si preguntas por qué es así, no escucharás otra explicación que la que yo di. Todos somos testigos de esto, pues sucedió no hace mucho, sino en nuestros tiempos. Considera cuán evidente es nuestra victoria. Esto no sucedió en tiempos de los buenos emperadores; nadie puede decir que los cristianos vinieron e impidieron que se terminara la obra. Sucedió en un tiempo en que nuestra religión era objeto de persecución, cuando todas nuestras vidas estaban en peligro, cuando todo hombre tenía miedo de hablar, cuando el paganismo florecía. Algunos fieles se escondieron en sus casas, otros huyeron de los mercados y se trasladaron a los desiertos. Fue entonces cuando ocurrieron estos acontecimientos. Así que los judíos ya no tienen excusa para ellos por su insolencia. ¿Ustedes, judíos, siguen discutiendo la cuestión? ¿No ven que están condenados por el testimonio de lo que Cristo y los profetas predijeron y que los hechos han demostrado? Pero ¿por qué debería sorprenderme esto? Esa es la clase de gente que son. Desde el principio han sido desvergonzados y obstinados, siempre dispuestos a luchar contra hechos evidentes. ¿Quieren que les presente a otros profetas que afirman claramente el mismo hecho, a saber, que su religión vendrá?

¿Acaso pretenden que el nuestro prospere y difunda el mensaje de Cristo a cada rincón del mundo, que se introduzca un tipo diferente de sacrificio que ponga fin al suyo? Al menos escuchen a Malaquías, quien vino después de los demás profetas. No quiero que en este momento les traiga el testimonio de Isaías y Jeremías

ni de los demás profetas que vinieron antes del cautiverio. No quiero que ustedes, los judíos, digan que sus predicciones se cumplieron durante la esclavitud. Permítanme presentarles a un profeta que vino después del regreso de Babilonia y después de la restauración de Jerusalén, un profeta que predijo claramente lo que les iba a suceder.

Los judíos regresaron de Babilonia, recuperaron su ciudad, reconstruyeron su templo y ofrecieron sacrificios. Pero fue solo después de todo esto que Malaquías predijo la llegada de la desolación presente y la abolición de los sacrificios judíos. Esto es lo que dijo, hablando en nombre de Dios: «¿Acaso aceptaré a quienes son ustedes?, dice el Señor Todopoderoso. Porque desde donde sale el sol hasta donde se pone, mi nombre es glorificado entre las naciones; y en todas partes me ofrecen incienso y una ofrenda pura.

Pero lo habéis profanado." ¿Cuándo creéis vosotros, los judíos, que sucedió esto? ¿Cuándo se ofreció incienso a Dios en todo lugar? ¿Cuándo una ofrenda pura? No podríais mencionar otro momento que no fuera el posterior a la venida de Cristo. Supongamos que Malaquías no se refería a nuestro tiempo, supongamos que no hablaba de nuestro sacrificio, sino del sacrificio judío. Entonces su profecía se opondría a la Ley. Moisés había prohibido a los judíos llevar su sacrificio a cualquier lugar que no fuera el que el Señor Dios escogiera, y luego los limitó a un lugar específico. Si Malaquías dijo que se ofrecerían sacrificios en todas partes y que sería una ofrenda pura, estaba contradiciendo y oponiéndose a lo que Moisés había dicho. Pero no hay contradicción ni disputa. Porque Moisés habló de un tipo de sacrificio, y Malaquías predijo otro más tarde. ¿Qué lo aclara? Es claro tanto por las palabras del profeta como por muchas otras indicaciones. La primera indicación tiene que ver con el lugar. Porque Malaquías predijo que el sacrificio se ofrecería no en una ciudad, como en el tiempo del sacrificio judío, sino "desde la salida del sol hasta su puesta". La segunda indicación tiene que ver con el tipo de sacrificio.

Al llamarlo «una ofrenda pura», mostró el tipo de sacrificio del que hablaba. Otra indicación se refiere a quienes ofrecerán este sacrificio. No dijo «en Israel», sino «entre las naciones». No quería que se pensara que la adoración ofrecida en este sacrificio se limitaría a una, dos o tres ciudades; por lo tanto, no dijo simplemente «en todas partes», sino desde el amanecer hasta el anochecer. Con estas palabras mostró que cada rincón de la tierra, visible desde el sol, recibirá el mensaje del evangelio. Lo llamó «una ofrenda pura», en contraposición al antiguo sacrificio, que era impuro.

Y así fue, no por su propia naturaleza, sino por la disposición e intención de quienes lo ofrecieron. Por eso el Señor dijo: «Tu incienso me resulta repugnante». Sin embargo, en otros aspectos, si se comparan ambos sacrificios, se encontrará que la diferencia entre ellos es tan grande e inconmensurable que, según la naturaleza de la comparación, solo este nuevo sacrificio puede considerarse puro. Pablo contrastó la antigua Ley con la nueva Ley de la gracia y afirmó que la antigua Ley había sido glorificada, pero ahora carece de gloria debido a la gloria incomparable de la nueva Ley. Yo también me atrevería a decir que, si se compara el nuevo sacrificio con el antiguo, solo este nuevo sacrificio podría considerarse puro.

Porque no se ofrece con humo y grasa, ni con sangre y precio de rescate, sino con la gracia del Espíritu. Ahora escuchen a otro profeta que hizo la misma predicción y dijo que la adoración a Dios no se limitaría a un solo lugar, sino que llegaría el tiempo en que todos los hombres lo conocerían. Es Sofonías quien dijo: «El Señor aparecerá a todas las naciones, y hará que todos los dioses de las naciones desaparezcan; entonces cada uno desde su propio lugar lo adorará». Sin embargo, esto estaba prohibido para los judíos, ya que Moisés les había ordenado adorar en un solo lugar.

Ustedes oyen que los profetas predijeron que los hombres ya no estarán obligados a venir de todas partes de la tierra para ofrecer sacrificios en una sola ciudad o en un solo lugar, sino que cada uno se sentará en su propia casa y rendirá servicio y honor a Dios. ¿Qué

otro tiempo, aparte del presente, podrían mencionar como cumplimiento de estas profecías? En cualquier caso, escuchen cómo los evangelios y el apóstol Pablo concuerdan con Sofonías. El profeta dijo: «El Señor aparecerá»; Pablo dijo: «La gracia de Dios nuestro Salvador se ha manifestado a todos los hombres para instruirnos». Sofonías dijo: «A todas las naciones»; Pablo dijo: «A todos los hombres». Sofonías dijo: «Él hará que sus dioses se consuman»; Pablo dijo: «Instruyéndonos, para que, rechazando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos con sobriedad y justicia».

De nuevo, Cristo le dijo a la mujer samaritana: «Mujer, créeme, la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad». Cuando Cristo dijo esto, se apartó de nosotros para el futuro la obligación de observar un solo lugar de culto introdujo una forma de culto más elevada y espiritual. Estos argumentos bastarían para establecer que, en el futuro, no habrá sacrificios, ni sacerdocio, ni rey entre los judíos.

Ante todo, la destrucción de la ciudad ha demostrado todo esto. Pero también podría citar a los profetas como testigos, y ellos afirmaron claramente lo mismo. Veo que te has cansado de mi discurso; temo que pienses que soy insensato e imprudente por seguir molestándote. Por eso te prometo que volveré a hablarte de este mismo tema en otra ocasión. Mientras tanto, te pido que rescates a tus hermanos, que los liberes de su error y que los guíes de nuevo a la verdad. De nada sirve escucharme si tus acciones no concuerdan con mis palabras.

Lo que dije no fue por ustedes, sino por los enfermos. Quiero que aprendan estas verdades de ustedes y que se liberen de su perversa relación con los judíos. Quiero que se muestren como cristianos sinceros y genuinos. Quiero que eviten las reuniones malignas de los judíos y sus sinagogas, tanto en la ciudad como en las afueras, porque son guaridas de ladrones y moradas de demonios. Así pues, no descuiden la salvación de esos hermanos. Sean entrometidos, sean curiosos, pero traigan a los enfermos a

Cristo. De esta manera, recibiremos una recompensa mucho mayor por nuestras buenas obras, tanto en esta vida como en la venidera.

Y la recibiremos por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con quien sea la gloria al Padre junto con el Espíritu Santo, dador de vida, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

V. INFORME POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo abre la Homilía V con un ánimo inusualmente optimista. Él afirma que ha ganado el debate: el monumento que conmemora la derrota de los judíos ya está levantado, y su congregación ha venido a reclamar la prueba prometida.

. Resume lo que expuso en homilías anteriores y luego anuncia su plan para esta. Va a demostrar, basándose en Cristo, en los profetas y en la historia, que el templo jamás será reconstruido y que los judíos jamás volverán a su antigua forma de vida. Esto es importante porque los judíos de Antioquía, al ser interrogados sobre la observancia de fiestas y ayunos fuera de Jerusalén, podrían alegar que ayunan con la esperanza de recuperar su ciudad. Crisóstomo quiere cerrar definitivamente esa vía de escape.

Comienza con las predicciones de Cristo. Cita Lucas 21, donde Cristo dice que Jerusalén será pisoteada por muchas naciones hasta que se cumplan los tiempos de las naciones, y Mateo 24, donde Cristo predice que no quedará piedra sobre piedra del templo. Luego aplica la lógica a los judíos que rechazan el testimonio de Cristo, señalando que él es su enemigo y que lo crucificaron. La respuesta de Crisóstomo es que el hecho de que los enemigos de Cristo, sin embargo, vieran sus predicciones sobre Jerusalén cumplidas a la perfección es una prueba más fuerte de su fiabilidad que si sus amigos lo hubieran confirmado. Luego repasa varias otras predicciones que hizo Cristo y muestra que se cumplieron: la historia de la mujer con el frasco de alabastro, cuyo acto, según Cristo, sería recordado en todos los lugares donde se predicara el evangelio; la predicción sobre la iglesia de Pedro de que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella; la predicción de que vino a traer espada en lugar de paz y que los hijos le rendirían mayor veneración que a sus padres. Cada una de estas se cumplió con absoluta precisión, y hay que creer a un testigo que dice la verdad en todo lo demás cuando habla del templo.

Luego, se centra en Daniel, y esta es la sección más extensa y técnicamente más exigente de toda la serie. Analiza la visión de Daniel del carnero y el macho cabrío, identificando al carnero como Darío el Persa, al macho cabrío como Alejandro Magno, a los cuatro cuernos como los sucesores de Alejandro y al cuerno pequeño como Antíoco Epífanes. A continuación, demuestra que Daniel predijo un plazo preciso para el cautiverio bajo Antíoco: mil doscientos noventa días, o aproximadamente tres años y medio, y que este plazo se cumplió exactamente. Cita como testimonio a Josefo, el historiador judío del siglo I que elogió a Daniel por encima de todos los demás profetas y confirmó que la visión de Daniel describía la destrucción romana de Jerusalén. Tras establecer que los tres cautiverios anteriores fueron profetizados con plazos específicos, Crisóstomo demuestra que el cautiverio actual bajo Roma es el único para el que ningún profeta estableció un plazo, y para el cual Daniel afirma específicamente que la desolación perdurará hasta el fin.

Luego pasa a la profecía de las setenta semanas de Daniel 9, realizando el cálculo en detalle. Siete semanas más sesenta y dos semanas equivalen a cuatrocientos ochenta y tres años. El punto de partida no es Ciro, sino Artajerjes, tras su vigésimo año, Nehemías regresó y reconstruyó Jerusalén. Contando cuatrocientos ochenta y tres años a partir de ese momento, llegamos a la destrucción romana. Por lo tanto, la profecía no describe el cautiverio bajo Antíoco, como pretenden argumentar los judíos, sino la destrucción final romana, de la cual no hay retorno.

Luego presenta testimonios históricos, los tres intentos fallidos de reconstruir el templo. El primero bajo Adriano, quien después de la revuelta judía destruyó Jerusalén tan completamente que la rebautizó como Aelia en su propio honor, y con ese nombre se la conoce hasta el día de hoy. El segundo caso fue bajo Constantino, quien cortó las orejas de los judíos que lo intentaron y los exhibió públicamente como señal de su desobediencia. El tercero, y el que Crisóstomo claramente disfruta más porque ocurrió en tiempos recientes, fue bajo Juliano el Apóstata, quien intentó activamente ayudar a los judíos a reconstruir el templo y no escatimó en gastos

para ello, enviando ingenieros y artesanos de todo el imperio. Excavaron hasta los cimientos y se preparaban para comenzar la construcción cuando un fuego surgió de los cimientos y consumió a los obreros y las piedras apiladas. Juliano, quien había estado ansioso por terminar la tarea en parte para demostrar que las predicciones de Cristo eran erróneas, tuvo miedo de continuar y se retiró. El fuego que detuvo a Juliano no fue un ejército cristiano ni un decreto imperial. Fue Dios, actuando directamente, poniendo fin al asunto.

Concluye con Malaquías y Sofonías. Malaquías, escribiendo tras el regreso de Babilonia y la restauración del templo, predijo que llegaría el tiempo en que se ofrecería incienso a Dios en todas partes, desde el amanecer hasta el anochecer, una ofrenda pura entre todas las naciones. Esto no puede describir el sistema sacrificial judío, que estaba confinado a Jerusalén por la propia Ley. Debe describir la Eucaristía cristiana, ofrecida en cada rincón de la tierra. Sofonías concuerda. La conversación de Cristo con la mujer samaritana también. La era del culto confinado a un solo lugar ha terminado. Ha llegado la era del culto en espíritu y en verdad. El sistema sacrificial judío no está inactivo, esperando ser restaurado. Ha sido reemplazado por algo categóricamente superior.

V. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento que Crisóstomo presenta sobre Juliano el Apóstata y la reconstrucción fallida del templo es el argumento históricamente más accesible en las ocho homilías para una audiencia moderna, porque ocurrió en la memoria viva de su congregación y porque los hechos están documentados por múltiples fuentes, incluidas paganas. Juliano lo intentó. Dios lo detuvo. El fuego que saltó de los cimientos fue reportado no solo por escritores cristianos, sino que fue reconocido en fuentes paganas como una catástrofe genuina e inexplicable. La expectativa del movimiento sionista cristiano moderno de que el templo será reconstruido y el sistema sacrificial restaurado no es solo teológicamente problemática en términos de Crisóstomo. Es una expectativa que ya ha fracasado tres veces en circunstancias que no dejaron lugar a la intervención humana, y el tercer fracaso fue presenciado por personas que eran paganas convencidas sin ningún interés en demostrar que las predicciones de Cristo eran ciertas.

El argumento sobre las predicciones de Cristo merece una aplicación directa a la costumbre evangélica moderna de considerar la conciencia histórica judía más fiable que el testimonio teológico cristiano. Crisóstomo señala que se debe creer a un testigo que acierta en todas sus demás predicciones cuando habla del templo. Cristo predijo que la historia de la mujer con el frasco de alabastro sería recordada en todos los lugares donde se predicara el evangelio. Ha sido recordada durante dos mil años en todos los idiomas y culturas. Cristo predijo que las puertas del infierno no prevalecerían contra su iglesia. La iglesia ha sobrevivido a toda persecución, a todo imperio, a toda ideología rival que ha intentado destruirla. Cristo predijo que los hijos le rendirían mayor veneración que a sus padres. Esto se ha cumplido en cada generación y en cada cultura desde el primer siglo. Un hombre con semejante historial de predicciones acertadas no es alguien cuyo testimonio sobre el templo pueda descartarse simplemente porque los judíos que lo crucificaron prefieran una versión diferente.

El argumento de las setenta semanas de Daniel es directamente aplicable al debate evangélico moderno sobre la escatología dispensacional. El marco escatológico dominante en el evangelicalismo estadounidense, particularmente en su versión de Left Behind, considera las setenta semanas de Daniel como una profecía con una brecha profética entre la sexagésima novena y la septuagésima semana, una brecha que ahora se acerca a los dos mil años, durante la cual supuestamente el tiempo se detuvo y la semana final de la tribulación aún está por venir. Crisóstomo, al leer el texto sin el aparato dispensacional, ve las setenta semanas como una sola profecía continua que describió la destrucción romana de Jerusalén y que se cumplió en el siglo I. La teoría de la brecha no es una lectura natural de Daniel. Es una construcción teológica diseñada para acomodar un compromiso previo con la restauración de Israel, y la lectura meticulosa del texto por parte de Crisóstomo representa un desafío directo a dicha construcción.

V. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo utiliza el historial de profecías cumplidas de Cristo como prueba de que su testimonio sobre el templo debe ser creído. Argumenta que un testigo que es preciso en todo lo demás no puede ser rechazado cuando habla de una profecía específica. ¿Qué importancia le otorga usted a este tipo de argumento profético acumulativo y qué se necesitaría para refutarlo?
2. Cita a Josefo, historiador judío del siglo I, como testimonio de la postura cristiana, señalando que Josefo confirmó que la visión de Daniel describía la destrucción romana de Jerusalén, pero que, de manera notoria, no predijo ninguna restauración. ¿Qué tan significativo es que una fuente judía apoye la interpretación cristiana de Daniel, y cómo afecta esto al contraargumento judío?
3. Los tres intentos fallidos de reconstruir el templo, bajo el mandato de Adriano, Constantino y Juliano, se presentan como prueba histórica del decreto divino de que Jerusalén permaneciera en ruinas. ¿Cómo evalúa usted los acontecimientos históricos como argumentos teológicos? ¿Qué le diría a alguien que argumenta que el fracaso de Juliano fue un fenómeno geológico natural y no una intervención divina?
4. La interpretación que hace Crisóstomo de la profecía de las setenta semanas de Daniel produce un cálculo que señala la destrucción romana de Jerusalén como el cumplimiento de la profecía, sin que quede ninguna semana sin cumplir. La interpretación dispensacional plantea un lapso de casi dos mil años entre la sexagésima novena y la septuagésima semana. ¿Qué interpretación considera más fiel al texto de Daniel y por qué?

5. Su argumento, basado en Malaquías, según el cual la predicción del profeta sobre el culto universal desde el amanecer hasta el anochecer no puede describir el sistema sacrificial judío y debe describir la Eucaristía cristiana, es un argumento tipológico que vincula la profecía del Antiguo Testamento con su cumplimiento en el Nuevo Testamento. ¿Cómo se relaciona este argumento con la afirmación sionista cristiana de que el sistema sacrificial judío será restaurado como cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento?
6. La conversación de Cristo con la mujer samaritana, en la que dice que llegará la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre, es una de las afirmaciones más claras de los Evangelios sobre el fin de la era del culto limitado geográficamente. ¿Cómo se relaciona este pasaje con la tendencia evangélica a considerar a Jerusalén y a la tierra de Israel como lugares con una importancia teológica perdurable, superior a la de cualquier otro lugar en la tierra?

HOMILÍA VI

VI. ANÁLISIS TEOLÓGICO

En esta homilía encontrarán a Crisóstomo predicando con voz ronca al día siguiente de haber pronunciado un largo sermón, que

La nota editorial nos lo dice, y el detalle importa porque revela algo sobre el hombre. No podía parar. La homilía coincide con la festividad de los mártires, y comienza explicando por qué predica contra los judíos en lugar de honrar a los mártires como exige la ocasión, argumentando que los propios mártires preferirían este discurso porque sienten un odio especial hacia quienes crucificaron a aquel por quien murieron.

El argumento teológico de la Homilía VI tiene dos puntos principales. El primero es la respuesta más directa que Crisóstomo da en toda la serie a la objeción judía de que su sufrimiento actual es simplemente el resultado del pecado común, el mismo tipo de pecado que cometieron sus antepasados y por el que fueron perdonados.

Argumenta que el cautiverio actual es categóricamente diferente de todos los cautiverios anteriores precisamente porque el pecado que lo produjo es categóricamente diferente, a saber, la crucifixión del Hijo de Dios, un pecado tan superior a cualquier cosa que hayan cometido sus antepasados que los coloca permanentemente fuera de la posibilidad del perdón que Dios extendió cuando sus pecados fueron simplemente idolatría y sacrificio de niños. El segundo argumento es una argumentación detallada de que el sacerdocio judío ha dejado de existir por completo porque los ritos de consagración prescritos por la Ley ya no están disponibles, y que los hombres que se llaman a sí mismos líderes religiosos judíos de hoy en día están desempeñando un papel teatral sin ningún fundamento.

HOMILÍA VI

Las bestias salvajes son menos feroces y salvajes mientras viven en los bosques y no han tenido experiencia luchando contra los hombres. Pero cuando los cazadores las capturan, las arrastran a las ciudades, las encierran en jaulas y las incitan a luchar contra gladiadores que combaten con bestias. Entonces las bestias se abalanzan sobre su presa, prueban la carne humana y beben la sangre humana. Después de eso, no les resultaría fácil mantenerse alejadas de tal festín, sino que se lanzan con avidez a este sangriento banquete. Esta también ha sido mi experiencia. Una vez emprendí mi lucha contra los judíos y me lancé a enfrentar sus desvergonzados ataques, "destruí su razonamiento y toda altivez que se exalta contra el conocimiento de Dios, y cautivé sus mentes a la obediencia de Cristo. Y después de eso, de alguna manera, adquirí un anhelo más fuerte de luchar contra ellos.

Pero, ¿qué me pasa? Como ves, mi voz se ha debilitado y ya no aguanta tanto tiempo. Creo que lo que me ha ocurrido es muy parecido a lo que le sucede a un soldado en batalla. Despedaza a varios de sus enemigos, se lanza valientemente contra las líneas enemigas, siembra cadáveres por todas partes, pero luego se le rompe la espada; desmoralizado por este contratiempo, debe retirarse a sus filas. En realidad, lo que me ha pasado es peor. El soldado que se ha roto la espada puede arrebatarle otra a algún vecino, demostrar su valentía y mostrar su ansia de victoria. Pero cuando la voz se debilita y se agota, no se puede pedir prestada otra a nadie.

¿Qué debo hacer, entonces? ¿Debo yo también huir? El poder que vuestra amorosa asamblea tiene sobre mí no me permite huir. Reverencio y respeto a nuestro padre, que está aquí. Reverencio y respeto tu entusiasmo y sinceridad. Por lo tanto, confiaré toda la empresa a sus oraciones y a tu caridad, y trataré lo que está más allá de mi poder. Es cierto que la fiesta de los mártires de hoy me invita a relatar los conflictos que sufrieron. Si descuido este tema, si me despojo y me preparo para entrar en la arena contra los judíos, que nadie me acuse de elegir mal momento para mi discurso. Los

mártires encontrarían un discurso contra los judíos más deseable que cualquier panegírico mío, ya que nunca podría hacerlos más ilustres de lo que son. ¿Qué necesidad podrían tener de mi lengua? Sus propias luchas superan nuestra naturaleza mortal. Los premios que ganaron van más allá de nuestros poderes y entendimiento. Se rieron de la vida vivida en la tierra; pisotearon el castigo del potro; despreciaron la muerte y alzaron el vuelo al cielo; escaparon de las tormentas de las cosas temporales y navegaron hacia un puerto tranquilo; no trajeron consigo oro, ni plata, ni vestiduras costosas; No llevaban consigo ningún tesoro que pudiera ser saqueado, sino las riquezas de la paciencia, el coraje y el amor.

Ahora pertenecen al coro de Pablo mientras esperan sus coronas, pero se deleitan en la expectativa de ellas, pues se han librado de la incertidumbre del futuro. ¿Qué necesidad podrían tener de mis palabras? Por lo tanto, encontrarán este tema más atractivo que cualquier panegírico mío, el cual, como ya dije, no aumentará su gloria personal. Pero podría ser que disfruten enormemente de mi conflicto con los judíos; bien podrían escuchar con suma atención un discurso pronunciado para la gloria de Dios. Pues los mártires odian especialmente a los judíos, ya que fueron ellos quienes crucificaron a aquel por quien ellos sentían un amor especial. Los judíos decían: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Los mártires derramaron su propia sangre por aquel a quien los judíos habían asesinado.

Así pues, los mártires se alegrarían de escuchar este discurso. Si el cautiverio actual de los judíos fuera a terminar, los profetas no habrían guardado silencio sobre esto, sino que lo habrían predicho. Di pruebas suficientes de esto cuando demostré que todas sus ataduras les fueron impuestas después de haber sido predichas: la atadura en Egipto, la atadura en Babilonia y la atadura en tiempos de Antíoco Epifanes. Demostré que para cada una de ellas las Sagradas Escrituras habían proclamado de antemano tanto un tiempo como un lugar.

Pero ningún profeta definió la duración de la esclavitud actual, aunque Daniel predijo que llegaría, que traería desolación total, que

cambaría su antigua comunidad y modo de vida, y cuánto tiempo después del regreso de Babilonia ocurriría. Pero Daniel no reveló que llegaría a su fin ni que estos problemas cesarían jamás. Tampoco lo hizo ningún otro profeta. Sin embargo, Daniel predijo lo contrario, a saber, que esta esclavitud los mantendría en esclavitud hasta el fin de los tiempos. La gran cantidad de años que han transcurrido desde aquel día dan testimonio de la veracidad de sus palabras. Y los años no han mostrado ni rastro ni comienzo de un cambio para mejor, a pesar de que los judíos intentaron muchas veces reconstruir su templo.

No una, ni dos, sino tres veces lo intentaron. Lo intentaron en tiempos de Adriano, en tiempos de Constantino y en tiempos de Juliano. Pero cada vez que lo intentaron fueron detenidos. Las dos primeras veces fueron detenidos por la fuerza militar; después fue por el fuego que brotó de los cimientos y los contuvo de su obstinación prematura. Ahora quisiera hacerles algunas preguntas. ¿Por qué, díganme, recuperaron su propio país después de pasar tantos años en Egipto? Y después de haber sido arrastrados de nuevo a Babilonia, astutamente regresaron a Jerusalén. De nuevo, en tiempos de Antíoco, sufrieron muchos males, pero regresaron a su antiguo estado, recuperando de nuevo tus sacrificios, tu altar, tu lugar santísimo y todo lo demás, junto con la dignidad que estas cosas alguna vez tuvieron.

Pero nada de esto ha ocurrido en su actual cautiverio. Han pasado cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos años y muchos más. ¡Este es el año quinientos hasta nuestros días! Pero no vemos ningún indicio de un cambio para mejor en el horizonte. Lo que sí vemos es que la fortuna judía se ha derrumbado por completo; ni siquiera tienen un sueño que les permita tener la esperanza de una alianza como la que tenían en sus cautiverios anteriores.

Supongamos que los judíos alegaran sus pecados como excusa. Supongamos que dijeran: «Pecamos contra Dios y lo ofendimos. Por eso no recuperamos nuestra patria. Tratamos con desvergüenza a los profetas que no cesaron de acusarnos, negamos la culpa de sangre de la que hablaron los profetas con frases trágicas, pero

ahora nos confesaremos y nos condenaremos por nuestros propios pecados». Si los judíos alegaran esta excusa, con gusto los interrogaría a cada uno de ellos nuevamente. ¿Es acaso por sus pecados que ustedes, los judíos, han vivido tanto tiempo fuera de Jerusalén? ¿Qué tiene eso de extraño e inusual? No es solo ahora que su pueblo vive una vida llena de pecado. ¿Acaso, en sus inicios, vivieron sus vidas entre la injusticia y las buenas obras? ¿No es cierto que desde el principio, y mucho antes de hoy, vivieron con innumerables transgresiones de la Ley? ¿Acaso no te acusó el profeta Ezequiel diez mil veces cuando trajo a las dos ramera, Ohola y Oholiba, y dijo: «Construiste un burdel en Egipto; amaste apasionadamente a los bárbaros y adoraste a dioses extraños»? ¿Qué hay de esto?

Después de que las aguas del mar se dividieron, después de que las rocas se partieron, después de que tantos milagros se obraron en el desierto, ¿no adorasteis al becerro? ¿No intentasteis muchos matar a Moisés apedreándolo, exiliándolo, y de diez mil maneras más? ¿Acaso dejasteis alguna vez de proferir blasfemias contra Dios? ¿No fuisteis iniciados en los ritos de Baal de Peor? ¿No sacrificasteis a vuestros hijos e hijas a los demonios? ¿No hicisteis ostentación de toda clase de impiedad y pecado? ¿No os dijo el profeta, hablando en nombre de Dios: «Durante cuarenta años estuve ofendido con esa generación, y dije: “Estos siempre se desvían de corazón”»? ¿Cómo fue, pues, que en aquel tiempo Dios no se apartó de vosotros? ¿Cómo es que después de que matasteis a vuestros hijos, después de vuestras idolatrías, después de vuestros muchos actos de arrogancia, después de vuestra inefable ingratitud, Dios permitió que el gran Moisés fuera profeta entre vosotros y que él mismo realizara señales maravillosas y prodigiosas?

Lo que no sucedió con ningún ser humano, no te sucedió a ti. Una nube se extendió sobre ti en lugar de un techo; una columna en lugar de una lámpara te sirvió de guía; tus enemigos se retiraron por su propia voluntad; las ciudades fueron capturadas casi al primer grito de batalla. No tenías necesidad de armas, ni necesidad de un ejército formado, ni necesidad de luchar. Solo tenías que tocar tus trompetas y las murallas se derrumbaron por sí solas. Y

tenías un alimento extraño y maravilloso del que habló el profeta cuando exclamó: "Les dio el pan del cielo. El hombre comió el pan de los ángeles: les envió provisiones en abundancia. Dime esto. En aquellos días fuisteis culpables de impiedad, adorasteis ídolos, matasteis a vuestros hijos, apedreasteis a los profetas y cometisteis diez mil actos terribles.

¿Por qué, entonces, disfrutaron de tanta bondad y benevolencia de su parte? ¿Por qué les ofreció tal protección en aquel tiempo? Ahora no adoran ídolos, no matan a sus hijos, no apedrean a los profetas. ¿Por qué pasan ahora sus vidas en un cautiverio sin fin? Dios no era un Dios entonces y otro diferente ahora, ¿verdad? ¿No es el mismo Dios que gobernó aquellos acontecimientos pasados y que hace que suceda lo que sucede hoy? Dime esto. ¿Por qué tenías tanto honor de Dios cuando tus pecados eran mayores? Ahora que tus pecados son menos graves, se ha apartado completamente de ti y te ha entregado a una desgracia sin fin. Si se aparta de ti ahora por tus pecados, debería haberlo hecho mucho más en aquellos días. Si te toleró cuando vivías impiamente, debería soportarte mucho más ahora que no te atreves a cometer tales atrocidades. ¿Por qué, entonces, no te ha soportado? Aunque te dé vergüenza dar la razón, yo la expondré claramente. Mejor dicho, no la expondré yo, sino que la verdad de los hechos lo hará.

Matasteis a Cristo, levantasteis vuestras manos violentas contra el Maestro, derramasteis su preciosa sangre. Por eso no tenéis posibilidad de expiación, excusa ni defensa. En el pasado, vuestros actos temerarios iban dirigidos contra sus siervos, contra Moisés, Isaías y Jeremías. Aun si entonces había impiedad en vuestros actos, vuestra osadía no os había atrevido a cometer el crimen más grave. Pero ahora habéis eclipsado todos los pecados de vuestros padres. Vuestra furia desmedida contra Cristo, el Ungido, no ha dejado lugar a que nadie supere vuestro pecado. Por eso, la pena que ahora pagáis es mayor que la que pagaron vuestros padres. Si las disputas no son la razón de vuestra actual desgracia, ¿por qué Dios os toleró en el pasado cuando sacrificabais a vuestros hijos a los ídolos, pero ahora se aparta de vosotros cuando no sois tan osados como para cometer tal crimen? ¿Acaso no es evidente que

os atrevisteis a cometer un acto mucho peor y mucho mayor que cualquier sacrificio de niños o transgresión de la Ley cuando matasteis a Cristo?

Dime esto. ¿Todavía te atreverás a llamarlo impostor y transgresor de la ley? ¿No te irás a esconderte en algún lugar, cuando veas los hechos de frente, ya que su verdad es tan obvia? Si Jesús fue un impostor y transgresor de la ley, como dices, deberías haber sido honrado por haberlo condenado a muerte. ¿No fue Finees quien mató a un hombre y así detuvo toda la ira de Dios contra el pueblo? El salmista dijo: «Entonces Finehás se levantó y lo aplacó, y cesó la matanza. Rescató a muchos impíos de la ira de Dios matando a un solo transgresor de la ley. Esto debería haber sucedido aún más en tu caso, si en verdad el hombre que crucificaste era un transgresor de la Ley. Finehás, entonces, fue declarado inocente después de matar a un transgresor de la ley; de hecho, fue honrado con el sacerdocio. Pero después de crucificar a un impostor, como dices, que se hizo igual a Dios, no recibiste estima ni fuiste honrado. En cambio, sufriste un castigo más severo que cuando sacrificaste a tus hijos a los ídolos. ¿Por qué es así? ¿No es evidente incluso para las mentes más obtusas? Cometiste un ultraje contra aquel que salvó y gobierna el mundo; ahora estás sufriendo este gran castigo. ¿No es esta la razón? Sin embargo, incluso hoy te abstienes de sangre que te contaminaría y observas el sábado. Pero en el momento en que Si mataste a Cristo, violaste el sábado. Dios incluso prometió, a través de Jeremías, perdonar a tu ciudad si dejabas de cargar con tus pertenencias en sábado.

Mira, ahora estás observando esta ley; no estás cargando cargas en el sábado. Pero Dios no se ha reconciliado contigo por este motivo. Puesto que ese pecado tuyo superó a todos los pecados, es inútil decir que tus pecados te impiden recuperar tu patria. Estás atrapado en tus sufrimientos actuales no por los pecados cometidos en el resto de tus vidas sino por ese único acto imprudente. Si no fuera así, Dios no te habría dado la espalda de esa manera, aunque hubieras pecado diez mil veces. Esto es claro no solo por todo lo que ya he dicho, sino también por lo que ahora te voy a decir. ¿Qué

es esto? Muchas veces hemos oído a Dios hablar a tus padres por medio de los profetas y decir: "Merecéis innumerables males.

Pero hago esto por amor a mi nombre, para que no sea profanado entre las naciones." Y de nuevo: "Por eso hago esto, oh casa de Israel, sino por amor de mi nombre". Lo que Dios está diciendo es esto: «Merecían una venganza y un castigo más severos. Pero para que nadie diga que Dios permitió que los judíos permanecieran en poder de sus enemigos porque Dios era débil e incapaz de salvarlos, yo los estoy ayudando y protegiendo». Supongamos que Cristo fuese un transgresor de la ley y ustedes lo crucificaron; supongamos que ustedes cometieron innumerables pecados, mucho peores que los de sus padres. Dios aún los habría salvado para evitar que su nombre fuera profanado. Si Cristo fuese un transgresor de la ley, Dios no habría permitido que se le considerara un gran hombre; Dios no querría que la gente culpara a Cristo por sus desgracias. Si Dios claramente pasa por alto sus pecados por amor de su gloria, lo habría hecho aún más si ustedes hubieran crucificado a un transgresor de la ley. Él habría aprobado esta matanza y habría borrado sus pecados, por muchos que sean.

Pero cuando Dios se aparta clara y completamente de vosotros, es evidente que, con su ira y abandonándoos para siempre, está demostrando incluso al más desvergonzado que aquel que fue asesinado no era un transgresor de la ley, sino el legislador que ha venido como autor de innumerables bendiciones. Actuasteis escandalosamente contra él y ahora sois considerados indignidad y deshonra. Nosotros le adoramos y, aunque antes éramos considerados más deshonrados que todos vosotros, ahora, por la gracia de Dios, somos más venerables que todos vosotros y gozamos de mayor estima. Pero los judíos dirán: «¿Dónde está la prueba de que Dios se ha apartado de nosotros?». ¿Acaso esto todavía necesita pruebas con palabras? Decidme esto: ¿Acaso los hechos mismos no lo proclaman? ¿Acaso no emiten un sonido más claro que el toque de trompeta? ¿Acaso se siguen pidiendo pruebas con palabras cuando se ve la destrucción de la ciudad, la desolación del templo y todas las demás desgracias que han caído sobre vosotros? "Pero los hombres nos trajeron estas cosas, no Dios."

Más bien fue Dios por encima de todos los demás quien hizo estas cosas. Si se las atribuyes a los hombres, entonces debes considerar que, incluso si los hombres tubieran esa audacia, no habrían tenido el poder para llevar a cabo estas cosas si no hubiera sido por decreto de Dios.

El bárbaro descendió sobre vosotros y trajo consigo a toda Persia. Preveía que la repentina embestida os atraparía a todos y os mantuvo encerrados en la ciudad como si estuvierais atrapados en la red de un cazador o un pescador. Porque Dios fue misericordioso con vosotros en aquel momento —repito, en aquel momento sin batalla, sin guerra, sin encuentro hostil—, el rey bárbaro dejó entre vosotros ciento ochenta y cinco mil de sus soldados muertos y huyó, satisfecho de que solo él se hubiera salvado. Y Dios decidió muchas otras innumerables batallas de esta manera. Así también ahora, si Dios no os hubiera abandonado de una vez por todas, vuestros enemigos no habrían tenido el poder de destruir vuestra ciudad y dejar vuestro templo desolado. Si Dios no os hubiera abandonado, la ruina desolada no habría durado tanto tiempo, ni vuestros frecuentes esfuerzos por reconstruir el templo habrían sido en vano.

Estos no son mis únicos argumentos. También utilizaré otras fuentes para intentar convencerte de que los emperadores romanos no actuaron por su propio poder, sino porque Dios estaba enojado con los judíos y los había abandonado. Si lo sucedido hubiera sido obra de hombres, tus desgracias habrían terminado con la toma de Jerusalén y tu desgracia no habría ido más allá. Admito, según tu argumento, que los hombres derribaron las murallas, destruyeron la ciudad y derribaron el altar. ¿Acaso fue obra de hombres que ya no tengas profetas?

¿Acaso los hombres quitaron la gracia del Espíritu? ¿Destruyeron los hombres las otras cosas que ustedes consideraban solemnes, como la voz del propiciatorio, el poder que venía en la unción, la declaración hecha por el sacerdote desde las piedras? La forma de vida religiosa judía no tuvo todos sus orígenes aquí abajo;

La mayor cantidad y la solemnidad de las cosas venían del cielo. Por ejemplo, Dios permitía los sacrificios. El altar venía de aquí abajo, al igual que los leños, el cuchillo y el sacerdote. Pero el rito que iba a entrar en el santuario y consumir los sacrificios tenía su origen en lo alto; nadie llevaba el fuego al templo, sino que una llama descendía de lo alto y así se cumplía el ministerio del sacrificio. Y, de nuevo, si alguna vez necesitaban saber algo, una voz salía del propiciatorio, o trono de la misericordia, de entre los querubines, y predecía el futuro. De nuevo, de las piedras que estaban sobre el pecho del sumo sacerdote, a las que llamaban la declaración, salía una especie de destello que indicaba el futuro. Además, cuando alguien tenía que ser elegido y ungido, la gracia del Espíritu descendía y el aceite corría sobre la frente del elegido. Los profetas cumplían estos ministerios. Y muchas veces una nube de humo oscurecía el santuario.

Para impedir que los judíos continuaran con sus actos desvergonzados y atribuyeran su desolación a los hombres, Dios no solo permitió la caída de la ciudad y la destrucción del templo, sino que también eliminó las cosas que tenían su origen en el cielo: el fuego, la voz, el resplandor de las piedras y todo lo demás. Los judíos te dirán: «Los hombres nos hicieron la guerra; los hombres conspiraron contra nosotros». Cuando digan esto, diles que ciertamente los hombres no les habrían hecho la guerra si Dios no lo hubiera permitido. Aunque los hombres derribaron tus murallas.

¿Acaso impidió un hombre que el fuego descendiera del cielo? ¿Acaso detuvo un hombre la voz que se oía continuamente desde el propiciatorio? ¿Acaso detuvo un hombre la proclamación de las piedras? ¿Acaso puso fin un hombre a la unción de vuestros sacerdotes? ¿Acaso quitó un hombre todas esas otras cosas? ¿No fue Dios quien las retiró? Ciertamente, esto es evidente para todos. ¿Por qué, entonces, las quitó Dios? ¿No es obvio que os odió y os dio la espalda para siempre? Los judíos dirán: "¡De ninguna manera! La razón por la que no tenemos esto es porque no tenemos nuestra ciudad madre." Pero, ¿por qué no tienes tu ciudad madre?

¿No es acaso porque Dios los ha abandonado? Más bien, acallemos sus bocas desvergonzadas con más pruebas. Para ello, permítanme demostrar, basándome en las Escrituras, que la destrucción del templo no fue la razón para destruir el ritual dado a los profetas. La verdadera razón fue la ira de Dios. Y ahora está mucho más enfurecido, a causa de la furia desmedida de los judíos contra Cristo, que cuando adoraban al becerro. Ciertamente, cuando Moisés era su profeta, no había ni templo ni altar. Aunque seguían cometiendo innumerables actos de impiedad, su don de profecía no lo abandonó. Sin duda, era un hombre grande y noble, pero, además de Moisés, había otros setenta hombres que, en aquel tiempo, fueron proclamados profetas. Esto fue cierto no solo en tiempos de Moisés, sino también después, cuando se les dio un templo y el resto del ritual. Incluso después de que este templo fuera incendiado y todos ellos llevados a Babilonia, Ezequiel y Daniel no vieron ningún lugar santísimo, ni estuvieron junto a ningún altar.

Pero aun estando en medio de una tierra bárbara y en medio de impuros transgresores de la Ley, fueron llenos del Espíritu y predijeron el futuro, anticipando eventos mucho más numerosos y maravillosos que los profetizados por sus predecesores. Y vieron visiones divinas en la medida en que les fue posible ver. Dime esto. ¿Por qué no tienen profetas ahora? ¿No es evidente que es porque Dios le ha dado la espalda a su religión? ¿Por qué les dio la espalda? Es obvio que lo hizo por causa de aquel a quien ustedes crucificaron y por su imprudencia al cometer esa atrocidad. ¿Qué hace que esto sea tan obvio? Es obvio por esto: cuando ustedes, los judíos, vivían una vida de impiedad antes, lo tenían todo; ahora, después de la cruz, aunque parecen vivir una vida más moderada, sufren una venganza mayor y no tienen ninguna de sus antiguas bendiciones.

Los profetas te presentan la verdad de forma clara y distinta para que puedas comprender la razón de tus problemas. Escucha cómo Isaías predijo no solo las bendiciones que llegarán a todos a través de Cristo, sino también tu arrogancia insensata. Dijo: «Por sus llagas fuimos sanados», y con estas palabras predijo la salvación

que ha llegado a todos a través de la cruz. Luego, para mostrar la clase de hombres que somos, continuó diciendo: «Todos nos habíamos descarriado como ovejas, cada cual se apartó por su propio camino». Al describir la manera de su ejecución en la cruz, dijo: «Como cordero llevado al matadero o oveja ante el esquilador, enmudeció y no abrió la boca. En su humillación le fue quitado el juicio legal.

¿Y dónde podemos ver que todo esto se cumplió? En el tribunal ilegítimo de Pilato. Aunque testificaron tantas cosas contra él, como dijo Mateo, Jesús no les respondió. Pilato, el juez que presidía el juicio, le dijo: "¿Oyes el testimonio que estos hombres dan contra ti?". Y él no respondió, sino que permaneció en silencio. Esto es lo que el profeta inspirado quiso decir: «Como un cordero llevado al matadero o una oveja ante el esquilador, guardó silencio». Luego, mostró la ilegalidad del tribunal cuando dijo: «En su humillación, le arrebataron su juicio». Nadie en aquel entonces emitió un voto verdaderamente justo en su contra, sino que aceptaron el falso testimonio. ¿Cuál fue la razón? Porque no deseaba proceder contra ellos. Si lo hubiera querido, habría conmovido a todos y sacudido al mundo hasta sus cimientos. En la cruz, partió las rocas, oscureció la tierra, desvió los rayos del sol e hizo que el día se convirtiera en noche sobre el mundo entero. Si lo hizo en la cruz, podría haberlo hecho en el tribunal.

Sin embargo, no quiso hacerlo, sino que, en cambio, nos mostró su mansedumbre y moderación. Por eso Isaías dijo: «En su humillación le fue quitado el juicio legal». Luego, para demostrar que Jesús no era cualquiera, continuó diciendo: «¿Quién declarará su generación? ¿Quién es este hombre del que Isaías dijo: ¿Acaso su vida fue arrebatada de la tierra? Por eso Pablo también dijo: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria». Pero volvamos al tema que me propuse discutir y demostrar, a saber, que los judíos están soportando sus tribulaciones actuales a causa de Cristo. Es momento de presentar a mi testigo, Isaías, quien pronunció estas palabras. ¿Dónde, pues, dijo esto? Después de hablar del juicio, la

muerte y la ascensión, después de decir: «Su vida fue arrebatada de la tierra», continuó diciendo: «Y daré a los impíos por su sepultura, y a los ricos por su muerte». No dijo simplemente «los judíos», sino «los impíos». ¿Qué podría ser más impío que aquellos que primero recibieron tantas bendiciones y luego mataron al autor de esas bendiciones?

Si estas profecías no se han cumplido, si ustedes, los judíos, no son ahora deshonrados, si no han perdido todo lo que sus antepasados poseían, si su ciudad no cayó, si su templo no está en ruinas, si su calamidad no ha superado toda tragedia, entonces ustedes, los judíos, deberían negarse a creerme. Pero si los hechos claman y la profecía se ha cumplido, ¿por qué persisten en su insensata e inútil insolencia? ¿Dónde están las cosas que consideraban solemnes? ¿Dónde está su sumo sacerdote? ¿Dónde están su manto, su pectoral y las piedras de la proclamación?

No me hablen de esos patriarcas suyos que son charlatanes y mercaderes, llenos de toda iniquidad. Díganme, ¿qué clase de sacerdote es si ya no existe el antiguo aceite para ungir a los sacerdotes ni ningún otro ritual de consagración? ¿Qué clase de sacerdote es si no hay ni sacrificio, ni altar, ni culto? ¿Quieren que les hable de las leyes que rigen el sacerdocio y de cómo se consagraban los sacerdotes en la antigüedad? De esta manera descubrirían que aquellos entre ustedes que hoy se llaman patriarcas no son sacerdotes en absoluto. Actúan como sacerdotes y representan un papel como si estuvieran en un escenario, pero no pueden desempeñar el papel porque están muy alejados tanto de la realidad como de la pretensión del sacerdocio. Recuerden cómo en aquellos días en que Aarón fue hecho sacerdote, cuántos sacrificios ofreció Moisés, cuántas víctimas mató, cómo bañó a Aarón, ungió el lóbulo de su oreja, su mano derecha y su pie derecho.

Solo entonces Moisés condujo a Aarón al Lugar Santísimo; solo entonces le ordenó que permaneciera allí un número determinado de días. Pero vale la pena que escuches sus palabras. "Esta es la unción de Aarón y la unción de sus hijos. "Y el Señor habló a Moisés diciendo: "Toma a Aarón con sus hijos, sus vestiduras, el

aceite de la unción, el becerro por el pecado y un carnero, y reúne a la comunidad a la entrada del tabernáculo'. Y Moisés habló a toda la asamblea: 'Esta es la palabra que el Señor ha mandado'. Y después de traerlos adelante" (porque debo acortar el relato), "los lavó con agua, puso la túnica [a Aarón], lo ciñó con el cinturón, lo vistió con la túnica, le puso el efod, lo ciñó y lo ajustó alrededor de él. Luego le puso el pectoral con la declaración de doctrina y verdad en él, y le puso las mitras en la cabeza, y sobre la mitra, el plato de oro.

Tomando el aceite de la unción, roció con él el altar y lo consagró, junto con los vasos; también consagró la pila y su base. Y derramó un poco de aceite sobre la cabeza de Aarón, e hizo lo mismo con sus hijos. Luego trajo el becerro. Después de sacrificarlo, cuando Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre él, tomó un poco de su sangre y la puso sobre los cuernos del altar, y purificó el altar. Y derramó la sangre sobre la base del altar y lo consagró realizando el rito de la expiación sobre él. Después de quemar porciones del becerro, algunas dentro del altar, otras fuera del campamento, trajo un carnero y lo ofreció en holocausto. Y trajo de nuevo un segundo carnero, el carnero de la ordenación.

Aarón y sus hijos impusieron sus manos sobre él y Moisés lo inmoló. Tomó un poco de su sangre y la puso en el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, en el pulgar de su mano derecha y en el dedo gordo de su pie derecho. E hizo lo mismo con los hijos de Aarón. Luego tomó algunas partes del sacrificio y las puso en las manos de Aarón y en las de sus hijos, y de esta manera hizo la ofrenda. Y de nuevo tomó la sangre y un poco de aceite y roció con él a Aarón y sus vestiduras, y a sus hijos y sus vestiduras. Los consagró y les ordenó que cocinaran la carne a la entrada de la tienda de reunión y que la comieran allí.

Y dijo: «No saldrás de la entrada de la tienda de reunión durante siete días, hasta el día en que se cumpla el día de tu ordenación». Moisés dijo que mediante todos estos ritos Aarón fue ordenado, purificado y consagrado, y que estos apaciguaron a Dios. Pero hoy no encontramos nada de esto: ni sacrificio, ni holocausto, ni

aspersión de sangre, ni unción con aceite, ni tienda de reunión donde deban sentarse durante un número determinado de días.

Esto deja claro que el sacerdote entre los judíos de hoy no está ordenado, es impuro, está maldito y es profano; solo provoca la ira de Dios. Si un sacerdote no podía ser ordenado de otra manera que no fuera mediante estos ritos, y estos ritos ya no existen, entonces no hay manera posible de que su sacerdocio pudiera haber continuado existiendo. ¿Ves? Tenía razón cuando dije que se habían alejado mucho y se habían distanciado tanto de la realidad como incluso de la pretensión del sacerdocio. También podemos aprender de otras fuentes cuán impresionante era la dignidad del sacerdocio.

En efecto, hubo un día en que algunos hombres malvados y perversos se rebelaron contra Aarón, discutieron con él sobre su posición en la comunidad e intentaron expulsarlo de su liderazgo. Moisés, el más apacible de los hombres, quiso persuadirlos mediante los hechos mismos demostraban que no había llevado a Aarón al liderazgo por ser hermano, pariente o miembro de su familia, sino que, en obediencia al decreto de Dios, le había confiado el sacerdocio. Así pues, ordenó a cada tribu que trajera una vara, y a Aarón se le instruyó que hiciera lo mismo. Cuando cada tribu hubo traído una vara, Moisés las tomó todas y las colocó dentro de la tienda de reunión.

Una vez que los hubo colocado allí, les ordenó que esperaran la decisión de Dios, que les llegaría a través de esas varas. Entonces, todas las demás varas conservaron su misma apariencia, excepto una: la de Aarón floreció y dio hojas y frutos. Así, el Señor de la naturaleza usó hojas en lugar de letras para enseñarles que había elegido nuevamente a Aarón. Dios dijo al principio: «Que la tierra produzca vegetación», y despertó su poder para dar fruto; en los días de Aarón, también tomó aquella madera seca e infructífera y la hizo florecer sin tierra ni raíz. Esa vara fue desde entonces prueba y testimonio tanto de la maldad de aquellos hombres como de la elección de Dios. No pronunció palabra alguna, pero su sola presencia, con tonos más claros que el toque de cualquier trompeta,

exhortaba a todo hombre a no intentar jamás tales cosas como los enemigos de Aarón.

No solo en este caso, sino también en otro momento y de otra manera, Dios dejó clara su elección de Aarón. Muchos hombres conspiraron contra Aarón, movidos por la codicia del liderazgo para el que Dios lo había escogido. (Y el liderazgo es algo por lo que muchos hombres luchan y anhelan). Moisés les ordenó que trajeran sus incensarios, que pusieran incienso en ellos y que esperaran una decisión del cielo. Mientras quemaban el incienso, la tierra se abrió y se tragó a todos sus partidarios, y una llama del cielo consumió a quienes habían tomado sus incensarios. Moisés no quería que nadie olvidara, con el paso del tiempo, lo sucedido. Tampoco quería que los hombres de épocas posteriores ignoraran la maravillosa decisión de Dios.

Por lo tanto, ordenó que se recogieran esos incensarios de bronce y se transformaran en platos para el altar. Así como la sola visión del báculo mudo emitía una voz, así estos platos de bronce hablarían a todos los hombres en adelante, exhortándolos y aconsejándoles que jamás imitaran la locura de aquellos hombres de antaño, por temor a sufrir el mismo juicio. ¿Ves cómo se elegían los sacerdotes en tiempos pasados? Pero todo lo que sucede entre los judíos hoy es un ridículo juego, un comercio de vergüenza, lleno de innumerables ultrajes. Dime, entonces, ¿te dejas guiar por estos hombres que se oponen obstinadamente a las leyes de Dios en cada palabra y obra? ¿Te apresuras a sus sinagogas? ¿No temes que un rayo caiga del cielo y te consuma la cabeza? Incluso si un hombre no es ladrón, pero es visto en una guarida de ladrones, paga la misma pena que ellos.

Ustedes conocen las disputas, ¿verdad? Pero ¿por qué hablar de ladrones y sus crímenes? Seguramente todos recuerdan cuando unos embaucadores malvados de entre nosotros derribaron las estatuas. ¿Recuerdan cómo no solo los que cometieron este acto imprudente, sino también aquellos que simplemente estaban allí parados cuando sucedió, fueron arrestados y llevados a la fuerza a la corte? Y recuerdan que todos pagaron la pena máxima. Díganme,

entonces. ¿Están ansiosos por ir a un lugar donde ultrajan al Padre, blasfeman contra el Hijo y rechazan al Espíritu Santo, el dador de vida? ¿No les da miedo, no se estremecen al poner un pie en esos lugares profanos e impuros? Díganme. ¿Qué defensa o excusa tendrán, ya que son ustedes mismos quienes se han arrojado a la ruina y la perdición, ya que son ustedes mismos quienes se han lanzado al abismo?

No me digas que la Ley y los libros de los profetas están allí. ¿Acaso eso no lo convierte en un lugar santo? ¿Qué es mejor? ¿Es mejor tener los libros allí o proclamar las verdades que contienen? Obviamente, es mejor proclamar estas verdades y guardarlas en el corazón. Dime, ¿Y qué hay de esto? El diablo citó las Escrituras. Eso no santificó su boca, ¿verdad? No se puede decir que sí, puesto que el diablo siguió siendo el diablo. ¿Y qué hay de los demonios? Solo porque hablaron y proclamaron: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y les anuncian un camino de salvación», ¿acaso por eso los consideramos apóstoles? ¡De ninguna manera! Como antes, seguimos dándoles la espalda y odiándolos. Si las palabras no santifican la boca, ¿acaso la presencia de las Escrituras santifica un lugar?

Pero ¿cómo puede ser esto correcto? Esta es mi razón más poderosa para odiar la sinagoga: tiene la Ley y los profetas. Y ahora la odio más que si no tuviera ninguno de ellos. ¿Por qué? Porque en la Ley y los profetas hay un gran atractivo y muchas trampas para atraer a los más sencillos hombres de mente. Por eso Pablo expulsó al demonio que no permaneció callado sino que habló. Como dice el autor de Hechos: "Estando muy afligido, le dijo al espíritu: 'Sal de ella'". ¿Por qué? Porque el demonio seguía gritando: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo. Mientras los demonios permanecieron callados, no engañaron a la gente con sus palabras; cuando hablaron, lo hicieron con la intención de atraer a muchos de la clase más simple para que los escucharan y les prestaran atención en estos otros asuntos.

Los demonios desean abrir la puerta a sus engaños y crear confianza en sus mentiras. Y así añaden una mezcla de verdad,

del mismo modo que quienes preparan drogas letales untan el borde de la copa con miel para que el brebaje dañino sea fácil de beber. Por eso Pablo se entristeció mucho y se apresuró a tapar la boca de los demonios cuando se arrogaron una dignidad que no les convenía. Por eso odio a los judíos. Aunque poseen la Ley, la usan de forma escandalosa. Porque es por medio de la Ley que intentan seducir y atrapar a los hombres más ingenuos. Si se negaran a creer en Cristo porque no creían en los profetas, la acusación contra ellos no sería tan severa. De hecho, se han privado de toda excusa, pues dicen creer en ellos, pero han ultrajado a aquel a quien los profetas anunciaron. En resumen, si crees que un lugar es sagrado porque allí se encuentran la Ley y los libros de los profetas, entonces es hora de que creas que los ídolos y sus templos también lo son.

En una ocasión, durante una guerra contra los judíos, los habitantes de Asdod los conquistaron, tomaron su arca y la llevaron a su templo. ¿Acaso el hecho de que contuviera el arca convirtió su templo en un lugar sagrado? ¡De ninguna manera! Continuó siendo profano e impuro, como pronto demostraron los acontecimientos. Dios quería enseñar a los enemigos de los judíos que la derrota no se debía a su debilidad, sino a las transgresiones de quienes lo adoraban. Así, el arca, tomada como botín de guerra, demostró su poder en tierra extranjera al derribar dos veces el ídolo, rompiéndolo. Lejos de santificar aquel templo, el arca llegó a atacarlo abiertamente.

Mírenlo de otra manera. ¿Qué clase de arca tienen ahora los judíos, donde no encontramos propiciatorio, ni tablas de la ley, ni lugar santísimo, ni velo, ni sumo sacerdote, ni incienso, ni holocausto, ni sacrificio, ni ninguna de las otras cosas que hacían solemne y augusta al arca de antaño? Me parece que el arca que tienen ahora los judíos no está mejor que esas arcas de juguete que se pueden comprar en el mercado. De hecho, es mucho peor. Esas pequeñas arcas de juguete no pueden dañar a nadie que se acerque a ellas. Pero el arca que tienen ahora los judíos causa gran daño cada día a quienes se acercan a ella. "Hermanos, no se conviertan en niños de corazón, sino sean niños de corazón, y rescaten de su

angustia prematura a los que se asustan por estas cosas. Enséñenles lo que realmente debería aterrorizarlos y asustarlos.

No deberían tener miedo de esa arca, sino de traer destrucción al templo de Dios. ¿Cómo destruirán el templo de Dios? Corriendo constantemente a la sinagoga, con una conciencia inclinada hacia el judaísmo y con la observancia inoportuna de los ritos judíos. «Vosotros que queréis ser justificados en la Ley habéis caído de la gracia». Esto es lo que debéis temer. En aquel día del juicio debéis temer oír a quien os juzgará decir: «Apártate, no te conozco». «Os unisteis con los que me crucificaron. Fuisteis obstinados conmigo y reanudasteis las fiestas que yo había abolido. Corristeis a las sinagogas de los judíos que pecaron contra mí. Destruí el templo e hice llover de aquel lugar augusto junto con todas las cosas imponentes que contenía.

Pero vosotros frecuentabais santuarios que no son mejores que tiendas de charlatanes o guaridas de ladrones. Los querubines y el arca seguían allí, la gracia del Espíritu aún abundaba en el templo cuando Cristo dijo: «Lo habéis convertido en una cueva de ladrones» y «en una casa de negocios». Y dijo esto a causa de las transgresiones y la culpa de sangre de los judíos. Ahora, después de que la gracia del Espíritu los ha abandonado, después de que todas esas solemnidades augustas han sido suprimidas, siguen siendo tercos con Dios y continúan con sus ritos irreligiosos. ¿Qué nombre digno podemos encontrar para llamar a sus sinagogas? El templo ya era una cueva de ladrones cuando la comunidad judía y su forma de vida aún prevalecían. Ahora le dais un nombre más digno del que merece si lo llamáis burdel, fortaleza del pecado, morada de demonios, fortaleza del diablo, destrucción del alma, precipicio y abismo de toda perdición, o cualquier otra cosa. Otro nombre que le des. ¿Deseas ver el templo?

No corras a la sinagoga; sé tú mismo un templo. Dios destruyó un templo en Jerusalén, pero levantó innumerables templos, templos más grandiosos que aquel antiguo. Pablo dijo: «Ustedes son el templo del Dios viviente. Hagan ese hermoso templo, expulsa todo mal pensamiento, para que seas un miembro precioso

de Cristo, un templo del Espíritu. Y haz que otros sean templos como tú lo eres. Cuando veas a los pobres, no te resulte fácil pasar de largo. Cuando un aliado tuyo vea a algún cristiano corriendo hacia la sinagoga, no mires hacia otro lado. Busca algún argumento que puedas usar como un tope para traerlo de vuelta a la Iglesia. Este tipo de limosna Dar es más valioso que dar a los pobres, y la ganancia que se obtiene vale más que diez mil talentos. ¿Por qué digo que vale más que diez mil talentos? ¿O que vale más que todo el mundo visible? Un ser humano vale más que el mundo entero. El cielo, la tierra, el mar, el sol y las estrellas fueron creados para él. Consideren, pues, la dignidad y el valor del hombre al que salvan. No subestimen el cuidado que le demuestran.

Aunque un hombre regale más dinero del que puedas contar, no hace nada tan grande como aquel que salva un alma, la aparta de su error y la guía por el camino de la piedad. El que da al pobre le quita el hambre; el que corrige a un cristiano que se está volviendo judío, vence la impiedad. El primero consoló al pobre; el segundo detuvo la transgresión imprudente. El primero liberó el cuerpo del dolor, el segundo rescató un alma de las llamas del infierno. Te mostré el tesoro; no abandones la ganancia. No te atrevas a culpar a tu pobreza ni a excusarte por ser indigente. El único gasto es el de las palabras; el único costo es el de la palabra. Por lo tanto, no nos acobardemos ante la tarea, sino que, con todo el celo y el deseo que poseemos, vayamos en busca de nuestros hermanos.

Aunque no quieran, llevémoslos a nuestras casas, sentémonos con ellos a la mesa y ofrezcamos una comida. A ellos y con ellos sea la gloria del Padre junto con el Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

VI. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo comienza con uno de sus autorretratos más vívidos. Se compara con una fiera salvaje que ha probado carne humana en la arena y ya no puede parar de cazar. Ha estado luchando contra los judíos y descubre que cada enfrentamiento lo entusiasma más para el siguiente. Pero la voz le falla tras el largo sermón del día anterior, y lo reconoce directamente, aunque se niega a que eso lo detenga. Se encomienda a las oraciones de su obispo y a la caridad de su congregación y continúa su camino.

Luego, aborda una objeción recurrente de la facción judaizante de su congregación. Los judíos argumentan que su sufrimiento actual es simplemente el resultado de sus pecados, los mismos pecados que cometieron sus antepasados y por los que fueron perdonados. Crisóstomo refuta este argumento histórico, a la vez sencillo y contundente. Repasa los pecados de sus antepasados: adoraban al becerro de oro, apedreaban a los profetas, sacrificaban a sus hijos a los demonios, practicaban los ritos de Baal y blasfemaban contra Dios continuamente durante el desierto. Hicieron todo esto y aun así fueron protegidos por Dios, recibieron profetas, se alimentaron con maná, fueron guiados por columnas de fuego y sus enemigos fueron derrotados sin batalla. ¿Por qué? Porque, por muy graves que fueran esos pecados, aún no habían cometido el crimen supremo.

Ahora miren la situación actual. Los judíos no adoran ídolos. No sacrifican a sus hijos. Observan el sábado. Sus pecados son en todos los sentidos medibles menos graves que los pecados de sus antepasados. Sin embargo, han soportado quinientos años de cautiverio sin que se vislumbre el final, mientras que sus antepasados fueron liberados de Egipto en cuatrocientos años y setenta años después de Babilonia. La única explicación para esta disparidad es que cometieron un pecado tan grave, muy superior a los de sus antepasados, que las categorías habituales de perdón no les son aplicables. Ese pecado es la crucifixión de Cristo.

Crisóstomo insiste en esto con un argumento específico sobre la política declarada de Dios de proteger a Israel por amor a su propio nombre, incluso cuando no lo merecían. Dios dijo explícitamente a través de los profetas que los ayudaba no por ellos mismos, sino para que su nombre no fuera profanado entre las naciones. Si su cautiverio actual fuera simplemente el resultado de un pecado común, Dios aplicaría la misma política y los restauraría para preservar el honor de su nombre. El hecho de que no lo haya hecho, que les haya permitido permanecer en desgracia durante quinientos años mientras sus enemigos prosperaban, demuestra que algo diferente está sucediendo. Dios no está reteniendo la restauración porque esté enojado temporalmente. La retiene porque el pecado cometido contra Cristo ha colocado a la institución religiosa judía permanentemente fuera del alcance de la restauración que Dios estaba dispuesto a extender por el pecado común.

Luego pasa al argumento del sacerdocio, que es el más preciso desde el punto de vista legal en la homilía. Describe con meticuloso detalle la ceremonia de consagración levítica, citando el lavamiento, la unción de la oreja, el pulgar y el pie derecho, los siete días en la tienda de reunión, los sacrificios, la aspersión de sangre, el efod, el pectoral con las piedras de la declaración. Entonces simplemente pregunta dónde existen estas cosas entre los judíos de hoy. No hay aceite de unción. No hay altar. No hay sacrificio. No hay lugar santísimo. No hay fuego del cielo para consumir las ofrendas. No hay tienda de reunión para los siete días de consagración. Sin estas cosas, nadie puede ser ordenado sacerdote según la Ley. Los hombres que hoy se llaman a sí mismos líderes religiosos judíos no son sacerdotes en ningún sentido que la Ley reconocería. Son actores que representan un papel en un escenario, y el escenario ya se ha desmontado.

Refuerza esta idea con dos relatos sobre cómo se estableció y confirmó el sacerdocio aarónico. El primero es la historia de la vara de Aarón que brotó en la tienda de reunión, demostrando la elección de Dios frente a los rebeldes que la cuestionaban. El segundo es la historia de los hombres que llevaron incensarios y quemaron incienso desafiando la elección divina de Aarón, quienes

fueron tragados por la tierra y consumidos por fuego celestial. Las planchas de bronce hechas con sus incensarios se conservaron como advertencia permanente. La dignidad del sacerdocio no era una institución humana que los humanos pudieran mantener por sus propios esfuerzos. Era un nombramiento divino confirmado por milagros, y cuando Dios retiró esos milagros y esas confirmaciones, el sacerdocio dejó de existir.

Concluye con dos imágenes pastorales que contrarrestan la vehemencia acusatoria del resto del sermón. Primero, ustedes son el templo. Dios destruyó un templo en Jerusalén, pero ha construido innumerables templos. Pablo dijo que ustedes son el templo del Dios viviente. Perfeccionen su vida, expulsen los malos pensamientos y conviértanse en miembros valiosos de Cristo. Segundo, salvar un alma de la sinagoga vale más que diez mil talentos de plata, vale más que todo el mundo visible, porque un ser humano vale más que el mundo entero, que fue creado para su beneficio.

VI. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento de que el cautiverio judío actual es categóricamente diferente de los cautiverios anteriores porque el argumento de que el pecado que lo produjo es categóricamente diferente es el que desafía más directamente el marco sionista cristiano de la relación de pacto continua entre Dios y el pueblo judío moderno. El sionismo cristiano parte de la premisa de que las promesas de Dios a Abraham siguen vigentes para el pueblo judío, independientemente de su relación con Cristo; que el período actual es simplemente un tiempo de ceguera parcial que se levantará al final de los tiempos; y que, mientras tanto, la protección y la bendición especiales de Dios continúan fluyendo hacia el pueblo judío y el Estado judío. El argumento de Crisóstomo es que este marco no puede explicar quinientos años de cautiverio ininterrumpido sin un final profetizado, y que la única explicación que se ajusta a los hechos es que la crucifixión de Cristo creó una ruptura en la relación de pacto cualitativamente diferente a todo lo que la precedió.

El argumento del sacerdocio tiene una aplicación moderna específica que Crisóstomo no pudo haber anticipado, pero que se deriva directamente de su lógica. El estamento rabínico del judaísmo moderno reclama autoridad espiritual sobre el pueblo judío y se presenta como la continuación legítima de la tradición religiosa mosaica. Crisóstomo argumenta que esta afirmación es falsa según los propios términos de la Torá. Sin el aceite de la unción, sin el sistema de sacrificios, sin el fuego del cielo, sin el arca, el propiciatorio y las piedras de la declaración, nadie puede ser consagrado sacerdote en el sentido que exige la Ley. La tradición rabínica que surgió después de la destrucción del templo reemplazó el sistema mosaico con algo que la Torá nunca autorizó, y luego presentó ese reemplazo como el auténtico heredero del pacto mosaico. Este es el acto de revisionismo religioso más significativo de la historia de la humanidad, y Crisóstomo es una de las pocas voces antiguas que lo nombra claramente y se niega a fingir que no ocurrió.

La imagen final del cristiano como templo es la contraparte positiva de todo lo negativo que Crisóstomo argumentó a lo largo de seis homilías. La razón por la que la sinagoga no puede ser santa no es simplemente que Dios la haya abandonado, sino que Dios se ha mudado. No está sin hogar. Habita en su iglesia, en el cuerpo de cada creyente bautizado, en la Eucaristía ofrecida en cada congregación desde el amanecer hasta el anochecer. El cristiano que acude a la sinagoga en busca de poder espiritual abandona la casa donde Dios vive para visitar una casa que Dios ha desocupado. La tragedia no es solo teológica, sino también práctica. Buscan algo en el lugar equivocado cuando el lugar correcto está justo delante de ellos.

VI. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo argumenta que el cautiverio judío actual es categóricamente diferente de los anteriores porque fue producido por un pecado categóricamente distinto: la crucifixión de Cristo. Lo demuestra señalando que sus antepasados fueron liberados tras pecados que, en todos los sentidos, fueron peores que los que cometen los judíos modernos, mientras que el cautiverio actual ha durado quinientos años sin que se vislumbre su fin. ¿Le parece convincente este argumento? ¿Cómo se relaciona con la afirmación sionista cristiana de que las promesas del pacto de Dios a Israel siguen vigentes independientemente de su relación con Cristo?
2. Él invoca la política declarada de Dios de proteger a Israel por amor a su propio nombre, incluso cuando no lo merecían, y argumenta que si el cautiverio actual fuera simplemente el resultado de un pecado común, Dios aplicaría la misma política. El hecho de que no lo haya hecho prueba que el pecado cometido contra Cristo está fuera del alcance de dicha política. ¿Cómo evalúa usted este argumento desde un punto de vista teológico y qué implica acerca de la relación entre la fidelidad divina y la respuesta humana a Cristo?
3. Su detallado argumento de que el sacerdocio judío ha dejado de existir por completo debido a que los ritos de consagración levítica ya no están disponibles es un argumento legal basado en la propia Torá. Si la Torá exige ritos específicos para la consagración sacerdotal y esos ritos ya no existen, ¿puede alguien hoy en día reclamar ser un heredero legítimo del sacerdocio aarónico? ¿Qué implica esto sobre la autoridad del judaísmo rabínico moderno?
4. Compara a los hombres que se autodenominan líderes religiosos judíos con actores que interpretan un papel en un

escenario del que se han retirado todos los elementos de la escenografía. ¿Cómo se aplica esta imagen a las instituciones religiosas modernas, incluidas las cristianas, que mantienen las apariencias de una religión legítima, pero han perdido la sustancia teológica que les daba sentido?

5. Crisóstomo sostiene que el cristiano individual es templo del Dios vivo, y que salvar un alma en la sinagoga vale más que todo el mundo visible, porque el mundo fue creado para los seres humanos. ¿Cómo influye esta antropología —la idea de que cada alma humana vale más que el cosmos físico— en su manera de concebir la urgencia pastoral de abordar el error teológico en su propia comunidad?
6. Concluye exhortando a su congregación a que inviten a los cristianos judaizantes a sus casas, los sienten a la mesa, les den de comer y los mantengan allí hasta que den plena garantía de su conversión y su regreso a mejores costumbres. ¿Cómo se traduce este nivel de intensidad pastoral a un contexto contemporáneo? ¿Dónde se traza la línea entre la persistencia apropiada y la coerción inapropiada?

HOMILÍA VII

VII. ANÁLISIS TEOLÓGICO

En esta homilía encontrará a Crisóstomo adentrándose en lo que posiblemente sea el territorio teológicamente más sofisticado de la serie completa. Las fiestas han pasado. La emergencia pastoral ha terminado. Ahora quiere ofrecer a su congregación algo más duradero que argumentos en contra de asistir a la sinagoga, y quiere presentarles la argumentación teológica completa de por qué el sacerdocio judío y el sistema sacrificial judío no solo han sido suspendidos, sino reemplazados permanentemente por algo categóricamente superior. Su principal instrumento es el Salmo 110 y la Epístola a los Hebreos, específicamente el argumento de Melquisedec.

Encontrarás a Crisóstomo desarrollando una teología bíblica detallada del sacerdocio, demostrando, a partir de la profecía de David, que vendría un nuevo sacerdote según un orden distinto al de Aarón, probando que la llegada de este nuevo sacerdote implica la abolición del antiguo sacerdocio, y luego mostrando, a partir del argumento de Pablo en Hebreos, que la inferioridad del sacerdocio levítico respecto al sacerdocio de Melquisedec estaba implícita en el propio símbolo, puesto que Abraham, el patriarca de los levitas, fue bendecido por Melquisedec y le entregó los diezmos. Este es Crisóstomo en su faceta más meticulosa de exégesis, y es la homilía que aborda de forma más directa la afirmación de que la autoridad religiosa judía conserva algún valor tras la venida de Cristo.

HOMILÍA VII

¿Estás harto de la lucha contra los judíos? ¿O prefieres que retome el mismo tema hoy? Aunque ya he hablado mucho sobre esto, creo que querrás oír lo mismo de nuevo. Quien no se cansa de amar a Cristo, nunca se cansará de luchar contra quienes lo odian. Además, hay otra razón que hace necesario hablar de este tema. Sus fiestas aún no han terminado; todavía quedan algunos vestigios. Sus trompetas eran un ultraje mayor que las que se oían en los teatros; sus ayunos, más vergonzosos que cualquier juerga de borrachos. Así también, las tiendas que ahora mismo se levantan entre ellos no son mejores que las posadas donde las prostitutas y las flautistas ejercen su oficio.

Que nadie me condene por la audacia de mis palabras; es el colmo de la audacia y la indignación no sospechar de los judíos por estos excesos. Puesto que luchan obstinadamente contra Dios y resisten al Espíritu Santo, ¿cómo podemos evitar la necesidad de dictarles tal sentencia?

Esta festividad solía ser sagrada cuando se observaba según la Ley y por mandato de Dios. Pero esto ya no es cierto. Toda su dignidad se ha destruido porque se observa en contra de la voluntad de Dios. Aquellos que, por encima de todos los demás, tratan la Ley y las antiguas festividades con el menor respeto son precisamente los que hoy están más dispuestos que nadie a observar la Ley y las festividades. Pero nosotros somos los que honramos la Ley por encima de todos los demás, incluso si la dejamos descansar como un hombre que ha crecido viejo y débil, aunque no lo arrastremos, canoso por la edad, a la arena, aunque no lo obliguemos a participar en contiendas que no le corresponden a su edad. En mis discursos anteriores, presenté pruebas suficientes de que hoy no es el día de la Ley ni de la antigua república ni de la antigua forma de vida. Pero ahora, permítanme investigar lo que queda por discutir. Hice lo suficiente para completar mi tarea cuando demostré, basándome en todos los profetas, que cualquier observancia de rituales fuera de Jerusalén es una transgresión de la Ley y un sacrilegio.

Pero no cesan de susurrar al oído de todos y de alardear de que recuperarán su ciudad. Aun si esto fuera cierto, no podrían eludir la acusación de transgredir la Ley. Pero les he dado pruebas contundentes de que la ciudad no será restaurada ni recuperarán su antigua comunidad ni su forma de vida. Una vez demostrado esto, no hay lugar para la discrepancia en ningún otro punto. Por ejemplo, ni la forma de sacrificio, ni el holocausto, ni la fuerza vinculante de la Ley, ni ningún otro aspecto de su antigua comunidad y forma de vida pueden subsistir.

Para empezar, la Ley ordenaba que cada varón subiera al templo tres veces al año. Pero no podían hacerlo una vez destruido el templo. Además, la Ley ordenaba que se ofrecieran sacrificios por el hombre que padecía gonorrea, el leproso, la mujer menstruante y la mujer que había dado a luz. Pero esto es imposible, puesto que el lugar ya no existe ni se ve ningún altar. La Ley les ordenaba cantar himnos sagrados, pero, como ya he demostrado, el lugar donde vivían se lo impedía; los profetas los condenaron y dijeron (917) que estaban leyendo la Ley y alabando a Dios en tierra extranjera. Si ni siquiera podían leer la Ley fuera de Jerusalén, ¿cómo iban a cumplirla fuera de ella?

Por eso Dios los amenazó y les dijo: «No visitaré a vuestras hijas cuando cometan fornicación, ni a vuestras nueras cuando cometan adulterio». ¿Qué significa esto? Primero, les leeré la antigua Ley y luego trataré de aclarar su significado. ¿Qué dice, pues, la Ley? «Si una mujer peca contra su marido, despreciándolo y despreciándolo, y si alguien duerme con ella durante el acto sexual, y si escapa a la mirada de su marido y no hay testigos contra ella, ni es sorprendida en el acto, ni si un espíritu de celos se apodera de su marido cuando ella no ha sido contaminada...» Esto es lo que significa la Ley.

Si una mujer comete adulterio y su marido lo sospecha, o si él sospecha de ella cuando no ha cometido adulterio, pero no hay testigo ni concepción que pruebe la sospecha, «la llevará al sacerdote y llevará harina de cebada como ofrenda por ella». ¿Por qué, pregunto, tiene que ser harina de cebada en lugar de harina fina o harina de trigo? Puesto que lo sucedido fue fuente de dolor,

acusación y sospecha maliciosa, la forma del sacrificio imitaba una calamidad doméstica. Por eso el Señor dijo: «No derramarás aceite sobre ella ni le pondrás incienso». Entonces (pues debo acortar el relato) El sacerdote la llevará adelante y tomará agua pura en un recipiente de barro; recogerá un poco del polvo que esté en el suelo y lo echará en el agua; hará que la mujer se ponga de pie, la hará jurar y le dirá: «Si no pecaste de tal manera que te contaminaste por tu marido, queda inmune al agua de la reprensión. Pero si pecaste y te contaminaste, si alguien que no fuera tu marido tuvo relaciones sexuales contigo, que el Señor te convierta en una execración y una maldición entre tu pueblo. ¿Qué significa "una execración y una maldición"? Como dice el dicho: ¡Que no me suceda a mí lo que le pasó a esa pobre mujer! "Porque el Señor hará que tu vientre se hinche y el agua que trae maldición entrará en tu vientre para hacerlo hinchar". Y la mujer dirá: "Amén, amén". Y sucederá que, si la mujer se contamina, el agua de la maldición entrará en su vientre para hacerlo hinchar, y la mujer será una execración. Si no se contamina, estará ilesa y concebirán descendencia.' Una vez que los judíos fueron llevados a la esclavitud, ninguna de estas cosas se pudo hacer porque no había templo, ni altar, ni tienda de reunión, ni sacrificio que ofrecer.

Porque así fue, cuando Dios los amenazó, dijo: «No castigaré a vuestras hijas cuando cometan fornicación, ni a vuestras nueras cuando cometan adulterio». ¿Veis que la Ley se fundamenta en el lugar? Y puesto que la ciudad ha desaparecido, ya no puede haber sacerdocio. No puede haber emperador si no hay ejércitos, ni corona, ni túnica púrpura, ni ninguna de las demás cosas que unen un imperio. Así también, no puede haber sacerdocio si el sacrificio ha sido destruido, si las ofrendas están prohibidas, si el santuario ha sido pisoteado hasta convertirlo en polvo, si todo lo que lo constituía ha desaparecido.

Porque el sacerdocio depende de todas estas cosas. Como dije antes, me bastó con demostrar que ni los sacrificios, ni los holocaustos, ni las demás purificaciones, ni ninguna otra parte de la comunidad judía (918) ni de su modo de vida volverían. En definitiva, bastó con demostrar que el templo jamás se levantará de

nuevo. Ahora que ya no existe, todo ha sido arrebatado; si parece que se está llevando a cabo algún ritual, va en contra de la Ley y constituye un delito imprudente. Del mismo modo, una vez que he demostrado que el templo jamás será restaurado a su estado anterior, también he demostrado que el resto del ritual de culto no volverá a su condición anterior, que no habrá sacerdote ni rey.

Si ni siquiera a un plebeyo de sangre judía se le permitía servir a extranjeros, con mayor razón estaría prohibido que su propio rey estuviera sujeto a otros. Pero puesto que mi esfuerzo y celo están dedicados aquí no solo a callar a los judíos, sino también a instruir a vuestra amorosa asamblea, venid ahora y dejadme tomar otra autoridad y probar este mismo punto. Dejadme probar que tanto los sacrificios de los judíos como su sacerdocio ha terminado por completo ese día y nunca volverán a su estatus anterior. ¿Quién dice esto? Ese gran y maravilloso profeta, David. Dejó claro que un tipo de sacrificio sería abolido y otro introducido en su lugar cuando dijo: «Muchas son las maravillosas obras que has hecho, oh Señor, Dios mío; y en tu pensamientos: no hay nadie como tú. Lo he declarado y lo he dicho. Mira cuán sabio es el profeta.

Dijo: «Muchas son las maravillas que has hecho», y quedó atónito ante el poder de Dios para obrar milagros. Pero no continuó contándonos sobre la creación de las cosas que vemos del cielo, la tierra y el océano, del agua y el fuego; no nos habló de aquellas extrañas maravillas que ocurrieron en Egipto, ni de ningún otro milagro semejante. ¿Qué dijo que eran las maravillas? «Sacrificio y ofrenda no quisiste». ¿Qué quieres decir, David? ¿Es esto una extraña maravilla? No, dijo.

Porque esto no fue lo único que vio. Inspirado por el cielo, vio con ojos proféticos cómo Dios guiaría a las naciones hacia él; vio cómo aquellos que estaban clavados a sus dioses, que adoraban piedras, que eran peores que bestias irracionales, de repente alzaron la vista y reconocieron al Señor de toda la creación; vio cómo estos hombres dejaron de lado su inmunda adoración a los demonios y rindieron un culto puro y sin derramamiento de sangre a Dios. Al mismo tiempo, vio que los judíos también, que eran aún más

imperfectos que los paganos, dejarían de lado su culto mediante sacrificios, holocaustos y otras cosas materiales, y serían guiados a nuestro modo de vida.

Y reflexionó sobre la inefable bondad amorosa de Dios que sobrepasa todo entendimiento; quedó atónito ante cuán mucho habían cambiado las cosas, cómo Dios las había transformado, cómo había convertido a los hombres de demonios en ángeles, y cómo había introducido una comunidad y un modo de vida dignos del cielo. Todo esto tendría lugar después de que el antiguo sacrificio hubiera sido abolido y después de que Dios trajo en su lugar el nuevo sacrificio a través del cuerpo de Cristo. Por eso David se quedó atónito y se maravilló y dijo: «Muchas son las obras maravillosas que has hecho, oh Señor, Dios mío». Para mostrar que hizo toda esta predicción profética en favor de Cristo cuando dijo: «Sacrificio y ofrenda no quisiste», David continuó diciendo: «Pero un cuerpo me has preparado». Con esto se refería al cuerpo del Señor que se convirtió en el sacrificio común por todo el mundo, el sacrificio que limpió nuestra alma, canceló nuestro pecado, venció la muerte, abrió el cielo, nos dio muchas grandes esperanzas y preparó todas las demás cosas que Pablo conocía bien y de las que habló cuando exclamó: «¡Oh, la profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios!

¡Cuán incomprensibles son sus juicios e insondables sus caminos! David, pues, previó todo esto cuando dijo: «Muchas son las maravillas que has hecho, Señor, Dios mío». Y hablando en nombre de Cristo, añadió: «En holocaustos y sacrificios por el pecado no te complaciste». Y continuó: «Entonces dije: “He aquí que he venido”». ¿Cuándo fue «entonces»? Cuando llegó el momento oportuno para recibir instrucciones más perfectas. Tuvimos que aprender las lecciones menos perfectas a través de sus siervos, pero las lecciones más elevadas, que trascienden la naturaleza humana, tuvimos que aprenderlas del mismo Legislador. Por eso Pablo dijo: «Dios, que en tiempos pasados habló a nuestros antepasados por medio de los profetas en diversas ocasiones y de diversas maneras, por último, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por medio

de quien también creó el universo». Y Juan dijo de nuevo: «Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo». Y este es el mayor elogio a la Ley, a saber, que preparó la naturaleza humana para el Maestro.

Pero él no quería que lo vieran como un nuevo Dios ni como ninguna clase de innovación. Escuchen lo que dijo: «En la cabecera del libro está escrito de mí». Lo que quiso decir fue esto: «Hace ya mucho tiempo los profetas predijeron mi venida y, desde el comienzo de las Escrituras, las abrieron ligeramente para ofrecer a los hombres un vislumbre del conocimiento de que yo soy Dios». Así, al principio de la creación, cuando Dios dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza», nos estaba revelando de una manera algo oscura la divinidad de su Hijo, a quien se dirigía entonces. Más adelante, el salmista demostró que esta nueva forma de vida religiosa no contradecía la antigua, sino que era voluntad de Dios que el antiguo sacrificio fuera abolido y el nuevo lo reemplazara.

Lo nuevo era una extensión de la forma correcta de adoración; no se oponía ni luchaba contra lo antiguo. Lo demostró cuando dijo: «En la cabecera del libro está escrito de mí», y añadió: «Que yo haga tu voluntad, oh Dios mío; la he deseado, y tu ley, en lo profundo de mi corazón». Y cuando explicó cuál era la voluntad de Dios, no mencionó sacrificios, holocaustos, ofrendas, ni trabajo duro, sino que dijo: «He proclamado tu justicia en una gran asamblea». ¿Qué quiere decir cuando dice: «He proclamado tu justicia»? No dijo simplemente: «He dado», sino «He declarado». ¿Qué significa esto? Que ha justificado a nuestra raza no por obras correctas, ni por trabajos, ni por trueque, sino solo por gracia.

Pablo también lo dejó claro cuando dijo: «Pero ahora la justicia de Dios se ha manifestado independientemente de la Ley». Pero la justicia de Dios viene por medio de la fe en Jesucristo y no por ningún trabajo ni sufrimiento. Y Pablo retomó el testimonio de este Salmo cuando dijo lo siguiente: “Porque la Ley, teniendo solo una sombra de los bienes venideros, y no la imagen exacta de los mismos, nunca puede, mediante los sacrificios que se ofrecen

continuamente, año tras año, los mismos, perfeccionar a los que se acercan. Por eso, al venir al mundo, dice: “Sacrificio y ofrenda no quisiste, sino que me preparaste un cuerpo”.

Con esto se refería a la entrada en el mundo del Unigénito, la dispensación a través de la carne. Porque esta es la forma como vino a nosotros. No cambió de lugar (¿cómo podría, puesto que está en todas partes y lo llena todo?), sino que se nos hizo visible a través de la carne. Aquí luchamos no solo contra los judíos, sino también contra los paganos y muchos herejes. Permítanme, pues, revelarles el significado más profundo; permítanme indagar la razón por la que Pablo mencionó este texto cuando tenía innumerables testimonios que demostraban que la Ley, el antiguo sistema de gobierno y el modo de vida ya no eran productivos. No lo citó por casualidad, sino que lo hizo con una buena razón y una sabiduría inefable. Todos estarían de acuerdo en que tenía otros testimonios sobre este tema, más extensos y vehementes, si hubiera querido presentarlos.

Por ejemplo, Isaías dijo: «No me complaces. Estoy harto de carneros quemados enteros. No deseo grasa de animales engordados ni sangre de toros y cabras, aunque te presentes ante mí. ¿Quién te pidió estas cosas? Si me ofreces harina de trigo, es en vano. El incienso me es abominación». Y de nuevo, en otro lugar: «Ahora no te llamé, Jacob, ni Israel, te cansé. No me honraste con sacrificios ni me adoraste con tus ofrendas; no te cansé con incienso, ni me trajiste incienso con plata». Y Jeremías dijo: «¿Por qué me traéis incienso de Saba y canela de un país lejano? Vuestros holocaustos no me han complacido». Y de nuevo: «Amontonad vuestros holocaustos sobre vuestros sacrificios y comed la carne». Y otro profeta dijo: «Quitad de mí el sonido de vuestros cánticos; no oiré el cántico de vuestras arpas». Y de nuevo, había otro texto, donde los judíos decían: «¿Aceptará el Señor en lugar de holocaustos si doy a mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mis almas?». Y el profeta los reprendió y dijo: «Ya se os ha anunciado lo que es bueno y lo que el Señor Dios requiere de vosotros: que améis la misericordia, practiquéis la justicia y el derecho, y estéis dispuestos a caminar

detrás de vuestro Dios». David también habló en el mismo sentido cuando dijo: «Yo no tomaré becerros de tu casa ni cabras de tus rebaños». Cuando Pablo tenía tantos testimonios en los que Dios ciertamente rechaza esos sacrificios, los tiempos de la luna nueva, los sábados, las fiestas, ¿por qué omitió todo esto y mencionó solo ese texto?

Muchos de los infieles y muchos de los propios judíos que ahora luchan contra mí sostienen que su comunidad y forma de vida no fueron abolidos porque eran imperfectos o porque fueron reemplazados por una forma de vida superior (me refiero a la nuestra), sino por la pecaminosidad de aquellos que ofrecían los sacrificios en aquellos días. E Isaías ciertamente dijo: «Si extiendes tus manos, apartaré de ti mis ojos; y si multiplicas tus oraciones, no te escucharé». Luego, para dar la razón de esto, continuó diciendo: «Porque tus manos están llenas de sangre». Estas palabras no son una acusación contra los sacrificios; son una acusación contra la pecaminosidad de aquellos que los ofrecían. Dios rechazó sus sacrificios porque los ofrecían con las manos manchadas de sangre. De nuevo, cuando David dijo: «No tomaré becerros de tu casa ni cabras de tus rebaños», continuó añadiendo: «Pero al pecador Dios le dijo: "¿Por qué proclamas mis justicias y tomas mi pacto en tu boca?

Odiabas la disciplina y desechabas mis palabras. Si veías a un ladrón, corrías con él y proclamabas mis justicias y tomabas mi pacto en tu boca. Odiabas la disciplina y desechabas mis palabras. Si veías a un ladrón, corrías con él y te aliabas con los adúlteros. Tu boca abundaba en injusticia y tu lengua envolvía engaños en tus palabras. Te sentabas y hablabas calumnias contra tu hermano y ponías tropiezo al hijo de tu madre. Esto deja claro que en este caso Dios no solo rechazó los sacrificios, sino que los rechazó porque quienes los ofrecían eran adúlteros y ladrones y conspiraban contra sus hermanos. Así que estos enemigos míos sostienen que, puesto que cada profeta acusa a quienes ofrecen los sacrificios, su profecía dicen que esa es la razón por la que Dios rechazó sus sacrificios. Eso es lo que me dicen mis oponentes.

Pero Pablo les asestó un golpe demoledor y les hizo callar la boca desvergonzada al citar como testimonio el texto que he comentado. Cuando Pablo quiso demostrar que Dios había rechazado la antigua comunidad y forma de vida por ser imperfecta, y que la había vuelto inoperante, tomó como testimonio aquel texto en el que no se acusa a quienes ofrecían los sacrificios. Utilizó un texto que deja claro que el sacrificio en sí mismo era imperfecto. Pues el profeta David no acusó a los judíos; simplemente dijo: «Sacrificio y ofrenda no quisisteis, sino que me preparasteis un cuerpo; en holocaustos y sacrificios por el pecado no os complacisteis». Al explicar este texto, Pablo dijo: «Él anula el primer pacto para establecer el segundo». Si David hubiera dicho: «Sacrificio y ofrenda no quisisteis», y no hubiera dicho nada más, su argumento tendría fundamento. Pero puesto que también dijo: «Pero me preparasteis un cuerpo», y mostró que se trajo otro sacrificio para reemplazarlo, no dejó ninguna esperanza de que el antiguo sacrificio volviera. Y al explicar esto, Pablo dijo: «Por medio de esta ofrenda hemos sido santificados en la voluntad de Cristo»; y también: «Si la sangre de toros y machos cabríos y las cenizas rociadas de una novilla santifican lo impuro para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu Santo se ofreció a sí mismo sin mancha, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas?

Esto nos da abundante prueba, entonces, de que esos antiguos rituales han cesado, que se ha instaurado un nuevo rito para reemplazarlos, y que los antiguos no volverán a ser restaurados. ¿Qué queda por discutir ahora? Desde hace algún tiempo he estado ansioso por demostrarles que su tipo de sacerdocio ha desaparecido y nunca volverá. Permítanme dejar esto expresamente claro a partir de las propias Escrituras. Primero debo comenzar con algunas observaciones, para que mi explicación de lo que dicen las Escrituras pueda ser aún más evidente. A su regreso de Persia, Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a los doce patriarcas de quienes surgieron las doce tribus, o mejor dicho, las trece, porque, en lugar de José, sus dos hijos, Efraín y Manasés, se convirtieron en líderes de tribus. Cada uno de los hijos de Jacob recibió el nombre de una tribu: por ejemplo, la

tribu de Rubén, la de Simeón, la de Leví, la de Judá, la de Neftalí, la de Gad, la de Aser y la de Benjamín. Así también en el caso de José, sus dos hijos, Manasés y Efraín, dieron nombre a dos tribus: una se llamó la tribu de Efraín y la otra la tribu de Manasés.

De estas trece tribus, todas menos una poseían campos y grandes ingresos; todas menos una cultivaban los campos y se dedicaban a todas las demás actividades seculares. Pero la tribu de Leví fue honrada con el sacerdocio; solo ella estaba exenta del trabajo secular. No cultivaban los campos ni realizaban ninguna otra actividad similar, sino que dedicaban su atención exclusivamente al sacerdocio. De todo el pueblo recibían los diezmos del vino, el trigo, la cebada y todo lo demás; todos les daban los diezmos y este era su ingreso. Nadie de ninguna otra tribu podía llegar a ser sacerdote. De esta tribu (me refiero a la tribu de Leví) surgió Aarón, y por sucesión, sus descendientes recibieron el sacerdocio; nadie de ninguna otra tribu llega a ser sacerdote.

Así pues, estos levitas recibían los diezmos del resto y, de esta forma, se sustentaban. Pero en tiempos de Abraham, antes de Jacob e Isaac, antes de la venida de Moisés, cuando aún no se había escrito la Ley, cuando el sacerdocio no se había establecido claramente para los levitas, cuando no había Tienda de Reunión ni Templo, antes de la división del pueblo en tribus, antes de que existiera Jerusalén, antes de que nadie hubiera tomado el control del gobierno entre los judíos, había un hombre llamado Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo.

Este Melquisedec era a la vez sacerdote y rey; iba a ser un tipo de Cristo, y la Escritura lo deja claro. Porque Abraham atacó a los persas, rescató a su sobrino Lot de sus manos, se apoderó de todo el botín y regresaba de su gran victoria sobre sus enemigos. Después de describir estos eventos, la Escritura dijo lo siguiente acerca de Melquisedec: «Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo. Bendijo a Abraham y dijo: “Bendito seas por el Dios Altísimo, creador del cielo y de la tierra; bendito sea el Dios Altísimo que ha entregado a tus enemigos en tu mano”. Entonces Abraham le dio el diezmo de

todo». Si, pues, algún profeta dice claramente que después de Aarón, después de ese sacerdocio, después de esos sacrificios y ofrendas, se levantará otro sacerdote, no de la tribu de Leví, sino de otra tribu de la cual nadie jamás fue sacerdote, un sacerdote no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec, es igualmente claro que el antiguo sacerdocio ha dejado de existir y se ha instaurado otro, un nuevo sacerdocio para ocupar su lugar. Si el antiguo sacerdocio iba a seguir siendo efectivo, tendría que llamarse sacerdocio según el orden de Aarón y no según el orden de Melquisedec.

¿Habló algún profeta de este nuevo sacerdocio? Sí, el mismo profeta que antes habló de los sacrificios y que se refería a Cristo cuando dijo: «El Señor le dijo a mi Señor: “Siéntate a mi derecha”». Para evitar que alguien sospechara que esto se refería a un hombre común, no fue Isaías ni Jeremías, ni ningún profeta cualquiera, quien lo dijo, sino el propio rey David. Pero un rey no puede llamar Señor a ningún hombre; solo a Dios puede llamar Señor. Si David hubiera sido un hombre común, tal vez alguno de esos insensatos habría dicho que hablaba de un simple mortal. Pero ahora, siendo rey, no habría llamado Señor a ningún hombre. Si David hubiera hablado de una persona común, ¿cómo podría haber dicho que esa persona se sentaba a la derecha de esa Majestad inefable y poderosa? Habría sido imposible.

Pero de esta persona dijo: «El Señor le dijo a mi Señor: “Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”». Luego, para que no pensaras que esta persona era débil e impotente, David continuó diciendo: «Contigo está el principado en el día de tu poder». Y lo dejó aún más claro cuando dijo: «De aquel de quien te engendré antes de la estrella del día». Pero ningún simple mortal fue engendrado antes de la estrella del día. «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec».

No dijo: «Según el orden de Aarón». Así pues, pregúntenles a los judíos por qué David trajo a otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, si el antiguo sacerdocio no iba a ser abolido. En cualquier caso, vean cómo Pablo lo aclaró al llegar a este texto.

Después de decir de Cristo: «Como él (David) también dice en otro lugar: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”», el apóstol continuó diciendo: «Sobre este punto tenemos mucho que decir, y es difícil explicarlo». Tras reprender a sus discípulos (debo abreviar el relato), procedió a contarles quién era Melquisedec y a narrar la historia: «Salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de la derrota de los reyes y lo bendijo; a quien Abraham repartió los diezmos de todo». Luego, para dar una idea de Melquisedec, el tipo, dijo: «Consideren cuán grande es este hombre, a quien incluso Abraham, el patriarca, dio los diezmos de todo». No dijo esto sin motivo alguno, sino porque quería demostrar que nuestro sacerdocio es mucho mayor que el sacerdocio judío. Y la excelencia de estas realidades se manifiesta de antemano en los mismos símbolos que las prefiguran.

Abraham fue el padre de Isaac, el abuelo de Jacob y el antepasado de Leví, pues Leví era hijo de Jacob. El sacerdocio entre los judíos comenzó con Leví. Así que este hombre, Abraham, fue el antepasado de los levitas y de los sacerdotes judíos. Pero en tiempos de Melquisedec, que es el tipo de nuestro sacerdocio, Abraham tenía el rango de un laico. Dos cosas lo dejan claro. Primero, dio los diezmos a Melquisedec, y son los laicos que dan diezmos a los sacerdotes. Segundo, fue bendecido por Melquisedec, y los laicos son bendecidos por los sacerdotes. Vemos nuevamente la excelencia de nuestro sacerdocio cuando encontramos a Abraham, el patriarca de los judíos, el antepasado de los levitas, recibiendo una bendición de Melquisedec y dándole diezmos. Ciertamente el Antiguo Testamento dice que Melquisedec bendijo a Abraham y le exigió la décima parte. Y Pablo puso estos mismos puntos en primer plano y dijo: «Consideren cuán grande es este hombre». ¿Quién es «este hombre»?

Pablo nos dijo: Melquisedec, «a quien incluso Abraham, su patriarca, dio los diezmos de la mejor parte del botín». «Y ciertamente, los que son de los hijos sacerdotes de Leví tienen el mandamiento de tomar los diezmos del pueblo, es decir, de sus hermanos, aunque estos también provienen de los lomos de Abraham». Lo que Pablo quiere decir con esto es que los levitas,

que eran sacerdotes entre los judíos, recibieron el mandamiento, según la Ley, de tomar los diezmos de los demás judíos. Aunque todos descendían de Abraham, tanto los levitas como el resto del pueblo, no obstante, los levitas tomaban los diezmos de sus hermanos.

Pero Melquisedec, que no pertenecía a su linaje, pues no era descendiente de Abraham ni de la tribu de Leví, sino de otra nación, le exigió a Abraham el diezmo. Y no solo eso, sino que hizo algo más. ¿Qué fue? Bendijo de nuevo a Abraham, a pesar de que fue Abraham quien recibió las promesas. ¿Qué demuestra esto? Que Abraham era muy inferior a Melquisedec. ¿Cómo es posible? «Sin lugar a dudas, lo inferior es bendecido por lo superior», de modo que, a menos que Abraham, el antepasado de los levitas, fuera inferior a Melquisedec, este no lo habría bendecido, ni Abraham le habría dado el diezmo.

Pero Pablo quiso demostrar que, debido a la excelencia de Melquisedec, esa inferioridad podría haber continuado, así que prosiguió diciendo: «Incluso Leví, el que recibía los diezmos, también fue, por así decirlo, sometido a los diezmos, aunque Abraham». ¿Qué quiere decir con «fue sometido a los diezmos»? Aunque Leví aún no había nacido, por medio de su padre, él también dio los diezmos a Melquisedec. Como dijo Pablo: «Todavía estaba en las entrañas de su padre cuando Melquisedec lo encontró». Por eso Pablo tuvo cuidado de decir: «Por así decirlo». Luego explicó por qué dijo esto. «Si la perfección se obtuvo mediante el sacerdocio levítico (pues bajo él el pueblo recibió la Ley), ¿qué necesidad había de que surgiera otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no se dijera que fuera según el de Aarón?». ¿Qué quiso decir Pablo? Quiso decir esto.

Si la religión judía era perfecta, si la Ley no era un presagio de bendiciones futuras sino que había sido eficaz en todo sentido, si no iba a ceder ante otra Ley, si el antiguo sacerdocio no iba a desaparecer para dar paso a otro, ¿por qué dijo el profeta: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec»? Debería haber dicho: «según el orden de Aarón». Por eso Pablo dijo: «Si la

perfección se alcanzó mediante el sacerdocio levítico, ¿qué necesidad había de que surgiera otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no se dijera que sería según el orden de Aarón?». Esto dejaba claro que el antiguo sacerdocio había terminado y que se había instaurado otro sacerdocio mucho mejor y más sublime para reemplazarlo. Al admitir esto, también estaríamos de acuerdo en que se instaurará otro modo de vida acorde con el nuevo sacerdocio y se dará otra Ley, y claramente esta es la nuestra. Pablo nos preparó para esto cuando dijo: «Cuando se cambia el sacerdocio, es necesario que también se cambie la ley, porque el autor de estas es uno solo». Muchas de las prescripciones de la Ley estaban dedicadas a los ministerios del sacerdocio, y el antiguo sacerdocio ha sido abolido.

Puesto que se introdujo un nuevo sacerdocio para reemplazar al antiguo, es evidente que también se debía introducir una Ley superior. Para aclarar a quién se referían estas palabras, Pablo dijo: «Porque aquel de quien se dicen estas cosas es de otra tribu, de la cual nadie jamás ha servido en el altar. Pues es evidente que nuestro Señor procede de Judá, y Moisés no mencionó en absoluto a sacerdotes cuando se refería a esta tribu». Cristo procede claramente de esa tribu, la tribu de Judá; Cristo es sin duda sacerdote según el orden de Melquisedec; Melquisedec es sin duda mucho más venerable que Abraham. Por lo tanto, debemos admitir desde todos los puntos de vista que se está introduciendo un nuevo sacerdocio para reemplazar a otro y que este es mucho más sublime que el antiguo sacerdocio.

Si el tipo era tal, si era más magnífico que el sacerdocio judío, la realidad que prefiguraba es aún más magnífica. Este es el punto que Pablo quería destacar cuando dijo: «Y mucho más evidente es si surge otro sacerdote, conforme a la semejanza de Melquisedec, que no lo fue según la ley de un mandamiento carnal, sino según una vida que no tiene fin». ¿Qué quiso decir Pablo cuando dijo: «No según la ley de un mandamiento carnal, sino según una vida que no tiene fin»? Quiso decir que ninguno de los mandamientos de Cristo son mandamientos carnales.

Él no ordenó el sacrificio de ovejas ni de becerros; nos ordenó adorar a Dios mediante la virtud de nuestras vidas. Como recompensa por esto, nos ofreció una vida eterna. Y después de haber muerto por nuestros pecados, vino y nos resucitó; nos salvó liberándonos de una doble muerte: la muerte del pecado y la muerte de la carne. Puesto que vino con tales dones, Pablo dijo: «No según la ley de los mandamientos carnales, sino según una vida eterna».

Por lo tanto, ahora he probado lo que quedaba por probar. He probado que, debido a que el sacerdocio fue cambiado, era razonable y necesario que también haya un cambio de Ley. Y nuevamente pude probar este punto trayendo como testigos a los profetas. Ellos testificaron que la Ley será cambiada, que la antigua comunidad y el modo de vida serán transformados para mejor, y que jamás más se levantará un rey para los judíos. Pero debo decir solo lo que mi audiencia pueda escuchar y comprender; no debo condensarlo todo y decirlo todo a la vez. Por lo tanto, guardaré el resto para otra ocasión y, por ahora, terminaré mi instrucción aquí. Pero permítanme primero exhortarlos, amada asamblea, a que tengan presente lo que he dicho y lo relacionen con lo que dije anteriormente. Y lo que les pregunté antes, ahora se lo preguntaré de nuevo.

Rescata a tus hermanos y muestra gran preocupación por nuestros miembros que se han vuelto negligentes. No emprendo esta gran tarea solo para oírme hablar o para disfrutar del tumulto de tus aplausos; lo hago para traer de vuelta al camino de la verdad a aquellos que se han desviado. Que nadie me diga: «No tengo nada en común con él, sería afortunado si pudiera administrar bien mis propios asuntos». Nadie puede administrar sus propios asuntos si no ama a su prójimo y trabaja por su salvación. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando dijo: «Que nadie busque su propio interés, sino el de su prójimo». Él no ama a su prójimo y trabaja por su salvación.

Esto es lo que Pablo quiso decir cuando afirmó: «Que nadie busque su propio interés, sino el de su prójimo». Sabía que nuestros intereses radican en el bienestar de nuestro prójimo. Tú gozas de

buena salud, pero tu hermano está enfermo. Por lo tanto, si estás en tu sano juicio, te compadecerás del que sufre y, en este asunto, seguirás el ejemplo de aquella alma bendita que dijo: «¿Quién está débil, y yo no lo estoy? ¿Quién tropieza, y yo no me indigno?». Si nos alegramos al dar unas monedas y gastar un poco de dinero en los pobres, ¡cuánto mayor placer obtendremos al salvar almas! ¿Qué recompensa obtendremos en la vida venidera? Ciertamente, en este mundo, cada vez que nos encontremos con estos hombres, sentiremos un gran placer al conocerlos, pues recordaremos el bien que les hicimos. Cuando los veamos en el más allá ante el temible tribunal del juicio, experimentaremos una gran confianza.

Cuando los injustos, los codiciosos, los saqueadores y quienes han infligido innumerables males a sus prójimos comparezcan ante este tribunal y vean a sus víctimas —y sin duda las verán, como dice Cristo y como se evidencia en la parábola del rico y Lázaro— no podrán abrir la boca ni pronunciar palabra en su defensa. Se verán abrumados por la profunda vergüenza de su condena y serán arrastrados, lejos de la vista de sus víctimas, a los ríos de fuego. Pero cuando quienes enseñaron e instruyeron a sus prójimos en esta vida comparezcan ante el tribunal, verán a aquellos a quienes salvaron intercediendo por ellos.

Y se llenarán de gran confianza. Pablo lo dejó claro cuando dijo: «Nosotros somos vuestro orgullo, así como vosotros también lo seréis el nuestro». Dime, ¿cuándo sucederá esto? «En el día de nuestro Señor Jesucristo». Y, de nuevo, Cristo dio un buen consejo cuando dijo: «Háganse amigos de las riquezas de la maldad, para que, cuando falten, los reciban en las moradas eternas». Como ven, recibiremos mucha confianza de aquellos a quienes hemos hecho el bien en esta vida. Pero si hay tantos premios, tan gran recompensa, tan amplio reembolso por el dinero que gastamos en otros, ¿cómo no vamos a obtener muchas bendiciones cuando ayudamos a un alma? Tabita vistió a las viudas, ayudó a los pobres y resucitó de entre los muertos. Si las lágrimas de aquellos a quienes ella hizo el bien le devolvieron su alma a su cuerpo (y esto antes del día de la resurrección), ¿acaso las lágrimas de aquellos a quienes rescataste y salvaste no te ayudarán en algo? Las viudas

que rodeaban el cuerpo de Tabita señalaron que la que había muerto estaba viva. De la misma manera, aquellos a quienes salvaste en esta vida estarán a tu alrededor en el día del juicio.

Os arrebatarán del fuego del Gehena para que disfrutéis de su amorosa bondad en abundancia. Sabiendo, pues, lo que ahora sabemos, no nos dejemos llevar por el fervor solo por este momento; avivad el fuego que tenéis, salid y difundid la salvación por toda la ciudad; aunque no los conozcáis, buscad a quienes padecen esta enfermedad. Estaré aún más deseoso de hablaros cuando haya comprobado, por vuestras propias obras, que no sembré mi semilla en terreno pedregoso. Y vosotros mismos tendréis más ganas de practicar la virtud.

En asuntos monetarios, quien obtiene una ganancia de dos monedas de oro se motiva aún más a acumular diez o veinte. Lo mismo ocurre con la virtud. Quien realiza una buena obra se siente animado y motivado por esta acción correcta, lo que lo impulsa a emprender otras buenas obras. Rescatemos, pues, a nuestros hermanos y busquemos de antemano el perdón de nuestros pecados. Más aún, cultivemos una gran confianza y, ante todo, procuremos que el nombre de Dios sea glorificado. Para ello, tomemos a nuestras esposas, hijos y familias y salgamos a buscar este bien. Rescatemos de las trampas del diablo a quienes ha esclavizado. Y no nos detengamos hasta haber hecho todo lo posible por rescatarlos, ya sea que escuchen o rechacen nuestras palabras.

Pero sería imposible, si son cristianos, que no nos escuchen. Aun así, no quiero que tengan la excusa de que no les harían caso. Permítanme decirles esto: si derraman muchas palabras y hacen todo lo que está a su alcance y aun así ven que se niega a escucharlos, entonces tráiganlo a los sacerdotes. Con la ayuda de la gracia de Dios, los sacerdotes seguramente vencerán a su presa. Pero todo será obra suya, porque fueron ustedes quienes lo tomaron de la mano y lo trajeron a nosotros. Que los esposos hablen con sus esposas, y esposas a sus maridos, padres a sus hijos y amigos a sus amigos. Que los judíos sepan cómo nos sentimos. Que también lo

sepan aquellos que se alían con los judíos, aunque pretendan ser de nuestro rango. Sentimos una profunda y atenta preocupación por nuestros hermanos que se han pasado al bando judío. Cuando los judíos se enteren, serán ellos, y no nosotros, quienes expulsarán a los de nuestro grupo que frecuentan su sinagoga. Diría que, de ahora en adelante, nadie se atreverá a huir hacia ellos, y el cuerpo de la Iglesia permanecerá inmaculado y puro. (11) Es la voluntad de Dios que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Que él les dé fuerza para esta cacería y que los aparte de este error. Que nos salve a todos juntos y nos haga dignos del reino de los cielos para su gloria, pues a él le corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

VII. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo comienza reconociendo que las fiestas judías todavía están en curso técnicamente, sus tiendas todavía están instaladas, sus trompetas siguen sonando, y utiliza esto para justificar la continuación de su serie a pesar de que la crisis pastoral inmediata ha pasado. A continuación, pasa inmediatamente al tema teológico de esta homilía, que consiste en demostrar, a partir de las Escrituras, que el sacerdocio judío ha terminado definitivamente y que un nuevo sacerdocio lo ha reemplazado.

Comienza con la profecía de David en el Salmo 110, que considera la clave para comprenderlo todo. David afirmó que Dios no deseaba sacrificios ni ofrendas, e inmediatamente después añadió: «Solo me has preparado un cuerpo». Crisóstomo sigue la interpretación que Pablo hace de este texto en Hebreos. La primera cláusula abole el antiguo sacrificio. La segunda introduce el nuevo: el cuerpo de Cristo, el sacrificio que purificó nuestras almas, anuló nuestros pecados, venció la muerte y abrió las puertas del cielo. Fundamentalmente, David no se limita a decir que Dios rechazó los sacrificios porque quienes los ofrecían eran malvados. Afirma que Dios no los deseaba, sin más. Por eso Pablo eligió este texto por encima de todos los demás disponibles, incluidas las denuncias más explícitas de Isaías, ya que estas podrían interpretarse como un rechazo a los sacrificios únicamente por la pecaminosidad de quienes los ofrecían. El texto de David deja claro que el sistema sacrificial era imperfecto en sí mismo, no solo en manos de pecadores particulares, y que siempre se pretendió que fuera reemplazado por algo mejor.

Luego construye el argumento de Melquisedec a partir de Hebreos 7. La configuración histórica es cuidadosa. Abraham engendró a Isaac, quien engendró a Jacob, quien engendró a los doce patriarcas. De ellos surgieron las trece tribus. La tribu de Leví fue apartada para el sacerdocio pertenecía exclusivamente a los descendientes de Leví a través de Aarón. Este sistema fue

establecido por Dios mediante Moisés y definió todo el aparato sacrificial.

Pero luego está Melquisedec. Antes de Abraham, antes de Isaac, antes de Jacob, antes de Leví, antes de Moisés, antes de la Ley, antes del templo, antes de que existiera Jerusalén, hubo un hombre que era simultáneamente sacerdote y rey, sacerdote del Dios Altísimo, cuyo sacerdocio precedió y se situó completamente fuera del sistema levítico. Cuando Abraham regresó tras derrotar a los reyes, dio los diezmos a Melquisedec y fue bendecido por él. De esto se desprenden dos hechos. Primero, son los laicos quienes dan los diezmos a los sacerdotes, no los sacerdotes quienes dan los diezmos a los laicos, lo que significa que Abraham actuaba como un laico en relación con el sacerdocio de Melquisedec. Segundo, el inferior es bendecido por el superior, no el superior por el inferior, lo que significa que Melquisedec era superior a Abraham. Dado que Leví aún estaba en las entrañas de Abraham cuando este dio los diezmos a Melquisedec, Leví mismo dio los diezmos a Melquisedec a través de su padre, lo que significa que todo el sacerdocio levítico estaba subordinado al sacerdocio de Melquisedec incluso antes de que existiera.

Ahora bien, David profetizó acerca de un sacerdote venidero que sería según el orden de Melquisedec, no según el de Aarón. Este es el punto clave. Si el sacerdocio levítico hubiera permanecido vigente para siempre, David habría dicho que el sacerdote venidero sería según el orden de Aarón. En cambio, dijo Melquisedec. La única explicación es que el sacerdocio levítico iba a ser abolido y reemplazado por un sacerdocio superior. Pablo lo recalca en Hebreos con una pregunta que no admite respuesta por parte de los judíos: si la perfección residía en el sacerdocio levítico, ¿por qué un profeta dijo que surgiría otro sacerdote según el orden de Melquisedec y no según el de Aarón? La pregunta se responde sola. El sacerdocio levítico era imperfecto. Siempre fue un presagio de algo mejor. Ese algo mejor ha llegado, y el presagio ha cumplido su cometido y ha quedado en el olvido.

Concluye con una exhortación pastoral de tono más suave que la mayor parte de lo que la precedió, instando a su congregación a salir a buscar a los judaizantes, llevarlos ante los sacerdotes si es necesario e informar de lo sucedido para que el cuerpo de la Iglesia pueda estar limpio y puro.

VII. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento de Melquisedec es el que aborda más directamente la afirmación teológica de que el judaísmo y el cristianismo adora al mismo Dios mediante acuerdos de pacto diferentes, pero igualmente válidos. El argumento de Crisóstomo, siguiendo a Pablo, es que el sacerdocio levítico nunca tuvo la intención de ser un acuerdo permanente. Era una prefiguración, un símbolo, que apuntaba a la realidad que lo reemplazaría. Cuando llegó la realidad, el símbolo se cumplió y se dejó de lado, del mismo modo que se retira un andamio cuando el edificio que sostenía está terminado. El edificio no está incompleto sin el andamio. Está terminado. El andamio cumplió su propósito y ya no está.

El evangélico moderno que considera la práctica religiosa judía como un complemento o enriquecimiento del culto cristiano, trata la estructura como si fuera más importante que el edificio en sí. Peor aún, trata una estructura dismantelada, cuyos cimientos están dispersos y cuya estructura ya no existe en forma reconocible, como si aún funcionara. El sacerdocio levítico que David profetizó que sería reemplazado, ha sido reemplazado. El templo, cuya destrucción Crisóstomo dedicó cinco homilías a demostrar que era permanente, ha desaparecido definitivamente. El sistema sacrificial, cuya insuficiencia Pablo demostró con las propias palabras de David, ha sido reemplazado por el único sacrificio que realmente logra lo que los sacrificios de animales solo podían simbolizar. No queda nada del antiguo sistema para complementar el nuevo. Solo existe el nuevo.

El argumento de que un cambio de sacerdocio requiere un cambio de ley es uno de los más importantes y menos comprendidos argumentos del Nuevo Testamento, presentados por Crisóstomo con una claridad inusual, se abordan en Hebreos. Cuando Pablo afirma que, al cambiar el sacerdocio, es necesario también cambiar la ley, plantea un argumento estructural sobre la relación entre la Ley y el sistema sacerdotal. La Ley se organizaba

principalmente en torno al templo y sus rituales. Si se eliminan el templo y su sacerdocio, la Ley pierde la estructura institucional dentro de la cual la mayoría de sus mandamientos tenían sentido. Esto no constituye un argumento contra la ley moral, sino contra la ley ceremonial y civil de Israel como un sistema de pacto funcional. Dicho sistema requería un sacerdocio levítico funcional. El sacerdocio levítico ha sido reemplazado; por lo tanto, el sistema que sustentaba también ha sido reemplazado. Este argumento contradice directamente toda forma de judaización que considere la ley ceremonial mosaica aún vinculante para los cristianos o espiritualmente enriquecedora cuando se observa voluntariamente.

VII. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo sigue a Pablo al elegir el texto de David del Salmo 110 en lugar de las denuncias más explícitas del sacrificio en Isaías y Jeremías, porque el texto de David hace que la imperfección del sistema sacrificial sea intrínseca, no circunstancial. ¿Considera que esta distinción tiene relevancia teológica? ¿Qué implica acerca de la relación entre el sistema sacrificial levítico y el sacrificio de Cristo?
2. El argumento de Melquisedec se basa en la demostración de la inferioridad de Abraham respecto a Melquisedec mediante dos actos específicos: el diezmo y la recepción de la bendición. ¿Considera convincente este argumento exegético de Hebreos como prueba de la superioridad del sacerdocio melquisedec sobre el levítico? ¿Qué implicaciones tiene esto para la afirmación de que la autoridad religiosa judía se mantiene vigente tras la venida de Cristo?
3. El argumento de Pablo de que un cambio de sacerdocio requiere un cambio de ley implica que la Ley mosaica, como sistema de pacto funcional, dependía del sacerdocio levítico y no puede mantenerse sin él. ¿Cómo se relaciona este argumento con el debate actual sobre la relación entre la Ley mosaica y la vida cristiana?
4. Crisóstomo argumenta que si el sacerdocio levítico hubiera permanecido vigente permanentemente, David habría profetizado la llegada de un sacerdote según el orden de Aarón, en lugar del orden de Melquisedec. ¿Considera usted que este argumento es irrefutable? ¿Qué tendría que decir un interlocutor judío para refutarlo?
5. Su instrucción pastoral final insta a la congregación a llevar a los cristianos judaizantes ante los sacerdotes si no

pueden ser persuadidos por medios ordinarios, considerando al clero como último recurso y no como primera opción. ¿Cómo se manifiesta este modelo de responsabilidad pastoral escalonada en una iglesia contemporánea y cómo maneja actualmente su iglesia a los miembros que se desvían hacia el error teológico?

6. 6Dice que no predica para oírse hablar ni para disfrutar de los aplausos, sino para reconducir a quienes se han desviado del camino de la verdad, y les dice a los feligreses que estará más dispuesto a predicar cuando vea en sus obras que su semilla no ha caído en terreno pedregoso. ¿Cómo se compara la responsabilidad mutua entre pastor y congregación que describe Crisóstomo con la relación entre predicador y audiencia en la iglesia evangélica moderna?

HOMILÍA VIII

VIII. ANÁLISIS TEOLÓGICO

En esta homilía final encontrarán a Crisóstomo haciendo algo que sorprende a la mayoría de los lectores que han seguido la serie esperaba que terminara con otra denuncia atronadora. Termina con medicina pastoral. Las fiestas han terminado. Los ayunos se han observado. Algunos de sus feligreses participaron. La crisis inmediata se ha resuelto, pero los heridos siguen tendidos en el campo, y el sermón final de Crisóstomo trata sobre cómo volver y recogerlos. El movimiento teológico inicial es característico y agudo, y argumenta que el ayuno judío no era realmente un ayuno, sino una forma de embriaguez, porque la embriaguez es cualquier pérdida de la razón, y un pueblo que se resiste obstinadamente al Espíritu Santo a lo largo de toda la historia de la redención mientras lo llama obediencia está ebrio de la manera más peligrosa posible, hombres sobrios que no saben que han perdido la razón. Pero la mayor parte de la homilía se dedica a dos argumentos pastorales:

El primer punto (1) es que el cuidado posterior a la caída es tan importante como la prevención previa, como lo demuestra la conducta de Dios con Adán, Caín y toda la historia de la redención. El segundo punto (2) es un mensaje dirigido a cualquier miembro de la congregación que acudió a los sanadores judíos cuando estaba enfermo, argumentando, a partir de Job, Lázaro y el paralítico en el estanque, que soportar la enfermedad sin recurrir a la medicina demoníaca es en sí mismo una forma de martirio, y que elegir la muerte antes que traicionar la fe otorga la corona del martirio.

HOMILÍA VIII

Una de ellas es el ayuno de los judíos, o mejor dicho, la embriaguez de los judíos. Sí, es posible estar borracho sin vino, es posible que un hombre sobrio actúe como si estuviera ebrio y se entregue a los excesos. Si un hombre no pudiera emborracharse sin vino, el profeta jamás habría dicho: «¡Ay de los que no se emborrachan con vino!». Si un hombre no pudiera emborracharse sin vino, Pablo jamás habría dicho: «No os emborrachéis con vino». Pues lo dijo como si existiera la posibilidad de emborracharse de otra manera. Y es posible. Un hombre puede emborracharse de ira, de deseos indecorosos, de avaricia, de vanagloria, de miles de otras pasiones. Porque la embriaguez no es otra cosa que la pérdida de la razón, un desorden y la privación de la salud del alma. Por lo tanto, no exageraría al afirmar que encontramos borrachos no solo en el hombre que bebe mucho vino fuerte, sino también en el hombre que cultiva alguna otra pasión en su alma.

El hombre enamorado de una mujer que no es su esposa, el que frecuenta prostitutas, es un borracho. El bebedor empedernido no puede caminar derecho, su habla es grosera y sus ojos no ven las cosas como son. Del mismo modo, el borracho embriagado por su pasión desenfrenada también es insensible al hablar; todo lo que pronuncia es vergonzoso, corrupto, vulgar y ridículo; él tampoco ve las cosas como son porque está ciego a lo que ve. Como un demente o alguien que ha perdido la razón, imagina ver por todas partes a la mujer que anhela raptar.

No importa cuántas personas le hablen en reuniones o banquetes, en cualquier momento o lugar, parece no oírlas; la persigue con ahínco y sueña con su pecado; desconfía de todo y le teme a todo; no está mejor que un animal asustadizo. Además, el hombre dominado por la ira está borracho. Al igual que otros borrachos, su rostro se hincha, su voz se vuelve áspera, sus ojos se inyectan en sangre, su mente se oscurece, su razón se sumerge, su lengua tiembla, su mirada se pierde y no escucha lo que realmente se dice. Su ira afecta su cerebro peor que el vino fuerte; provoca una tormenta y causa una angustia incontrolable. Pero si el hombre

dominado por la pasión o la ira está borracho, esto es aún más cierto en el impío que blasfema contra Dios, que va en contra de sus leyes y nunca está dispuesto a renunciar a su obstinación inoportuna. Este hombre está borracho, loco y es mucho peor que los juerguistas dementes, aunque no parezca consciente de su estado. Y esta es la característica que más distingue a un borracho: no tiene conciencia de su comportamiento indecoroso.

Este es, de hecho, el peligro especial de la locura: quienes la padecen no saben que están enfermos. Así también, los judíos están borrachos pero no lo saben. En efecto, el ayuno de los judíos, que es más vergonzoso que cualquier borrachera, ha terminado. Pero no dejemos de pensar en nuestros hermanos, no consideremos que nuestra preocupación por ellos ya no es oportuna. Observen lo que hacen los soldados. Supongamos que han encontrado al enemigo y lo han derrotado. Al regresar de la persecución, no corren inmediatamente al campamento. Primero vuelven al campo de batalla para recoger a sus camaradas caídos. Entierran a los muertos, pero si ven entre los cadáveres a hombres que no están mortalmente heridos pero que aún respiran, les prestan los primeros auxilios que pueden, los recogen y los llevan de vuelta al campamento.

Luego extraen el dardo, llaman a los médicos, lavan la sangre, aplican remedios a las heridas y, brindándoles todos los cuidados necesarios, logran que los heridos recuperen la salud. Por lo tanto, debemos hacer lo mismo. Por la gracia de Dios, hicimos a los profetas nuestros guerreros lucharon contra los judíos y los derrotaron. Al regresar de perseguir a nuestros enemigos, miremos a nuestro alrededor para ver si alguno de nuestros hermanos ha caído, si el ayuno ha afectado a alguno de ellos, si alguno ha participado de la fiesta de los judíos. No enterremos a nadie; recojamos, en cambio, a cada hombre caído y brindémosle el tratamiento que necesita. En las batallas entre los ejércitos de este mundo, un soldado no puede devolver la vida ni recuperar para el servicio a un compañero que ha caído y muerto definitivamente.

Pero en la batalla de esta guerra nuestra, incluso si un hombre ha sido herido de muerte, si tenemos buena voluntad y la ayuda de la gracia de Dios, podemos tomarlo de la mano y devolverle la vida. A diferencia de una baja en la guerra, aquí no muere el cuerpo del hombre, sino su voluntad y su resolución. Y es posible devolverle la vida a una voluntad que ha muerto; es posible persuadir a un alma muerta para que vuelva a su propia vida y reconozca de nuevo a su Maestro. No debemos cansarnos, hermanos míos, no debemos agotarnos, no debemos perder el ánimo. Que nadie diga: «Deberíamos haber hecho todo lo posible para ponerlos en guardia antes del ayuno. Ahora que han ayunado, ahora que han pecado, ahora que su transgresión es consumada, ¿de qué sirve ayudarlos ahora?». Si alguien sabe lo que significa velar por sus hermanos, también sabe que debe velar por ellos y mostrarles esta preocupación ahora más que nunca. No solo debemos ponerlos en guardia antes de que pequen, sino que también debemos tenderles la mano después de que hayan caído. Supongamos que Dios hubiera hecho eso desde el principio; supongamos que nos hubiera puesto en guardia solo antes de que pecáramos; supongamos que, después de haber pecado, nos hubiera abandonado y nos hubiera dejado donde habíamos caído, de principio a fin de nuestra vida. Entonces ninguno de nosotros se habría salvado jamás. Pero Dios no actúa así. Él ama a los hombres, es bondadoso con ellos, desea su salvación por encima de todas las cosas. Y por eso vela por ellos incluso después de que hayan pecado. Le dijo a Adán: «De todo árbol del jardín comerás; mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comas, porque el día que comas de él, ciertamente morirás».

Dios puso a Adán en guardia dándole todas las advertencias necesarias: le mostró la facilidad de cumplir la Ley, la generosidad de lo que permitía, la severidad del castigo futuro y la rapidez con que llegaría. Porque Dios no dijo: «Después de uno, dos o tres días», sino: «El mismo día que comas de él, ciertamente morirás». Dios cuidó de Adán con mucho cuidado; lo instruyó, lo exhortó y le dio muchas bendiciones. Pero aun así, Adán desobedeció sus mandamientos y cayó en pecado. Sin embargo, Dios no dijo: «¿De qué servirá ahora? ¿De qué sirve ayudar ahora? Comió del fruto,

cayó en pecado, transgredió la ley, creyó al diablo, deshonró mi mandamiento, fue herido, quedó sujeto a la muerte y murió, quedó bajo el juicio.

¿Qué necesidad tengo de hablarle ahora? Pero Dios no dijo nada de esto. Más bien, vino inmediatamente a Adán, le habló y lo consoló. De nuevo, Dios le dio a Adán otro remedio: el remedio del trabajo y el sudor. Dios siguió haciendo todo y esforzándose hasta que levantó la naturaleza caída, la rescató de la muerte, la condujo de la mano al cielo y le dio mayores bendiciones de las que había perdido. Por las cosas que Dios mismo hizo, le enseñó al diablo que no obtendría ningún beneficio de su plan. Satanás había logrado expulsar a los hombres del Paraíso, pero pronto los vería en el cielo mezclándose con los ángeles. En el caso de Caín, Dios hizo lo mismo. Antes del gran pecado de Caín, Dios le habló claramente, le advirtió y le dijo: «Has pecado; detente. Su (Abel) refugio está en ti y tú reinarás sobre él». Mira la sabiduría y el entendimiento de Dios. Dijo: «Porque he honrado a Abel, tienes miedo de que te quite el privilegio del primogénito; «Tienes miedo de que él ocupe el primer lugar, que te corresponde a ti». Porque el primogénito necesariamente tenía una posición más honrada que el segundo.

Entonces Dios dijo: «Ten valor, no temas, no te angusties por esto. Su refugio está en ti, y tú lo gobernarás». Eso es lo que Dios quiso decir: «Mantente en la posición de primogénito; sé refugio, amparo y protección para tu hermano. Pero no te precipites al derramamiento de sangre; no cometas ese acto impío de asesinato». Aun así, Caín no escuchó, no se detuvo, cometió el asesinato, se bañó las manos en la sangre de la garganta de su hermano. Pero ¿qué sucedió después? Dios no dijo: «Déjalo ir ahora. ¿De qué sirve ayudarlo? Cometió el asesinato, mató a su hermano. Despreció mi consejo; se atrevió a cometer ese acto de locura e imperdonable. Aunque yo lo protegía, lo instruía, aunque gozaba de mi favor, lo ignoró todo y no le prestó atención. Déjalo ir, pues, y que de ahora en adelante sea expulsado de mi vista. No ha merecido ninguna consideración de mi parte». Dios no dijo ni hizo

nada parecido. En cambio, volvió hacia él, lo corrigió y le dijo: «¿Dónde está tu hermano Abel?

Cuando Caín dijo que no sabía, Dios no lo abandonó, sino que, a pesar de sí mismo, lo llevó a admitir lo que había hecho. Después de que Caín dijera: «No lo sé», Dios le respondió: «La voz de la sangre de tu hermano clama a mí». Lo que Dios le estaba diciendo a Caín era que el acto mismo revelaba quién era el asesino. ¿Y qué dijo Caín? «Mi culpa es demasiado grande para ser perdonada. Si me expulsas de la tierra, también me esconderé de tu presencia». Lo que Caín quería decir era esto: «He cometido un pecado demasiado grande para el perdón, la defensa o la reconciliación; si es tu voluntad castigar mi crimen, quedaré expuesto a todo daño porque tu ayuda me ha abandonado». ¿Y qué hizo Dios entonces? Dijo: «¡No! Quien mate a Caín será castigado siete veces». Lo que Dios dijo fue esto: «No temas. Vivirás muchos años. Si alguien te mata, será sometido a muchos castigos». Porque el número siete en las Escrituras significa un número indefinidamente grande.

Así pues, Caín fue afligido con muchos castigos: con tormento y temblor, con dolor y desaliento, con parálisis de su cuerpo. Tras sufrir estos castigos, como Dios dijo: «Quien te mate y te libre de estos castigos, se vengará de sí mismo». El castigo del que habló Dios parece excesivamente severo, pero nos permite vislumbrar su gran solicitud. Dios deseaba que los hombres de épocas posteriores ejercieran el autocontrol; por lo tanto, diseñó un castigo capaz de liberar a Caín de su pecado. Si Dios lo hubiera destruido de inmediato, Caín habría desaparecido, su pecado habría permanecido oculto y habría permanecido desconocido para los hombres de los días venideros. Pero, en cambio, Dios le permitió vivir mucho tiempo con ese temblor corporal.

La visión de las extremidades paralizadas de Caín fue una lección para todos los que lo conocieron; sirvió para enseñar a todos los hombres y exhortarlos a no atreverse jamás a hacer lo que él había hecho, para que no sufrieran el mismo castigo. Y el propio Caín volvió a ser un hombre mejor. Su temblor, su miedo, el tormento mental que nunca lo abandonó, su parálisis física lo

mantenían, por así decirlo, encadenado. Le impedían volver a cometer cualquier otro acto de audacia similar; le recordaban constantemente su crimen anterior; a través de ellos alcanzó un mayor autocontrol en su alma. Mientras hablaba, se me ocurrió plantear otra pregunta. Caín confesó su pecado y condenó lo que había hecho; dijo que su crimen era demasiado grande para ser perdonado y que no merecía defensa alguna. ¿Por qué, entonces, no pudo lavar sus pecados? El profeta Isaías dijo: «Sé el primero en confesar tus iniquidades, para que seas justificado». ¿Por qué, entonces, fue condenado Caín? Porque no confesó sus pecados como el profeta le ordenó. Isaías no se limitó a decir: «Confiesa tus iniquidades». ¿Qué dijo? Dijo: «Sé el primero en confesar tus iniquidades». La cuestión aquí es esta: no se trata simplemente de confesar, sino de ser el primero en hacerlo y no esperar a que un acusador te condene.

Pero Caín no habló primero; esperó a que Dios lo acusara. Y entonces, cuando Dios lo acusó, lo negó. Después de que Dios, de una vez por todas, hubiera dado una prueba clara de lo que había hecho, Caín confesó su pecado. Pero esto ya no es una confesión. Por lo tanto, amados, cuando cometan un pecado, no esperen a que otro los acuse, sino que, antes de ser acusados y procesados, condenen ustedes mismos lo que han hecho. Entonces, si alguien los acusa después, ya no se trata de que hagan lo correcto al confesar, sino de que corrijan la acusación que hacen. Y así es como alguien más dijo: «El justo comienza su discurso acusándose a sí mismo». Así que no se trata de acusar, sino de ser el primero en acusarse a uno mismo y no esperar a que otros lo hagan. Pedro ciertamente pecó gravemente al negar a Cristo.

Pero él se apresuró a recordar su pecado y, antes de que nadie lo acusara, confesó su error y lloró amargamente. Lavó tan eficazmente su pecado de negación que llegó a ser el jefe de los apóstoles y el mundo entero le fue confiado. Pero debo volver a mi tema principal. Lo que he dicho nos ha dado pruebas suficientes de que no debemos descuidar ni despreciar a nuestros hermanos que caen en pecado. Debemos ponerlos en guardia antes de que pequen y debemos mostrarles gran preocupación después de que hayan

caído. Esto es lo que hacen los médicos. Les dicen a las personas sanas qué puede preservar su salud y qué puede prevenir toda enfermedad.

Pero si las personas han desobedecido sus instrucciones y han enfermado, los médicos no las descuidan, sino que, especialmente en ese momento, velan por los pacientes para poder liberarlos de sus dolencias. Y Pablo ciertamente también hizo esto. El incesto es un pecado y transgresión grave que ni siquiera se encuentra entre los paganos. Pero Pablo no despreció al hombre que había cometido incesto. Aunque este hombre se rebeló y se negó a curarse, aunque se agitaba y era incontrolable, Pablo lo condujo a la recuperación y lo hizo de tal manera que lo reintegró al cuerpo de la Iglesia.

Pablo no se dijo a sí mismo: «¿De qué serviría? ¿Qué utilidad tendría? Cometió incesto, ha pecado; no quiere abandonar sus caminos licenciosos; es arrogante y jactancioso y ha hecho que su herida sea incurable. Así que acabemos con él y dejémoslo en la estacada». Pablo no dijo nada de esto. La razón misma por la que mostró gran preocupación por este pecador fue que vio que el hombre había caído en una maldad indescriptible. Por lo tanto, Pablo nunca dejó de temerle.

Pablo lo amenazó, lo castigó tanto con sus propios esfuerzos como con la ayuda de otros. No dejó nada sin hacer, nada sin intentar hasta que logró que el hombre reconociera su pecado, que viera su transgresión. Y, finalmente, Pablo lo liberó de toda mancha de pecado. Ahora haz tú lo mismo que hizo Pablo. Imita al samaritano del evangelio que mostró tanta compasión por el hombre herido. Porque un levita pasó por allí, un fariseo pasó de largo, pero ninguno de los dos se volvió hacia el hombre que yacía allí. Simplemente siguieron su camino y, como los hombres crueles y despiadados que eran, lo dejaron allí.

Pero un samaritano, que no tenía ningún parentesco con este hombre, no pasó de largo apresuradamente, sino que se detuvo, se compadeció de él, vertió aceite y vino sobre sus heridas, lo subió a

su propia cabalgadura y lo llevó a una posada. Allí le dio algo de dinero al posadero y le prometió más por haber cuidado de un hombre que no tenía ningún parentesco con él. No se dijo a sí mismo: «¿Qué me importa a mí? Soy un samaritano. No tengo nada en común con él. Estamos lejos de la ciudad y ni siquiera puede caminar. ¿Qué importa esto? Supongamos que no tiene fuerzas para hacer el largo viaje.

¿Voy a traer un cadáver? ¿Seré arrestado por asesinato? ¿Seré responsable de su muerte? Muchas veces la gente va por un camino y ve hombres que han sido heridos pero que aún respiran. Pero los ignoran no porque sean tacaños con su dinero, sino porque tienen miedo de que ellos mismos podrían ser llevados a juicio y responsabilizados por el asesinato. Aquel samaritano bondadoso y benevolente no temía nada de esto. Despreció todos esos temores, montó al hombre en su propia montura y lo llevó a una posada. No pensó en nada de esto; ni en el peligro, ni en el gasto, ni en nada más. Si el samaritano fue tan amable y bondadoso con un extraño, ¿qué excusa tendríamos nosotros para descuidar a nuestros hermanos cuando se encuentran en mayores apuros? Porque aquellos que acaban de observar el ayuno han caído en manos de ladrones, los judíos. Y los judíos son más salvajes que cualquier salteador de caminos; hacen mayor daño a quienes caen en sus manos. No despojaron a su víctima de sus ropas ni le infligieron heridas en el cuerpo como hicieron aquellos ladrones en el camino a Jericó. Los judíos han herido mortalmente el alma de su víctima, le han infligido diez mil heridas y la han dejado tendida en el abismo de la impiedad.

No pasemos por alto semejante tragedia. No nos apresuremos a presenciar una escena tan lamentable sin compadecernos. Aunque otros lo hagan, tú no debes hacerlo. No pienses: «No soy sacerdote ni monje; tengo esposa e hijos. Esto es trabajo de los sacerdotes; esto es trabajo de los monjes». El samaritano no dijo: «¿Dónde están ahora los sacerdotes? ¿Dónde están ahora los fariseos? ¿Dónde están ahora los maestros de los judíos?». Pero el samaritano es como quien encuentra un gran botín y se lleva el botín. Por lo tanto, cuando veas a alguien que necesita tratamiento

por alguna dolencia del cuerpo o del alma, no pienses: «¿Por qué fulano o mengano no lo atendió?». Libéralo de su enfermedad; no pidas cuentas a otros por su negligencia. Dime esto: si encuentras una moneda de oro en el suelo, ¿piensas: «¿Por qué no la recogió fulano?» ¿No te apresuras a tomarlo antes de que alguien más lo haga? Piensa de la misma manera acerca de tus hermanos caídos; considera que curar sus heridas es como encontrar un tesoro. Si derramas la palabra de instrucción sobre sus heridas como aceite, si las vendas con tu gentileza y curándolos con tu paciencia, tu hermano herido te ha hecho un hombre más rico que cualquier tesoro.

Jeremías dijo: «El que saca lo precioso de lo vil será como mi boca». ¿Con qué podríamos compararlo? Ni el ayuno, ni dormir en el suelo, ni velar y orar toda la noche, ni nada más puede hacer tanto por ti como salvar a tu hermano. Piensa en la frecuencia y la cantidad de pecados que cometes con tu boca. ¿Cuántas obscenidades has dicho? ¿Cuántas blasfemias, cuántos insultos has proferido? Si reflexionas sobre esto, seguramente nunca dudarás en velar por tu hermano caído. Con esta buena acción puedes limpiar toda mancha de tu boca. ¿Por qué digo limpiar? Porque harás de tu boca la boca de Dios.

¿Y qué honor podría compararse con ese? No soy yo quien les hace esta promesa. Dios mismo lo dijo. Si traen de vuelta a una sola persona, dijo, su boca será limpia y santa, como la mía. Así que no descuidemos a nuestros hermanos, no andemos diciendo: «¿Cuántos guardaron el ayuno? ¿Cuántos nos fueron arrebatados?». Más bien, mostremos nuestra preocupación por ellos. Aunque los que observaron el ayuno sean muchos, ustedes, amados míos, no deben hacer un espectáculo ni un desfile de esta calamidad en la Iglesia; deben remediarla. Si alguien les dice que muchos han observado el ayuno, impídanle que hable para que el rumor no se extienda y se haga público. Díganle: «Por mi parte, no conozco a nadie que lo haya observado. Usted está equivocado, señor, y engañado. Si ve que dos o tres fueron arrebatados, dice que esos pocos son muchos». Así que impidan que este acusador hable.

Pero también debes asegurarte de mostrar tu preocupación por aquellos que fueron arrebatados. Entonces mantendrás a la Iglesia a salvo de un doble daño: primero, impidiendo que el rumor se propague, y segundo, trayendo de vuelta al redil sagrado a las ovejas que fueron arrebatadas. Por lo tanto, no andemos preguntando: «¿Quién cayó en pecado?». Que nuestro único celo sea corregir a los que han pecado. Es una práctica peligrosa y terrible acusar a los hermanos y no ayudarlos, exhibir públicamente los pecados de los enfermos y no curarlos. Deshagámonos, pues, de esta práctica perversa, amados míos, porque causa un daño considerable. Permítanme explicarles cómo sucede. Alguien oye decir que muchos observaron el ayuno con los judíos y, sin investigar más, difunde la historia a otra persona. Y este segundo hombre, sin indagar en la veracidad del rumor, se lo cuenta a otro. Entonces, a medida que el rumor maligno crece poco a poco, extiende una gran deshonra sobre la Iglesia.

Y esto no beneficia en nada a quienes se han apartado; de hecho, les causa un daño considerable, tanto a ellos como a muchos otros. Incluso si los que se han apartado son numerosos, los convertimos en multitud con la multitud de nuestros rumores; debilitamos a los que se resistieron y animamos a los que están a punto de caer. Si uno de nuestros hermanos oye el rumor de que muchos se han sumado al ayuno, se inclinará más a descuidarse él mismo; por otro lado, si es uno de los débiles quien oye la historia, se apresurará a unirse a los fuertes de los que se han apartado.

Aunque muchos hayan pecado, no nos unamos a quienes se regocijan con este o cualquier otro mal. Si lo hacemos, exhibimos a los pecadores y decimos que su nombre es legión. Más bien, detengamos a los que difunden rumores y evitemos que propaguen la historia. No me digas que son muchos los que observaron el ayuno. Aun si son muchos, debes corregirlos. No he dedicado todas estas palabras a acusar a muchos, sino a reducir a muchos y a salvar incluso a estos pocos. Por lo tanto, no exhibas sus pecados, sino cura sus heridas. Hay quienes difunden rumores y solo tienen tiempo para eso. Se aseguran de que el número de pecadores parezca grande, aunque solo unos pocos hayan caído.

De la misma manera, si la gente reprende a los que difunden rumores y los calla, si se preocupan por los que han caído, por muchos que sean, no les será difícil enmendar sus errores. Además, evitan que esos rumores perjudiquen a otros. Habéis oído el lamento de David por Saúl cuando dijo: «¡Cómo han caído los poderosos! No lo digáis en Gat, no lo publicuéis en la calle de Ascalón, para que las hijas de tribus extranjeras no se alegren, para que las hijas de los incircuncisos no se regocijen con arrogancia». Si David no quería que el asunto se hiciera público para que no fuera motivo de alegría para sus enemigos, con mayor razón debemos evitar nosotros difundir la historia a oídos ajenos.

Más bien, no debemos divulgarlo ni siquiera entre nosotros, por temor a que nuestros enemigos lo oigan y se regocijen, por temor a que los nuestros se enteren y caigan. Debemos mantenerlo en secreto y vigilarlo por todos lados. No me digas: «Yo se lo conté a fulano». Mantén tu boca cerrada y guárdala para ti mismo. Si tú no pudiste callarte, él tampoco podrá contener su lengua. Lo que digo no solo se aplica a la observancia del ayuno, sino también a otros diez mil pecados. No nos preguntemos solo si muchos fueron robados; preguntémonos cómo podemos recuperarlos. No exaltemos al bando de nuestros enemigos y destruyamos el nuestro. No mostremos que ellos son fuertes y que nuestro bando es débil. Hagamos todo lo contrario.

El rumor a menudo puede destruir un alma, pero también puede enaltecerla; puede infundir celo en un alma donde no lo había y, de nuevo, puede destruir el celo que existía. Por eso os exhorto a que fomentéis los rumores que exaltan nuestra causa y muestran su grandeza, pero no los rumores que avergüenzan a la comunidad de nuestros hermanos. Si oímos algo bueno, difundámoslo a todos; si oímos algo malo o perverso, mantengámoslo en secreto entre nosotros y hagamos todo lo posible por erradicar el mal. Por lo tanto, salgamos ahora, pongámonos manos a la obra y busquemos al pecador, no retrocedamos aunque tengamos que adentrarnos en su mundo. Si no lo conoces, si no tienes ninguna relación con él,

date prisa y busca a algún amigo o familiar suyo, alguien a quien le preste especial atención. Llévalo contigo a su casa.

No te sonrojes ni te avergüences. Si ibas a pedirle dinero o algún favor, tienes motivos para sentirte avergonzado. Si te apresuras a ayudarlo, nadie podrá reprocharte tu intención al entrar en su casa. Siéntate y habla con él. Pero empieza la conversación con otros temas para que no sospeche que el verdadero propósito de tu visita es corregirlo. Dile: «Dime, ¿apruebas que los judíos crucificaran a Cristo, que lo blasfemaran como lo hacen y que lo llamaran transgresor de la ley?». Si el hombre es cristiano, jamás lo tolerará; aunque sea un judaizante empedernido, jamás dirá: «Sí, lo apruebo». Al contrario, se tapará los oídos y te dirá: «¡Dios no lo quiera! ¡Cállate!».

Luego, cuando veas que está de acuerdo contigo, vuelve a abordar el tema y dile: «¿Cómo es que asistes a sus servicios, cómo es que participas en la fiesta, cómo es que te unes a ellos en la observancia del ayuno?». Acusa entonces a los judíos de obstinación. Cuéntale todas sus transgresiones, las cuales les relaté a tu amada asamblea en los días recientes. Cuéntale sus transgresiones relacionadas con el lugar, el tiempo y el templo, y cómo los profetas dieron prueba de ellas en sus predicciones. Muéstrale cuán inútil e ineficaz es todo el ritual judío. Muéstrale que jamás regresarán a su antigua comunidad y forma de vida, y que les está prohibido cumplir, excepto en Jerusalén, con lo que exigía la antigua vida.

Además, recuérdale el Gehena. Recuérdale la prueba a la que se someterá ante el temible tribunal de juicio del Señor. Recuérdale que daremos cuenta de todas estas cosas y que un castigo severo espera a quienes se atrevan a hacer lo que él hace. Recuérdale que Pablo dijo: «Ustedes, que eran justificados por la Ley, han caído de la gracia». Recuérdale la amenaza de Pablo: «Si se circuncidan, Cristo no les servirá de nada». Dile que, así como sucede con la circuncisión, el ayuno de los judíos expulsa del cielo a quien lo practica, incluso si tiene diez mil buenas obras a su nombre. Dile que nos llamamos cristianos porque creemos en Cristo y no porque

acudimos a sus enemigos. Supongamos que usa las curaciones que realizan los judíos como excusa; supongamos que dice: «Prometen curarme, así que voy a ellos». Entonces debes revelar los trucos que usan, sus encantamientos, sus amuletos, sus hechizos y conjuros.

Esta es la única forma en que tienen fama de sanadores; no realizan curaciones genuinas. ¡Dios no lo quiera! Me atrevería a decir que, incluso si realmente te curaran, es mejor morir que acudir a los enemigos de Dios y curarse de esa manera. ¿De qué sirve curar el cuerpo si se pierde el alma? ¿Qué provecho hay en encontrar alivio al dolor en este mundo si se va a condenar al fuego eterno?

Para que ningún judío diga que te curará, escucha lo que Dios dijo: «Si surge entre vosotros un profeta o un soñador que os da una señal o un prodigio, y si la señal o el prodigio del que habló se cumple, y si dice: “Vayamos y adoremos a otros dioses”, no escuches a ese profeta; porque el Señor, tu Dios, te está probando para ver si amas al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma». Lo que Dios quiere decir es esto. Supón que un profeta te dice: «Puedo resucitar a un muerto o curar a un ciego. Pero debes obedecerme cuando diga: “Adoremos a los demonios o ofrezcamos sacrificios a los ídolos”». Entonces, supón que el hombre que dijo esto puede curar a un ciego o resucitar a un muerto. Dios dijo que no debes escucharlo por las señales y prodigios que realiza. ¿Por qué? Porque Dios te está poniendo a prueba, y le permitió a ese hombre tener ese poder.

No es que Dios desconozca tus pensamientos, sino que te da la oportunidad de demostrar si de verdad lo amas. Y hay quienes desean alejarnos de nuestro Amado. Aunque muestren a muertos resucitados, quien verdaderamente ama a Dios no se apartará de Él por haber presenciado tales señales y prodigios. Si Dios les dijo esto a los judíos, con mayor razón nos lo dice a nosotros. A nosotros nos guió hacia una vida de mayor virtud. Nos abrió la puerta para resucitar. Nos mandó no amar nuestra morada terrenal, sino mantener toda nuestra esperanza puesta en la vida venidera. Pero

¿qué dices? ¿Acaso una dolencia física te aflige y te agobia? No has sufrido tantos males como el bienaventurado Job.

No has soportado ni la más mínima parte de su dolor. Primero, perdió toda su multitud de rebaños, sus manadas y todas sus demás posesiones. Luego, le arrebataron a todos sus hijos. Y todo esto sucedió en un solo día, de modo que no solo la naturaleza de sus calamidades, sino también la sucesión ininterrumpida de sus pérdidas, podrían aplastar a este atleta hasta la tierra. Después de todo eso, recibió un golpe mortal en su cuerpo, vio.

Con gusanos brotando de su carne, se sentó desnudo sobre un montón de estiércol, un espectáculo público de desgracia para que todos los presentes lo vieran. Job, el hombre justo, veraz y temeroso de Dios, que se mantenía alejado de toda mala acción, no terminó ahí. Día y noche sufría angustia, y un hambre extraña e inusual lo atormentaba. Decía: «Veo que mi comida apesta». Cada día era reprochado, escarnecido, ridiculizado y objeto de burla. Decía: «Mis siervos y los hijos de mis concubinas se han alzado contra mí, mis sueños están llenos de terror, mis pensamientos son sacudidos por constantes tormentas». Pero su esposa le prometió liberarlo de todo esto cuando le dijo: «Habla en contra del Señor y muere». Lo que quería decir era: «Maldice a Dios y serás libre de los problemas que te oprimen».

¿Acaso su consejo cambió la opinión de aquel hombre santo? Ocurrió todo lo contrario; le infundió una fuerza tal que incluso reprendió a su esposa. Prefirió sentir dolor, soportar penurias y sufrir mil cosas terribles antes que maldecir a Dios y así encontrar alivio a sus terribles problemas. El hombre, que llevaba treinta y ocho años aquejado de su enfermedad, solía correr cada año a la piscina, pero cada año lo rechazaban y no encontraba cura. Cada año veía a otros curarse porque tenían muchos que los atendían. Pero él no tenía a nadie que lo pusiera en el agua antes que los demás, y así permaneció atrapado en su parálisis. Aun así, no acudió a los adivinos, ni a los hechiceros, ni se puso un amuleto al cuello, sino que esperó a que Dios lo ayudara.

Por eso, finalmente encontró una cura maravillosa e inesperada. Lázaro luchó toda su vida contra el hambre, la enfermedad y la pobreza, no solo durante treinta y ocho años, sino durante toda su existencia. En cualquier caso, murió mientras yacía a la puerta del hombre rico, despreciado, ridiculizado, hambriento, expuesto a los perros para que lo devoraran. Pues su cuerpo se había debilitado demasiado como para ahuyentar a los perros que venían a lamer sus heridas. Sin embargo, no buscó adivinos, no se puso amuletos al cuello, no recurrió a hechiceros, no llamó a los expertos en brujería, ni hizo nada que le estuviera prohibido. Prefirió morir de estas aflicciones antes que traicionar, por poco que fuera, su vida de piedad. ¡Miren los tormentos y sufrimientos que padecieron esos hombres! ¿Qué excusa tendremos si, por nuestras fiebres y dolores, acudimos a las sinagogas, si invitamos a nuestra casa a estos hechiceros, a estos practicantes de brujería? Escucha lo que dice la Escritura: «Hijo mío, si vienes a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba, endereza tu corazón y mantente firme.

Obedécele en la enfermedad y en la pobreza. Como el oro se prueba en el fuego, así el hombre escogido se prueba en el crisol de la humillación. Supón que azotas a tu siervo. Supón que, después de que le hayas dado treinta o cincuenta latigazos, entonces exige a gritos su libertad, o que huya de tu control para refugiarse con hombres que te odian. Supón que luego los incite contra ti. Dime esto. ¿Puede lograr que lo perdones? ¿Puede alguien ofrecer una defensa en su favor? Por supuesto que no. ¿Pero por qué? Porque es deber del amo castigar a su siervo. Y esta no es la única razón. Si el esclavo tuviera que huir, no debería ir a los enemigos que odiaban a su amo; debería haber ido a los verdaderos amigos de su amo. Debes hacer lo mismo. Cuando veas que Dios te está castigando, no huyas a sus enemigos, los judíos, para que no provoques aún más su ira contra ti.

Acude en cambio a los mártires, a los santos, a aquellos en quienes está complacido y que pueden hablarle con gran confianza y libertad. Pero ¿por qué hablar de esclavos y amos? Si un padre azota a su hijo, el hijo no puede hacer lo que hacía el esclavo, ni puede negar su parentesco con su padre. Supongamos que el padre

azota a su hijo, supongamos que le quita la comida, supongamos que lo echa de su casa y lo castiga de todas las maneras posibles. Tanto las leyes de la naturaleza como las establecidas por el hombre le ordenan al hijo ser valiente y soportar todo esto. Nadie excusa al hijo si se niega a obedecer a su padre y a aceptar el castigo. Incluso si el niño azotado alza su voz en diez mil amargos lamentos, todos le dicen que fue su padre quien lo azotó, que su padre es el amo y tiene el poder de hacer lo que quiera, que el hijo debe soportarlo todo con mansedumbre.

Así pues, los esclavos soportan a sus amos y los hijos a sus padres, aunque los castigos que reciben a menudo no se ajustan a la falta. ¿Te negarás a soportar a Dios cuando te corrige? ¿Acaso no es él más tu señor que tu propio señor? ¿Acaso no te ama más que cualquier padre? Cuando interviene y hace algo, no lo hace por ira. Él lo hace todo por tu propio bien. Si enfermas levemente, ¿lo rechazarás como tu maestro y correrás a los demonios y desertarás a las sinagogas? ¿Qué perdón encontrarás después? ¿Cómo podrás pedirle ayuda de nuevo? ¿Quién más podrá interceder por ti, incluso si hablara con la libertad y la seguridad de un Moisés? Nadie.

¿No oís lo que Dios le dijo a Jeremías acerca de los judíos? «No intercedas por este pueblo, porque incluso Moisés y Samuel se presentarán ante mí, y no los escucharé». Así de profundos son algunos pecados, más allá del perdón, y así de indefensos son. Por lo tanto, no atraigamos tal ira sobre nosotros mismos. Aunque los judíos parezcan aliviar vuestra fiebre con sus conjuros, no la están aliviando. Están provocando en vuestra conciencia otra fiebre aún más peligrosa. Cada día sentiréis el aguijón del remordimiento; cada día vuestra conciencia os azotará. ¿Y qué dirá vuestra conciencia? «Pecasteis contra Dios, transgredisteis su Ley, violasteis vuestro pacto con Cristo. Por una dolencia insignificante traicionasteis vuestra fe. No sois los únicos que habéis sufrido esta dolencia, ¿verdad? ¿Acaso no han estado otros mucho más gravemente enfermos que vosotros? Aun así, ninguno de ellos se atrevió a cometer tal pecado. Pero vosotros fuisteis tan blandos y débiles que sacrificasteis vuestra alma. ¿Qué defensa daréis a

Cristo? ¿Cómo pedirás su ayuda en tus oraciones? ¿Con qué conciencia pondrás un pie en la iglesia? ¿Con qué ojos mirarás al sacerdote? ¿Con qué manos tocarás el banquete sagrado? ¿Con qué oídos escucharás la lectura de las escrituras allí? Cada día tu razón te atormentará y tu conciencia te castigará con estas palabras. ¿Qué clase de salud es esta cuando albergamos tales pensamientos que nos acusan? Pero si soportas tu fiebre por un tiempo, si desprecias a quienes quieren recitar un conjuro sobre ti o atarte un amuleto al cuerpo, si los insultas sin piedad y los echas de tu casa, tu conciencia te aliviará de inmediato como un trago de agua.

Aunque la fiebre reaparezca una y otra vez, aunque te queme el cuerpo, tu alma te brindará un consuelo mejor y más provechoso que cualquier alivio del agua o la transpiración. Aunque recuperes la salud tras el conjuro, el pensamiento del pecado cometido te deja peor que a quienes sufren fiebre. Y si ahora eres tú quien tiene fiebre, si eres tú quien sufre diez mil tormentos, estarás mejor que cualquier hombre sano, porque te habrás librado de esos viles hechiceros. Tu razón se regocijará, tu alma se alegrará y se regocijará, tu conciencia te alabará y expresará su aprobación. ¿Y qué dirá tu conciencia? «Bien hecho, bien hecho, buen hombre. Eres el siervo de Cristo, eres el hombre de fe, el atleta de la vida piadosa. Elegiste morir en tormento antes que traicionar la vida de piedad que se te confió. Estarás con los mártires ese día.» Los mártires eligieron ser azotados y torturados en el potro para que Dios los honrara. Así que tú elegiste este día para ser azotado y torturado con fiebre y heridas antes que someterte a conjuros y amuletos profanos.

Porque te alimentas con estas esperanzas, no sentirás los tormentos que te asaltan. Si esta fiebre no te lleva, otra seguramente lo hará; si no morimos ahora, seguro que moriremos después. Es nuestro destino tener un cuerpo condenado a morir. Pero no tenemos este cuerpo para que atendamos a sus pasiones y adoptemos una vida de impiedad, sino para que usemos sus pasiones para la vida piadosa. Si vivimos una vida sobria, esta corrupción, este mismo cuerpo mortal, se convertirá en la base de nuestro honor y nos dará gran confianza no solo en ese día, sino

también en la vida presente. Así que, adelante, insulta a esos hechiceros sin piedad y expúlsalos de tu casa. Todo aquel que lo oiga te alabará y se maravillará de ti. La gente dirá unos a otros: «Fulano estaba enfermo y con dolores. Una y otra vez la gente venía a él y le instaba, y le aconsejaba que se sometiera a encantamientos mágicos. Él no cedió, sino que dijo: «Es mejor morir como estoy que traicionar mi fe y mi vida piadosa». «Quienes oigan estas palabras lo aplaudirán larga y ruidosamente; quedarán asombrados y darán gloria a Dios».

¿No crees que esto será más valioso que muchas estatuas, más brillante en su magnificencia que muchos retratos, más notable en su distinción que muchas dignidades? Todos te alabarán, todos te considerarán feliz, todos te coronarán con la corona de la victoria. Y ellos mismos mejorarán, experimentarán un fervor renovado, imitarán tu valentía. Si alguien más hace lo que tú hiciste, recibirás la recompensa porque fuiste tú quien le dio el comienzo, es a ti a quien él emula. Tus buenas obras no solo te traerán alabanzas, sino también una pronta recuperación de tu enfermedad.

La nobleza de tu elección te granjeará aún mayor benevolencia de Dios; todos los santos se alegrarán de tu obra y orarán por ti con todo su corazón. Si tal valentía trae estas recompensas en esta vida, imagina la que recibirás en el cielo. En presencia de todos los ángeles y arcángeles, Cristo se adelantará, te tomará de la mano y te conducirá al centro de ese escenario. Todos escucharán cuando diga: «Este hombre padeció fiebre. Muchos lo instaron a curarse, pero, por amor a mi nombre y temiendo ofenderme, los despreció y rechazó a quienes le prometían curarlo. Prefirió morir de su enfermedad antes que traicionar mi amor». Si Cristo lleva al centro de este escenario a quienes le dieron de beber, lo vistieron y lo alimentaron, lo hará con mayor razón por quienes padecieron fiebres por su causa.

Dar comida y ropa no es lo mismo que someterse a una enfermedad prolongada. Someterse a la enfermedad es algo mucho mayor. Y cuanto mayor sea el sufrimiento, cuanto más gloriosa sea la recompensa, en la salud y en la enfermedad, preparémonos para

este día y hablemos de él entre nosotros. Si nos encontramos con una fiebre insoportable, digámonos: «¿Y esto? Si alguien me acusara y me llevaran a juicio, si me ataran al poste de castigo y me azotaran los costados, ¿acaso no tendría que soportarlo de todos modos, aunque no obtuviera ningún beneficio ni recompensa?». Reflexionemos ahora sobre esto.

Supongamos que se te ofrece una recompensa por tu paciencia y perseverancia; supongamos que la recompensa es lo suficientemente grande como para animar tu espíritu abatido. «Pero tengo mucha fiebre», dices, «y es difícil de soportar». Entonces compara tu fiebre con el fuego del infierno. Sin duda escaparás de ese fuego si demuestras gran perseverancia al soportar tu fiebre. Recuerda cuántos sufrimientos padecieron los apóstoles. Recuerda que los justos eran afligidos constantemente. Recuerda que el bienaventurado Timoteo no tuvo descanso de su enfermedad, sino que vivió con ella de principio a fin. Pablo lo dejó claro cuando dijo: «Usa un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades». Ese hombre justo y santo se hizo cargo del mundo, resucitó a los muertos, expulsó demonios y curó miles de dolencias en otros. Si él experimentó un sufrimiento tan terrible, ¿qué defensa tendrás tú para gemir y lamentarte por dolencias que solo durarán un tiempo?

¿No escuchasteis las Escrituras? Dicen: «A quien el Señor ama, lo castiga; y azota a todo el que recibe como hijo». ¿Cuántas veces y cuántos hombres han anhelado recibir la corona del martirio? En esto tenéis la corona perfecta del martirio. Un mártir no se convierte en mártir solo cuando se le ordena ofrecer sacrificios, sino que prefiere morir antes que ofrecerlos. Si un hombre se abstiene de alguna práctica, y abstenerse de ella solo puede acarrear la muerte, ciertamente es un mártir. Para que sepáis que esto es verdad, recordad cómo murió Juan (el Bautista), qué motivo y por qué. Recuerda también cómo murió Abel. Ni Juan ni Abel vieron altar con fuego, ni estatua alguna delante de ellos. No oyeron voz alguna que les ordenara ofrecer sacrificios.

Juan solo reprendió a Herodes y le cortaron la cabeza; Abel simplemente honró a Dios con un sacrificio más excelente que el de su hermano, y Caín lo mató. No fueron privados de la corona del martirio, ¿verdad? ¿Quién se atrevería a decir eso? La forma misma en que murieron basta para que todos estén de acuerdo en que pertenecen a las primeras filas de los mártires. Si buscas alguna proclamación divina sobre estos dos hombres, escucha lo que dijo Pablo. Dejó claro que sus palabras son palabras del Espíritu Santo cuando dijo: «Creo que también tengo el Espíritu de Dios». ¿Qué dijo entonces Pablo? Comenzó con Abel y contó cómo Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que el de Caín, y por su fe, aunque muerto, todavía habla. Luego Pablo continuó su relato a través de los profetas y llegó a Juan. Después de decir: «Algunos fueron ejecutados a espada, otros torturados», y tras relatar diversas formas de martirio, continuó diciendo: «Por tanto, nosotros también, rodeados de semejante nube de testigos, despojémonos de todo obstáculo y corramos con perseverancia». ¿Ves que también llamó mártir a Abel, junto con Noé, Abraham, Isaac y Jacob?

Algunos de ellos murieron por amor a Dios, del mismo modo que Pablo habló cuando dijo: «Muero cada día». No murieron por morir, sino por su disposición a soportar la muerte. Si haces esto, si rechazas los encantamientos, los hechizos y los conjuros, y si mueres a causa de tu enfermedad, serás un mártir perfecto. Aunque otros te prometieron alivio a cambio de una vida impía, tú elegiste la muerte con piedad. Y he dicho estas palabras a aquellos fanfarrones que afirman que los demonios obran curaciones. Para comprender cuán falso es esto, escucha lo que Cristo dijo acerca del diablo: «Él fue un asesino desde el principio». Dios dice que es un asesino; ¿acaso acudes a él como si fuera un médico? Dime: cuando compares ante el tribunal de Dios, ¿qué razón tendrás para considerar la brujería de los judíos más digna de tu fe que lo que Cristo ha dicho?

Dios dijo que el diablo es un asesino; ellos dicen que puede curar enfermedades, en contradicción con la palabra de Dios. Al aceptar sus encantos e invocaciones, sus acciones demuestran que consideran a los judíos más dignos de su fe que a Dios, aunque no

lo digan explícitamente. Si el diablo es un asesino, es evidente que los demonios que le sirven también lo son. Lo que Cristo hizo les enseñó esta lección. En cualquier caso, les dio permiso a los demonios para entrar en la pira de cerdos, y los demonios los arrojaron por el precipicio y los ahogaron. Hizo esto para que supieran que los demonios habrían hecho lo mismo con los seres humanos y los habrían ahogado si Dios se lo hubiera permitido.

Pero él contuvo a los demonios, los detuvo y no les permitió hacer tal cosa. Una vez que obtuvieron poder sobre los cerdos, los demonios dejaron bien claro lo que nos harían. Si no perdonaron a los cerdos, es mucho más seguro que no se abstendrían de atacarnos. Por lo tanto, amados, no se dejen engañar por las artimañas de los demonios, sino manténganse firmes en el temor de Dios. Pero, ¿cómo entrarán en la sinagoga? Si se persignan, el poder maligno que mora en la sinagoga inmediatamente huye. Si no se persignan, inmediatamente arrojan su arma a las puertas. Entonces el diablo los atrapará, desnudos y desarmados como están, y los abrumará con diez mil terribles heridas.

¿Qué necesidad tengo de decir esto? La forma en que actúas al llegar a la sinagoga deja claro que consideras un pecado muy grave ir a ese lugar impío. Estás ansioso por que nadie note tu llegada; les ruegas a tus familiares, amigos y vecinos que no te denuncien a los sacerdotes. Si alguien te denuncia, estallas de rabia. ¿Acaso no sería una locura intentar ocultar tu descaro y tu falta de vergüenza cuando Dios, que está presente en todas partes, lo ve? ¿No temes a Dios? Entonces, al menos, muestra algo de respeto y temor hacia los judíos. ¿Cómo los mirarás a los ojos? ¿Cómo les hablarás? Profesas ser cristiano, pero corres a sus sinagogas y les ruegas que te ayuden.

¿No te das cuenta de cómo se ríen de ti, se burlan de ti, te ridiculizan, te deshonran y te reprochan? Aunque no lo hagan abiertamente, ¿no entiendes que lo hacen en lo más profundo de su corazón? Dime, entonces: ¿Aguantarás sus burlas? ¿Los tolerarás? Imagina que tuvieras que sufrir enfermedades incurables; imagina que tuvieras que morir diez mil veces. ¿No sería mucho mejor

soportar todo eso que tener a esas personas abominables riéndose y burlándose de ti, que vivir con mala conciencia? Mi propósito al hablar no es que lo oigan ustedes mismos; quiero que también trabajen para curar a quienes padecen esta enfermedad. Son débiles en su fe, y por eso los culpo. También los culpo a ustedes por su falta de voluntad para enderezar a los enfermos. No cabe duda de que, cuando vienen a la iglesia, escuchan lo que se dice; se exponen a la condenación cuando no ponen en práctica las palabras que oyen.

¿Por qué eres cristiano? ¿No es acaso para imitar a Cristo y obedecer sus leyes? ¿Qué hizo Cristo? No se sentó en Jerusalén a llamar a los enfermos para que vinieran a él. Recorrió ciudades y pueblos y curó enfermedades tanto del cuerpo como del alma. Podría haberse quedado sentado en el mismo lugar y aun así haber atraído a todos hacia sí mismo. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Para darnos el ejemplo de ir en busca de los que se pierden. Nos dio otro ejemplo de esto en la parábola del pastor. El pastor no se sentó con las noventa y nueve ovejas a esperar a que la perdida viniera a él. Él mismo salió y la encontró. Y después de encontrar la oveja perdida, la cargó sobre sus hombros y la trajo de vuelta.

¿Acaso no ven que un médico hace lo mismo? No obliga a los pacientes postrados en cama a ir a su casa. El médico mismo se apresura a visitar a los enfermos. Ustedes también deben hacer esto, amados. Saben que la vida presente es breve; si no obtenemos nuestros frutos aquí, no tendremos salvación en el más allá. Ganar un alma puede a menudo borrar la carga de innumerables pecados y ser el precio que nos compre la vida en aquel día. Reflexionen sobre esta pregunta: ¿Por qué se nos enviaron profetas, apóstoles, justos e incluso ángeles? ¿Por qué vino entre nosotros el Hijo unigénito de Dios? ¿Acaso no fue para salvar a los hombres? ¿Acaso no fue para traer de vuelta a los que se habían extraviado? Deben hacer esto con todas sus fuerzas.

Debes dedicar todo tu celo y preocupación a traer de vuelta a los que se han extraviado. En cada servicio religioso, te exhortaré a hacerlo; prestes atención o no, no dejaré de decirlo. Es ley de Dios

que cumpla con este ministerio. Si me escuchas y haces lo que te digo, continuaré haciéndolo y sentiré gran alegría. Si lo ignoras y te vuelves indiferente a lo que digo, seguiré diciéndolo, pero sentiré gran temor en lugar de alegría.

Si desobedeces, no implicará ningún riesgo para mí en adelante. He cumplido con mi parte. Aunque no haya peligro para mí porque he cumplido con mi parte justa, sentiré pena por ti cuando seas acusado ese día. Incluso escucharme estará lleno de peligro, si no respaldas mis palabras con tus acciones. Escucha, en cualquier caso, cómo Cristo reprendió a los maestros que ocultaron el significado de su mensaje, pero también cómo aterrizó a aquellos a quienes enseñaban. Porque después de decir: «Deberías haber depositado mi dinero en el banco», continuó añadiendo: «Y a mi regreso debería haberlo exigido de vuelta con intereses». Lo que Cristo mostró con la parábola fue esto. Al escuchar un sermón (pues esto es como depositar el dinero), quienes han recibido la instrucción deben hacerla fructificar. El interés de la enseñanza no es otra cosa que demostrar con hechos lo que se ha aprendido con palabras. Puesto que he depositado mi dinero en sus oídos, ahora deben devolverle a su maestro el interés, es decir, deben salvar a sus hermanos.

Así pues, si se limitan a seguir lo que he dicho sin mostrar interés alguno con sus acciones, me temo que sufrirán el mismo castigo que aquel siervo que enterró su talento. Por ello, fue atado de pies y manos y arrojado a la oscuridad de afuera, porque sus palabras no beneficiaron a nadie. Para que esto no nos suceda, imitemos al siervo que recibió cinco talentos y al que recibió dos. Sea lo que sea que se les pida que hagan para salvar a su prójimo, ya sean palabras, dinero, sufrimiento físico o cualquier otra cosa, no debemos acobardarnos ni dudar.

Entonces cada uno de nosotros, en todo sentido, multiplicará proporcionalmente el talento que Dios le ha dado. Entonces cada uno de nosotros podrá oír estas felices palabras: «Bien hecho, siervo bueno y fiel; por cuanto has sido fiel en lo poco, te pondré a cargo de mucho; entra en el gozo de tu Señor». Que todos

alcancemos esto por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con quien sea la gloria y el poder al Padre, junto con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

VIII. ANÁLISIS POSTERIOR EN LENGUAJE SENCILLO

Crisóstomo comienza con una meditación sobre la embriaguez que es uno de los pasajes filosóficamente más interesantes de toda la serie. Argumenta que la embriaguez no es principalmente una condición producida por el vino, sino una condición del alma, una pérdida de la razón y un trastorno mental. El hombre consumido por la lujuria está borracho. El hombre consumido por la ira está borracho. El hombre consumido por la vanagloria está borracho. Y los judíos, que a lo largo de la historia se han especializado en hacer lo contrario de lo que Dios manda y llamarlo fidelidad, están borrachos de la manera más peligrosa posible, porque un hombre verdaderamente borracho no sabe que está borracho, y un hombre loco no sabe que está loco. La característica más distintiva de ambas condiciones es la ausencia de autoconciencia, y los quinientos años de cautiverio ininterrumpido de los judíos, sin un final profético, no han producido ni un solo momento de la autoconciencia que requeriría el arrepentimiento genuino.

Entonces cambia de tema. Se acabaron los festines. ¿Y ahora qué? Utiliza la imagen de los soldados que regresan de la batalla y no vuelven corriendo al campamento, sino que primero regresan al campo de batalla en busca de compañeros heridos. Entierran a los muertos, pero si encuentran hombres que aún respiran, que aún pueden recuperarse, los recogen, los llevan al campamento, les extraen los dardos, llaman a los médicos y les lavan la sangre. Esto es lo que la congregación debe hacer ahora con los judaizantes que observaron el ayuno. No los den por muertos. No exhiban su fracaso. Recójalos y ayúdenlos.

Luego aborda la objeción más persistente a la atención pastoral posterior a la caída, que es el argumento de que es inútil. Ya pecaron. El ayuno terminó. ¿Qué sentido tiene ayudarles ahora? Crisóstomo responde con la propia conducta de Dios. Cuando Adán pecó, Dios no se preguntó qué sentido tenía ayudarlo ahora. Inmediatamente vino, le habló, lo consoló, le dio el remedio del

esfuerzo y el sudor, y siguió trabajando hasta que elevó la naturaleza caída y la condujo de la mano al cielo. Cuando Caín cometió asesinato, Dios no lo abandonó. Volvió, lo corrigió y diseñó un castigo capaz de producir arrepentimiento, manteniendo la lección de su crimen visible para todas las generaciones venideras. Si Dios obra de esta manera con sus criaturas caídas, la congregación no tiene excusa para descartar a un hermano judaizante simplemente porque su transgresión ya está consumada.

Crisóstomo expone un caso específico sobre los cristianos que acudían a curanderos judíos cuando estaban enfermos, y esta sección es la más urgente de la homilía porque aborda un problema pastoral que Crisóstomo ha estado tratando desde su primer sermón. Algunos de sus feligreses estaban realmente enfermos y acudían a la sinagoga de Dafne y a curanderos judíos con sus encantamientos y amuletos porque creían que estos sanadores podían ayudarlos. La respuesta de Crisóstomo no es simplemente prohibirlo. Presenta un argumento teológico sobre el sufrimiento, la enfermedad y la fe que constituye uno de los pasajes más exigentes de toda la serie.

También trae a Job. Job lo perdió todo: hijos, posesiones, salud, reputación, todo en un solo día. Luego, se sentó desnudo sobre un montículo de estiércol cubierto de gusanos, con su esposa instándolo a maldecir a Dios y morir, y no recurrió a hechiceros ni amuletos. Trae al paralítico que permaneció junto al estanque de Betesda durante treinta y ocho años, viendo cómo otros sanaban, sin que nadie lo metiera primero en el agua, y aun así no recurrió a encantamientos ni conjuros. Trae a Lázaro, que pasó toda su vida en el hambre, la enfermedad y la pobreza, muriendo a la puerta del hombre rico mientras los perros le lamían las heridas, y no buscó curas mágicas. Estos son los modelos del sufrimiento fiel, y todos ellos prefirieron morir antes que traicionar su relación con Dios buscando la sanación en fuentes demoníacas.

Luego viene el argumento más inesperado de la homilía, y posiblemente de toda la serie. Crisóstomo sostiene que morir de enfermedad en lugar de recurrir a la curación mágica judía es en sí

mismo una forma de martirio. Un mártir no es solo alguien a quien se le ordena sacrificar a los ídolos y se niega. Juan el Bautista fue mártir porque reprendió a Herodes por su adulterio y fue asesinado por ello. Abel fue mártir porque honró a Dios con un sacrificio mejor que el de su hermano y fue asesinado por ello. Ninguno de los dos se enfrentó a un altar con su fuego ni a una estatua que exigiera un sacrificio. Del mismo modo, un cristiano que elige morir de fiebre en lugar de que se cante un conjuro sobre él o se le ate un amuleto al cuerpo, elige la muerte por amor a Cristo, y esa elección le otorga la corona del martirio.

Concluye con instrucciones detalladas sobre cómo encontrar a los judaizantes, entrar en sus casas, entablar una conversación indirecta, preguntarles si aprueban que los judíos crucificaran a Cristo, usar su propia respuesta para convencerlos, recordarles los argumentos legales que Crisóstomo ha estado exponiendo durante ocho sermones y, si no se les puede persuadir, llevarlos ante los sacerdotes. También aborda el problema de los rumores, advirtiéndole a su congregación que no exhiba los pecados de los caídos ni difunda historias sobre cuántos observaron el ayuno, porque los rumores exageran la fuerza del enemigo y desmoralizan a los que se mantuvieron firmes. Si oyes algo bueno, compártelo. Si oyes algo malo, guárdalo en silencio y corrígelo.

VIII. APLICACIÓN EN LA ACTUALIDAD

El argumento de que la atención pastoral posterior a la caída es tan importante como la prevención previa a la caída es uno de los argumentos más necesarios en la práctica en la iglesia evangélica moderna, que en gran medida ha abandonado ambos. La iglesia que no predica contra la enfermedad judaizante antes de que ataque y no busca a los caídos después de que lo hace es una iglesia que ha decidido que su propia comodidad es más importante que las almas de sus miembros. Crisóstomo ordena a su congregación que entre en los hogares de las personas sin ser invitadas, que lleve a un amigo que tenga influencia sobre la persona, que se siente y comience una conversación que conduzca cuidadosa y deliberadamente al punto en que la persona se enfrente a la contradicción entre su fe y su comportamiento. Esto no es una cortesía pastoral opcional. Es lo que hace el pastor cuando las ovejas se han extraviado, y es lo que Cristo modeló en cada parábola que contó sobre la búsqueda de los perdidos.

El debate sobre la sanación judía y la medicina demoníaca tiene un equivalente moderno que Crisóstomo no pudo haber anticipado, pero que es a la vez específico y generalizado. El cristiano evangélico que acude a un sanador espiritual judío, que participa en rituales de sanación judíos, que se ata un hilo rojo a la muñeca porque un rabino le dijo que le traería protección, que compra una mezuzá para el marco de su puerta porque alguien en una conferencia sionista cristiana le dijo que traería bendiciones a su hogar, está haciendo precisamente lo que la congregación de Crisóstomo hacía en Dafne. Las formas específicas de la superstición han cambiado. El error teológico es idéntico. Estás buscando poder espiritual en una fuente que rechazó a Cristo, y lo haces porque crees que esa fuente conserva algún acceso a la bendición divina que tu propia fe no provee. La respuesta de Crisóstomo es que, incluso si la curación funcionara, incluso si el hilo rojo brindara protección y la mezuzá bendiciones, sería mejor sufrir sin esas cosas que obtenerlas de los enemigos de Dios. El

alivio temporal de una dolencia física no compensa la herida del alma.

El argumento del martirio a favor del sufrimiento fiel es el más contracultural de toda la serie para una audiencia evangélica moderna, profundamente influenciada por el evangelio de la prosperidad y sus variantes más suaves. El evangelio de la prosperidad les dice a los cristianos que el sufrimiento es la ausencia de fe y que la sanación es la prueba del favor de Dios. Crisóstomo les dice a los cristianos que el sufrimiento elegido, el sufrimiento soportado por amor a Cristo en lugar de ser aliviado por medios demoníacos, es la forma más elevada de valentía espiritual y merece la misma corona que el martirio físico. Timoteo, el colaborador más confiable de Pablo, estuvo enfermo toda su vida, y la respuesta de Pablo no fue enviarlo a un curandero judío ni atarle un amuleto a la muñeca. Su respuesta fue usar un poco de vino para el estómago, un remedio práctico, y seguir sufriendo con fidelidad. El hombre que muere de fiebre antes que traicionar su fe se une a los mártires. El hombre que se recupera mediante encantamientos y amuletos ha recuperado su cuerpo y perdido su alma.

El consejo sobre el manejo de rumores al final de la homilía es uno de los pasajes más prácticos y sabios de los ocho sermones y el más directamente aplicable a la vida de la iglesia moderna. Crisóstomo dice: no exhibas los pecados de los que cayeron. No difundas historias sobre cuántos observaron el ayuno. No exageres la fuerza del enemigo ni desmoralices a los que se mantuvieron firmes. Si alguien te dice que muchas personas pecaron, diles que no conoces a nadie, porque tu trabajo no es ser un reportero preciso de los fracasos de la iglesia, sino corregirlos. Este no es un consejo de deshonestidad. Es un consejo de sabiduría pastoral. Una congregación que constantemente se le dice que cuántos de sus miembros se están alejando se convierte en una congregación que espera alejarse. Una congregación a la que se le dice que el estándar es alto y que quienes lo cumplen son elogiados se convierte en una congregación que está a la altura de ese estándar.

VIII. PREGUNTAS PARA EL DEBATE

1. Crisóstomo comienza argumentando que el ayuno judío no era realmente un ayuno, sino una forma de embriaguez, ya que la embriaguez es cualquier pérdida de la razón y los judíos, a lo largo de la historia, se han especializado en hacer lo contrario de lo que Dios manda, llamándolo obediencia. ¿Considera usted teológicamente legítimo este recurso retórico? ¿Qué implica acerca de la relación entre la práctica religiosa externa y la disposición interior que le da sentido?
2. Su argumento de que la atención pastoral posterior a la caída es tan importante como la prevención previa a la caída, demostrada por la propia conducta de Dios con Adán y Caín, desafía la tendencia evangélica común a centrarse exclusivamente en prevenir el pecado en lugar de en la recuperación de los caídos. ¿Cómo maneja actualmente su iglesia a los miembros que han cometido errores teológicos públicos o conocidos, y cómo se compara esa práctica con el modelo que describe Crisóstomo?
3. Argumenta que morir de enfermedad en lugar de recurrir a la curación mágica judía es una forma de martirio, comparable a la muerte de Abel y la de Juan el Bautista, porque ambas implican elegir la muerte antes que traicionar la relación con Dios. ¿Considera este argumento teológicamente coherente? ¿Qué implicaciones tiene para la forma en que los cristianos deben reflexionar sobre la relación entre el sufrimiento físico y la fidelidad espiritual?
4. Su consejo sobre el manejo de rumores, suprimiendo historias sobre cuántos cayeron y en cambio trabajando silenciosamente para recuperar a los caídos, va en contra de la tendencia evangélica moderna de la transparencia pública sobre los problemas de la Iglesia. ¿Crees que el enfoque de Crisóstomo es pastoralmente acertado o corre el riesgo de encubrir problemas que requieren rendición de cuentas pública?

5. La estrategia detallada que propone para ayudar a los cristianos que se están volviendo judaizantes —entrar en sus hogares, comenzar con una conversación indirecta, usar sus propias creencias para confrontar la contradicción y, si es necesario, recurrir a los sacerdotes— es un modelo de evangelización relacional intencional dentro de la iglesia. ¿Cómo se compara este modelo con la forma en que su iglesia maneja la deriva teológica entre sus miembros?

¿Y AHORA QUE?

La enfermedad que Crisóstomo trataba en Antioquía en el año 386 d.C. no desapareció con su congregación en el siglo IV. Sigue viva ahora mismo, extendiéndose por el cristianismo evangélico en Estados Unidos con la misma silenciosa persistencia con la que se extendió por los bancos de Antioquía, y los cristianos que la portan no tienen más idea de que están enfermos que los feligreses de Crisóstomo cuando él subió al púlpito y se lo dijo.

La forma moderna de la enfermedad no es idéntica a la antigua. Nadie en tu iglesia se escapa para celebrar la fiesta de las Trompetas, al menos no muchos. Nadie jura en la sinagoga local porque les han dicho que allí los juramentos tienen mayor peso espiritual. Los síntomas superficiales han cambiado. La patología subyacente no.

Lo que Crisóstomo combatía era la suposición de que el aparato religioso judío conservaba una santidad y autoridad que los cristianos debían honrar, respetar y, en cierta medida, participar. Combatía la idea de que la sinagoga fuera un lugar sagrado, que la observancia ritual judía fuera algo venerable, que el Dios del Antiguo Testamento aún estuviera presente de manera especial y única entre el pueblo judío, de modo que la iglesia debía reconocerlo y respetarlo. Esa suposición, revestida con los paradigmas del siglo XXI, es la postura dominante del cristianismo evangélico estadounidense actual.

Tiene un nombre: sionismo cristiano. Y es la herejía judaizante contra la que predicó Crisóstomo, actualizada para una era de escatología dispensacionalista, política exterior israelí y la clase de donantes evangélicos que ha convertido el apoyo al Estado moderno de Israel en una prueba de facto de la identidad cristiana ortodoxa.

La mecánica es diferente. La teología subyacente es idéntica. El pueblo judío sigue siendo tratado como si el pacto que Dios hizo con Abraham se aplicara a ellos en su actual estado de incredulidad. Las promesas de tierras siguen interpretándose como obligaciones

activas e incondicionales que la iglesia está obligada a respaldar, política, financiera y militarmente, independientemente de lo que los beneficiarios de ese apoyo crean acerca de Jesucristo. La sinagoga sigue siendo tratada como un lugar sagrado, no porque los cristianos asistan a los servicios religiosos, sino porque el dinero, el capital político y la legitimidad teológica cristianos se canalizan hacia un etnoestado judío cuya institución religiosa oficial niega cada afirmación central del Evangelio.

Crisóstomo lo reconocería al instante. No se confundiría con el vocabulario dispensacionalista ni se impresionaría con los gráficos proféticos. Vería lo mismo que vio en Antioquía: cristianos que trataban la vida religiosa y comunitaria judía como si conservara una alianza que habían perdido en la cruz; cristianos que incorporaban la autoridad de la jerarquía religiosa judía a su propio marco teológico y luego se preguntaban por qué su marco seguía produciendo conclusiones que contradecían el Nuevo Testamento.

Subía al púlpito y predicaba esas ocho homilías una y otra vez, palabra por palabra, y la misma gente que se retorció al leerlas en este libro se retorció al oírlas desde el púlpito, y se retorció por la misma razón que la congregación de Crisóstomo. No porque las homilías estuvieran equivocadas, sino porque tenían razón, y tener razón en este asunto en particular tiene un costo social que no se tiene en la mayoría de las cosas.

Ese costo social es el mecanismo por el cual se propaga la enfermedad. Nadie en su iglesia se convirtió en sionista cristiano porque estudió la cuestión cuidadosamente y concluyó que el dispensacionismo era exegéticamente defendible. Se convirtieron en Sionistas Cristianos por que el Sionismo Cristiano es el fundamento de la cultura evangélica, porque desafiarlo conlleva acusaciones con consecuencias profesionales y sociales reales, y porque las instituciones que dan forma a la teología evangélica han sido, en muchos casos, financiadas directa y documentadamente por personas con intereses financieros y políticos en mantener esa teología vigente. Los feligreses de Crisóstomo asistían a la Fiesta de las Trompetas porque la

comunidad judía era socialmente respetable, las fiestas eran públicas y la presión social para participar era real. Su congregación apoya el sionismo cristiano porque la élite evangélica es socialmente respetable, las conferencias son públicas y la presión social para apoyarlo es real.

La receta que escribió Crisóstomo sigue siendo la única que funciona. Exprésela sin rodeos. Llame a la enfermedad por su nombre. No suavice el diagnóstico por consideración a los sentimientos del paciente. El paciente está enfermo, y a los enfermos no les hace falta decirles que se ven bien. Necesitan un médico dispuesto a decirles la verdad sin rodeos, sin disculpas, y luego repetírsela al otoño siguiente cuando quede claro que el primer tratamiento no surtió efecto por completo.

Para eso sirve este libro. No para darte información histórica sobre un predicador del siglo IV, aunque también lo hace. Tampoco para ofrecerte material interesante para una clase de catecismo, aunque también puede servir para eso. Es un manual para diagnosticar y tratar una enfermedad específica que está afectando a personas concretas de tu congregación en este preciso momento, escrito por el mejor médico que la iglesia ha producido para esta dolencia en concreto, y ha permanecido en las estanterías prácticamente sin leer por quienes más lo necesitan, porque quienes elaboran las listas de lectura evangélicas tienen un interés personal en que siga ahí.

Sácalo de la estantería. Léelo a tu gente. Cuando se resistan, y se resistirán, vuelve al texto. Crisóstomo no llegó a estas conclusiones a la ligera. Su argumento se basó en las Escrituras, en los profetas, en la interpretación literal de lo que la cruz logró y lo que dejó obsoleto para siempre. El argumento se mantiene. Se mantuvo en Antioquía en el año 386 d. C. contra una comunidad judía socialmente arraigada, culturalmente atractiva y políticamente conectada, y se mantiene ahora contra un movimiento financieramente consolidado, institucionalmente afianzado y políticamente conectado.

Es la misma guerra, batalla diferente. Es la misma enfermedad, síntomas diferentes. Es la misma herejía, con una etiqueta diferente. Pero el sionismo cristiano está literalmente por todas partes, impuesto a cada paso, incluyendo, lamentablemente, a la iglesia. Como Crisóstomo, no tenemos tiempo para demorarnos en su presencia. Debemos rechazarlo con firmeza, denunciarlo y derrotarlo. Y no porque odiamos a los judíos, sino porque amamos a los cristianos. Si amamos a Jesús tanto como decimos, debemos odiar con vehemencia cualquier dogma que nos aleje de nuestro Salvador y de su evangelio de gracia gratuita.